

A pie por la ruta de Cortés

Horacio Ramírez de Alba



UAEM

Universidad Autónoma
del Estado de México

A PIE POR LA RUTA DE CORTÉS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO

Dr. en D. Jorge Olvera García

Rector

M.E.P.D. Ivett Tinoco García

Secretaria de Difusión Cultural

Dra. en D. María de Lourdes Morales Reynoso

Directora de Divulgación Cultural

A PIE POR LA RUTA DE CORTÉS

HORACIO RAMÍREZ DE ALBA



“2013, 50 Aniversario Luctuoso del Poeta Heriberto Enríquez”
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO

1ª edición 2013

© Horacio Ramírez de Alba

A pie por la Ruta de Cortés

© Derechos reservados

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote.

Toluca, Estado de México

C.P. 50000, México

<http://www.uaemex.mx/>

Fotos de portada

1. Ex Monasterio de Nuestra Señora de la Asunción, Amecameca
2. Aguila, Museo del Templo Mayor

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra
–incluyendo el diseño tipográfico y de portada– sea cual fuere el medio,
electrónico o mecánico, sin el consentimiento por escrito
de la Universidad Autónoma del Estado de México.

ISBN 978-607-422-457-3

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

*Se dedica este libro a la memoria del abuelo don Pedro de Alba,
médico, escritor, educador, creador de instituciones, diplomático.*

Polvo fui del camino. Mas una voz perfecta
me dijo como a Lázaro: “Levántate y camina”.
Y un movimiento extraño me embrocó un horizonte,
y de polvo que fuera sin conciencia ni trino,
me levanté gallardo para ser peregrino.

Peregrino en el sueño, peregrino en la vida...
Siempre llevando a cuestras el dolor perfumado
de la manzana bíblica. Siempre guardando avaro
la canola moneda de mi fiel sentimiento,
que al tenerla en mis manos, me aurora el pensamiento.

Y así voy –peregrino del tiempo y del espacio–
con la obsesión enorme de perder mi conciencia
y esfumar mi horizonte,
para volver al polvo de los grandes caminos,
donde la voz perfecta levanta peregrinos!

JOSUÉ MIRLO

A MANERA DE INTRODUCCIÓN: EL QUÉ, EL CÓMO Y EL CUÁNDO

El propósito de recrear la Ruta de Cortés a pie surgió en 2006 con las siguientes motivaciones:

1. Continuar con el entretenimiento y buena costumbre de caminar, teniendo como antecedentes, por ejemplo, la experiencia de Toluca al Santuario de Nuestra Señora de los Remedios en Naucalpan y al Santuario de Nuestro Señor de Chalma, así como la de mayor envergadura, El Camino de Santiago, desde Los Pirineos hasta Galicia, en España
2. Seguir un camino no necesariamente religioso cargado de historia y motivaciones que dan lugar a sentimientos encontrados, como es la ruta que dio origen a la nación mexicana
3. Repasar las crónicas de los protagonistas de la conquista para tratar de comprender lo que ocurrió e identificar lo que queda de aquello que relataron y comparar con lo que existe hoy
4. Tener un acercamiento al personaje tan controvertido, no bien ubicado, a veces odiado y en el fondo siempre admirado: Hernán Cortés.
5. Y, de forma muy especial y particular, presentarse en lo posible en los mismos sitios donde ocurrieron los hechos, observar lo que queda de las construcciones y ciudades que

vieron los protagonistas, así como procurar hacer anotaciones a la luz de los conocimientos actuales. Y de paso disfrutar de los magníficos paisajes de México, así como convivir en lo que se pueda con la gente.

Durante 2006 y 2007 se caminó, en varias y diferentes etapas, por el Paso de Cortés, entre los volcanes Popocatepetl e Iztaccíhuatl, al Templo Mayor en el corazón de la ciudad capital, completando así la última parte de la ruta, es decir, se inició por el final. Se documentó la experiencia y se tuvo la fortuna de ser publicada como libro, donde se explica que siempre se tuvo la intención de completar a pie toda la ruta y, sin poder ocultar inmensa satisfacción y hasta vanagloria, en este nuevo libro se relata la experiencia de lograr ese propósito. Se tuvo que hacer durante varios años, no porque la ruta sea tan larga, sino por la razón de sólo poder aprovechar algunos días de vacaciones y puentes. Lo lógico hubiera sido hacer la ruta en la secuencia original, pero tal pretensión no fue posible por las razones que se explican, o por lo menos se mencionan, en los diferentes capítulos, por lo tanto se decidió, al hacer el relato, respetar el orden en que fueron hechas las diferentes etapas esperando no confundir demasiado al lector. Al final del libro se presenta un resumen ordenado en la secuencia de los hechos históricos de la conquista y con los aspectos más sobresalientes de la experiencia personal para ofrecer una idea más congruente de lo que fue y es la ruta. El cuadro y el mapa que se presentan como parte de esta introducción dan cuenta de los tramos hechos, así como las correspondientes fechas y distancias para que se comprenda mejor, se espera, lo mencionado.

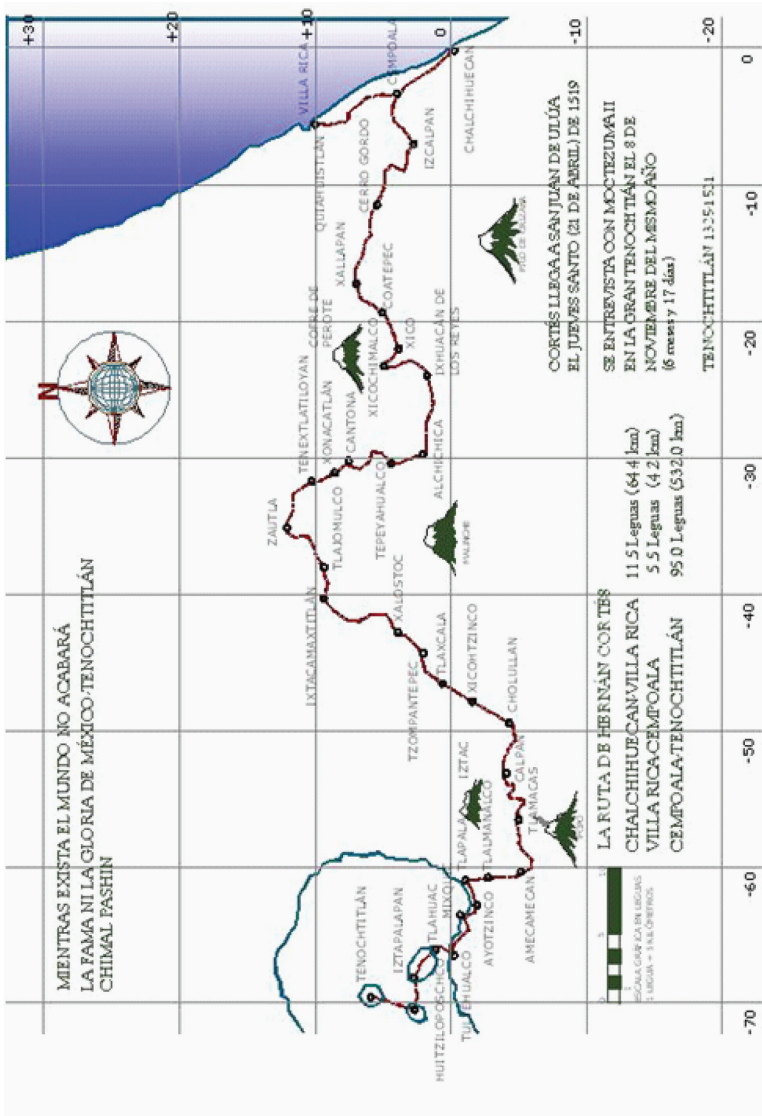
Como también se establece en el libro ya publicado, se espera que la lectura de estos relatos sea de interés y con cierto grado

de emoción al referirse a lo que nos gusta y a lo que no como habitantes de esta nación, lo que somos y lo que quisiéramos ser; por lo que se invita al lector a abrocharse el cinturón de seguridad pues las subidas y bajadas como las cerradas curvas serán frecuentes. Al tiempo se hacen algunas advertencias para el lector que seguramente serán obvias:

1. El autor no es historiador, es simplemente un ingeniero civil curioso que gusta de caminar, por lo que se le dispensará su falta de rigor en las cuestiones históricas
2. No se pretende un libro académico sino sólo entretenido
3. No se pudieron evitar algunas repeticiones o insistencias que se espera sean entendidas y disculpadas
4. Se espera no aburrir con algunas descripciones detalladas de sus peripecias, posiblemente intrascendentes, propias del que camina, que por tal razón ve todo a un ritmo mucho más lento que lo usualmente frenético de los tiempos presentes, aspecto que no se pudo evitar pues de otra manera se hubiera faltado al propósito y estilo fundamental del que se presume caminante

ETAPAS, FECHAS Y DISTANCIAS

<i>Tramo</i>	<i>Fechas</i>	<i>Número de capítulos</i>	<i>Distancia en leguas</i>	<i>Distancia en kilómetros</i>
Veracruz-Cardel	Semana Santa, 2007	Tres	4.5	25.2
Tlaxcala-Cholula	Semana Santa, 2008	Cuatro	5.7	31.2
Tlaxcala-Tzompantepec			2.6	14.6
Huicjotzingo-Texcac	3 de marzo de 2009	Uno	4.5	25.2
Cardel- Cempoala	Semana Santa, 2009	Cuatro	1.5	8.4
Cempoala-Ídolos			3.4	19.0
Xalapa-Xico			8	44.8
Ixtacamaxitlán- Zapata	Julio de 2009	Cuatro	3.2	17.9
Zapata-Tzompantepec			6.3	35.3
Cholula-Paso de Cortés			8.6	48.2
Cempoala-Villa Rica	Diciembre de 2009	Cuatro	6.3	35.3
Ídolos-Xalapa			12.8	71.7
Zalayeta-Xonacatlán	Semana Santa, 2010	Dos	7.7	43.1
Tenextlatiloayan-Ixtacamaxitlán			11.4	63.8
Xico-La Gloria	Semana Santa, 2011	Cuatro	8	44.8
La Gloria- Zalayeta			4.5	25.2
Cuyoaco-Tenexatliloayan			3	16.8



Fuente: cortesía de la arquitecta Susana Bianconi

DE CÓMO DESPUÉS DE VARIOS INTENTOS SE TOMA EL VERDADERO INICIO DE LA RUTA DE CORTÉS EN LA SEMANA SANTA, 2007

Después de varios intentos fallidos, finalmente se dio la oportunidad de estar en el punto inicial de la ruta, perseguida y deseada por tantos meses. Fue producto de un viaje más bien corto en tiempo y poco planeado a un lugar llamado Piedras Negras, pero no en Coahuila, sino a unos 30 km al sur del Puerto de Veracruz, en una zona de vocación ganadera y agrícola, cuya gente y costumbres hacen que el caminante recuerde una visita pasada a La Vega en República Dominicana. En ambas partes, en plena Semana Santa, hacen una especie de carnaval con carros alegóricos montados sobre plataformas de camiones de carga, comúnmente llamados tráiler, mientras que muchos jóvenes hacen la comparsa bailando al ritmo de música tropical, preferentemente el merengue. Supongo que la piedad, la tristeza y el recogimiento que se piensa deben prevalecer en esta temporada no caben o tienen otra interpretación en estas tierras llenas de verdor y exuberancia, donde todo llama a la alegría de una sucesión tan rápida de vida que impide ver la muerte.

Tomando como base de operaciones a Piedras Negras, el 3 de abril, muy temprano, se aborda un autobús de los que pasan por todos los pueblos y rancherías. La primera escala es Tlalixcoyan, que es la cabecera municipal, pero al parecer de menor tamaño e importancia económica que Piedras, después de unos 15 km de recorrido a partir de ese lugar se entronca con la carretera de Alvarado, y poco trecho más adelante el vehículo entra a Veracruz, por el municipio de Boca del Río. Con los primeros rayos del sol la boca y las playas, divididas por escolleras que parecen costillas de un gran animal desaparecido, lucen bellas con

las olas del mar rompiendo en rápida e interminable sucesión, a esta hora ya se ven varios bañistas desafiando a las frías aguas y más gente corriendo en las arenas achocolatadas de la orilla. Al pasar se ve un señalamiento de tráfico que marca la dirección a un lugar de nombre Medellín, y se dice el viajero equivocado cuando pensó y luego escribió que no había en México un lugar que recordara la ciudad natal del conquistador, posiblemente algún día se dé la oportunidad de visitar ese lugar, que es municipio vecino al de Boca del Río, pero por ahora se queda con la duda sobre la fisonomía que pueda tener y si guarda algo relacionado con el capitán Cortés, lo que sí es lamentablemente cierto es que varios meses después de lo que el caminante vio, la zona fue escenario de una inundación catastrófica. El autobús sigue su camino, se interna en la gran ciudad que es hoy Veracruz hasta la estación terminal que seguramente está bien administrada porque no siendo muy grande, una gran cantidad de autobuses entran y salen sin dificultad.

Ya con los pies en tierra el caminante no sabe qué hacer, mira su mapa y decide tomar hacia el norte por la calle Salvador Díaz Mirón, que baja en derechura hacia el centro, y además cuenta con una calzada central por donde casi es agradable caminar, excepto por los cruceros donde el vehículo de motor es rey y el conductor, como el Agente 007, tiene permiso para matar. A pesar de tales riesgos, en unos 20 minutos el caminante ya se encuentra sobre el malecón con la vista del puerto lleno de movimiento de barcos, siendo cargados o descargados, en ese paisaje industrial lleno de mástiles, descomunales grúas y pesados muelles, ya es difícil distinguir el otrora imponente fuerte de San Juan de Ulúa, el caminante por ahora pasivo, busca acomodo en una banca que esté más o menos seca, pues la brisa marina mojó todo durante la noche y se da tiempo de repasar algunos antecedentes.

- a) De la expedición de Juan de Grijalva, en abril de 1518, Bernal Díaz relata que después de pasar por lo que sería el puerto de Alvarado, reanudaron la navegación y avisaron una isla verde y otra blanca. Frente a ellas otra algo mayor en la que se advertían unas construcciones de piedra. Esta última se hallaba situada más próxima a la costa, y como ofrecía un lado abrigado, se dirigieron a ella. Encontraron una pequeña torre en la que, para su sorpresa, descubrieron los cuerpos de dos jóvenes con el pecho abierto recién sacrificados, a quienes habían arrancado el corazón, junto a la piedra de los sacrificios se encontraba la figura de un león (jaguar, seguramente) con la cerviz agujereada, en la cual, según esa fuente, vierten la sangre de los infelices.
- b) Sobre el nombre de la isla, el mismo Bernal Díaz menciona que fue por haber llegado en un día de San Juan, y con la casualidad de que el jefe de la expedición era precisamente Juan de Grijalva, y al preguntar a un natural de dónde provenía el oro que les mandaban en obsequio respondió “Colhua”, “Colhua”, lo que interpretaron los europeos como Ulúa ignorantes de que era una de las formas de nombrar al imperio de Moctezuma por tener antecedentes religiosos y de nobleza con la ciudad tolteca de Culhuacan, hoy Culhuacán, capital anterior a Tula y que se encuentra en pleno Valle de México. La nobleza mexicana tomaba como referencia de legitimidad la sangre de Mixcóatl, Rey de Colhuacán y, por lo tanto, también de su hijo póstumo: Ce Acatl Topilzin Quetzalcóatl.
- c) De la primera carta de relación se menciona que el capitán Fernando Cortés partió de allí (Coatzacoalcos) prosiguiendo su viaje, y llegaron al puerto y bahía que se dice San Juan.

- d) Posteriormente, ya como integrante de la expedición de Cortés, Bernal Díaz escribe: “el Jueves Santo de la Cena de mil quinientos diez y nueve años llegamos con toda la armada al Puerto de San Juan de Ulúa, y como el piloto Alaminos lo sabía muy bien cuando vinimos con Juan de Grijalva, luego mandó surgir en parte que los navíos estuvieran seguros del norte...y otro día, que fue Viernes Santo de la Cruz, desembarcamos así caballos como artillería en unos montones y médanos de arena que allí hay, altos, que no había tierra llana, sino todos arenales y asentaron los tiros como mejor les pareció al artillero, que se decía Mesa, e hicimos un altar adonde se dijo luego misa; e hicieron chozas y ramadas para Cortés y para los capitanes, y entre trescientos soldados acarreamos madera, e hicimos nuestras chozas, y los caballos se pusieron donde estuvieran seguros y en eso se pasó aquel Viernes Santo”.

Todo lo anterior deja dudas en el caminante, pues parece ser que “Isla de los sacrificios” corresponde a lo que hoy ocupa el Fuerte de San Juan de Ulúa, y no la isla pequeña donde hoy existe un faro y está prohibido desembarcar y, además, el lugar de desembarco de los conquistadores no se precisa en sus relatos, puede ser en donde hoy está Veracruz o cualquier lugar de la costa que corresponde a las descripciones de Bernal Díaz y que abarca unos veinte kilómetros que se identifica con el nombre autóctono de Chalchihuecan, que algunos dan el significado de “Mar” o “Playa de color turquesa”, para el caminante más bien sería jade, y mejor chalchihuite, la mágica piedra verde que da vida a los dioses. Para tener contacto visual más cercano, se decide embarcar una lancha de turismo que ofrece un recorrido por el puerto, el fuerte y las islas. Es la primera salida del día se comparte el viaje con varias

familias cargadas de chamacos, seguramente son personas que quieren aprovechar lo más posible el tiempo de sus vacaciones o bien, que buscan entretener a sus niños de alguna forma. El paseo es tranquilo, una persona, el mismo capitán de la embarcación, va haciendo narración de los lugares por donde se pasa, al llegar a la supuesta isla de los sacrificios menciona que ya no es posible desembarcar por estar allí ubicado un faro y se permite la broma de que “aquellos que desobedecen las reglas y osan pisar esa isla, les salen al encuentro los espíritus de los sacrificados para hacer con los turistas lo mismo que hicieron con ellos”. Desde la lancha no se puede ver ningún vestigio de alguna construcción, pero supongo que habrá una razón para identificar esta pequeña isla con la descrita en la expedición de Juan de Grijalva, por mi parte sigo pensando que hay un error, o por lo menos una confusión, hasta que alguien me convenza de lo contrario. Al pasar por San Juan de Ulúa el narrador se concentra en el personaje de Chucho el Roto, y anima a sus pasajeros para que una vez que termine el recorrido en lancha tomen el viaje turístico al fuerte para visitar su celda. Desde la lancha solamente se observan las murallas almenadas y se destaca la torre de homenaje de forma cilíndrica en parte de lo que fue la aduana. Esto da motivo al, por ahora, por poco tiempo y a corta distancia de la costa, navegante, para imaginar lo que vieron los conquistadores al llegar a este lugar, para ello hay que hacer el difícil ejercicio mental de eliminar la imagen del fuerte, de la ciudad y del puerto para que quede solamente el paraje de montones y médanos de arena que describió Bernal Díaz, sin faltar las embajadas de los naturales para informar al emperador sobre los pasos de los extraños visitantes. Esta vez no habrá tiempo de visitar la fortificación, pero nada impide recordar experiencias pasadas, principalmente aquella hecha cuando los

hijos aún eran pequeños, en efecto el guía nos condujo a la celda de Chucho el Roto, y toda la gente se arremolinó para ver algunas pintas en los húmedos muros supuestamente de la mano de ese personaje de leyenda. Yo traté de explicar a mi gente sobre la gran importancia que tuvo este lugar como puerto y aduana, puerto y puerta de entrada de la cultura y religión occidentales y salida de oro y plata de América, en fin, la puerta de entrada y salida de todo lo bueno y malo que tenemos, además les dije que aquí purgaron penas muchos personajes de la historia, por ejemplo Benito Juárez, que estuvo preso un tiempo, e inclusive algunos de ellos terminaron sus días entre los muros de la fortaleza. Pero ellos inocentemente me pidieron que les relatase quién fue Chucho el Roto y les comenté algunos pasajes que recuerdo de aquella serie radiofónica que tuvo tanto éxito en el país al grado de que no se podía uno sustraer a riesgo de parecer ignorante o habitante de otro planeta. Pero al recorrer las celdas con muros de piedra muca (piedra caliza de origen coralino) impregnados de sudores y sangres pasadas no pude evitar recordar el poema “¡Adiós!”, escrito por Juan A. Mateos, que en alguna ocasión fue catedrático en el Instituto Literario del Estado de México, hoy Universidad Autónoma del Estado de México. Ese poema lo escribió con motivo de la inauguración del ferrocarril México–Veracruz, una de sus partes dice así:

Llegad en buena hora a las arenas abrazadas del Atlántico,
saludadle en vuestro nombre, decidle,
que él ha escuchado las quejas de vuestras tribulaciones,
recibiendo el bautismo de vuestras lágrimas y repetido las
armonías de vuestros cantos.

Habladle de nosotros y él os dirá en sus rumores que aún
oculta sobre sus olas encrespadas al eco de nuestras estrofas.
Visitad el castillo de Ulúa, preguntad por nuestro calabozo;
buscad el de Florencio Castillo, pronunciad ese nombre
sagrado en los recuerdos de la proscripción,
y cuando oigáis la campana de la fortaleza, descubríos la
frente,
porque a sus vibraciones salían los barcos llevando en su tren
fúnebre los cadáveres de los desterrados.

El Monitor republicano, 2 de enero de 1873

Resulta imposible quedarse con la duda sobre el personaje mencionado en el poema, por lo que se recurre a las ahora múltiples fuentes de información electrónica, y se logra saber que Florencio María del Castillo nació en la Ciudad de México en 1828; abandonó el estudio de la medicina para dedicarse a las letras. De ideas liberales, fue regidor del Ayuntamiento de México y diputado federal. Se opuso con energía a la intervención francesa y los invasores lo redujeron a prisión, remitiéndolo a San Juan de Ulúa, donde murió de vomito, en otra fuente se especifica que de fiebre amarilla. Su obra literaria es vasta, incluye principalmente novelas y artículos políticos y literarios. Todas sus obras de creación al modo romántico, de donde se desprenden reflexiones filosóficas y máximas morales, escritas, según un conocedor, en estilo elegante con rasgos poéticos, sin afectación ni oscuridad.

Para comprobar tales características de su obra, en seguida se transcriben dos párrafos (el inicial y el final) de “En un cementerio”, escrito en noviembre de 1851:

Era esa hora tristísima en que el sol dora apenas con sus moribundos rayos los celajes que vagan por el cielo: esa hora en que el ángel de la vida al ver partir la luz, cuando las flores cierran sus pétalos, cuando las aves enmudecen y el sueño se extiende como soplo de muerte sobre la creación, pliega sus alas, y alumbrando por el último dudoso resplandor del crepúsculo, se arrodilla y eleva sus suplicas al Señor, para que torne la luz a reanimar los campos y las criaturas...

¡Lloré, pensando que tal vez de pronto desearía que algunas lagrimas vengan a caer sobre mi tumba como un rocío!...

De regreso a tierra el caminante decide, antes de empezar, más bien empezar a continuar, a caminar por la ruta de Cortés, visitar algunas partes de la ciudad. Primero una breve visita a la Parroquia de Nuestra Señora de la Asunción, hoy Catedral, se informa al visitante que la primera construcción es de 1615, a base de madera de la antigua ciudad de Tablas. En 1700 se reconstruyó con mampostería. El interior es pobre, con las paredes manchadas de hongos que proliferan con la humedad, el ciprés es de gran tamaño pero no igual en atractivo artístico. Es Catedral desde el 15 de marzo de 1963. Esta iglesia dio nombre a un negocio muy famoso y presumiblemente próspero que existió enfrente de la portada principal con nombre de “La Parroquia”, su fama se cimentó en su especialidad: el café con leche. Sigue funcionando pero en un local mucho más amplio por el rumbo del malecón, de hecho son dos locales divididos por una calle, pero el de aquí del centro sigue funcionando y se le nombra la verdadera Parroquia. A pocos pasos, pasando por la simpática placita, está uno de los edificios característicos de la ciudad, el Palacio Municipal, se lleva el caminante la sorpresa de ver el edificio pintado de color rosa, o más bien un tono mamey claro con los remates y molduras en

blanco, mientras que lo usual y esperado era verle pintado en su totalidad del blanco perla que prevaleció por muchos años, así había sido en todas las visitas anteriores y se creía algo inamovible. Ya dentro se informa que en 1600 se estableció definitivamente en este lugar la Villa Rica de la Vera Cruz, y la parte más antigua corresponde a la Sala de Cabildos de 1615. Sala realmente impactante por su decorado singular y que el caminante presume, contagiado de la modestia veracruzana, que en una ocasión, en esa misma sala, recibió de manos del alcalde un testimonio de visitante distinguido a raíz de la participación en una reunión de la Asociación de Facultades y Escuelas de Ingeniería.

Según Mirelles, no existe consenso en cuanto al lugar donde Cortés fundó el primer ayuntamiento americano: “se ha prestado a confusión saber si el acto fundacional tuvo lugar en el arenal, o si sería en el siguiente lugar en que se asentaron, que es lo que hoy se conoce como la Villa Rica, 40 kilómetros al norte” (aunque este número de kilómetros me parece escasa). Pero aquí en Veracruz toman el asunto como un hecho, sin lugar a discusión, que la fundación se dio en este preciso lugar, un mural de mosaico que se encuentra en el cubo de la escalera del edificio del Ayuntamiento, que recrea aquel episodio, y la asociación de notarios aprovecha para echarse flores, al considerar que fue el inicio de una trayectoria de 488 años, el título del mural es “Primera Acta Notarial protocolizada en el Continente Americano”, y puesto allí con el patrocinio de los muy nobles Rotarios. Yo añado que, ciertamente, los notarios tienen una función importante, pero con los honorarios tan elevados que suelen cobrar la gente los tiene poco menos que por asaltantes en descampado. Se toma un respiro en la plaza para descansar y los recuerdos de visitas pasadas vuelven a abrumar al caminante, en las noches tibias, más bien calurosas, y no tan

calladas, es tradicional presentarse en esta plaza para escuchar a la Banda de Marina interpretando los más puros danzones para que la gente baile; las y los expertos danzoneros del puerto sacan a bailar a los turistas que al principio no saben qué hacer pero pronto el ritmo tropical con reminiscencias africanas y el calor humano les hace entrar en ambiente. Otro atractivo, principalmente de día, es ir al callejón anexo al ayuntamiento para tomar un helado de variados y sorprendentes sabores, como hay varios negocios tienen pregoneros para atraer a sus clientes, pero por alguna razón que sale del entendimiento del que no es de aquí, unos y otros se limitan a gritar sin descanso “güera, güera, güera,...No se puede dejar de mencionar a los grupos de jarana veracruzana que tocar a petición de los comensales de los restaurantes que están alrededor de la plaza, que piden sus melodías preferidas sin faltar la de “los hermanos Pinzones, que eran unos ... marineros”, pero no cabe duda que el mundo se globaliza, también por lo menos de forma contradictoria, se ven grupos norteros con acordeón y bajo sexto, pero no todo es miel sobre hojuelas también en la zona funcionan, algunos todo el día, antros de mala muerte donde dicen que frecuentan los *travestí* (hombres que se hacen pasar por mujeres), cosa que no puedo asegurar ni me interesa indagar.

Después se pasa al Faro Venustiano Carranza, obra del porfiriato y desde donde Carranza despachó por un tiempo como Presidente de la República cuando su investidura se desmoronaba y prácticamente el mundo se le estaba viniendo encima. Hoy son oficinas de la Armada de México, se iba en busca de un museo que allí estaba y se tuvo ocasión de visitar hace años, pero al llegar a la gran puerta un marino de guardia con uniforme blanquísimo, corta el paso al visitante y pregunta sobre el asunto que le lleva, al explicar el propósito dice que el museo ahora se encuentra en

otro lugar “a tres cuadras de aquí”, allá se dirige el caminante y cuál sería la sorpresa, muy agradable por cierto, que el museo ocupa el edificio restaurado de lo que fue la Escuela Naval. Es un museo histórico muy bien montado, pulcro y bien cuidado como los uniformes de los marineros que están a cargo de atender a los visitantes, es un interesante viaje al pasado que ilustra sobre los acontecimientos históricos relacionados con el mar y en particular con las embarcaciones, desde los mayas “los fenicios de América” hasta nuestros días. Particularmente interesantes son las salas que tratan e ilustran de la vida institucional de cuando funcionó la Escuela Naval. En esta parte se recrea una de las aulas donde se aprecia el orden y se adivina la rígida disciplina que debió imperar allí, también son dignos de mención los laboratorios de química y de instrumentos de navegación en donde los jóvenes estudiantes, marineros en cieme, aprendían la ciencia y las artes de la navegación. En otras salas se recrean episodios nacionales importantes como el sitio que puso Cortés a la Gran Tenochtitlán apoyado por 13 bergantines que mandó armar en Tlaxcala para estas acciones de guerra, en la maqueta correspondiente se ven los barcos acosados por un enjambre de balsas desde donde los soldados mexicas disparan flechas, piedras y algunas armas de fuego de las que capturaron de los españoles, pero como respuesta de los barcos rugen los cañones accionados con pólvora fabricada con azufre del cráter del Popo, todo ello en el marco de la maqueta de la gran ciudad desaparecida y un lago hecho de resina sintética. De particular interés para el caminante fue ver un mapa de la ruta de Cortés que presuroso se puso a copiar, o por lo menos anotar los datos que más puedan servir pensando en que algún día terminará, según el propósito que se espera siga firme, pues falta recorrer la mayor parte del trayecto. Al estar en esto el visitante se

percata de una omisión importante al no señalarse en ese mapa a Tlaxcala, siendo que resultó una de las etapas decisivas. Todo el museo está bien cuidado y atendido por jóvenes marineros (as), desafortunadamente, supongo que por la rutina o por tener que aguantar a gente de todos colores y sabores, la monotonía hace estragos en ellos y como consecuencia ponen cara rígida e impersonal, conducen a los visitantes con atención y respeto pero de forma fría y en algunos pocos casos hasta ruda, pero hay como en todo notables excepciones, una muchacha marinera en la sala correspondiente a la Segunda Guerra Mundial ofrece a los visitantes interesantes y amenas explicaciones, siempre con una bella sonrisa en los labios. El museo realmente merece una visita más prolongada pero como siempre el tiempo es el enemigo, ya sólo se recorre rápidamente la parte dedicada al Presidente Carranza, que muestra objetos que le pertenecieron y fotografías de los días de gloria y los de tragedia, incluyendo una que muestra su cadáver acribillado por las balas de un militar del ejército que se supone le debía lealtad, esta parte es la que estaba en el museo que se encontraba en el Faro Carranza, edificio que por cierto también luce una nueva cara muy elegante con fondo blanco, remates, molduras y ornamentos en un tono terracota de muy buen gusto.

Antes de iniciar la verdadera caminata, para no tener arrepentimientos posteriores, se hace una rápida visita a otros sitios de interés, primero el Baluarte de Santiago del siglo XVII, que formó parte de la muralla que tardó mucho tiempo en completarse y realmente no cumplió su función, en varias ocasiones Veracruz demostró su heroísmo, pero en la mayoría de ellas cayó ante los enemigos. El heroísmo de sus defensores y habitantes le valieron a Veracruz ser reconocida, por propios y extraños, como cuatro veces heroica:

- 1) Consumada la independencia, sin embargo, San Juan de Ulúa quedó en posición de España, su comandante Francisco Lemaur atacó la ciudad el 25 de septiembre de 1823. Pero la ciudad resistió heroicamente, en los 20 días que duró el asedio, se dispararon 6 000 granadas de calibre 36 y 400 balas de cuatro pulgadas
- 2) Un pastelero francés avecindado en Tacubaya afirmaba haber perdido en un motín callejero doscientos mil pesos en pasteles. Por lo que a la intervención francesa buscando indemnización de las consecuencias de varios hechos reales o supuestos como ese, que se llamó “Guerra de los pasteles”. El 28 de noviembre de 1838 tomaron la fortaleza de Ulúa, desembarcaron después y tomaron el Baluarte de Santiago, pero fueron rechazados nada menos que por Antonio López de Santa Anna a la cabeza, que iniciaba así su propia historia de héroe y de villano
- 3) La invasión ordenada por el gobierno de Estados Unidos, que fue del 5 al 8 de marzo de 1847. La fuerza invasora era descomunal en comparación con las que defendían el fuerte y el puerto, hubo actos heroicos pero la ciudad cayó, López de Santa Anna, a la postre otra vez en el poder, expresó: “voy a lavar la deshonra de Veracruz”, nada más injusto, pues la gente se comportó con patriotismo, no así el presidente, que perdió en Cerro Gordo y con ello la guerra
- 4) Veracruz fue nuevamente atacada por las fuerzas del imperialismo yanqui el 21 y 22 de abril de 1914, cuando aun ocupaba la presidencia de la República Victoriano Huerta, de triste memoria. El comandante militar de la plaza, general Gustavo A. Mass, escapó una hora antes de los combates en su auto Fiat rumbo a Tejería. Pero la población y los defensores se portaron a la altura, por ejemplo José Azueta, quién manejó valientemente la ametralladora, hasta caer acribillado por la balas del enemigo

El caminante, posiblemente afectado por los fuertes rayos del sol, se pone a pensar que faltaría la más importante y ciertamente la primera, al considerar la llegada de los españoles, incluyendo las expediciones de Fernández de Córdova, Grijalva y Cortés, el heroísmo correspondería a los naturales que, viendo aquello tan insólito, tuvieron la calma, entereza y curiosidad para indagar quiénes eran y qué querían. Se puede comparar aquello a la posibilidad de una visita extraterrestre en nuestros días.

Regresando al tiempo y lugar se informa el caminante que la construcción del baluarte se le atribuye al ingeniero militar Adrián Boot, que estuvo en Ulúa en 1615. De este personaje poco se sabe, parece que era holandés o francés, pero se ignora el lugar y fecha de su nacimiento y muerte. La *Enciclopedia de México* establece que en 1615 una flota de piratas holandeses invadió la bahía de Acapulco, aunque sólo intercambiaron prisioneros españoles por víveres, estos hechos y otros amagos semejantes movieron a la Corona a sustituir el primer baluarte por la Fortaleza de San Diego, la obra se construyó de 1615 a 1617 por el ingeniero Adrian Boot, a quien también se le atribuye haber participado en el diseño de las fortificaciones de Veracruz. Estando en Acapulco elaboró un mapa, considerado mundialmente como un valioso documento gráfico. Y ya que se toca el asunto del otro puerto en el Pacífico, es pertinente recordar que en 1565 desembarcó en el puerto de Acapulco Fray Andrés de Urdaneta, quién volvía de las Filipinas, dejando establecida la ruta de regreso de Asia por el Pacífico. Gracias a esa circunstancia, ese año empezó a navegar el galeón que por más de 200 años, con interrupciones frecuentes y a veces prolongadas, mantuvo el comercio español con Oriente: El Galeón de Filipinas llegaba a Acapulco, las mercancías eran trasladadas por tierra a Veracruz y de allí finalmente a la metrópoli,

por lo tanto el Fuerte de San Diego y el Baluarte de Santiago se diseñaron y construyeron para dar protección a ese comercio que tanto influyó en la historia de México. El baluarte de Santiago también es importante porque actualmente guarda el “Tesoro del Pescador”. Para explicar tan sugestivo nombre se cuenta lo siguiente: “resulta que un pescador de ostras dio con varias piezas prehispánicas de oro de hechura exquisita, quiso vender poco a poco el tesoro, y de hecho algunas piezas se perdieron de esta forma, pero al reconocerse el valor artístico e histórico de su hallazgo, se le incautó, y ahora se exhibe en el Museo del Baluarte”, es realmente una experiencia única ver esos objetos tan perfectos, esas bellas piezas dan idea de la riqueza de los regalos que recibieron los conquistadores y de lo mucho que se perdió para siempre al ser muchas joyas similares o de mayor valor, fundidas para hacer piezas de a ocho reales (pesos).

Después el caminante pasa por el Faro Benito Juárez, oficialmente Recinto de la Reforma, en lo que fue el primer templo franciscano donde se construyeron primeramente unas casas y una capilla que se quemaron en tres ocasiones: 1606, 1608 y 1618, al sufrir varios incendios la ciudad, por lo que se decidió en 1715 construir el templo y el convento con mampostería de piedra muca, se menciona que en ese año fue enterrada allí la bisnieta de Hernán Cortés de nombre Ángela Cortés de Arellano. En 1859 la Capilla de la Tercera Orden fue cedida a la Logia Unida Masónica. En 1871 se funda, en lo que fue el claustro, la Biblioteca del Pueblo, y otras partes fueron enajenadas donde funcionó un hotel y una cantina, en tiempos recientes se remodeló esa parte para un hotel de una cadena internacional. En 1872 se instaló en la torre del templo un faro con maquinaria traída de Inglaterra. Finalmente en 1968 el templo se declara Recinto de la

Reforma, por lo que ahora se encuentra dedicado a rendir culto a los héroes de la Reforma encabezados por Juárez, sus estatuas solemnes e inmensas arriba de altos plintos impactan al visitante que, sin embargo, piensa que no es su lugar. Al salir el caminante se percata de que existe en Veracruz una calle importante con el nombre de Hernán Cortés, lo que indica que posiblemente los habitantes de esta ciudad sean más benévolos con la memoria del conquistador o, por lo menos, tomen los acontecimientos históricos con más deportivismo. Finalmente, el caminante se acerca a lo que fue el edificio de la estación del ferrocarril, que se terminó de construir en 1911, aseguran que fue la primera estructura de concreto reforzado, el caminante lo duda, con materiales traídos de París, por ejemplo barras (comúnmente llamadas varillas) de sección cuadrada, junto con piedra de Peñuela; contaba con hotel y restaurante de primera, hospital y casa redonda (para que las máquinas de vapor dieran vuelta) y una subestación eléctrica, es decir, a la altura de las mejores estaciones de ferrocarril del Europa. Para el caminante resulta emotivo estar viendo por lo menos por fuera este edificio, al recordar un memorable viaje en tren desde la capital del país en compañía de su hijo Juan Carlos, poco después, cosa muy lamentable, se interrumpiría el servicio, y se piensa que México ya quedó incompleto sin los ferrocarriles de pasajeros.

DE CÓMO FINALMENTE SE INICIA LA RUTA, SE COMPRUEBA EL VIEJO DICHO “DEL PRIMER PASO EL MÁS DIFÍCIL” Y SE LLEGA A LA MUY BELLA CIUDAD DE LA ANTIGUA.

¡Ahora sí!, antes de que se haga más tarde se toma la ruta a La Antigua, que es la que se supone tomaron los conquistadores para entrevistarse con el mandamás de Cempoala, el trayecto tomará unas seis horas bajo el sol abrazador de Veracruz y sin llevar realmente una preparación adecuada en cuanto a ropa, tocado y calzado. Del camino que tomaron los conquistadores, si es que realmente partieron de aquí, no se cuenta con ningún dato y no creo que los haya, los detalles geológicos y topográficos no era algo que les preocupara o no tenían quien los registrara. Se toma pues el puente vehicular que salva las múltiples vías del tren y que en el otro extremo define el inicio de la carretera de cuota a Cardel. Después de muchas monótonas horas por la amplia zona suburbana, se distinguen las últimas colonias de la ciudad que llevan por nombre Chalchihuecan y Renacimiento. Cansado de ver pasar tantos y tan variados vehículos a gran velocidad se decide cambiar de rumbo, apoyado por un mapa de INEGI se camina por veredas entre casas paupérrimas e instalaciones industriales hasta llegar a un poblado deslucido de nombre Santa Fe, de allí, para no correr riesgos de extravíos, se decide seguir la vía del tren que va a Cardel y de allí a Xalapa. El panorama no es muy agradable, pues en el horizonte se ven grandes plantas industriales, entre ellas la más grande en su tipo donde hacen tubos de acero para formar los conductos que llevan el petróleo y el gas desde las zonas de producción a los centros de consumo o exportación. Al pasar un estrecho puente que cruza un pequeño río de aguas contaminadas, llama la atención del caminante una gran tortuga

con la cabeza levantada asoleándose en una piedra que sobresale del agua y se pregunta cómo pueden sobrevivir estos animales en aguas tan pestilentes. Camina después de esto apachurrado por el recuerdo de esa imagen y también por los rayos del sol que caen a plomo, dejando todo aparentemente inmóvil, los pasos que se dan parecen no lograr avance alguno, solamente queda ese sopor que ni los insectos quieren enfrentar. Pero sin poder creerlo, ya con el sol declinado, por fin se divisa, después de una curva en la vía, el puente que cruza el río La Antigua, que señala que el poblado del mismo nombre ya está cerca y, por lo tanto, finalmente, cumplir el destino del día. A poco se encuentra el famoso puente colgante que permite a las personas pasar el río, el puente tiene unos 40 metros de longitud, se soporta por dos gruesos cables de acero que pasan su carga a pilones de concreto en los extremos, así como grandes muertos donde los cables están anclados, la calzada es de tarimas de madera. Como la gente pasa en una y otra dirección a su propia cadencia, el puente se bambolea y se mese de forma alarmante, los pobres que no somos del lugar caminamos de forma errática e insegura, lo que es aprovechado por los lugareños para pasar un buen rato a su costa, la recompensa es que inmediatamente de pasar el puente ya se está en Antigua. Algo puede aclarar la *Enciclopedia de México* sobre lo que fue y es este lugar: “el 22 de abril de 1519 Hernán Cortés desembarcó en los médanos fronterizos a la isla de San Juan de Ulúa (Calchiuecan) donde ahora se levanta la ciudad de Veracruz, y como era Viernes Santo, día en que la Iglesia católica venera a la cruz desnuda, después del descendimiento de Jesucristo, pensó en fundar una villa que llevara el nombre de Vera Cruz. Días más tarde (posiblemente día de la Santa Cruz) fue designado el Ayuntamiento, pero el sitio para la fundación

se localizó unos 80 km al norte, sobre la misma costa y frente al poblado indígena de Quiahuiztlan. En ese lugar permaneció hasta diciembre de 1525, en que se trasladó a la margen izquierda del río Huizilapan (hoy río de La Antigua) y en 1599 comenzó el cambio definitivo al sitio original del desembarco”.

En otra fuente se establece que La Antigua fue fundada en 1524, por lo que afirmar que formó parte de la ruta, ya como pueblo natural o español, no es correcto como quieren hacer creer en el mismo pueblo, aparentemente haciendo caravanas turísticas con sombrero ajeno, según se aclara más adelante

Mientras el caminante se ubica y se repone con un helado de guanábana en la mano, medita sobre lo que significan algunos de estos hechos resumidos en la historia oficial. Cortés fraguó en estos parajes la idea de crear un Ayuntamiento, a pesar de que su contrato se lo prohibía, de esta manera, por medio de un plumazo a su más puro estilo, se transformó de rebelde fuera de la ley a ser la propia ley, dejando al gobernador de Cuba, su socio y supuestamente jefe, con un palmo de narices. También en estas regiones recibió a los embajadores de Moctezuma que, de forma ceremoniosa y excedida en respeto, le invitaba a regresar sobre sus pasos, así como también otra embajada por parte del cacique totonaca de Cempoala que le invitaba a visitar su lugar y le daría la clave para visualizar el verdadero estado de las cosas, con esos datos y en estos lugares tuvo los elementos para trazar su maquiavélico plan al percibir la gran grieta en el poderoso imperio de Moctezuma, grieta que le permitiría llegar hasta el corazón mismo del imperio, atravesar su pecho y sacarlo con la misma cuchilla de obsidiana que le tenían preparada para su supuesto sacrificio.

La Antigua fue sede del original Ayuntamiento por 74 años y, por consiguiente, ciudad importante como puerta de Europa, esos años dejaron huella profunda que el caminante tratará ahora de descubrir. Allí encuentra, en primer lugar, el templo de Santo Cristo del Buen Viaje, que el día de la visita estaba siendo remozado en su exterior para dejarlo de un tono blanquísimo casi segador, pero en el interior los hongos hacen su labor destructiva, es como una vida que destruye el pasado; es por ello que en esta zona los templos lucen pocos adornos y pocos son los retablos de madera que quedan, seguramente comidos por hongos y diferentes clases de bichos, es el trópico creador de vida y destructor del pasado. Pero por el milagro de la persistencia de la gente devota, en el altar del templo se conserva la talla del Cristo del Buen Viaje, flanqueado por las banderas de México y España dispuestas en jaras.

Ya en el exterior, pasando la plaza que siendo pequeña es bella, se observa la construcción que sirvió como Ayuntamiento en los años en que funcionó en este lugar, se trata de una construcción sencilla, un par de cuartos con techo de teja a dos aguas, al frente un portal o terraza que se forma con la prolongación del mismo techo de teja soportado por cuatro columnas de sección cuadrada. El piso se encuentra como un metro por arriba del nivel de la calle, por lo que el acceso es por una escalera cuyo inicio se encuentra en pleno arroyo de la calle. La entrada es una puerta de madera que simula ser antigua, pero de todos modos ya carcomida por los bichos del trópico, arriba de la misma una campana y al lado una placa que informa de la rehabilitación del inmueble en el gobierno de López Portillo

Después de ello se dedica tiempo a recorrer la plaza, en el extremo sur se ve un monumento de 2004 que conmemora, o enfatiza, la hermandad entre las ciudades de Cádiz, España y

Veracruz, México, es una especie de pantalla con mosaicos en sus dos caras, la del frente representa en un estilo modernista la fusión de las dos culturas y la del reverso, en el mismo estilo, a los conquistadores, resaltando los dos elementos principales en que basaron su éxito: el caballo y doña Marina. En el lado oriente de la plaza destaca la Casa de Cortés, que seguramente no tuvo tiempo de habitarla por estar entretenido en conquistas, descubrimientos y pleitos para tratar de justificar sus medios. Ya no se ven más que ruinas, unos muros de ladrillo y adobe que pronto quedarán reducidos a nada si prosigue la labor destructiva de la vegetación y la todavía más efectiva y rápida de la gente que transita libremente por el lugar, y qué bueno que así sea, pues la gente tiene derecho a disfrutar de los restos del pasado, pero pronto ya no quedará nada y la gente que venga después se tendrá que conformar con relatos o fotografías. Los árboles aprisionan con sus raíces los muros como si fueran tentáculos de grandes calamares mientras la gente hace del lugar algo familiar y cotidiano, varios niños juegan entre las ruinas y los vendedores persiguen a los visitantes fuereños con la esperanza de hacer alguna venta. Los muros están hechos con una combinación de ladrillos y piedra muca, que es una caliza metamórfica de origen coralino, pues muestra en sus caras restos fosilizados de conchas antiguas, que forman una especie de abanicos que los albañiles supieron arreglar de forma interesante. El mortero para unir piedras y ladrillos es de gran dureza, la gente del lugar dice que para hacerlo le agregaban concha molida, yema de huevo y resina vegetal, habrá que creerles pero no se ha encontrado evidencia documental que lo respalde, además es un hecho que la materia orgánica se deteriora y, por lo tanto, en contra de la pretendida dureza. Mientras el caminante hacía sus notas, observó

a dos muchachas, posiblemente totonacas, que portaban en una armazón metálica muchas y variadas artesanías para vender, pero ante la escasez de visitantes se dedican a platicar animadas y con desparpajo en su lengua, que se parece al canto de las aves de la región, a una de ellas se le cayó parte de su mercancía, cosa que les dejó sin cuidado, creo que el caminante se preocupó más. Pero hay que ir con cuidado por el lugar porque luego sale gente aprovechada, por ejemplo los que ofrecen conducir a los incautos al cuarto donde dormían doña Marina y Cortés, pero eso si no pasa ni como broma.

Faltan muchas cosas por ver, pero ya el tiempo se terminó, ya casi no hay luz natural, por lo que se pasa a un puesto de los que hay alrededor de la plaza para comer una picadita y una empanada, lo cual sirve para calmar el hambre atrasada, así como un agua de horchata para la sed, de esta manera el caminante se dice satisfecho de lo que hizo y vio en este día y emprende el regreso. Primero una caminata agradable, por el clima fresco del anochecer y los constantes saludos de la gente que pasa, de poco más de un kilómetro hasta la carretera de cuota a Cardel por donde pasa el transporte público frecuente y rápido. El autobús lleva primero al viajero a Veracruz y en la misma estación se toma otro a Piedras Negras, aunque hacen que el viajero tenga que salir y volver a entrar, aunque sin entender porqué. Cuando el caminante cansado pensaba que regresaría a descansar a buena hora, se encuentra que en Tlalixcoyan no hay forma de pasar, pues la carretera se encuentra cerrada por el asunto de la comparsa. Los pasajeros, para no estar dentro del autobús que parece un horno de panadero, preferimos salir a ver los carros alegóricos, cuyo diseño y manufactura muestran la inventiva, buen humor y fijaciones de la gente, muchos jóvenes en

los carros, o como continuación y cola de los mismos, bailando al ritmo de la música tropical amplificada hasta herir los oídos por esos aparatos modernos de miles de vatios de potencia. Una gran plataforma patrocinada por los distribuidores locales de la cerveza Sol cierra el desfile, tiene la forma de una embarcación egipcia iluminada por innumerables foquitos de colores y dentro la animación corre a cargo de unas 10 damas, seguramente bailarinas profesionales, con trajes de luces realmente pequeños y tocadas con altas plumas de colores chillantes. Mientras bailan reparten dulces, llaveros y otros objetos a la gente. Este carro fue el que causó más alboroto, mientras que los pobres jóvenes locales de a pie apenas y lograban algo de atención, posiblemente de familiares y amigos. La comparsa dio dos vueltas al pueblo, y para esto ya se había formado una inmensa cola de vehículos que esperaban que se les diera paso, los policías de tránsito hacen su agosto aceitando o desaceitando las cosas, según el criterio de los conductores, para que la maraña de vehículos se mueva; el operador de nuestro autobús se puso listo y se arregló con los encargados de una grúa para que le dieran paso y así, finalmente, pudimos proseguir. Al llegar a Piedras Negras me siento aliviado, camino las pocas cuadas al hotel Flores del Valle para reponerme de un día intenso pero ciertamente bastante agradable.

DE CÓMO SE DECIDE ATENDER AL LLAMADO DE LA ANTIGUA Y LAS MUCHAS SORPRESAS AGRADABLES QUE ALLÍ SE ENCUENTRAN Y CÓMO SE CAMINA A CIUDAD CARDEL SIN HABER PODIDO LLEGAR A CEMPOALA

El 4 de abril de 2007, Miércoles Santo, se decide regresar a La Antigua porque son muchos los lugares que faltan por visitar, antes de reanudar la ruta precisamente en ese lugar. Se toma el autobús antes del amanecer, para las ocho y media de la mañana el caminante ya se encuentra en la terminal de Veracruz listo para tomar otro autobús con dirección a Cardel, pero deberá bajar en el Puente de La Antigua. Así se hace, y al llegar se encuentra un día esplendoroso con calor todavía soportable, se camina con buen ánimo el kilómetro que hay de la carretera al poblado, en el trayecto se observan algunas iguanas con movimientos torpes, ya que el calor del sol no ha sido suficiente para calentar sus cuerpos, en cambio el caminante siente los estragos de los rayos infrarrojos en los brazos y el cuello a pesar del paliacate que tuvo cuidado en poner. Se llega pronto a las calles empedradas del pueblo, la gente conserva la buena costumbre de saludar a los que se cruzan por el camino con el clásico “buenos días”, y como magia ya se toma más interés en lo que se hace. Mientras se continua la caminata se recuerda haber leído en un libro de José Saramago en que alguien le saludo con “buen día” y le replicó que cuál era la causa de tal ahorro en los buenos deseos, desde entonces saludo con el buenos días como hacen aquí los lugareños. Los pasos llevan a la plaza donde se encuentra La Ceiba, punto turístico de primera magnitud, allí se compra fruta para desayunar y mientras esto se hace, se admira el gran árbol, un letrero cortesía del restaurante Las delicias marinas, informa al visitante que : “según la tradición en este majestuoso árbol amarró el conquistador sus naves en

1519 en su arribo a este lugar, aquí pasaban las márgenes del Río Huitzilapan (unos 100 metros de la margen actual), La Ceiba ha perdurado porque vuelve a retoñar”. Dudoso que haya ocurrido de esta manera porque el río, si bien caudaloso, no tiene el fondo necesario y además no mencionan los conquistadores algo parecido en sus crónicas, pero aquí todo lo relacionan con el paso de los conquistadores, si los turistas quieren creer, que crean. Un hotel cercano lleva el nombre de Malinche, aludiendo a Cortés y no a doña Marina, en la entrada se ve una armadura hecha probablemente en un taller de herrería local con más buena intención que conocimientos y material apropiado, en la fachada del edificio se encuentra un lienzo colgado en el dintel de la entrada representando a Cortés a caballo seguido por sus soldados y sus lenguas (traductores), así como una representación de la supuesta ruta que siguió y que por cierto quedó incompleta como bien lo hacen ver las personas que lo ven según la familiaridad que tengan con los lugares y de su procedencia, bueno, realmente no hay porque ponerse tan exigentes. Además en algunas casas grandes y merenderos, se ven mosaicos representando la llegada de los navíos o el episodio de la quema de los barcos por órdenes de Cortés, representando la escena con muy buena imaginación posiblemente inspirados en algún cuadro antiguo de la Batalla de Lepanto; aunque la verdad no los quemó sino que “les dio de través”. Otras tradiciones establecen que la talla del Cristo del Buen Viaje fue regalo del conquistador una vez que se convirtió en Marques del Valle y que en la Ermita del Rosario se conserva la pila bautismal labrada por manos totonacas donde el primer bautizado fue su príncipe de nombre Huitzili, aunque este vocablo según entiendo es náhuatl y significa colibrí, por lo tanto el río será en honor de esos infortunados pajaritos que desde esas

épocas hasta nuestros días son perseguidos para transformarse en amuletos protectores, antes invocando la protección del dios Huitzilopochtli, ahora de quien sabe qué espíritus. Tocado por la curiosidad el caminante decide visitar la dicha ermita y al llegar se percata de que en efecto es muy bella, pequeña de un estilo infantil y primitivo, un anuncio patrocinado por el mismo negocio del que se vio en La Ceiba, establece: “Esta capilla fue la primera en América construida en 1523, su arquitectura es de tipo español con una espadaña para tres campanas. El Cristo y las vírgenes son tan antiguas como ésta junto con las 12 caídas del Señor que están en el atrio hechos de mosaicos de Talavera, único en América”. Los dominicanos que llegaran a visitar la ermita seguramente se indignarían porque muchos años antes Cristóbal Colón mandó hacer una capilla en el Cibao, hoy la Vega, y poco después se inició la catedral en Santo Domingo, a menos que América se interprete como el continente sin sus islas. Además al ingresar a la capilla, el caminante se percata que las vírgenes aludidas, una de bulto y otra una reproducción enmarcada, son representaciones de la Virgen de Guadalupe del Tepeyac, por lo tanto no pueden ser de 1523 porque la famosa aparición no había ocurrido, que de hecho fue en 1531. Pero la verdad todo esto se explica y justifica, aquí en La Antigua los visitantes buscan fantasías y las encuentran. De la ermita se puede decir que la parte posterior es más antigua con una bóveda muy gruesa de cal y canto, en cambio la del frente tiene muros más delgados y techo de terrado sobre vigas a dos aguas. Una lámina de latón confirma lo que el caminante observa, ya que registra que en 1695 se realiza la primera intervención importante que consta del aumento del segundo cuerpo, la barda atrial y la espadaña. El visitante ya estaba por salir y por poco se pierde de ver otra placa que se encuentra algo oculta, en ésta

se da constancia de la Reunión de los Hermanos Franciscanos llevada a cabo en este lugar el 13 de mayo de 2001 para celebrar 477 años de la llegada de éstos a México y presidida por Fray Gonzalo Santillán Pérez OFM. “Hoy en el marco del año jubilar en que llegó el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo, traídos por los primeros 12 misioneros franciscanos a esta tierra mexicana el 13 de mayo de 1524. Con ellos se dio principio al establecimiento de la iglesia en México conforme acuerdo del Papa Adriano VI”. Pero se tiene el dato de que realmente no fueron los primeros, ya que un año antes arribaron los tres hermanos de la misma orden de origen flamenco encabezados por Fray Pedro de Gante. Pero no hay que ser aguafiestas aquí en La Antigua, sobre la mencionada placa se hace la lista de ellos: Martín de Valencia, Francisco de Soto, Martín de la Coruña, Juan Suárez, Antonio de Ciudad Rodrigo, Toribio de Benavente, García de Cisneros, Luís de Fuensalía, Juan de Rivas, Francisco Jiménez, Andrés de Córdoba y Juan de Palos.

Este momento fue muy emocionante, realmente el caminante queda conmovido, al imaginar el paso de esos 12 misioneros, pobres en su vestimenta pero ricos en ideales y propósitos, que con la eficiencia y discreción franciscanas lograron cimentar la religión y la cultura europea en México, su presencia sigue viva en varias regiones del país, por ejemplo Fray Martín de Valencia, que es venerado en Amecameca, Tlalmanalco, Chalco y la ciudad de México, no se diga de Toribio de Benavente, que dejó con sus actos una tradición perdurable de bondad que ameritó su mote autóctono de Motolinía. Es motivo de alegría el haber visitado la Ermita del Rosario, pero se debe reconocer que en estos lugares ha resultado bastante difícil concentrarse y registrar notas, como se ha hecho en otros lugares menos calurosos y menos embriagantes, y

es que el ambiente tropical con la esencia y la llamada de la diosa del verdor y la exuberancia, invita más a la holganza y la búsqueda del placer que al trabajo, por lo tanto después del esfuerzo que significó ver y escribir sobre la ermita, el caminante dormita un rato en una banca del atrio circundado por los mosaicos, supuestamente muy antiguos que representan las caídas de Jesús, se arrulla con el canto de las aves y el zumbido de los insectos hasta que a un señor en el solar vecino se le ocurre juntar un montón de hojas secas y prenderles fuego, y a consecuencia se formó una nube espesa de humo que se negaba a subir, quedándose, también adormilada, debajo de la copa de los árboles, esto dio fin al momento de descanso, y qué bueno que así haya sido porque todavía hay mucho que ver y hacer. El caminante se dirige hacia el río porque el día de ayer escuchó algunos pregoneros que usan de esos altoparlantes de baterías para invitar a los turistas a un viaje en lancha para visitar las maravillas regionales como las dunas, la boca del río, la playa donde desembarcó Cortés y muchos otros atractivos que el visitante no debe perderse. Al llegar al embarcadero salen con que es muy temprano, las once del día, y por lo tanto no hay clientes, y sin clientes no hay servicio, menos mal que unos minutos después se presentaron tres jóvenes, un muchacho y dos muchachas, que pidieron el servicio y así el lancharo finalmente accedió a partir aunque hizo sus maniobras de la forma más lenta posible con la esperanza de que apareciera algún otro cliente incauto. Se navega por el río a buena velocidad y se tiene el espectáculo de muchas aves de diferente tamaño y color, pero seguramente nada comparable a lo que vieron los ojos de los conquistadores cuando la región era prácticamente natural y pudieron ver mucho más especies de las que hoy existen por ejemplo guacamayas y quetzales. Se llega a las dunas que resulta

un lugar muy interesante con esos altos montículos de arena negra donde crecen matorrales espinosos con sus espinas en la forma de cuernos de toro y, en efecto, así les llaman “cuernotoro”. El lanchero deja que sus clientes vean, tomen fotografías y se deslicen por las dunas para luego llamarles para proseguir el viaje, así se llega prácticamente hasta la desembocadura del río donde colocaron un muelle provisional hecho con costales llenos de arena y en seguida un par de carpas patrocinadas por la compañía de cerveza que se dice con más ventas en el mundo, sin saber si realmente es así y mucho menos comprender la razón, en las carpas venden comida y bebida y se disputan “a capa y espada” los posibles clientes. Es nada más y nada menos que la famosa playa de Chalchihuecan, donde se tiene oportunidad de nadar en la playa de agua salada o la de agua dulce. Estando aquí no se puede menos que meterse a ambas, la del mar no es muy placentera porque las olas rompen de forma muy continua, en tropel, y además se presentan en varias direcciones encontradas, por lo que el bañista tiene que hacer bastante esfuerzo para no ser revolcado y poder mantenerse a flote. El agua, además, contiene los lirios y ramas que el río arrastra, mismas que quedan suspendidas cerca de la orilla, dando la sensación de que algo o alguien toca las piernas de forma sensual pero tétrica, la playa misma está llena de plantas secas y troncos de diversos tamaños y formas que le dan la apariencia de un inmenso cementerio vegetal. Y al estar en este lugar tan especial el caminante, por un momento transformado en nadador, se pone a pensar que la hipótesis de que aquí fue el desembarco y no en lo que hoy es Veracruz tiene sus buenas razones, como las siguientes:

- a) La presencia de abundante agua dulce del río, lo cual es valorado por cualquier expedición desde el mar, y con ello la

presencia de vida, aún hoy a pesar de la contaminación hay pescado de diferentes especies, así como aves diversas de gran variedad de tamaños, formas y colores

- b) Madera, mucha madera para hacer las chozas y la capilla que describe Bernal Díaz en su crónica y que construyeron aquél Viernes Santo de 1519, así como combustible para cocinar los alimentos
- c) Eran dominios totonacos, pueblo que sabía producir y preparar alimentos y estaban tentados a una alianza con los extranjeros. Es posible que la rica variedad de alimentos que les prepararon haya contribuido a la decisión de los conquistadores de no regresar a sus lugares y así optar por el propósito de conquistar; además de la ya natural y exagerada codicia por el oro con la venían de principio armados los españoles

Si fue o no fue, no se puede saber, y además estando aquí se puede creer lo que sea, por lo menos se piensa que fue muy buena idea venir a este lugar, al estar en tan raro y singular paraje se comprende y se vive lo descrito por Bernal Díaz en los primeros días de los conquistadores en estas tierras.

Ya sólo queda tiempo de probar la playa de agua dulce –tranquila y tibia– sin los revolcones del mar. El lanchero quedó de regresar por su pasaje a la una y media mientras que lo hizo una hora después, los tripulantes de otras lanchas, viendo mi soledad, me dijeron que “esos” son muy informales, que dejan a sus clientes varados, que para otra ocasión mejor contrate una lancha de ellos, “los buenos”, que son más serios y responsables. Y la verdad no se sabe si se presentará otra ocasión, por lo pronto se puede decir que se perdió una hora, pero, sin embargo, en un lugar tan especial ningún tiempo se puede considerar perdido.

De regreso al pueblo toca ver a los Voladores de Papantla, que por unas monedas que les dan los turistas arriesgan la vida al subir a ese altísimo mástil ceremonial para luego descolgarse de cabeza como aves o mariposas fantásticas en sucesivas vueltas. Primero hacen un ritual en tierra haciendo signos hacia los cuatro puntos cardinales al ritmo de una flauta y un pequeño tambor, momento que seguramente aprovechan para darse valor, luego ascienden y repiten su rito pero en las alturas, haciendo latir más fuerte los corazones de los observadores, preparan sus respectivas cuerdas para que se vayan desenredando poco a poco, aspecto vital para sus propósitos, finalmente se echan a volar atados de los pies y, por lo tanto, cabeza abajo, impacta la resistencia de estos voladores enfundados en sus trajes de colores cubiertos de chaquiras, que representan aves y mariposas de vistosos colores, trajes ya ajados, que seguramente ya han estado en muchos pueblos y ferias pero que conservan su atractivo y simbolismo. Algo que es agradable en La Antigua, además de su fisonomía pueblerina, el río, la playa y sus historias reales o ficticias, es comer. Para ello recomiendan al visitante ir a los lugares cercanos al río para probar los platillos propios del lugar como las mojarras negras de agua dulce, pero hay que tomar en cuenta que junto con la cuenta de la comida cobran el paisaje. En el restaurante Las delicias marinas, ya antes mencionado, además de ofrecer los platillos típicos de Veracruz tienen para amenizar un grupo de bailables regionales. Pero también hay puestos modestos donde se come bien y barato, que es lo que decide el caminante, en parte por el presupuesto y principalmente porque el tiempo se termina, así es que después del espectáculo de los voladores y tomar un tentempié, el caminante por fin reanuda la ruta, para ello se cruza el puente colgante, que es entrada y salida natural del pueblo.

Varios jóvenes bañistas bajo el puente retan a todo el que pasa a arrojar una o varias monedas que ellos seguramente sacarán del agua, lo cual resulta también entretenido; esos jóvenes, en efecto, sacan más rápido que veloces las monedas que le avientan, se supone que es un negocio para ellos, de lo contrario no lo harían, pero se les ve tan despreocupados, como a casi todos en el pueblo, flotando entre las pequeñas olas del río, que se podría pensar que les da lo mismo si los turistas tiran o no monedas. Se prosigue por una larga vereda cubierta por frondosos árboles cuajados de pájaros de diferente color y canto, con lo que se confirma parte de lo escrito por los cronistas españoles acerca de tantas y tan variadas aves que vieron que seguramente eran más que ahora, pues muchas han desaparecido desde aquel tiempo. Pero desafortunadamente tal maravilla termina y se debe escoger si caminar por un lado de la carretera o por la vía del tren, se escoge esto último porque es menos ruidoso, menos riesgo de perder la dirección y más seguro, pero el balasto tiene bordes filosos y desgasta pronto los zapatos, se puede caminar sobre los durmientes, pero su separación no concuerda con el paso natural del caminante, por lo que se debe ir dando pasos muy cortos o bien, muy largos, tratando de pasar de dos en dos, de cualquier forma, al cabo de algunos kilómetros, resulta cansado. En algunos tramos el caminante se aventura a salir de la vía para atravesar las granjas donde puede ver los árboles frutales y por un momento disfrutar de la sombra y de la música de las aves, pero esos oasis son sólo intermitentes; en otros tramos se camina entre campos de labor dedicados a la producción de caña de azúcar, allí no se encuentra ningún árbol, es la época de la zafra y el ambiente se llena de un olor a miel quemada y fermentada por el sol. Al principio resulta novedoso y casi agradable, pero luego de un rato

de lo mismo el caminante va como borracho con la cabeza dando vueltas y desacompasado. Finalmente, otra vez sobre la vía del tren, se llega al segundo puente sobre el río La Antigua, que en estos parajes ya dejó de ser majestuoso por lo menos en esta época del año y ahora es una corriente cualquiera que transcurre errático entre piedras y bancos de arena y grava. El gran puente debe ser obra de fines del siglo XIX, con sus grandes miembros de acero unidos por una infinidad de remaches, es de paso a través, es decir, el tren pasa por en medio de dos grandes armaduras, más bien debería escribir que pasaba o pasa muy de vez en cuando, porque en las casi cinco horas que duró la caminata no se vio ningún tren. Pasando el puente ya es Ciudad Cardel, al poco de seguir caminando se llega a la estación del tren que es, o era, pequeña y convencional, y da la sensación de abandono como tristemente sucede ahora en casi todas las líneas férreas del país. Se cambia de dirección tomando hacia el norte, para en pocas cuadras llegar a la plaza pública, amplia pero sin algo que le quite su fisonomía convencional y un poco monótona, un quiosco en el centro trata de romper ese estado de cosas sin lograrlo del todo, aunque se debe recalcar que el ambiente provinciano definitivamente si está presente; una placa al lado indica que en 1975 se declaró Ciudad a la anterior Villa de Cardel y, en efecto, aquí todo es nuevo. Sólo hay tiempo de comprar un helado de limón que ayude al caminante a combatir el mareo y pasar a una rapidísima visita a la capilla de San Francisco, que es una estructura moderna de concreto reforzado con techo de placas plegadas, el decorado es convencional y ya se notan los estragos de los hongos y otros bichos que no les importa el estilo arquitectónico ni la época de construcción, agarran parejo.

Si los conquistadores pasaron por este lugar no lo mencionan, y de haber habido un pueblo autóctono su nombre original no se registró. Desafortunadamente se fue el día, el propósito era llegar a Cempoala como lo hizo Cortés, no se pudo cumplir, a pesar de que está relativamente cerca de aquí, a unas dos o tres horas a pie, pero ya el sol se oculta y además el caminante está agotado, como que una extraña fiebre tropical le atacó o simplemente el sol implacable hizo su efecto, el caso es que el cuerpo se siente como si hubiera recibido una especial y contundente paliza. Así es de que se determinó regresar a Piedras Negras en dos autobuses, uno a Veracruz y otro por la carretera a Córdoba, pasando por Mata Espino y por una desviación al destino, esta otra ruta, tardíamente se descubre que era mejor, sin el riesgo de las comparsas. Y por lo pronto esto será lo único que se haga de la Ruta de Cortés en estas vacaciones porque mañana se ha decidido regresar a casa para atender a la familia.

DONDE SE RELATA UNA CORTA VISITA A TLAXCALA Y CÓMO SALEN AL PASO LAS IMBORRABLES HUELLAS DE LA ALIANZA

En la Semana Santa de 2008 se tiene la oportunidad de hacer otro tramo o jalón de la Ruta de Cortés, esta vez con base de operaciones en la ciudad de Tlaxcala, que resultó escala determinante para los propósitos del capitán y conquistador, pues logró, no sin grandes dificultades, la alianza de los tlaxcaltecas. Se viaja en automóvil desde Toluca y se hace lo más temprano posible para tratar de evitar el tráfico al cruzar por la descomunal mancha urbana de la ciudad de México, se llega por lo tanto temprano al centro de esta bella ciudad de tamaño más apropiado a la naturaleza humana,

capital de uno de los estados de menor superficie, pero de amplia importancia histórica. En la atractiva Plaza de la Constitución se encuentran trabajadores y máquinas en plena actividad limpiando los pasillos y arreglando los jardines para que en la ya próxima jornada por iniciar, locales y extranjeros disfrutemos de una ciudad que quiere mostrar su mejor cara. En las esquinas de la plaza y en la cercanía de otros lugares públicos se han colocado grandes esculturas de bronce debidas a la creatividad de Juan Soriano que, como el caminante, se encuentran de visita pero más prolongada. La gente pasa al lado de las grandes y raras figuras de una fauna fantástica como si no existieran o siempre hayan estado allí, sólo algunos despistados nos detenemos a ver, juzgar y hacer comentarios, cumpliendo así espontáneamente con los propósitos de la autoridad que organizó su exposición y sobre todo del artista que, con o sin buscarlo, su obra impacta.

Después una primera visita al Palacio de Gobierno, edificio que se formó al amalgamarse varios inmuebles antiguos de diferentes estilos y épocas, en particular se va con la intención de observar el mural denominado “La historia de Tlaxcala”, obra monumental del artista y cronista local Desiderio Hernández Xochitlcotzin, que pintó su obra en varias etapas 1956, 1986 y 2000. Según informan a los visitantes, se trata de un fresco sobre muro directo que cubre 450 m², es decir, una barbaridad. Al señor Desiderio se le considera el último de los grandes muralistas mexicanos dedicados a rescatar lo antiguo y la esencia nacional, y que por cierto se entera que murió recientemente, parece que el año pasado; queda su obra. Se piensa que seguramente su segundo apellido influyó mucho en el destino y obra de este ilustre señor. Para el gusto del caminante, que apenas se está preparando para serlo, aunque nadie le pida su opinión, resultan los murales muy cargados y con demasiado

colorido; los rojos y amarillos, los azules y verdes lastiman la vista y el cerebro, los múltiples y variados personajes hacen que los ojos brinquen de una escena a otra en una profusión de gente, plantas y objetos que, sin embargo, quedan estáticos como si ellos fueran los espectadores. No faltan obviamente los motivos relativos a Cortés, pero el autor, como debe de ser, da mayor importancia a los gobernantes y pobladores tlaxcaltecas. No falta por allí un par de escenas en donde aparece doña Marina, en una de ellas como testigo de la conversión, por medio del bautizo, de los cuatro señores de lo que en términos modernos se le llama La República de Tlaxcala; a doña Marina se le observa con facciones simples, además de pasiva y distante.

Antes de continuar tratando de ver y entender la riqueza histórica y cultural de la localidad, conviene buscar alojamiento. Se pasa al Hotel San Francisco, que ocupa una casona remodelada que guarda mucha de la historia de la ciudad, muy atractivo y elegante, pero un poco fuera de presupuesto. Se decide por otro de menos estrellas y abolengo llamado Alifer, que resulta por lo menos, o por lo más, cómodo y aceptablemente aseado, además cercano al centro histórico. El encargado no quiere aceptar que se le pague por las cuatro noches que se piensa estar, el pago debe hacerse por día, y así se hace. En el interior se piensa que así es mejor, por si algo no gusta hay oportunidad de cambiarse. Ya con la tranquilidad de contar con un lugar donde estar, se decide seguir con la visita por la ciudad, y qué mejor que dirigirse al muy importante conjunto religioso de la Catedral de Nuestra Señora de la Asunción, patrona de Tlaxcala, que también comprende el antiguo monasterio, hoy museo regional, y la capilla abierta. El camino al templo es por una bonita y amplia calzada empedrada que asciende desde el nivel de la plaza a la loma donde se

encuentra la Catedral, hay árboles de diferente tamaño, desde el grande hasta el gigantesco, aparentemente están en desorden pero que definitivamente le imprimen un marco esplendoroso al conjunto. A medio camino del ascenso se encuentra una mampara con la siguiente información para el visitante:

La Catedral de Nuestra Señora de la Asunción es uno de los cuatro primeros conventos de América. La construcción de este conjunto arquitectónico data de 1537. Cuenta con dos atrios, uno en la parte alta, delimitado por tres grandes arcos que sostienen un paso de ronda que une al campanario con el claustro, históricamente esta área es importante por haberse realizado las primeras obras de teatro en lengua náhuatl, conserva además una capilla posa. La fachada de la iglesia conserva lo austero de las primeras construcciones de este tipo y se identifica el cordón franciscano grabado en piedra, su interior guarda una gran cantidad de obras de arte como su techo artesonado de madera estilo mudéjar, considerado uno de los más grandes y mejor conservado en toda América, cuenta en su extremo derecho con cuatro capillas, la primera dedicada a Cristo de Centi o de Cortés, elaborado en el siglo XVI con pasta de caña de maíz. La segunda dedicada a la Virgen de Guadalupe, destaca su extraordinaria reja tallada en madera del XVIII elaborada en las islas filipinas y por el retablo de columnas salomónicas, la tercera conserva una serie de pinturas-retablo del siglo XVIII y un órgano del XIX. La última, y sin duda la más importante, corresponde a la Capilla de la Tercera Orden, cuenta con un retablo salomónico del siglo XVIII donde sobresale la imagen de San Francisco de Asís, se encuentra la pila donde se bautizó a los cuatro señores de Tlaxcala en 1520 y el primer púlpito de la Nueva España, que muestra la leyenda “Aquí tubo (sic) principio el Santo Evangelio de este Nuevo Mundo”.

En seguida se dedica tiempo a constatar y disfrutar de lo informado, que en su mayoría corresponde a la realidad, pero que requiere la información de alguna actualización porque la segunda capilla se encontró en remodelación, y lo que allí estaba se pasó a la lujosa capilla de San Francisco, la Virgen de Guadalupe se encuentra en la tercera. En la primera capilla, además del Cristo de Cienti, destaca la pila del bautismo, que se dice ser muy antigua pero se tienen bases para dudarle al ver su geometría tan perfecta y sus caras tan lisas como si hubiera sido hecha hace años y no siglos, pero habrá que creer en los datos que se labraron en una gran losa colocada junto a la pila, la cual establece:

En esta fuente recibieron la fe católica los cuatro senadores de la antigua república de Tlaxcala, el acto religioso tuvo lugar en 1520, siendo ministro don Juan Díaz, capellán del ejército conquistador y padrinos el capitán don Hernando Cortés y sus distinguidos oficiales don Pedro de Alvarado, don Andrés de Tapia, don Gonzalo de Sandoval y don Cristóbal de Olid. A Maxicancin se le dio el nombre de Lorenzo, a Xicohtencatl de Vicente, a Tlahuexolotzin el de Gonzalo y a Zitlalpopocatl el de Bartolomé, así lo refieren las historias escritas de Camargo, Torquemada y Betancourt

El artesonado mudéjar merece especial atención, realmente es un tesoro digno de admiración, en particular se piensa que sólo es superado por el de San Cristóbal de las Casas. En el caso de la Catedral de Tlaxcala de hecho son dos artesonados, uno de gran tamaño en la nave principal y otro de menor tamaño, pero similar en su diseño que cubre el ábside. Los dos artesonados de la misma forma y decorado, su sección es trapecial, de allí su nombre, pues se asemejan a una artesa invertida, la estabilidad

principal se debe a parejas de robustos maderos, gualdras que descansan en los pilares de la nave, estos gruesos elementos de madera, sin embargo, se ven ligeros, casi ingravidos, gracias a molduras de madera pintadas de dorado que cuentan en su diseño con graciosos quiebres que por alguna magia geométrica hacen que el todo quede como suspendido en el aire. Completan el decorado estrellas doradas de ocho picos, en resumen, una verdadera maravilla digna de admirarse.

También es digno de admiración el gran retablo principal, que es de un barroco elegante, cargado sí, pero digerible. Lo forman cuatro cuerpos, al centro del primero llama la atención un crucifijo de marfil de Cristo con la mirada hacia arriba, lo cual indica que aún tenía su vida terrenal. En el segundo la patrona, Nuestra Señora de la Asunción, en una talla muy bella llena de simbolismos del Apocalipsis, y en la tercera San Francisco, recordando a todos, como si fuera necesario, que son sus territorios. En lo más alto un lienzo de la crucifixión al estilo de El Greco, de formas humanas alargadas. A los lados San Sebastián y Santiago Apóstol.

El caminante debería estar sobrecogido ante tanta belleza, pero no se puede evitar cierta aprensión al no encontrar un cuadro representando a doña Marina, que según Miralles, debe estar aquí en la Catedral de Tlaxcala, con la particularidad, según dicho historiador, que fue pintado bajo las indicaciones de una persona que la conoció personalmente, es decir, algo así como un retrato hablado del personaje femenino tan singular como controvertido, resultando así el único testimonio gráfico existente de su físico. Pero no se logró encontrar, a quienes se pregunta responden con cierto malestar que allí no es el lugar y no ocultan su extrañamiento, como queriendo decir que alguien como la Malinche no puede tener un lugar en la catedral.

Se decide pasar al Museo Regional, esperando mejor suerte con la pintura de doña Marina. El museo ocupa el antiguo monasterio de Nuestra Señora de la Asunción, resulta bastante interesante y variado. Guarda piezas prehispánicas de mucho valor, como un gran monolito que representa a una deidad con un tocado elegante y de buen tamaño, con pose imponente que denota su gran poder, se informa que era una deidad similar a Quetzalcóatl, pero de los tlaxcaltecas. La parte dedicada al arte colonial es también valiosa, por ejemplo una serie de grandes lienzos que explican la vida y obra de San Antonio de Padua, que más bien debería ser de Lisboa, pues fue en esa ciudad portuguesa donde nació en 1195, considerado como uno de los más ilustres franciscanos, predicador notable y gran taumaturgo (arte de hacer prodigios).

Para los propósitos del caminante resultó interesante enterarse de algunos datos de la ruta, por ejemplo que Cortés pasó por Quihuiztlan, cerca de Tlaxcala. Lo curioso es que lleva el mismo nombre que el antiguo poblado que existió en Veracruz, con las ruinas de un cementerio totonaco, en la actualidad rescatadas por el INAH, próximo al lugar elegido por Cortés para atracar con seguridad sus navíos y dar asiento a su inventado ayuntamiento. Lugar que sigue llamándose Villa Rica a unos 80 km al norte del actual Puerto de Veracruz. He aquí otro tema para investigar o, por lo menos, para satisfacer la curiosidad, por lo pronto se puede adelantar que no se identificó en los mapas con que se cuenta ningún pueblo con el nombre de Quiahuitlan cerca de Tlaxcala, pero no cabe duda de que debe existir. También se indagó en la información del museo que Cortés pasó por Tecamachalco en su camino a Cholulan y que se entrevistó con Tecocac o Tecomatxingo, y esto interesa porque el día de mañana se tiene

planeada la andadura de Tlaxcala a Cholula, y aunque se tiene bosquejada la ruta, por experiencia se sabe que cualquier dato es bueno una vez que el caminante se adentra por territorios desconocidos.

Sí, un museo muy interesante, pero de doña Marina tan buscada nada. Se pregunta a los encargados del lugar y nuevamente se tiene que pasar el mal momento, por demás explicable, de la impaciencia del interlocutor adivinada por el tiempo en que tarda en responder y la expresión de extrañeza, posiblemente piensan: habiendo tanto que ver y usted viene en busca de la mujer que ayudó a la conquista. Aseguran que no es allí donde se debe buscar y sugieren que vaya al Palacio de Gobierno, donde existen murales con el tema de la historia de Tlaxcala, allí si verá a la Malinche, dicen como punto final. Ya pareció inútil explicar que, en efecto, en esos murales se le puede observar, pero se busca a una doña Marina muy singular y si no está, el historiador, autor del libro *Cortés, inventor de México*, no se informó bien o estará guardada en las bodegas de este u otro museo. Con este pequeño fracaso en la cabeza, se sale del museo y se desciende por el lado norte para admirar la Capilla Abierta de San Francisco, que en la información antes referida se le rebaja a un segundo atrio que sostiene un paso de ronda, pero aquí para beneficio del visitante abundan con otra información, que establece:

Capilla Abierta de San Francisco, este sitio fue testigo primordial de la evangelización de Tlaxcala, ya que fue aquí donde se realizaron los primeros acontecimientos religiosos de los franciscanos con los indígenas tlaxcaltecas, es de planta hexagonal, presenta tres arcos canopiales representativo del siglo XVI, adornan la bóveda nervaduras semicirculares, en la bóveda todavía se observan rastros de

pinturas antropomorfas hechas por los indígenas quienes aportaron la mano de obra en su edificación, fue construida en 1537, es la aportación más original de México a la arquitectura mundial

Se dedica tiempo a comprobar y analizar la dicha información y de paso ver la labor de un señor restaurador del INAH ocupado en develar los frescos antiguos, ya muy deteriorados y es que esta capilla abierta permaneció así, como su nombre lo indica abierta, por muchos años. Lo cual sería bueno si la gente sólo se dedicara a observar, pero hay quienes piensan que deben dejar testimonio de su visita o que sus diseños son mejores que los antiguos y, por lo tanto, los monumentos resultan maltratados, tal es el caso de esta capilla, y con mayor daño la única capilla posa que se conserva, que esa si sigue abierta a merced de los grafiteros, prácticamente ya perdió su decorado original y sus frescos.

En busca de más datos, hay que dirigirse a la oficina de turismo estatal que ocupa un bello edificio del conjunto del gobierno, es del estilo afrancesado, distintivo del porfiriato, sin faltar la boardilla en este caso de singular diseño semiesférico, en el rellano de la escalera monumental sale al paso una escultura del presidente Juárez, que tiene la pose de un tribuno romano y parece dedicado a contar y juzgar a los que entran y salen de estas oficinas. Allí se consigue un mapa que sería de mucha utilidad en los días siguientes para ubicar museos, restaurantes y otros puntos de interés, también se entrega información de tipo comercial y de viajes a las diferentes regiones del estado de Tlaxcala, que por esta ocasión no se hará ninguno de ellos, lástima. Pero de doña Marina nada, las muchachas que atienden son amables y pacientes pero no comprenden al viajero obstinado en un personaje que parece no bien ubicado y que ni les interesa.

Se decide, después de comer en un restaurante de los muchos que se encuentran en los portales, viajar en un vehículo turístico arreglado como tranvía y que hace un recorrido por la ciudad a cargo de gente conocedora de la historia y tradiciones locales. Antes de salir se presenta la dificultad de que hay más posibles pasajeros que lugares en el tranvía, hubo que ponerse listo y ocupar la parte descubierta del fondo y ya no moverse, al tiempo de hacer oídos sordos de las protestas de otras personas que se decían con más derecho. Finalmente el vehículo inició su recorrido para una breve pero interesante experiencia. El joven que sirvió de guía muy pronto mostró sus buenos conocimientos y su muy buena intención de agradar. Al pasar por la iglesia de San José menciona que no es al patrón a quién más recurre la gente, si al Santo Niño de Tlaxcala, cuya fiesta es el 14 de febrero y, por lo tanto, los fieles le han hecho especialista en ligas y reconciliaciones amorosas pero, agrega el guía, hay que llevar al Niño juguetes porque las flores no son de su agrado, y menos si son rojas. Del templo menciona la presencia de la representación de una deidad tlaxcalteca en el altar al lado de la Virgen y en la parte exterior señala tres cruces de filigrana de hierro mandadas colocar por un obispo muy querido y cuyo nombre se escapó. Se describieron muchos otros inmuebles como el que ocupa el actual Hotel San Francisco, donde ocurrieron intrigas y traiciones que han dado lugar a leyendas locales, pero muchos otros datos no se tuvo el cuidado de registrar. Pero sí del paso por una glorieta donde en el centro destaca una enorme escultura representando al indio Tlahuacole, en posición de lucha y con una expresión de fiera, héroe lejano de Tlaxcala que según explicó el guía fue apresado por los Mexicas y condenado al duelo gladiático; atado a una gran losa circular debió enfrentar a guerreros bien

armados, de esta manera venció a ocho bravos guerreros antes de caer desfallecido, y sus captores, que tenían por regla liberar a los condenados si sobrevivían a siete enfrentamientos, en lugar de ello lo condujeron al adoratorio del templo mayor para ofrecer su corazón a Huitzilopochtli.

Después se nos condujo a los turistas al atractivo principal del recorrido: el Santuario de Nuestra Señora de Ocotlán, allí se explicó la leyenda del sitio, que guarda mucha similitud con la del Tepeyac, en este caso se aparece la Virgen oculta en un árbol a otro indio de nombre Juan Diego Bernardino, con un apellido autóctono que no se registró. Este Juan Diego es testigo de la aparición de la Virgen María, que le pide ser el portavoz para cumplir sus deseos de que se le construya un templo en el lugar. Cuando finalmente le hacen caso es porque todos observan que la Virgen sale del interior del árbol en llamas sin que sea abrazada, algo así como la zarza ardiente del Monte Sinaí. Una leyenda similar existe en Ponferrada, España, sitio importante en el Camino de Santiago, se trata del Santuario de la Virgen de la Encina, pero en ese caso la talla de la Virgen “se manifiesta” cuando un leñador, al aplicar su hacha contra el tronco, observa el prodigio de ver aparecer a la Santa Imagen, y en el lugar del milagro se construyó un magnífico templo románico, por supuesto lugar destacado del altar lo ocupa esa legendaria talla. Una de las personas que se hacen el viaje turístico pide explicación al guía de el porqué ya no se puede visitar el camerino de la Virgen como antes y el aludido se limita a decir que no es su asunto e invita a todos a abordar el vehículo, ya que el tour y la vida tienen que proseguir.

Solamente hay tiempo de tomar unas fotos de la famosa y bella portada y de las torres que son de un barroco muy especial, el profuso decorado es de una argamasa blanquísima, de tal manera

que parece el conjunto un enorme pastel cubierto de merengue. Durante la visita estaban en obras porque al paso del tiempo algunas partes han adquirido un color ligeramente amarillento y unos cuantos trabajadores le están devolviendo su blancura, es una operación poco convencional porque no es pintura sino una pasta que se debe preparar de forma cuidadosa para que su color y textura resulte uniforme. El guía informa que la argamasa la hacen con cal, clara de huevo y flores machacadas, el que sepa por lo menos un poco de materiales de construcción lo duda, pues los componentes orgánicos se descomponen y limitan la duración, pero por lo pronto hay que creer. Después de ello se aborda el pseudotranvía que no pudo seguir la ruta prescrita por una procesión de las muchas que hay en Semana Santa y dejaron a sus pasajeros sin ver lugares de interés como la Fuente de los Bergantines, decidieron regresar al centro y de forma simplificada dar por terminado el recorrido. Por lo menos se pasó cerca del mercado y el guía explicó que sigue en el mismo lugar y con las mismas características del antiguo que Cortés describió en sus cartas de relación y dio un recuento somero de los alimentos y objetos que allí se venden y que tienen también su historia remota desde antes de la conquista. Por curiosidad, se indaga lo que escribió Cortés sobre el Mercado de Tlaxcala:

Hay en esta ciudad un mercado en que casi cotidianamente todos los días hay en él de treinta mil ánimas arriba, vendiendo y comprando, sin otros muchos mercadillos que por la ciudad en partes. En este mercado hay todas cuantas cosas, así de mantenimiento como de vestido y calzado, que ellos tratan y puede haber. Hay joyerías de oro y plata y piedras y otras joyas de plumaje, tan bien concertado como puede ser en todas las plazas y mercados del mun-

do. Hay mucha loza de muchas maneras y muy buena y tal como la mejor de España. Venden mucha leña y carbón y hiervas de comer y medicinales. Hay casas donde lavan las cabezas como barberos y las rapan; hay baños. Finalmente, que entre ellos hay toda manera de buena orden y policía, y es gente de toda razón y concierto, y tal que lo mejor de África no se le iguala

En esta parte, Cortés delata su filiación al pensamiento de la época que relacionaba todo lo que pareciera raro y exótico con África, y parece que al final ya no le atrajo comparar lo que veía con lo de España.

Antes de bajar del tranvía se pregunta al guía, por no dejar, sobre el tan buscado y no encontrado cuadro de doña Marina, pero no se eligió el mejor momento, ya que estaba siendo regañado por alguno de sus superiores por medio del radio de intercomunicación, pero se insistió y no de muy buen humor dijo: “ese cuadro que busca está en San Salvador Tzompaltepec o Tzompancingo”, a donde se deberá ir en otra oportunidad.

Antes de terminar el día, y para no quedar con dudas, se visitó, usando el automóvil, la Fuente de los Bergantines, que se encuentra rumbo a la salida hacia Chiautempan. El monumento trata de recordar el hecho de que Cortés mandó construir 13 bergantines en Tlaxcala, como parte de su muy calculado plan de sitiar Tenochtitlán después de los episodios de la Noche Triste en que casi pierde su ejército y la vida. La fuente ya no funciona como tal, tiene la forma de una embarcación y en el supuesto casco están representados los 13 bergantines. Al respecto se ha notado que en lo visto del estado de Tlaxcala tienen varios anuncios que ostentan “Tlaxcala cuna de la Nación”, y no cabe duda que en todos lados se interpreta la historia a conveniencia, lo cierto es que la alianza

de Tlaxcala con Cortés fue determinante en la conquista y el hecho puede ser muy bien representado con lo relacionado con esas embarcaciones, pues fueron construidas en esta ciudad, luego desarmadas para transportarlas con grandes trabajos a Texcoco donde se construyó una larga y profunda dársena para que los barcos, nuevamente ensamblados, se pusieran a flote y se alistaran para el combate. Más adelante se pasa por el acueducto de Atempan, construido con una piedra arenisca localmente llamada Xalnene, material muy utilizado para la construcción desde antes de la llegada de los españoles. Se pretendió visitar el poblado de Santa Ana Chiautempan, famoso por su iglesia y sus artesanías, pero se encontraron las calles llenas de autos avanzando a duras penas, por lo tanto se cortó por lo sano y se decidió terminar el reconocimiento previo a la caminata que deberá iniciarse el siguiente día. Hasta ahora se puede concluir que prácticamente ya no queda nada en pie de lo que vieron los ojos de Cortés pero si muchos indicios, recuerdos, sentimientos y huellas que evocan aquella alianza que permitiría la conquista española.

DE LO QUE SE VIO Y APRENDIÓ EN LA DIFÍCIL ETAPA DE TLAXCALA A CHOLULA

Se sale del hotel de Tlaxcala más o menos a las seis de la mañana ante la extrañeza del vigilante, en las desiertas calles lo único que se escucha son los semáforos acondicionados con un sonido intermitente y pegajoso para avisar a las personas que sufren ceguera cuando pueden pasar, pero a esta hora de la mañana no hay peatones ni videntes ni invidentes. Se tienen serias dudas de la ruta por seguir, en primer lugar porque los cronistas no registraron

detalles, Cortés sólo menciona que durmió en un arroyo a dos leguas de la ciudad de Tlaxcala, y otro día entró a lo que él llamaba Churutecatl. Por su parte Bernal escribe: “Una mañana comenzamos a marchar por nuestro camino para la ciudad de Cholula, e íbamos con el mayor concierto que podíamos porque, como otras veces he dicho, adonde esperábamos haber revueltas o guerras nos apercebíamos muy mejor y aquel día fuimos a dormir a un río que pasa obra de una legua chica de Cholula, adonde está ahora hecho un puente de piedra, y allí nos hicieron unas chozas o ranchos”, y párrafos después continua: “...y desde que amaneció comenzamos a caminar hacia la ciudad (Cholula)”.

Así es que no se cuenta con suficiente información para un caminante que casi 500 años después trata de seguir la misma ruta; para colmo, el mapa con que se cuenta tiene imprecisiones, si se hubiera seguido el rumbo en el mapa marcado sería al poniente y no al sur como debe de ser. Se pensó en seguir el camino a Xochicalco, pensando en que Cortés buscaría pueblos para abastecerse o bien, al sur directamente. Se optó por esto último y se piensa que se acertó, ya que a una hora de camino se encuentra el pueblo de Acuitlapilco, que muestra señas claras de haber sido parte de la ruta. Primero se visita la iglesia que sólo se puede ver por el exterior por estar cerrada, la fachada, la torre de campanario y la cúpula están recubiertas con mosaicos de talavera de diferentes colores como es el estilo de la zona. Más adelante sale al paso una construcción urbana algo maltratada, es un pedestal con prolongaciones en ambos lados siguiendo el sentido de la calle y con una cruz como remate, al centro se representa con mosaicos una alegoría del paso por el lugar del ejército de Cortés y como parte integrante y en letra gótica la siguiente información:

Camino de Tlaxcalanco, tal era el nombre antiguo de este camino que recorrió Hernán Cortés el 12 de octubre de 1519 cuando marchó sobre Cholula; a la vanguardia iba Bernardino Vázquez de Tapia, capitán de los tercios españoles reforzado por mil guerreros tlaxcaltecas, según descripción que hace Bernal Díaz del Castillo en su historia de la conquista. Relator Salazar Monroy.

Y en la parte baja, como colofón, se ve una placa que ostenta el siguiente mensaje: “Ruta inmortal. En la histórica jornada, hizo alto en este lugar, el ejército de Cortés para contemplar la hermosa laguna de Acuitlapilco”.

El caminante queda sorprendido, pero a la vez tentado por la duda, ya que no se encontró en el libro de Bernal lo que se establece en este monumento y, por otro lado, la mencionada laguna no se dejó ver a menos que ahora esté muy reducida, pues sólo se pudo distinguir un cuerpo de agua pequeño formado por un bordo. Pero la verdad no se tiene derecho a dudar de las creencias locales, y aunque es un lugar más bien pequeño, tienen su corazoncito y reclaman su lugar en la historia. Siguiendo el camino, un par de kilómetros adelante se encuentra otra alusión a Cortés, alguien construyó un conjunto arquitectónico singular que lleva por nombre Palacio de Cortés. Tiene una capilla de buen tamaño y una especie de fortaleza con torreones almenados color rojo sangre, aunque seca y no fresca. La entrada está enmarcada por una rara estructura de piedra en la forma del dios Tláloc y en los remates de la supuesta muralla lo que parecen guerreros tlaxcaltecas, y completando el cuadro, por allí y por allá, ángeles y arcángeles sin faltar bustos de los conquistadores que parecen de lejos budas. Se observan símbolos y formas de diferentes tiempos, lugares y creencias, algo digno de verse por lo raro. La

gente del lugar debe estar ya acostumbrada a ver tal muestra, pero el que ve por primera vez queda sorprendido e incrédulo, preguntándose si es o no cierto lo que ven los ojos. No se pudo indagar sobre él o los autores de esta construcción y sobre sus motivaciones y propósitos, pero se puede suponer que les mueven ideas con sentido positivo y social, o por lo menos diferentes a las propuestas oficiales, a juzgar por letrero de buen tamaño que se colgó en una de las alas del edificio principal que reza: “Caja Pioneros, Sociedad Cooperativa Limitada, tu caja de confianza en Tlaxcala”, y al lado una manta ya un poco raída que contiene la siguiente protesta: “No, a la ley del ahorro y crédito popular, Si, a una ley cooperativista”. Varios kilómetros más adelante, sale al paso otro edificio con claros motivos prehispánicos en su arquitectura y decoración, se relata la historia antigua de Tlaxcala en bajo relieves policromados. Se trata de una escuela de turismo, seguramente de la época en que fue presidente Miguel Alemán Valdés, pues lleva su nombre.

Se camina hasta llegar al fin de un amplio valle para luego ascender por veredas entre campos de labor, se sube a un lomerío que de lejos parecía de poca altura, pero ya estando en el ascenso se hace bastante pesado y lento el paso. Al llegar a la cima la vista es magnífica, escondido entre cañadas se aprecia un pueblo grande de nombre Tepeyalco, que se interpreta como “En el cerro nuevo”, lo cual tiene mucho sentido porque se trata de un paraje formado por una falla geológica reciente, claro en la escala del tiempo de esa disciplina, lo que hace pensar que los antiguos pobladores sí sabían interpretar las señales del planeta. Dos grandes construcciones religiosas dan cuenta de la importancia histórica y cultural del lugar. La que parece más antigua tiene partes ya derruidas y parece estar cimentada sobre restos prehispánicos, el

otro caso es un gran templo en funciones, destaca una robusta torre incompleta, pues sólo se conserva el cuerpo inferior, queda la duda de si se trata de los efectos de un terremoto. En el interior existe un retablo monumental de gran belleza, que es orgullo y tesoro de la comarca. Un señor, al ver entrar al caminante con la cámara fotográfica al cuello, le amenaza diciendo que llamará a la autoridad para que le arresten si osa hacer fotografías del lugar. Se le explica que la intención es solamente observar porque la cámara no tiene flash y, por lo tanto, las tomas en lugares oscuros no salen, de todos modos, ante los malos tratos, se procedió a meter la cámara en la mochila. Ese contratiempo ya no dejó admirar a gusto el portento que es ese retablo. Se hicieron algunas fotografías del exterior, la fachada sencilla con el consabido recubrimiento de mosaicos, y al lado un portal de peregrinos de siete arcos, pintadas las paredes y los arcos de un rosa monótono. Seguramente habrá otras cosas dignas de ver, pero el tiempo pasa y el camino todavía es largo, así es que se sube la loma y se sigue por la carretera local para internarse en otro valle perteneciente al municipio de Zacatelco

Como una hora después se entra a la cabecera municipal por un puente de concreto reforzado de cuatro claros continuos, muestra del arte de la ingeniería moderna. En poco trecho se ingresa a la Plaza de Xacatelco, la iglesia está dedicada a Santa Inés, a la mártir se le representa en el altar muy juvenil. La fachada es de cantera de estilo neoclásico insípido que contrasta con la policromía que se había visto en las iglesias anteriores. La plaza es agradable, pero como es usual, desmerece por la acumulación de puestos de comida, discos compactos y otras mercancías. Destaca una escultura ecuestre de bronce que aparentemente se dedica a un héroe revolucionario, pero no hay algo que lo identifique,

las placas que existen ponderan las obras hechas por el gobierno municipal en turno, el mercado municipal lleva al nombre de General Ignacio Burilac y sale la pregunta si el personaje del caballo es dicho general, pero en seguida hay convencimiento de que no, porque la escultura representa a un joven intrépido con la carabina al aire y el caballo a galope, se queda pues otra duda. El edificio del Ayuntamiento es agradable, recientemente pintado de colores fuertes. Se regresa a la iglesia para tratar de ver el retablo que también tiene su fama, pero solamente estaba visible una parte, por ser Semana Santa cubren todo con tela morada, pero lo que se pudo ver resultó agradable. El caminante dedica un tiempo a reponer fuerza sentado en una banca de la plaza y recuerda que antes de llegar a este lugar se pasó por un paraje aislado con pocas casas, y en particular por un changarro donde vendían pulque de Nanacampla, que tiene fama local como el mejor del mundo, así es de que el caminante no pudo resistir la tentación de tomar un vaso y probarlo, al tiempo de adquirir nueva energía; supone que también los españoles, en su paso hacia Cholula, probaron el líquido blanco y maravilloso de los magueyes, con los mismos propósitos y efectos, es decir, tener energía y ánimo para continuar el camino. Se aprovecha para consultar los mapas y tomar la siguiente decisión, se cuenta con un mapa de INEGI a la escala de uno a cincuenta mil, lo que permite identificar detalles topográficos e inmuebles característicos, en esta parte ha sido de mucha utilidad, ya no se han identificado errores pero sí algunas discrepancias menores, se puede pensar que faltó a los encargados de su elaboración hacer reconocimientos de campo para corregir posibles errores de dibujo. Por lo pronto se decide seguir por las veredas entre campos de labor, en esta época del año, incultos y polvorientos, para tomar dirección a San Toribio Zicohtzinco,

lugar al que se llega ya a medio día. El pueblo se encuentra muy cerca del límite entre los estados de Tlaxcala y Puebla, de este lado ya solamente queda el pueblo de Panzacola, de curioso nombre, pero al cual no irá el caminante porque le llevaría a la ciudad de Puebla y no se debe olvidar, a pesar de los estragos del sol y el polvo, que la meta es Cholula porque Puebla, como tal, no existía en ese tiempo. Pero en este lugar hay oportunidad de tomar un respiro, admirando la bonita y llamativa iglesia dedicada a San Toribio, construida en honor del personaje que, en su vida terrena, llevó el nombre de Toribio Alfonso Mogrovejo, español nacido en 1538, en su vida religiosa llegó a ser arzobispo de Lima, murió en 1606 y fue canonizado en 1726. Su fiesta se celebra el 23 de marzo. Aquí en esta iglesia se le representa con vestimenta de obispo pero muy joven, casi niño, pero la gente del lugar venera con mayor fervor a un Cristo Nazareno atormentado en su carne hasta grado sumo. La construcción tiene la particularidad de contar con dos cúpulas, la mayor revestida de mosaico con grecas de color amarillo y la otra más pequeña, con similar decoración, pero en azul, la primera alta y esbelta, la otra rebajada y poco grácil. Por el interior la cúpula mayor tiene en sus pechinas a los evangelistas en altorrelieves que mueven a simpatía por su diseño lúdico y en la otra los profetas con iguales características, seguramente obra de las mismas manos. Para admirar la fachada y las altas torres con decoración de mosaicos rojos y filigrana blanca, se sube a un puente peatonal de estructura de acero y se aprovecha para hacer una fotografía limpia de cables de luz o teléfono. Desde el puente se puede observar también el gran atrio en cuya entrada construyeron recientemente una alta torre con un reloj de cuatro carátulas, una en cada dirección cardinal. Según se sabe fue el resultado de una campaña que significó gran

sacrificio para el pueblo, pero en opinión del caminante, tantos sacrificios económicos merecerían otra meta porque dicha torre desentona con el conjunto religioso, pero hay que ver las cosas de manera positiva porque de esta manera la iglesia misma se salvó de tener un reloj como ha sido la suerte de muchos otros templos coloniales a lo largo y ancho del país por la fiebre por los mecanismos del tiempo, producto de la llamada época del progreso que se manifestó en México a fines del siglo XIX y principios del XX; y no se queda allí el asunto, ya que de alguna manera sigue pero ahora con la discutible tendencia de colocar aparatos electrónicos que imitan el sonido del Big Ben. Después del atrio se encuentra una agradable plaza pública, más bien pequeña que resulta por esto y por la profusión de árboles y flores, acogedora.

El Palacio Municipal es de 1957, de estilo sencillo pero también agradable y compatible con su entorno. En resumen, es un bonito lugar digno de una visita más a conciencia, aunque esta no estuvo nada mal. Después de este lugar el camino se hizo difícil porque la ruta queda indefinida, al principio se camina por las calles de San Toribio con dirección al sur, el caminante pasa por una tortillería y pide a la encargada dos tortillas para reponer fuerza, pero al dar las tortillas pedidas no aceptó la paga y agregó “tenga para que se las coma”, y el caminante se queda con preocupación de cómo le vería esta persona. Mientras consume las tortillas bien calientitas, se hace un corte de caja, se lleva ya un poco más de la mitad de la etapa, pero lo que sigue será lo más difícil porque habrá que caminar por el descampado, y para mayor reto a pleno sol, de alguna manera se deberá cruzar la autopista México-Puebla; y en cuanto a la ruta en general, sumando lo que se ha caminado aquí, allá y más allá, se suman ya unos doscientos kilómetros, lo cual anima pero al pensar que faltan tramos poco accesibles como la

Sierra de Puebla, se viene algo de pesimismo, para no seguir con necedades, se sacude la cabeza para acomodar los pensamientos ya que lo único que debe ocupar por ahora es llegar a Cholula.

Se decide caminar por la vía del tren por la razón de que hay varios ríos que cruzan este valle, y no se ocurrió otra forma de pasar las corrientes de agua que por los puentes del ferrocarril. En la época prehispánica los ríos debieron ser más caudalosos y de aguas claras, pero ahora llevan agua contaminada. Se trata de una cuenca rara porque los escurrimientos de agua son afluentes del río Balsas que, como se sabe, desemboca en el Océano Pacífico, siendo que a primera vista, por la distancia, parecería que debería ser hacia el Golfo de México. Así, después de pasar por Zacatlulco hay que pasar por varios ríos, el primero llamado Zahuapan, que se cruza por un puente de ferrocarril formado por grandes trabes de acero sobre caballetes de concreto reforzado, todo ello se encuentra pintarrajeado con grafitis y garabatos. Adelante se pasa de la misma forma el río Atoyác, en este caso, además del puente del ferrocarril, salen al paso los restos de un puente de arco de ladrillo y piedra, el caminante se pregunta si no será el lugar descrito por Bernal en su crónica que escribió muchos años después de los hechos, y al respecto menciona que al salir de Tlaxcala llegaron a dormir en las márgenes de un río “adonde está ahora hecho un puente de piedra”, por lo tanto puede ser este que ahora el caminante tiene a la vista. Seguramente el ejército de Cortés pasaba los ríos por los vados y puentes hechos por los naturales y seguían las rutas comerciales entre pueblos e imperios de la mano de sus aliados que las conocían como la palma de sus manos, en contraste, este caminante sólo cuenta con las crónicas poco detalladas y mapas faltos de precisión en algunas zonas, pero cuenta con aparatos que le permiten saber por lo menos donde está perdido, maravillas

modernas con las que los conquistadores ni soñaban. Se supone que algunas ocasiones, como ésta, pernoctaron cerca de los ríos para contar con dotación de agua, y además con una defensa natural contra posibles ataques, aunque llegado el momento podía significar una desventaja al no permitir una retirada rápida si el enemigo adoptaba una estrategia adecuada, pero los adversarios de Cortés tenían otras ideas respecto a la guerra que tomaban casi como un deporte, y no sabían o no querían aprovechar esas posibles ventajas. En el caso de este caminante ha cruzado sin dificultad las corrientes de agua por los puentes, pero recuerda que al ir por una vereda de esta zona se topó con una zanja profunda que logró pasar con dificultades, echando piedras y ramas al agua e imaginó recibir la ayuda de su querida madre Esthercita, que siempre le acompaña en las caminatas y juntos disfrutamos de bellos paisajes aunque en ocasiones hay que sortear dificultades. Y ya en este tenor, se permite relatar que al pasar por el puente sobre el río Tlapulac se presentó una situación estresante por un joven que estaba parado en medio del puente y parecía que no habría poder que lo moviera de ese punto, el joven parado e inmóvil, viendo quien sabe que en la corriente de agua pestilente. Se le vio desde lejos y eso motivó pararse en seco, se hizo el mayor tiempo posible esperando que finalmente se moviera, al no dar señales de hacerlo se sacaron fuerzas de flaqueza y se decidió pasar, según esto, con la mayor naturalidad posible. Lo estrecho del paso obligó a pasar muy cerca del susodicho que ni se inmutó. Ya que el caminante se alejaba respirando con mayor tranquilidad vio que por fin se movió del lugar y se alejó, se aprovechó este hecho para regresar y hacer la fotografía de rigor.

Después de un trecho por terrenos accidentados se pasa por la antigua Hacienda de San Jacinto, en sus buenos tiempos producía

varios productos, incluyendo el pulque que se llevaba a centros de consumo en Puebla y la misma capital. Sigue en plena actividad pero no se pudo indagar más porque una alta cerca de malla de alambre impide el paso, y al pedir permiso de ingresar, se obtiene como respuesta lacónica y sin posibilidad de réplica: “no se puede”. El lugar es contrastante porque al dirigir la mirada hacia la hacienda el panorama es campirano y tranquilo, pero en la dirección opuesta llena toda la vista un inmenso conjunto habitacional saturado de casas iguales, lo que implica también mucha gente y automóviles, son ya los suburbios de la ciudad de Puebla, aunque es parte del estado de Tlaxcala, cuyo límite con el de Puebla se encuentra ya a pocos kilómetros. Se deseaba pasar por Tecamachalco, pero realmente no se encuentra en el trayecto y no se sabe en que se basaron algunos autores para asegurar que Cortés pasó por ese lugar y, además, el tiempo no se tiene.

Adelante se encuentra una zona industrial donde destaca la enorme planta automotriz de la compañía Volkswagen que el caminante debe rodear entre campos de labor. En la tierra preparada para la siembra se encuentran restos de cerámica antigua, señal de que estos terrenos estuvieron poblados desde antes de la llegada de los españoles, algunos pedazos de cerámica muestran bonitos diseños en color terracota o amarillo y, con la mente echada a andar, se imagina que las vasijas que formaron esos restos fueron utilizados por los conquistadores, en particular que los labios de Doña Marina tocaron sus bordes. Se llega al punto donde se debe cruzar la súper carretera de cuota México-Puebla y la intersección de otra carretera muy transitada hacia Atoyac, afortunadamente hay un paso deprimido para peatones y semovientes pero tan intrincado que se pierde por un momento la orientación. Se ocurre preguntar a unas personas y con toda

naturalidad recomiendan tomar un autobús a la Central de Autobuses de Puebla (Capu), y de allí otro a Cholula. Se explica que se hace el camino a pie y así se desea seguir y comentan que no es posible, que no es el camino, “no, está muy lejos”, y siguen su camino moviendo la cabeza como queriendo alejar de sus mentes una visión inesperada. Así es que se decide recurrir al mapa y la brújula, así como a los conocimientos de orientación que se dice tener, pero que en ocasiones traicionan. Varios kilómetros adelante se asciende a una loma para buscar puntos de orientación y se distingue en lontananza la inconfundible silueta de la Gran Pirámide de Cholula coronada por el Santuario de Nuestra Señora de los Remedios. ¡Salvado; se dice el caminante.

DE CÓMO SE LLEGA A LA MUY IMPORTANTE Y LEGENDARIA CHOLULLAN Y DE LO QUE SE VIO Y VIVIÓ

Poco después de la visión salvadora se caminó por más de dos horas y la pirámide parecía retroceder a cada paso. Con las últimas fuerzas del día el caminante logró seguir hasta ganar la batalla, obligando a la pirámide a no seguir retrocediendo y enfrentarnos ella y yo. Por fin empezó a aumentar de tamaño y a distinguirse los detalles del santuario construido sobre la estructura prehispánica, según los conquistadores como un inmenso exorcismo para expulsar a los diablos que allí habitaban. Se entra a la ciudad y ya no es posible ver más que casas, hasta que sorpresivamente se encuentra frente a la inmensa construcción. El caminante piensa que así como la pirámide le sirvió de faro, a Cortés y su gente también les marcó el camino, pero el Capitán no hace la menor mención a la tan ostentosa construcción en sus cartas de

relación. Es imposible que no la haya visto y es casi seguro que haya subido hasta al adoratorio dedicado a Quetzalcóatl, pues su fama y eficacia eran conocidas en todos los rincones del imperio. De hecho se trata de la pirámide más grande del mundo, le gana en altura y volumen a la más famosa de Cufú o Keops en Egipto. Se puede pensar que Cortés tuvo una actitud de suma envidia que nubló sus ojos que no quisieron, o no pudieron, compartir la visión de esa creación grandiosa y única.

Al llegar por fin a Cholula se alegra el espíritu del caminante, lo que hace que se llene de una euforia muda, aunque se alcanzan a escuchar tambores y chirimías seguramente imaginarias. Casi de inmediato, sin dar oportunidad a la duda motivada por el cansancio, se decide subir a la pirámide, lo cual se hace por una bonita calzada empedrada llena de gente de éste y otros continentes. En la cima el Santuario se ve recién remozado con un decorado profuso en blancos, dorados y amarillos, se hace un breve descanso mientras se disfruta de una vista maravillosa de los Cholulas, San Andrés y San Pedro, en honor de los dos hermanos pescadores que fueron los primeros en ser llamados por Jesús. Se mira con insistencia hacia la dirección donde debe estar el Popo, pero definitivamente las nubes y la bruma no quieren que se le vea hoy. Se decide hacer un reconocimiento por el lugar y lo primero es repasar la información consignada en losas colocadas en los muros. La más rica de ellas establece:

Del pueblo de San Bernardino Tlaxcalcingo desde 1825 fue la primera bajada, la segunda en 1850 y la tercera en 1870. Respecto al templo construido, fue derrivado por un terremoto en octubre de 1864. La imagen de Nuestra Señora de los Remedios fue a la parroquia de Cholula en julio de 1867. Los señores Luís González Z. Pbro, Joaquín Cruz y José Ma. Daniel fueron presidente,

secretario y tesorero. Reunidos en una junta pro construcción del Santuario de los Remedios de la Capilla destruida convocaron a los circunvecinos para coleccionar fondos para la reconstrucción del templo, en esta colecta sitandose que el señor Esteban Tocal de San Bernardino para no contar dio un almud de pesos que contiene cinco lotes “El 24 de agosto de 1869 fue inaugurado el templo que existe de 1909 hasta la actualidad. Sigue la bajada y se celebran las fiestas de los 17 días Sindo la fecha. P.S. Leopoldo Magdalena. Esta historia fue aprobada por la comisión de 1965”.

Otra placa ofrece datos más concisos pero dramáticos sobre aquel terremoto destructor: “La primera capilla de este Santuario fue construida de 1594 a1666 y derrumbada en 1864, quedando sólo el Camarín”.

Pero no sería el último terremoto, en 1999, en el llamado sismo de Tehuacán, se dañó de nueva cuenta el Santuario, al grado de que duró varios años cerrado para las reparaciones, de esto se da constancia en el lugar con otra placa de la que se anotan en seguida los datos que se consideran más relevantes: “El señor, Arzobispo de Puebla y el gobernador Melquíades reinaugararon el 15 de agosto de 2002, después de los graves daños del sismo del 15 de julio de 1999, participando gobierno, vecinos, varias empresas (Volkswagen) asesorados por el INAH”.

Los daños tan severos durante los terremotos puede interpretarse como una señal de que los antiguos dioses se resisten a ser olvidados, y al parecer el exorcismo no fue completo, además que las ondas sísmicas se amplificaron al estar el santuario arriba de una descomunal obra humana, es decir, hay una triple interacción suelo-pirámide-santuario. Queda la pregunta ¿quién ganará?

Después se visita lo más que se puede del interior, el Camarín ricamente decorado hasta la exageración, la sala de los trajes para las vírgenes peregrinas, la pila con el agua milagrosa, que de paso hay que decir que sale muy turbia. Y finalmente un pequeño museo, cuya entrada cuesta tres pesos, allí se exhibe, entre otros muchos objetos, una casulla de 1620 hecha con hilo de oro, una Dalmart RGA (sic) también de hilo de oro de 1800, y lo que más impactó al visitante una fotografía que muestra un Santo Niño que desapareció en el temblor de 1999.

Antes de emprender en descenso se toma un respiro en una banca de concreto del atrio, y se hacen recuerdos de aquel terremoto de 1999, en aquella fecha se atendía un congreso en Acapulco que se estaba desarrollando en el vigésimo piso del Hotel Hyatt, resultó una experiencia tremenda porque el edificio se movió como gelatina, se preguntó a un ingeniero que me acompañaba lo que deberíamos hacer y su respuesta fue “nada”, y siguió sentado en su lugar, y yo hice lo mismo, aunque mis pies querían salir corriendo, así es de que esperamos con el alma en un hilo a que pasara el movimiento mientras otros corrían y se hacían bolas en la entrada de los elevadores. Como en la noche anterior se había cenado con connotados investigadores de la UNAM y el tema de sobremesa fue los temblores y en particular que se espera “el grande” en las costas de Guerrero, pensamos allí sentados aparentando calma, por lo menos yo, que se había llegado nuestra hora. Pero resultó que la zona más afectada fue en el estado de Puebla, principalmente las ciudades de Puebla y Tehuacán, y que resultaron dañadas de forma particular las construcciones religiosas de la colonia. También se recuerda otra visita anterior a este lugar en 2002, el santuario se encontraba en obras y en mis notas escribí que el padre Motolinia refiere en 1535 que tres veces fue destruida

por rayos la Cruz colocada en lo alto de la Gran Pirámide de Quetzalcóatl en Cholula, hasta que sacaron los ídolos y caracoles, y por lo que se dijo antes, posteriormente no sólo fue destruida la cruz, sino todo el templo. Si los hombres se reconcilian los dioses no. ¿Cuáles estarán más enojados, los de aquí o los de allá?

Al estar aquí contemplando la zona arqueológica, o más bien encima de ella, no dejan de escucharse los gritos y lamentos de los que murieron en la matanza que ordenó Cortés, que según sus razonamientos fue para “prevenir antes de ser prevenido”, pero lo más seguro es que resultó una más de sus maniobras maquiavélicas que perpetuó con engaños en gente desarmada, así lo describe en su segunda carta de relación: “así se hizo, que después que tuve los señores dentro de aquella sala, déjelos atando, y cabalgué, e hice soltar la escopeta y dímosles tal mano, que en pocas horas murieron más de tres mil hombres”. Finalmente se dirá que si Cortés no menciona nada de la Gran Pirámide, Bernal si lo hace, ya que en el capítulo correspondiente de su historia escribe que: “Tenía aquella ciudad (Cholula) en aquel tiempo tantas torres muy altas, que eran cúes y adoratorios donde estaban sus ídolos, especial el cú mayor, era de más altor que el de México, puesto que era muy suntuoso y alto el cú mexicano, y tenía otros patios para servicio de sus cúes. Según entendimos había allí un ídolo grande, el nombre de él no me acuerdo; mas entre ellos se tenía gran devoción y venían de muchas partes a sacrificarle y a tener a manera de novenas, y le presentaban de sus haciendas que tenían. Acuérdomme, cuando en aquella ciudad entramos, que desde que vimos tan altas torres y blanquear, nos pareció al propio Valladolid”.

Y el caminante, ya con la cabeza llena de indignación antigua e inútil, se dice que los españoles siempre tuvieron buen cuidado

de justificar sus fechorías, al tiempo de, a veces, ponderar la cultura y las construcciones de los que unilateralmente declararon sus enemigos, pero sin dejar de comparar con ciudades españolas o europeas y hasta con África, y siempre con el propósito premeditado y firme de destruir. Aquí en Cholula si se puede apreciar algo de aquella grandiosidad descrita por los españoles gracias a la reconstrucción que ha hecho el pueblo y gobierno de México. En cuanto a la Gran Pirámide, al no poderla destruir, optaron por cambiar el adoratorio que originalmente ocupaba Quetzalcóatl, nombre que no pudo recordar Bernal en su vejez, por el de la Virgen de los Remedios, que tan decisiva resultó su ayuda en la consumación de la conquista. Se decide, antes de que los gritos de los muertos atormenten más, cerrar el recuerdo de aquella matanza, que ya desde el Padre Las Casas fue condenada.

No se puede dejar Cholula sin dirigir por lo menos una mirada a algunas pocas de sus supuestas y famosas 365 capillas. Destaca entre todas ellas el conjunto religioso que comprende el templo y monasterio de San Gabriel, la iglesia de la Tercera Orden y la llamada Capilla Real. El templo de San Gabriel recuerda al de San Agustín en Acolman y al de Santiago en Tula, con gruesos muros reforzados por altos y pesados contrafuertes, así como almenas para completar la fisonomía de fortaleza, que de hecho lo fueron en sus primeros años cuando los naturales aún tenían arrestos para intentar sacudirse el yugo español. En el interior las bóvedas son nervadas, pero en este caso ya muy reformadas decoradas de dorado, como todo lo que se puede ver en un coqueto barroco que contrasta con el original austero franciscano, la torre de campanario también fue agregada en el siglo XVIII, en cambio la portada si conserva sus elementos originales, incluyendo la singular ventana circular del coro que con su filigrana grabada en

pedra de su borde que sigue siendo sello distintivo del lugar. Por su parte, la iglesia de la Tercera Orden es bastante sencilla, destacando como elemento decorativo el cordón de San Francisco, en el interior se pueden admirar lienzos que representan momentos simbólicos de la vida del santo, sin faltar cómo adquirió los estigmas de Cristo, el reto a la muerte y la porcíncula sacramental, relacionada con el primer convento de la orden y el consiguiente jubileo con indulgencia plenaria que se gana el 2 de agosto. En seguida la visita al mayor inmueble del conjunto, la Capilla Real, que recuerda la Mezquita de Córdoba en España con su gran sala hipóstila, palabra que significa lo que ahora se ve, una proliferación de columnas soportando una sucesión de bóvedas, se contaron 63 de ellas y, por lo tanto, más de 200 columnas. También en este caso, como en el Santuario de Nuestra Señora de los Remedios, el terremoto de 1999 causó serios daños en el edificio, incluyendo varias cúpulas colapsadas, pero ahora ya todo está reparado y se ve gran cantidad de fieles en su interior, sin faltar curiosos que encuentran en el amplio espacio motivaciones para evocar creencias y agradecimientos individuales como si se tratara de una verdadera mezquita. El amplio atrio deja minimizado al visitante, es una explanada amplia y árida que seguramente perdió de alguna forma los árboles, fuentes y bancos que se supone debió tener. Ya casi por salir se observa lo que fue la capilla abierta y el claustro, que funciona ahora como biblioteca, que conserva varios de los libros antiguos, pero desafortunadamente cerrada por ser Semana Santa. Lo que si se encuentra a la vista son los bonitos arcos, ahora limitados por grandes cristales polarizados, se ve bien pero ciertamente agregados. Y de esta forma se decide concluir la visita y el tramo que se inició a las seis de la mañana en Tlaxcala y termina un poco después de las seis de la tarde. Ya en la plaza llena de árboles se ve a mucha

gente solazándose, muchos niños jugando y otros buscando por todos los medios que les compren alguna golosina, un globo o un juguete. Casi arrastrando los pies se camina un par de cuadras y se llega a la parada de autobuses, sin dejar el ambiente urbano y afortunadamente con poco tráfico se llega relativamente pronto a la inmensa central de Puebla repleta de gente, se busca la ventanilla adecuada y se informa que los camiones a Tlaxcala son los “Verdes”, y en poco tiempo se llega al destino, la idea de haber hecho una gran caminata se esfuma, todo es relativo, doce horas de caminata se vuelven menos de una en el transporte. Al llegar a Tlaxcala el viajero se percata que la estación terminal se encuentra en la parte alta de la ciudad, pero no muy lejos del centro, se baja por calles y callejones agradables, se atraviesa el atrio de San Francisco y ya a pocos pasos el hotel. Después de una ducha se renuevan fuerzas y entusiasmo, se va a merendar a uno de los negocios de los portales de la Plaza de la Constitución, se trata de recordar episodios del camino como si se hubiera hecho hace ya mucho tiempo y también para tener convencimiento de que sí se hizo. Se resume que fue una etapa interesante, llena de agradables sorpresas y la adquisición de muchos conocimientos nuevos, pero lo más significativo fue subir la Gran Pirámide, la mayor del mundo, esa estructura dice que el pasado está presente.

DE LAS RAZONES PARA CAMINAR EN SENTIDO CONTRARIO, DE LO POSITIVO Y CONTRARIEDADES PARA LLAGAR A APIZACO

Al siguiente día de haber llegado a Cholula se hace otro tramo de la ruta desde Tlaxcala, pero por razones de tiempo se camina en sentido contrario, es decir, los conquistadores venían mientras yo fui. Nuevamente los datos son pocos, Cortés escribe que por ruego de los tlaxcaltecas fue a su ciudad capital, que según sus cuentas se encontraba a seis leguas del aposento real que tenía, o sea unos treinta y tres kilómetros. Si el real se encontraba cerca de Tzompancingo dicha distancia parece excesiva. Bernal se dedica a detallar las muchas batallas y embajadas en una serie de guerras y treguas que acabaron por dejar a los tlaxcaltecas como aliados, y hace un resumen que dice: "...que desde que entramos en tierra de Tlaxcala hasta que fuimos a su ciudad se pasaron veinticuatro días; y entramos en ella a veinte y tres de septiembre de mil quinientos diez y nueve años". Pero de la ruta que siguieron nada, en varios lugares cercanos a Tlaxcala existen restos arqueológicos como es el caso de Tizatlán, que por lo temprano de la hora la zona arqueológica se encuentra cerrada, pero es una posible señal del paso de los conquistadores, pues era su costumbre visitar los pueblos para abastecerse y cubrirse las espaldas. Se sigue caminando por una serie de lomeríos en una caminata agradable, teniendo hacia atrás la vista de la ciudad de Tlaxcala, y al frente una sucesión interminable de campos de labor bien arreglados, y caseríos en desorden, pero extrañamente armoniosos, se puede decir que sigue en mucha medida igual a lo que describió Cortés, que al dejar las tierras altas vio, según sus palabras, casa tras casa, que no se salía de una sin entrar a la otra y muchos campos de maíz bien cultivados. Pasaron por todos estos lugares con temor

y precaución, pues ya los tlaxcaltecas les habían hecho ver su fragilidad al vencerlos, así como matar varios españoles y caballos, cuyas herraduras fueron ofrecidas como trofeos a sus dioses. Pero corrieron con mucha suerte porque, como es frecuente que ocurra en las diferentes culturas, y con mayor razón en el mundo antiguo americano, no había consenso en las opiniones de los jefes, aunque fueran parientes. Allí está el ejemplo de Xicohtencatl el Viejo, que deseaba pactar, y finalmente lo logró, y el joven, que tenía por propósito eliminar a los extranjeros y estuvo cerca de ello, pero no supo como o no se atrevió a dar el tiro de gracia; su falta de decisión le costó caro, pues murió sin gloria a manos de sus enemigos.

Se decide visitar Atihuetzian, que según algunos investigadores, resultó lugar importante en la ruta de la conquista. Según la versión del historiador Orozco y Berra, después de la batalla que perdieron contra Xicohtencatl el Joven en el cerro de Tzompantepec (antes Tzompancingo), Cortés logró rehacerse, y en calidad de aliado, avanzar hacia Tlaxcala pasando por este lugar. La importancia prehispánica del lugar ya casi no se puede ver excepto por una gradería con alfardas anexa al templo colonial que parecen ser los restos de un templo antiguo. Pero de la parte colonial, seguramente construida en parte con los materiales antiguos, el caminante y cualquier visitante que pase por el lugar queda gratamente sorprendido, literalmente deslumbrado, por lo que queda del templo y monasterio que, aunque se encuentra prácticamente en ruinas y sin techo, conserva su grandiosidad. El templo contaba con capilla abierta y una nave muy alta que, en sus mejores tiempos, debió contar con un artesonado, pues por el interior se pueden ver los huecos que dejaron las vigas de soporte. Ahora es parte del panteón del pueblo. A pesar de que ya se ve

prácticamente en abandono hay signos de que no se le deja del todo, seguramente el INAH se preocupa por lo menos porque no se pierda la estabilidad de los restos, por ejemplo, en los muros de la capilla abierta se observan grietas resanadas, inclusive dejaron las boquillas usadas para inyectar el material para las reparaciones, posiblemente mortero de cal y arena. Los antiguos frescos ya casi desaparecen, sólo en algunos tramos se adivina algo de lo que fueron, y en otros han sido víctimas de las pintas tan frecuentes hoy. Por cierto que la capilla abierta y el soporte del coro lucen todavía sus arcos de medio punto, esbeltos y de depurada estereotomía que descansan en columnas esbeltas de fuste liso y capiteles que recuerdan el romanesco, en fin una arquitectura sencilla que por ese hecho es bella. Por su parte los altos muros del templo están hechos principalmente de tezontle, producto de las erupciones prehistóricas del Volcán la Malinche, que domina el paisaje de toda la región. Aparentemente las piedras no siguieron un arreglo definido, pero fijándose bien se distinguen hiladas, lo que significa que se construyeron en tramos, seguramente levantando las caras externas hasta una altura adecuada, aproximadamente dos varas (1.67 m) para luego rellenar el centro con mortero y piedras de diferente tamaño, sin arreglo definido en una especie de concreto ciclópeo. En la parte superior de los muros se ven tramos hechos con ladrillos, lo que parece indicar varias etapas constructivas o bien, intentos pasados por rehabilitar el templo.

Saliendo del inmueble se ve una serie de atrios y plazas que son agradables pero les falta vegetación, al final destaca el templo en funciones posiblemente del siglo XVIII, bello también pero sin la presencia y empaque del colonial. Dicho templo tiene una alta torre de campanario muy decorada que remata en un cupulino con linternilla que sostiene una alta y esbelta cruz. Este inmueble

amerita un examen detallado, pero como siempre el tiempo apremia y se decide seguir el camino. En el mapa de Orozco y Berra el lugar aparece como Atlihuetza, pero un letrado en la escuela primaria en el centro del poblado revela el nombre oficial actual: Santa María Atlihuetzían Yachquemnan, Tlaxcala.

Se decide continuar hacia Apizaco, aunque no hay indicios de que estuviera exactamente en la ruta y su desarrollo es realmente reciente, pero en las condiciones actuales del caminante representa conveniencia para encontrar transporte de regreso a Tlaxcala. Se pasa por varios lugares que conservan restos de construcciones prehispánicas como Tepeticpac, pero lo cierto es que ni Cortés ni Bernal mencionan algún lugar específico. El primero sólo refiere que después de guerrear llagaron a un pueblo pequeñuelo donde tuvo la ocurrencia de cortar las manos, según sus cálculos, a cincuenta espías tlaxcaltecas, y que ya que amanecía dio con otro pueblo tan grande que contaba con 2 000 casas, y "...otro día siguiente vino a mi Sicutengal capitán que habló del monarca Magiscasin y por su ruego (que descaro) me vine a la ciudad (Tlaxcala) que está a seis leguas del aposento y real que yo tenía". Así es de que no hay forma de saber exactamente por donde pasaron y el caminante se convence que Apizaco puede estar suficientemente cerca de la verdadera ruta. En este tramo de la ruta, sin saber exactamente el lugar, se dio un episodio curioso e importante para la historia que tiene que ver con la identidad y simbolismo que le dieron los naturales a partir de aquí al capitán Cortés. Bernal lo describe en su crónica con estas palabras: "...por los pueblos por donde pasamos y en otros en donde tenían noticia de nosotros, llamaban a Cortés Malinche, y así lo nombraré de aquí en adelante". Lo cual habla del gran respeto que despertó doña Marina, que heredó de esta forma su nombre al jefe de

los conquistadores. Con estas ideas en la cabeza el caminante llega a Apizaco, lugar muy grande con trazo reticular moderno y amplias calles, pero que a primera vista no ofrece atractivos para los propósitos del caminante, aunque no se duda que con mayor tiempo se pudiera descubrir mayor interés histórico. Solamente se visita la catedral, que es muy grande, con elementos de un gótico reciente, pero que contrasta con la rica arquitectura que se vio en Tlaxcala y los lugares visitados en el camino. En el atrio estaban por iniciar la representación de la Pasión de Cristo participando muchos actores, en el rato que el caminante estuvo curioseando, el maestro de ceremonias no terminó de mencionar el nombre de todos. En la historia moderna Apizaco si tiene un lugar importante, pues aquí operaron los talleres del Ferrocarril Mexicano que comunicaba la ciudad de México con el Puerto de Veracruz. Pero como todo pasa y nada queda, ya sólo se puede ver el esqueleto de aquellos grandes talleres y la estación del ferrocarril se ha convertido en museo que no se visitó por estar cerrado. Y así se decide terminar la etapa, es hora de regresar a Tlaxcala y tener un rato de esparcimiento que se dedica a visitar algunos de los lugares faltantes, claro sin pretender agotar todos los atractivos de esta atractiva ciudad. Se inicia por la Capilla del Pocito de Agua Santa, muy relacionada con el santuario de Nuestra Señora del Ocotlán, de forma muy parecida a lo que concierne con la Virgen de Guadalupe que también tiene su Pocito con agua milagrosa. Aquí como allá la gente lleva sus recipientes de todo tipo para contar con el agua bendita que usan con propósitos variados. Dentro de la Capilla que ahora se visita hay murales de Desiderio Hernández Xochitlcotzin, quien cubrió con sus pinturas los ocho gajos interiores de la cúpula, destaca una alegoría del bautizo de los cuatro Señores de Tlaxcala donde

se representa a los convertidos, y convencidos, de rodillas con su tocado en el piso y con semblante muy piadoso, mientras los padrinos y conquistadores se les ve relamidos del pelo, mirando al infinito y aparentando no matar ni una mosca; doña Marina, por su parte, aparece entre Cortés y el sacerdote que oficia, y su rostro se muestra entre complacido y aprobatorio. Toda la escena es contemplada desde lo alto de un templete por una especie de obispo protegido por un dosel y acompañado por un séquito de niños y niñas tlaxcaltecas: Todo ello recuerda escenas bíblicas. En otro de los murales el autor representa la aparición de la Virgen del Ocotlán entre ángeles con alas de quetzal en medio de una cápsula amarilla que no parece el fuego que el visitante espera ver. El lugar es bello, ocupa la falda de un cerro lleno de árboles, de aquí una vereda conduce al Santuario del Ocotlán que en alguna ocasión próxima se espera ascender. Un poco más hacia el centro de la ciudad se encuentra la capilla de San Nicolás Tolentino, que cuenta con un pequeño jardín agradable con flores y diversas plantas y en la barda que lo limita colocaron una composición en mosaico representando el paisaje local, sobresaliendo el Volcán la Malinche cubierto de nieve, y en la parte baja a la orilla de un lago azul se ve nada menos que a Don Quijote de la Mancha montado en Rocinante mientras Sancho Panza, sentado, le observa, el mismo mosaico explica: “Don Quijote también cabalga por La Malinche”. Luego se visitó la casa de las artesanías funcionando a medias, allí una señora otomí explica el rito del baño del temascal y lo que debe ser una cocina de la gente de esa etnia.

DE CÓMO SE APROVECHA EL REGRESO PARA COMPLETAR LA VISITA A LUGARES INTERESANTES

El último día de esta temporada se decide ir a Tzompancingo para hacer el último intento por ver el cuadro de doña Marina. De paso se hace escala en el Hotel Misión Tlaxcala, que se encuentra enclavado en lo alto de una cañada y desde donde se observa una cascada con agua de dudosa calidad. Disfrutando de un abundante desayuno se tienen magníficas vistas, con unos catalejos se pudo apreciar, por lo menos de lejos, las pinturas rupestres que se encuentran en un cerro cercano. Se pasa después por segunda ocasión por Atlihuetzian para hacer fotografías y observar detalles como un púlpito de piedra hecho de dos grandes piezas.

Ahora, siguiendo las indicaciones del guía del tranvía turístico de Tlaxcala, se dirigen los pasos a San Salvador Tzompancingo en busca de la pintura de doña Marina. Llegar no resultó fácil por falta de señales, y al alcanzar finalmente el destino sale al paso la desilusión de ver cerrado el templo por ser Sábado Santo. Se hizo un intento por localizar a alguno de los fiscales pero sin fortuna, y además unas personas informaron, no sin algo de veneno en sus palabras, que cerraban debido a que últimamente han robado piezas de valor del mucho arte religioso que se encuentra o encontraba en el templo, pero si aludieron a que el visitante pudiera ser sustractor, ratero de arte religioso, se ignoró con decoro. Así es de que por esta vez se decide abandonar la empresa pero en la mente la famosa palabra de Mac Arthur: ¡volveremos!

Pero el hecho de estar en este lugar tan significativo en la Ruta de Cortés valió mucho la pena. La iglesia ocupa un predio muy extenso, incluyendo una casa cural bastante grande, cuenta la iglesia con la característica de tener la torre de campanario

orientada en diagonal y todo muy decorado. Sobre la importancia del lugar un letrado informa: “Parroquia del Divino Salvador, fue escenario de la batalla de Tzompancingo entre tlaxcaltecas y españoles. El atrio del templo aún se utiliza como cementerio, y lo rodea una barda de arcos invertidos. La fachada de pilastras estípites, lleva la figura de Jesús Resplandeciente junto con los apóstoles Pedro, Santiago y Juan, y los profetas Elías y Moisés que aparecen en los capiteles de las columnas. Santa Ana y San Joaquín, padres de la Virgen María, complementan el cuadro, el interior se decoró a principios del siglo (no se especifica pero se supone el XIX), en su lado izquierdo destaca un cuadro De Ánimas realizado por el artista Antonio Caro en 1861”. Tampoco aquí se encontró algún dato del cuadro de doña Marina, pero de todos modos se procede a constatar y admirar lo que allí de leyó, pero solamente lo referente al exterior. Se camina un par de cuadras hasta el Palacio Municipal, ahí se encuentra una placa alusiva a la histórica batalla, donde se puede leer: “El H. Ayuntamiento de San Salvador Tzompancingo y el Club de Leones de Apizaco, A. C. conmemoran con esta placa el triunfo del ejército tlaxcalteca, comandado por Xicotencatl Atzayatzin, sobre las fuerzas de Hernán Cortés el 5 de septiembre de 1519 en la que tuvo participación destacada el guerrero local Chichimecateutli, que al arrebatarle al ejército hispano su bandera, cantó victoria el ejército tlaxcalteca. Septiembre de 1944”. Muy bien, se piensa, pero la verdad es que el lugar exacto de la batalla no se conoce, o por lo menos no hay consenso entre los investigadores, todo empieza con las imprecisiones de Cortés y porque Bernal confunde el nombre al escribir en su tardía crónica: “...y llamábase donde pasó esta batalla Tehuacincó o Tehuacacingo”, pero más adelante en otra parte menciona Tecoadzumpancingo. Los diferentes historiadores

tampoco se ponen de acuerdo: Gómara, Teocancingo; Duran, Tzopachtzinco; Ixtlixochitl, Tecoztzinco; Clavijero, Teoatcinco (lugar de agua divina) y en una nota del editor de la Verdadera Historia de Bernal Díaz de 2004 se tiene lo siguiente: “Posiblemente corresponda al cerro de Tzompachtepec una legua de Texcalac del cual se fundó el pueblo San Salvador Tzompantzinco, hoy de los Comales”. Es decir, lo único claro es que al estar pisando estos terrenos se está cerca del lugar; de cualquier manera la raíz del nombre parece estar relacionada con tzompantli, la hilera de calaveras que tanto aterrizó a los conquistadores, en una de esta hileras llegaron a ver las cabezas de algunos compañeros.

Como despedida, ya de regreso se pasa por San Andrés Ahuashoatepec o Ahuahuatepec, el primer nombre aparece en los mapas, pero el segundo está en un letrero colocado en el pueblo mismo. El templo es digno de visitarse, aunque solamente se tuvo la oportunidad de ver el exterior, ya que el celo de los habitantes por su templo parece ser regional. La portada barroca causa admiración, toda recubierta de mosaico de talavera y sus decorados sumamente elaborados, destacan las esculturas de San Pedro y San Pablo y otros personajes policromados, el artista quiso imprimir en los rostros su propio concepto, simplificado e infantil, de santidad. De nueva cuenta, estando admirando el templo y el magnífico paisaje con toda despreocupación, un señor se acercó y vino con el cuento ya conocido de que no se pueden sacar fotografías por su pena de ser consignados. Se le comenta que las fotografías se hacen con carácter privado y desde distancias respetables, además no solamente se hacen fotografías del inmueble, sino también del paisaje dominado por el volcán La Malinche, pero ese señor casi no dejó hablar y mucho menos escuchó, de forma altanera aseguró que las fotos de cualquier

distancia y forma están prohibidas estrictamente, la estrategia fue dejarlo hablar y se tuvo que aguantar su sermón, entre otras cosas dijo que un político, seguramente del partido contrario al de este señor, hizo parte de su campaña teniendo como fondo al templo de San Andrés, así como vistas del pueblo y la comunidad protestó, pues lo hizo sin el debido permiso y se logró que suspendieran esa campaña política, además de imponerle al incauto una muy fuerte multa. Entre entendidos y desentendidos todo quedó en la promesa de que nunca más se harían fotografías de su bonito templo sin el debido permiso, y de todos modos se piensa que así será, pues será difícil regresar a un lugar que hace poco tiempo ni pensábamos que pudiera existir. El pueblo es pequeño, pero cuenta con una plaza de toros de respetable tamaño, y así se llega a enfatizar otra de las características de Tlaxcala, que son sus muchas ganaderías para criar toros bravos y, por consiguiente, los muchos toreros de fama a lo largo de la historia y las plazas de toros de diferentes tamaños y estilos, allí está como ejemplo destacado en la misma ciudad de Tlaxcala, cerca del antiguo monasterio de San Francisco, una plaza de toros muy añeja y de bonita hechura que lleva el nombre de un famoso matador, Jorge Aguilar “El Ranchero”. Ya para dejar el lugar, se detiene la atención y la vista en el paisaje lleno de campos de maíz que suben hasta muy alto de las faldas del volcán La Malinche, y la mente se pone a pensar que seguramente los españoles se habituaron pronto a comer tortillas que se las echaban las esclavas que les regalaban prácticamente en todos los lugares por los que pasaban, es decir, que esas mujeres anónimas tienen también parte del mérito de la conquista, todas ellas fueron como doña Marina, esclavas que fueron entregadas de unos conquistadores a otros, de unos amos a otros, pero eso sí seguramente menos afortunadas que la Malinche.

El regreso se hace por carretera, con una breve escala en Apizaco para dar una miradita a la antigua estación del ferrocarril y tomar la foto de un cabús amarillo, de esos que alguna vez se tuvo la intención de comprar para hacer un club de lectura y para escuchar música. Después se toma la carretera que asciende por las faldas de la montaña Tláloc, donde en lo alto existe un adoratorio construido con piedra seca, es decir, sin mortero, que algún día se habrá de visitar, y luego se baja a Texcoco. La ruta que tomó Cortés determinado a poner sitio a la Gran Tenochtitlán llevando consigo, con la ayuda de miles de tatemes, los trece bergantines que construyó en Tlaxcala, los desarmó para su transporte y los volvió a ensamblar en un dique hecho ex profeso en el lago de Texcoco, acción comparable al mítico Caballo de Troya. Se come en Texcoco y se visita la Casa de la Cultura que ocupa la antigua fábrica de vidrio, por cierto ya no se pudo encontrar la artesanía de vidrio que antes era tan característica. Se reconoce que Texcoco ha tenido tradición en la fabricación de vidrio, en 1749 el alemán Guillermo Hay, fundó la fábrica El Crisol (hasta hace poco había un establecimiento con ese nombre). En la primera mitad del siglo XIX un señor Ber, de nacionalidad francesa, fundó un nuevo taller que llamó La Cántabra e introdujo hornos de carbón; en 1910 produjo \$ 174 652, equivalente al 2% del producto estatal. La chimenea que ahora adorna el parque perteneció a esa fábrica. En 1948 se instaló la fábrica Vidrios de Texcoco para láminas de cañón destinados a vitrales y celosías, así como vidrio prensado.

Después una más breve visita al templo de San Antonio de Padua y la anexa y singular Capilla Abierta con sus arcos de claros y geometrías muy diferentes, el arco mayor tiene un claro dos y media veces mayor que los otros. Los empujes horizontales, o coceos, son resistidos por columnas muy anchas y de baja altura

de fustes múltiples. En esta estructura se resolvieron problemas geométricos complejos por los diferentes claros de los arcos y la existencia de arcos en tres lados, y no en un solo plano como es común en otras capillas abiertas. También se observa el edificio donde funcionó la primera escuela de la Nueva España que preparaba a la gente natural en diferentes temas, entre ellos las obras públicas como consecuencia de la antigua fama de los texcocanos, herederos de los chichimecas, como excelentes constructores; ellos colaboraron en la reconstrucción de Tenochtitlán trabajando como carpinteros, canteros y albañiles. Con la conquista española perfeccionaron sus técnicas de construcción, fabricaron adobes de excelente calidad como lo hace notar la historiadora Rosaura Hernández, que apunta: “recorrieron toda la tierra edificando como en España lo hacía los vizcaínos y montañeses”.

Se decide ya terminar, pues la noche se acerca, se cruza la nueva carretera de paga por el antiguo lago de Texcoco, ahí sorprende un espejismo donde se cree haber visto a varios de los bergantines en plena acción atacados infructuosamente por enjambres de canoas, después el siempre difícil y engorroso paso por la Ciudad de México que se quisiera evitar pero no hay forma práctica de hacerlo y finalmente la carretera de Toluca, terminando así otra agradable experiencia en la Ruta de Cortés y agregar otro tramo.

Pero antes de cerrar el capítulo se debe tomar en cuenta que ya cuando se pensaba indefinidamente aplazado el asunto del cuadro de la Malinche, se consultó un libro que explica el punto de vista del autor de que Cortés padeció de sífilis, y como evidencia se muestra una pintura antigua donde se aparece el conquistador de pie pero en rara posición, con los pies cruzados, como si estuviera bailando un paso complicado, y el autor asegura

que es la prueba de que la terrible enfermedad hizo presa del conquistador. Pero lo que llamó la atención a este caminante fue ver a Cortés junto con doña Marina, y que dicho cuadro se encuentra, o por lo menos se encontraba, cuando se escribió el libro, en la Sacristía del templo de Ahuahuastepec, lugar ya conocido y relatado. Y coincidentemente resultó que el 28 de marzo (2010) se dio la casualidad de asistir a una convención en Tlaxcala. Así se aprovecha para visitar nuevamente el pueblo de Ahuahuastepec y renovar la esperanza de ver el cuadro de la Malinche. Llegando al templo se encontró una señora barriendo y al preguntarle dijo que el cuadro buscado ya tenía tiempo, como cinco años, de no haberlo visto y ante la insistencia propuso que se pidiera opinión al fiscal, para lo cual dio las señas para llegar a su casa. Resultó ser un señor malhumorado y hermético, ninguno de los muchos argumentos valió, pero tuvo que aceptar que el cuadro existe, cosa que al principio negaba y como en otros casos argumentó que ya les habían robado muchas piezas de arte valiosas, alegó que algunas personas, no le faltó decir “como las que tengo a la vista” porque su lenguaje corporal fue claro, dicen que quieren solamente ver el cuadro un momento, pero con la intención de conocer el camino y, así, regresar y robar. Se insistió hasta donde se pudo, proponiendo que pusieran a la vista el cuadro con las medidas adecuadas de seguridad cobrando una cuota por ello, con lo que se lograría contar con recursos, pero el interlocutor ni se inmutó ante tan razonables argumentos. Se dieron las gracias por cortesía y se regresó a la iglesia para ver si la señora a cargo podía aportar algún dato adicional, pero dijo que si se hacía o decía algo, lo cual se interpretó como si saber del paradero del cuadro, se metería en problemas con los fiscales. En eso llegó el fiscal que se había entrevistado momentos antes, esta

vez montado en una patrulla de la policía municipal, acompañado por un uniformado y armado, venía echando lumbre por los ojos seguramente con la intención de asustar. Pero Rosa Elena tuvo la muy atinada ocurrencia de decirle, adelantándose a lo que él tenía en mente: ¡Ah! Que bueno que ya se decidió a mostrarnos el cuadro. Al señor se le atoraron las palabras y se puso como si un rayo lo hubiera tocado y sólo atinó a decir: No. Así terminó otro intento de ver a doña Marina, se regresó a donde si somos aceptados y en la mente la buena intención de buscar por lo menos información documental.

DEL PRIMER INTENTO PARA TRATAR DE SABER POR DÓNDE SUBIÓ EL EJÉRCITO DE LA CONQUISTA AL PASAR ENTRE LOS VOLCANES

Se logra contar con un día para avanzar en el propósito, ya casi fijación u obsesión, de hacer la ruta de Cortés. Es el 3 de marzo (2009), aniversario de la UAEM y que debería asistir al informe del rector, pero que se prefiere ocupar en una parte de la caminata. Un solo día totalmente insuficiente pero algo es algo. La idea es cerrar el *gap*, brecha entre el tramo Tzompancingo-Cholula hecho en la Semana Santa de 2008 y el del Paso de Cortés al Templo Mayor hecho en varias etapas durante 2006. Esta vez la estrategia es, o más bien el deseo es, caminar de Huehotzingo al Paso de Cortés, cosa que los dioses telúricos de la zona no permitieron al caminante cumplir, seguramente por no haberse congraciado con ellos con anticipación; no se pudo lograr aunque se quedó muy cerca de la meta y por un camino diferente al originalmente planeado. De cómo ocurrió todo esto y cómo se trató de aprovechar la experiencia, para no llamarla fracaso, es lo que se pretende explicar en este capítulo. En primer lugar,

para ganar tiempo al tiempo, se sale de Toluca muy temprano, se aborda un autobús de los que corren de noche desde Morelia, hace su recorrido a gran velocidad aprovechando el poco tráfico de la madrugada y la ausencia de patrullas. Llegando a la ciudad de México se toma el tren metropolitano en una de sus primeras corridas hasta la Tapo (Terminal de Autobuses del Poniente). Hasta allí todo bien, pero una empleada de la compañía de autobuses Estrella Roja, seguramente con pocas ganas de trabajar por lo temprano de la hora, me dio equivocadamente un boleto intermedio y no el pedido de una corrida directa. Se protestó pero entre si dije o no, partió el mentado y pretendido autobús directo y hubo que conformarse con el guajolotero que para en todos los pueblos y de hecho en cualquier lugar donde le pidan parada al conductor. Se viaja con el sentimiento de coraje atravesado de que esa gente no haya sabido comprender el apremio del viajero y también por la recriminación propia por no haber sabido ofrecer una propina a tiempo que hubiera aceitado el asunto. Pero esos sentimientos se diluyen al poco por dos circunstancias, una, la lectura de una parte del libro de Fernando Benítez sobre el tema que ocupa al viajero, y la otra, el alivio al ver la sierra nevada, aunque en esta época del año con poca blancura, pero eso sí el Popo con su copete de humo ya cotidiano, pero que no deja de tener algo de amenazante. Y se entusiasma el viajero al ver el punto entre los volcanes, tanto desde el Valle de México en el ascenso del autobús, como desde el de Puebla en su descenso, y es que pretende hoy llegar a ese lugar, cosa que a la distancia se ve lo mismo como una empresa fácil como imposible, unas seis o siete horas se permite calcular con optimismo el viajero ya muy próximo a volver a ser caminante. De la lectura del libro de referencia llamó la atención el siguiente párrafo:

En los últimos días del mes de octubre, los españoles abandonaron Cholula. Frente a ellos, como la última barrera, se alza la falda azul que une a los dos volcanes. Detrás de esa cortina, tendido entre las cimas resplandecientes del Popocatepetl y el Iztaccíhuatl, se abre el mundo fascinador de México

Se llega pues a Huejotzingo, antes Huexotzinco, con más de una hora de retraso respecto a lo programado. Es punto importante, la población más grande y próspera de la zona, poseedora de una construcción colonial digna de verse y admirarse como es el antiguo monasterio de San Miguel y su compañero el Templo de San Diego. El caminante decide dedicar no más de media hora a este portento, aunque sabe que es definitivamente insuficiente. Una placa de gran tamaño, dispuesta en la entrada del atrio, ofrece esta información:

El ex Convento de San Miguel de Huejotzingo es uno de los conjuntos monumentales franciscanos más antiguos de México. Su fundación es temprana (1524-1528), su construcción se inició más de una década después de consumada la conquista, su edificación corrió a cargo de los indígenas del lugar y la dirección es atribuida a Fray Juan de Alameda, desde este monasterio la orden de los frailes menores emprendería la tarea de evangelización hasta rumbos lejanos

Los conocedores establecen que el estilo arquitectónico es una combinación del plateresco y el mudéjar, en cuanto al templo, el caminante cree identificar marcada similitud con el de San Agustín en Acolman y el de san Francisco en Tula, en los tres casos su única y descomunal nave tienen altísimos muros con contrafuertes y rematados por almenas como si se tratara de fortalezas militares,

en este caso las almenas tienen una forma bastante peculiar, ligeras y con la forma de una V invertida, las bóvedas son de llamar la atención por ser muy peraltadas, lo que hace ver el interior del templo demasiado alto, pero eso sí con elegancia, aunque lo que prevalece es la oscuridad. Las inmensas bóvedas se soportan por largas costillas de piedra labrada que siguen una geometría complicada como grandes estrellas o flores, eso dice que algo del gótico también está presente. El gran retablo es cosa aparte, ocupa la mayor parte del ábside y sube hasta el cielo, varias esculturas de un singular dorado pueblan este pequeño o grande universo, sin faltar pinturas de renombrados autores, algunos elementos son más bien neoclásicos sin saber si son originales o agregados cuando la arquitectura colonial fue presa de la fiebre de los siglos XVIII y XIX por el neoclásico, sin embargo los folletos explicatorios establecen que “se conserva uno de los pocos retablos que quedan del siglo XVI”.

En lo que toca al edificio del antiguo monasterio, se tiene que ahora acoge al Museo de la Evangelización a cargo del INAH, que sería muy bueno visitar, pero eso deberá quedar como una tarea pendiente que se espera cumplir en otra oportunidad. En esta ocasión solamente se dedica tiempo a observar el portal de peregrinos formado por dos grandes arcos con gruesa imposta y decorados con motivos diferentes de uno respecto al otro, así como la gruesa y descomunal columna central como si fuera una rara planta que crece a partir de una guirnalda hacia los dos lados de un espejo colocado a la mitad del fuste. El capitel tiene motivos autóctonos labrados en piedra; en fin esa portada es digna de admirarse.

No se puede dejar de señalar una característica importante de este sitio, la presencia de cuatro capillas posas o procesionales de 1550 que ocupan las esquinas del amplio atrio rectangular.

Tenían estas capillas la función de albergar o posar al santísimo en las procesiones, aunque también funcionaban como capillas de indios. Se dispone el caminante a observar una de estas capillas, otra placa ayuda a entender lo que se ve:

Los canteros indígenas plasmaron en la piedra las ideas teológicas de los frailes, aunque el estilo ornamental de las capillas se acercan al románico, se puede advertir la mano de los indios, quienes en algunos detalles dejan entrever la todavía no apagada tradición prehispánica. Esta capilla procesional está dedicada al Apóstol Santiago, los ángeles de las portadas ofrendan cestas de delicados frutos, el alfanje y la palma del martirio alcanzada por el santo. También animación de trompetas de vírgulas floridas (aquí lo indígena) el triunfo de la gloria que alcanzan los mártires

Esta vez sólo hubo tiempo de ver por aquí y por allá, sentir el lugar más que conocerlo, esperemos que haya otra oportunidad. Ya en el exterior se hacen algunas fotografías en la inmensa plaza pública, en particular de la parte poniente donde destacan las figuras majestuosas de los volcanes, vista que también acompañó a los conquistadores. Se inicia pues el camino, nuevamente el mapa que porto no es preciso, por lo que se presentan dudas de cómo llegar a Calpan, único lugar de esta parte de la ruta mencionado por los conquistadores después de haber estado y asesinado gente en Cholula. Sentado en una banca de la plaza, es tiempo de repasar lo que escribieron los protagonistas. Cortés, con su estilo escueto, sólo menciona que: “Aquel día de la Ciudad de Churutecal me partí, fui cuatro leguas a unas aldeas de la ciudad de Guasucingo, donde de los naturales fui muy bien recibido”. Por su parte Bernal es un poco más específico al escribir: “...y así

caminando llegamos aquel día a unos ranchos que están en una como serrezuela, que es poblazón de Guaxocingo, que me parece se dicen los ranchos Iscalpán, cuatro leguas de Cholula”.

Orozco y Berra asegura que ese lugar que Bernal nombra Iscalpán es Calpan, opinión que generalmente es aceptada, y el caminante no tiene porque discutir, así es que mientras pregunta como dirigir sus pasos a ese lugar, que los lugareños dicen y dicen bien Calpa, y emprender la andadura, la mente se ocupa en tratar de interpretar las crónicas de los protagonistas. Lo más seguro es que Cortés se haya dirigido directamente de Cholula a Calpan, el Huegotzingo de hoy no existía en esos tiempos, a lo más eran sólo unos caseríos con el nombre de Amilman, se reporta que hacia 1550 Fray Juan de Alameda inició la construcción del monasterio de San Miguel, por lo que los vecinos, que prestaban en gran número ayuda a la construcción, se instalaron alrededor del monasterio, con lo que se creó el Huejotzingo actual. Pero ahora queda por resolver dónde quedaba el Huxotzinco que Cortés nombra ciudad de Guasucingo y Bernal poblazón de Guaxocigo, aquí se puede especular que al tomar en cuenta su significado, que es Sauzalito o Sauces pequeños, se puede pensar que los huexotzincas, parientes de tlaxcaltecas y mexicas, se asentaron en las ciénegas próximas a Xochitécatl, cerca de Cacaxtla y Xoxtla, es decir, que ocuparon o repoblaron lugares abandonados por otras culturas anteriores ya desaparecidas desde antes de la llegada de los españoles. No hay tiempo de dirigir los pasos a aquellos lugares, aunque por deseos no se para, pero no se puede impedir recordar visitas pasadas y completar las impresiones con datos obtenidos de la red informática. A Cacaxtli, “Lugar donde muere la lluvia en la tierra”, se la reconoce un raro origen olmeca-maya, los murales que dan fama al lugar y que se preservaron por haber

quedado sepultados los muros y la poca humedad del lugar por estar en lo alto de un promontorio, tienen una fuerte simbología del altiplano con influencia maya, haciendo a Cacaxtla la única con esas características. De forma más precisa los historiadores establecen que fue producto de la cultura olmeca-xicalanca, lugar descubierto en 1975 por campesinos de San Miguel de los Milagros. Las autoridades decidieron techar el sitio para con ello, los rayos del sol y el agua de lluvia, no dañaran las pinturas descubiertas. Y así se hizo, y llama fuertemente la atención la gran cubierta metálica, y el caminante puede añadir que el diseño original fue del ingeniero Enrique Martínez Romero[†], destacado especialista en estructuras cuando estaba en la cúspide de su actividad y creatividad profesional. Sobre esa cubierta hay más que agregar, se puede consultar en la red este reporte:

El 21 de mayo de 2007, debido al cambio climático que sufre el planeta, comenzó a granizar con una fuerza jamás vista en la zona y la techumbre —diseñada para soportar fuertes vientos y grandes cantidades de agua pero no de hielo— fue dañada y cerca de 800 m² de la estructura se derrumbaron, lo cual obligó al cierre inmediato de la zona arqueológica. El INAH se enfrentó a un gran reto, pues los trabajos de limpieza y conservación de los murales después del percance fueron exhaustivos. La techumbre fue reparada y se modificó un poco el diseño original para optimizar el desalojo de agua en caso de otra granizada. También se aprovechó para dar un mantenimiento general a la zona y crear un museo de sitio donde se exhibirán los descubrimientos más recientes relacionados con la zona arqueológica (definitivo.cacaxtla)

Y el caminante piensa que todo esto tiene mucha relación con el significado del nombre de Cacaxtla, definitivamente la lluvia no quiso morir en la techumbre metálica y quiso seguir hasta el suelo. Se puede agregar que Xochitécatl, “Lugar de las flores”, ocupa un promontorio vecino al de Cacaxtla, separándolos en distancia solamente una hondonada de unos 700 metros, pero en estilo y época de construcción si que son bastante distantes, aquí tenía lugar el culto a Tlazoltéotl, Diosa de la fertilidad, y se sabe que la segunda etapa del basamento se hizo en una reocupación que hicieron los habitantes de la zona. Así es que, deduce el caminante, y espera que con ciertas bases, que el lugar que refieren Cortés y Bernal debió estar en o cerca de esta zona arqueológica.

Así, se puede resumir que los jefes huexotzincas se trasladaron a Calpan para entrevistarse con Cortés, y a juzgar por los resultados, se prestaron a sus maquinaciones, pues terminaron aliándose a él, a pesar de que sus regalos que presentaron al conquistador fueron juzgados como de poco valor, escribió Cortés: “...y me dieron algunas esclavas y ropas y ciertas piezuelas de oro, que de todo fue bien poco, porque éstos no lo tienen a causa de ser de la parcialidad de los de Tlaxcaltecal y por tenerlos como el dicho Muntezuma los tiene, cercados con su tierra, en tal manera que con ningunas provincias tiene contratación más de en su tierra, y a esta causa viven muy pobremente”.

En el mismo tenor, Bernal establece: “Y allí (Calpan) vinieron luego los caciques y papas de los pueblos de Guaxocingo, que estaba cerca, y eran amigos y confederados de los tlaxcaltecas, y también vinieron otros poblezuelos que están poblados a las faldas del volcán que confina con ellos y trajeron bastimento y un presente de joyas de oro de poca valía...”.

Total, los huexotzincas se humillaron y sus regalos juzgados como pobres y de poco valor, pero eso sí los españoles se quedaron con ellos. Resultó el asunto muy bien para Cortés, ganó otro aliado y otra mano importante, Moctezuma, que tuvo que disculparse de los estragos causados en Cholula y prestarse al cueto del camino barrido con trampa y el camino con obstáculos, que resultó el bueno, siguió pues Cortés avanzando en el juego de la oca en que se había convertido la conquista.

Pero el caminante debe enfrentar sus propias dificultades, después de caminar entre veredas vuelve a una carretera y no sabe qué decidir, pues creyó entender a un agente de tránsito de Huejo –así lo dice la gente de la zona sin saber si es por cariño o por un ahorro de letras poco justificable– que se podía tener un atajo por el pueblo de Domingo Arenas. Después de una hora aproximadamente por una carretera en ascenso, se llega al mencionado pueblo, que crece a los lados del serpenteante camino y resulta que nadie sabe o quiere saber del supuesto atajo a Calpan, recomiendan regresar a Huejo y tomar un transporte colectivo. El caminante se pone a sopesar su posición, mira al sur y observa un cerro de forma singular como un cono truncado con sus laderas inusualmente inclinadas parecidas a una gran pirámide y quiere creer que es la serrezuela que refiere Bernal y, por lo tanto, próximo a Calpan, viendo que ya se camina en un nivel más alto y más al poniente, se dice y se convence que por esta ocasión no visitará Calpan e intentará llegar a la meta por el rumbo que lleva, todo esto al considerar que el tiempo se acorta alarmantemente. Mientras se camina siempre en ascenso viene a la mente una escena reciente al pasar por el dicho pueblo de Domingo Arenas, un hecho ciertamente conmovedor. Un perrito negro de buen tamaño, pero aún cachorro, cruzó la carretera jugando, pero un

coche de la compañía Telmex venía en descenso, el animalito cuando ya había pasado más de la mitad de la carretera paró intempestivamente y regresó, quizá buscando la protección de mamá, las ruedas derechas del coche pasaron por encima de la pelvis del desafortunado animal y quedó aullando lastimosamente en la carretera. Los perros grandes se acercaron a consolarlo pero sin poder hacer nada, uno de ellos le lamía el hocico de forma instintiva; unos albañiles que estaban trabajando en una obra cercana apenas y voltearon para luego seguir con sus ocupaciones como si nada. El caminante, mudo y atarantado, se preguntó qué hacer, o más bien, si podía hacer algo, seguramente si se podría haber realizado algo pero no se encontró la forma ni el coraje y se alejó a paso lento escuchando cada vez más lejanos e intermitentes los aullidos de dolor. Y sin saber porque esa escena hizo recordar lo descrito por los conquistadores que con el frío y las penas del ascenso a las altas montañas los esclavos de las antillas que traían como cargadores enfermaban y morían “...y así murieron ciertos indios de la isla Fernandina, que iban mal arropados...”, esto escribió Cortés al subir las cumbres cercanas al Cofre de Perote. Supone que así como lo describen tan deshumanizadamente, tomarían las cosas con la misma indiferencia de los albañiles con el perrito atropellado. Sigue pues el caminante con ese pesar y esa culpa, pensando que ese coche, o más bien su conductor, bien pudo parar, pues la zona está llena de topes, y ante estos obstáculos si se paran, así es que el conductor debió ir con el pie sobre el freno, pero no lo apretó. Es más, al terminar de pasar sobre el perrito el caminante distinguió que echó una mirada por el retrovisor y se dibujó en su rostro una sonrisa boba y maligna. Y para ya terminar con el asunto concluye que nunca ha sido de su agrado usar teléfonos móviles o fijos, y con esto que vio menos; definitivamente puede decir: ¡yo no soy telcel!

Queriendo olvidar lo que pasó en el pueblo de Domingo Arenas, pero con la curiosidad del personaje que dio nombre al pueblo, de alguna manera de las que no faltan hoy para hacerse de información, el caminante se entera después que fue un controvertido personaje de la Revolución Mexicana. Nació en 1888 en Zacatelco, Tlaxcala, se desempeñó según las circunstancias como pastor, repartidor de pan y obrero, y, al llegar el descontento popular, en combatiente. Se unió a la contienda armada a la que llamó Madero, y al morir éste durante la Decena Trágica, se unió a Zapata. En esas funciones dotó de tierras a campesinos de Tlaxcala y Puebla, lo cual seguramente le valió el reconocimiento de la gente de la zona, por la que el caminante discurre para poner su nombre a este pueblo montaños. En una acción de guerra perdió un brazo y se fugó del hospital donde le atendieron para seguir la lucha. Como muchos otros personajes de la Revolución, cambió de bando repetidas veces, el país mismo no supo qué rumbo tomar una vez echado a andar el caudillismo, cosa que costó el gran baño de sangre que ahora se quiere olvidar, ya se había visto lo mismo en otros países y tiempos; cuando se revienta la presa que contiene las pasiones y anhelos populares la nueva realidad es tardada y costosa, además de apartada de los ideales originales. Así, Domingo Arenas del zapatismo pasó al constitucionalismo, pero en noviembre de 1914 se levantó en armas contra Carranza, hasta que fue muerto en una emboscada en 1917. Zapata no le perdonó su deslealtad, pues se dice que le llevaron la cabeza de este personaje como trofeo. El poeta Miguel N. Lira le compuso un corrido que se publicó en la revista *Alcancía* (1933). Queda pues ese corrido y el pueblo en las faldas de los volcanes para mantener el recuerdo de ese singular personaje.

Se recurre nuevamente a la red electrónica de información y se encuentra la copia facsimilar de un corrido de 23 estrofas que se publicó en el número 101 del tabloide *Correo Mayor*, no se pudo indagar si se trata del mismo antes mencionado, la duda surge porque se registra que es de autor anónimo, he aquí algunas de las estrofas que parecieron interesantes:

Asesinato del Valiente General Domingo Arenas
(Corrido anónimo)

Triste noticia les traigo
de un crimen que ya pasó
que a mi general Arenas
Ayaquica lo mató.
Así terminó aquel bravo
vencedor en San Martín
en Chiautempan y Taxcala,
Apizaco y San Joaquín.
Quisieron ellos vengarse
de la supuesta traición
que a la causa de Zapata
hizo con su rendición,
Ya les canté este corrido
que es triste, no hay que negar
pero si fue mal cantado
creo que me han de dispensar

Pero ya el pueblo que motivó las palabras antes escritas quedó muy atrás, y se debe seguir el interminable ascenso, si en una etapa anterior se escribió que la gran pirámide de Cholula parecía

retroceder al ir caminando, en este caso es peor si se puede porque en horas y horas de camino los volcanes parecen estar siempre igual, burlándose de los esfuerzos del caminante que pretende guiarse con la vista hacia las grandes antenas de la Estación Repetidora del Paso de Cortés, meta a la que quiere llegar. Se siguen veredas siempre en ascenso que cree le conducirán a destino y se enfrenta a parajes solitarios y agrestes hasta que se topa con un señor que, curiosamente, lleva también una mochila, pero se ve que es un campesino. Al principio sólo nos miramos con recelo mutuo y seguramente nos habríamos cruzado sin decir palabra, pero en el último momento el caminante pidió su opinión de cómo llegar al Paso de Cortés. Lo pensó un rato largo que por ello se volvió incomodo, casi intolerable; mira dos personas desconocidas en medio de ninguna parte, uno con sombrero y otro con gorra frente a frente sin decirse nada. Por fin dijo: pues como va si se puede pero hay que conocer las veredas, a mi me costaría trabajo y mire que sé algo de estos montes. Lo que dijo el caminante no fue escuchado, otro lapso de silencio, para que al final concluyera: regrese al camino principal que sube hasta Tesca y allí pregunte por el camino de los carboneros, si quiere camine conmigo hasta el camino para que no de tanta vuelta. Así se hizo, caminamos un buen rato en silencio escuchando solamente los ruidos del bosque y nuestra respiración, la del señor pausada, la del caminante agitada. Y cuando se llegó a la encrucijada de caminos, sólo dijo: por allí, y levantó la mano en señal de despedida. Se creyó conveniente hacer lo mismo, es decir, levantar la mano, que bien puede significar le deseo suerte, o vaya con Dios.

Se sigue el camino lleno de curvas, y como una hora después se llega al dicho pueblo de Tesca, que es de buen tamaño, el último en la parte alta de la falda del volcán, después ya sólo se ven las

estribaciones de la alta serranía y los volcanes engañosamente al alcance de la mano, en el momento en que se levantó la vista hacia el Popo, que había estado con su permanente copete de humo, soltó una fumarola densa que subió lentamente hasta grandes alturas para luego disiparse, no antes de arremolinarse como un caracol gigante herido de muerte. No se puede controlar algún temor y el caminante se pregunta, sin encontrar respuesta, en lo que haría si le tocara el raro caso de una erupción catastrófica, tan temida y hasta ahora solamente especulada. A estas alturas y sin lugar próximo para protegerse, no se sabe si por lo menos habría tiempo de arrepentirse del mal hecho, o ya en último caso, tomar una fotografía que podría ser histórica. Por lo pronto vuelve la calma, por si las dudas se saca la cámara fotográfica de la mochila, se le prepara y se cuelga al cuello.

No es posible caminar más que por las veredas, ya que lo seco del ambiente hace que los matorrales se conviertan en barreras infranqueables por las agudas y largas espinas, pero las veredas no ofrecen mucho mejores condiciones por una gruesa capa de polvo, los pies se sumen y se camina en medio de una nube del más fino polvo, seguramente ceniza volcánica de múltiples erupciones pasadas que a la menor oportunidad quiere recobrar su naturaleza original. Ese polvo se mete a los zapatos, se adhiere a la ropa y a la piel, por la humedad de la transpiración se endurece en delgadas capas como de mica que causa escozor, al rascar se agudiza. Se avanza de todos modos un buen trecho, en las hondonadas ocultas se observan montículos de arena como pequeños volcanes que dejan escapar humo de su cúspide, son los hornos de carbón que, de forma clandestina, se hacen por la gente del lugar, buscando algún ingreso a costa del bosque cada vez más ralo. El caminante se dice que va bien, pues aquel señor misterioso que encontró

dijo que se siguiera el camino de los carboneros. Pero no sólo eso, en el fondo de las profundas cañadas que se forman por la erosión se ven en ocasiones grandes árboles derribados que por las noches los convierten en madera y leña, así se completa el círculo destructivo del bosque: menos árboles, más sequía, menos nieve, menos árboles. Se sube y se sube pero el caminante ve con alarma que se dirige hacia la Iztac y, por lo tanto, se aleja del Paso de Cortés, pero para estar en la dirección correcta se debe trasponer una cañada profunda, el caminante, creyéndose más valiente que prudente, se decide a salvar ese accidente orográfico, se aprovecha una vereda apenas marcada y se desciende hasta el lecho de una corriente por ahora casi seca, aquí los volcancitos de carbón se multiplican. Se sigue un rato por el lecho seco pero angustia no saber por donde se camina, hay enjambres de moscos y jejenes que hacen las cosas muy difíciles. Se decide por lo tanto ascender, lo cual resultó bastante pesado porque los bordes son de ceniza engañosamente compacta, pero al poner el pie se desmorona, además, los arbustos y las ramas se quiebran, por lo que no hay forma de asirse, de hacerlo se pudo terminar metros más abajo con la rama en la mano. Cosa aparte son las espinas que rasgan la ropa y la piel, además el mal de montaña se hace presente, pues el aire es muy delgado y no alcanza a oxigenar la sangre. Por fin se llega al otro extremo sólo para ver que sigue otra cañada de iguales características, se hace un intento más pero el caminante se da cuenta que ya el reloj indica las tres de la tarde, límite de tiempo que se impuso como precaución para que la noche no lo sorprenda en el monte. A pesar de que la meta ya se ve cerca, quizá un par de horas más, ahora si gana la prudencia y se decide descender pensando en que se tendrá otra oportunidad, quizá por un paso más seguro, por ejemplo San Nicolás de los Ranchos, que según el mapa, cuenta con camino hacia Tlamacas.

Ahora se viene el asunto del descenso, en lontananza se tiene la vista un valle extenso que alberga poblaciones importantes como Huejotzingo, Cholula y Puebla, al fondo la silueta de la Malinche que apenas se adivina por tanto polvo y humo. Se decide seguir una vereda siempre en descenso que transcurre por lo alto de una larga colina formada por la erosión, que parece una larga costilla de un descomunal animal. El largo promontorio, limitado por dos barrancas, pronto se ensancha y se ven las huellas de ruedas de tractor, lo que dice que se lleva el rumbo correcto. En un campo de labor se encuentra a una familia que subió a cuidar su parcela, preside el grupo una señora de unos sesenta años, dos señores, seguramente sus hijos, uno con aspecto de campesino y el otro con pelo largo, aretes y tatuajes en los brazos que dejan al descubierto una camiseta negra sin mangas y una calavera estampada, supone el caminante que este señor ha incursionado al país vecino del norte. El resto del grupo lo forma una señora joven y varios muchachos de ambos sexos. Se dan las buenas tardes y se aprovecha para preguntar donde tomar un transporte a Huejotzingo. Me indican que aún falta un buen trecho y recomiendan tomar un camino transversal que lleva a Santa María Texcac. Se les agradece, y ya que el caminante se dispone a tomar el camino, la señora le llama y le dice: cómase un taco para que aguante. El caminante se preocupa al pensar en su apariencia que le hace motivo de tales palabras, se acepta tan generosa oferta y no fue un taco sino dos, uno de pollo y otro de chicharrón, los dos bastante picosos a pesar de que sólo se le puso cebolla de una olla con rajadas de chile que le ofrecieron. También le convidaron un vaso de Pepsi que aceptó sonriente, el yo ciudadano del caminante estuvo a punto de cometer la indiscreción de decir que los refrescos de cola no son de su agrado. Mientras comía y bebía al caminante le pareció oportuno

preguntar sobre los árboles plantados en el predio, y le explican: son tejocotes, para las posadas ya deben dar su fruto. Se dan las gracias y se ofenden cuando se pregunta si se debe algo. La señora nuevamente con la autoridad que le corresponde, recalca: somos gente de monte, lo poco que tenemos lo compartimos, vaya por buen camino. Y sinceramente se reanuda el camino ciertamente reconfortado de cuerpo y alma, y se dice que es bueno que haya gente tal amable. Sin que realmente exista relación piensa que los conquistadores se aprovecharon de esta misma bondad de la gente natural, pues siempre, o casi siempre, les dieron de comer, si no lo hubieran hecho la conquista no se hubiera consumado por lo menos en manos de Cortés. En efecto, esa gente dio indicaciones adecuadas, en la colonia Popocatépetl, calle de Ixtaccihuatl –no les costo trabajo elegir estos nombres– se dobla hacia el norte para seguir por un camino que baja por una profunda hondonada hasta una corriente exigua convertida en drenaje, para luego subir, y al término de la pendiente ya es Santa María Texcac, hasta donde llega el transporte colectivo, el caminante se dice salvado. En poco tiempo y distancia, lo que tomó al caminante gran parte del día, se llega a Huejotzingo, se aprovecha para otra visita corta al templo de San Diego, cuyo piso está siendo aseado por un par de señoras que ya pusieron muchas flores por todos lados. Se sienta el caminante para meditar, pero al darse cuenta que se está durmiendo, decide dar por concluido este episodio y emprender el largo retorno a la realidad.

Esta vez se asegura un boleto para el autobús directo y se dormita en el trayecto de regreso. Después el Metro que siempre corre lleno y en seguida a Toluca, no se puede quitar de la cabeza la idea de que no se logró gran cosa pero si experiencia, se esperan mejores resultados para la próxima ocasión.

DEL INICIO DE OTRA ETAPA Y DE LO QUE SE VIO Y VIVIÓ EN LA MUY INTERESANTE CIUDAD DE XALAPA

Otra Semana Santa (2009) y otro jalón en la Ruta de Cortés. Esta vez con base de operaciones en la muy grande y noble ciudad de Jalapa. Se decidió que el traslado fuera en autobús, primero de la ciudad de Toluca a la capital, el paso entre terminales en el tren metropolitano, para luego abordar el autobús de servicio directo y de primera a Jalapa. Pero tanto la unidad como el servicio mismo ya pasaron por sus mejores tiempos. Pero con buen ánimo resulta bastante interesante admirar los paisajes tan variados, desde los bosques cerrados hasta los páramos secos y los pedregales donde no crece nada y más bien parecen partes del planeta Marte y no de la Tierra, todo enmarcado por volcanes, primero el Popo y la Iztac, luego la Malinche con sus múltiples caras, y ya cerca del destino el Naucampatépetl (cofre de Perote) y en la lejanía, pero de todos modos el rey, el Citlaltépetl (pico de Orizaba). Y al mismo tiempo de admirar y disfrutar no se puede dejar de sentir emoción y algo de aprensión al pensar en que tarde o temprano se deberán cruzar muchos parajes como estos si algún día se logra completar la ruta. Pero por lo pronto el propósito es hacer de 50 a 60 kilómetros en dos frentes: de Cardel a Rinconada, la antigua Ixcaplan, con principal escala en Cempoala y de Jalapa a Xico Viejo, y con optimismo hasta Ixhuacán de los Reyes. Pero ya desde el recorrido en el autobús el optimismo decrece, porque al llegar a una caseta de cobro el motor del autobús se detuvo y los operadores no sabían que hacer, pero afortunadamente pronto resolvieron el problema. Esta inesperada parada se presentó en la desviación hacia Cantoná, zona arqueológica de primera importancia que en otra ocasión se deberá visitar, pues forma

parte de la ruta. El autobús continuó su camino, pero poco duró el gusto, ya que al pasar por el rumbo de Perote, se viene una neblina cerrada con llovizna, de tal manera que la visibilidad se redujo considerablemente, en la misma medida se redujo el optimismo al pensar en que la lluvia puede hacer las cosas muy difíciles si se trata de caminar por lugares desconocidos. Como es común en las ciudades de hoy, al llegar a Jalapa se encontró un tráfico difícil por el gran número de vehículos y las muchas obras en proceso de construcción, el autobús tardó casi una hora en cruzar la parte urbana, pero finalmente se llega a buena hora considerando los contratiempos.

El hotel previamente reservado resultó estar muy cerca de la Central de Autobuses de Xalapa (Caxa), el nombre de la ciudad a veces se observa escrito con J y otras con X, sin saber cual es la correcta. Para quitar dudas se consulta información oficial que establece que en la zona la ocupación humana es de hace aproximadamente cuatro mil años, se han encontrado restos con influencia de La Venta y Teotihuacan, con antecedentes olmecas, chichimecas y mexicas, lo cual evidencia que Xalapa fue cruce de caminos entre la costa y el altiplano, así como entre grupos huastecos del norte y olmecas del sur. En la historia próxima anterior a la visita de europeos, los Anales de Tlaxcala establecen que en 1384, Pontzintecuhtli estaba ocupado en la conquista de Xalapa, después de la ocupación de Xicotemaco por Cipactecuhtli. La Triple Alianza conquistó Xalapa en 1440 en el reinado de Axayácatl. Así, el nombre tiene raíces del náhuatl, de *Xalli*, arena, *atl*, agua y *pan* locativo en o lugar poblado sobre, lo que se ha interpretado como “En el agua del arenal” o “Fuente o manantial de arenas”. Esto, según el caminante, explica porque los españoles encontraron la región dividida y a veces la refieren

unida a Cempoala y otras a México-Tenochtitlán, y además debería ser Xalapan. Ya en la historia reciente las ciudades de Xalapa, Veracruz y Córdoba se alternaron la cede de los poderes del estado, en una de esas ocasiones en que Xalapa dejó de ser capital, el antes gobernador Juan de la Luz Enríquez, según la historia oficial, hombre e intachable patriota, prometió a los xalapeños devolverles la cede de los poderes y lo logró, este acto motivó el decreto del 4 de junio de 1885 que, sin embargo, se oficializó hasta el 30 de marzo de 1892, en que se establece que la ciudad lleve por nombre Xalapa de Enríquez. Hay suficientes bases para asegurar que debe ser Xalapa y no Jalapa, y así se escribirá en lo que sigue.

La tarde, aunque lluviosa, permitió ver algunas partes interesantes de la ciudad, iniciando con la Catedral, construida sobre una elevación que antiguamente ocupó el Convento-Hospital de los religiosos de San Hipólito dedicado a La Inmaculada Concepción (1569). La actual es de mediados del siglo XVII que se construyó por iniciativa del cura Alfredo Gatica a un costo de \$ 42 078. A principios del XX se cambió su fisonomía general al neogótico. El edificio tiene su testero al norte y la fachada al sur, una de las torres quedó inconclusa por descubrirse un túnel que impidió colocar más peso. El reloj que se encuentra en la torre, que si se completó, fue comprado en Londres en 1788. Otro aspecto que llama la atención es que el piso tiene una fuerte inclinación ascendente hacia el altar, seguramente el propósito del arquitecto fue que el visitante levante la vista y tenga la sensación de ascender hacia Dios, cosa que posiblemente logró, pero no se puede evitar tener malestar físico, como un mareo. El altar está ocupado por una gran cruz de cedro de seis metros de altura y un Cristo de cuatro metros, con los músculos muy marcados como si

se tratara de un gladiador. Pero el aspecto de mayor importancia en la catedral corresponde al recientemente canonizado San Rafael Guízar y Valencia, cuyos restos están depositados en una capilla al frente del edificio, se visita la capilla, que es pequeña, pero con decorado profuso, y allí se invita a todo el que ingresa para que visite el museo que se ha montado para honrar a este personaje.

Es tanta la insistencia que se despierta la curiosidad y se decide visitar el museo que ocupa el edificio que fue del arzobispado y que restauraron de manera afortunada con el propósito de mostrar datos y objetos del santo mexicano. Resulta en general agradable porque la museografía es depurada y didáctica, los datos se relatan en primera persona como si el santo Rafael fuera quién relatara su vida, pero el caminante queda con la idea de que no se dice todo, leyó hace tiempo que movió a la gente para que se opusieran al gobierno y les proporcionó armas para ello, no faltó la ocasión en que él mismo participara en hechos de armas, su actuación durante la Guerra Cristera fue primordialmente política, su misma santificación tiene esos tintes. Algunos de los datos que se pudieron registrar indican que nació en Cotija, Michoacán el 27 de abril de 1878, administró, por deseos de su padre, la hacienda que poseía la familia, pero su vocación era la carrera religiosa como lo fue también de su hermano mayor Antonio, de esta manera se ordenó en Zamora en 1901. En 1913 se desempeñó como capellán del ejército y se dice que arrastrándose entre muertos y heridos caídos en el Zócalo capitalino durante la Decena Trágica, confesó a varios moribundos, logrando de esta manera su salvación espiritual. Más adelante, disfrazado de baratillero que vendía triques a las soldaderas, se sumó a las filas carrancistas, y al ser descubierto huyó a Guatemala y después a Cuba. Resulta interesante el testimonio del Cardenal Arteaga de la Catedral de la Habana, que según los datos del museo, escribió:

Un sacerdote de extraña facha: obeso, pálido, de ojos claros. Portaba sobre la sotana una capa madrileña, llevaba en la mano un gran sombrero de fieltro y un pañuelo amarrado al cuello. El extraño sacerdote se hacía llamar Rafael Ruiz; el fuego de su palabra, ardiendo de mística pasión, y el de sus grandes ojos azules, daban a comprender que no era un hombre común.

En 1920 regresó a México como obispo de Veracruz, llegó al puerto el 4 de enero y el 9 tomó posesión de su cede, y su primer tarea fue salir a visitar a las víctimas del terremoto del 3 de enero de ese año que desbastó pueblos y ciudades. Reconstruyó el seminario, pero el gobierno lo clausuró “a partir de entonces tuvo un seminario ambulante que nunca dejó de funcionar”. Víctima de la flebitis (inflamación de la membrana interna de las venas) decía misa desde su cama, finalmente la enfermedad lo derrotó y murió en la ciudad de México el 6 de junio de 1938. Se muestran al visitante del museo impresionantes fotografías de las multitudes de fieles que le acompañaron en la ciudad de México y después en su querida Xalapa para recibir sus restos y ser depositados en la Catedral.

Estando en el centro se decide, a pesar de la lluvia, visitar por lo menos de forma rápida algunos edificios como el del gobierno estatal, que también formó parte del Hospital de la Inmaculada, allí se entera el caminante que en la colonia la ciudad fue conocida como Xalapa de la Vera Cruz y se buscó darle recursos por medio del comercio, por lo que se logró que se le concediera la venta de varios productos provenientes de la metrópoli por eso se convirtió en Xalapa de la Feria, así fue la fama que alcanzó su feria anual. El 2 de diciembre de 1822 Antonio López de Santa Anna proclamó en este lugar la República de Veracruz, que no prosperó, y el 17 de febrero de 1824 se proclamó el Acta

Constitutiva de la Federación, hechos que hablan de la diversidad de criterios y tendencias que en pocos años se pasaba de las ideas separatistas a las federales, y luego a las centralistas y dictatoriales. El edificio tiene grandes columnas en la fachada y el ingreso se hace por escaleras monumentales, en general cuenta el edificio con buenas proporciones y es elegante pero no se logró uniformidad de formas y estilos.

En cuanto al edificio municipal se construyó sobre las ruinas de las Casas Consistoriales y resultó el lugar donde se estableció la primera imprenta del estado, no se tuvo tiempo de visitar el interior pero por el exterior el edificio tiene buena presencia, pero con poco que pueda señalarse. Llega la hora de comer y se decide hacer caso a la recomendación de una dama de la oficina de turismo de visitar el Callejón del Diamante, llamado así por un anillo de diamante que resultó el delator de una infidelidad fatal. En efecto, en el callejón existen varios lugares para comer, así como tiendas de artesanías, se elige el que lleva por nombre “La Sopa”, seguramente no dedicaron mucho tiempo para pensar en tal nombre, pero lo importante es que la comida estuvo bien, en los muros del lugar se ven motivos religiosos sin faltar un cuadro de San Pascual Bailón, patrón de las cocinas, y en un nicho se ve un Cristo de madera de raro diseño artesanal, mezcla de piedad y alegría, dominando lo lúdico.

Después de la comida se decide hacer un recorrido turístico en un vehículo con apariencia de tranvía y que llaman “El Piojito”, recordando un tren que existió para comercializar el café de la zona de Coatepec y que, según allí, informan el que se transportaba en el tren resultaba empleado por la gente de muy diversas clases sociales que hacía uso del servicio y, por lo tanto, la voz popular le puso el tren del piojito. De esta manera se pasa por el Parque de

los Berros, el de los Lagos, el Estadio inaugurado por el presidente Calles, la Rotonda de la Virtudes, la Calle de los Ilustres, la casa donde nació Antonio López de Santa Anna y la iglesia de San José donde fue bautizado. De todos los lugares se da información por medio de una grabación pero difícilmente se pueden retener tantos datos. Para tratar de rescatar algo, se decide regresar a los lugares más representativos, primero al Paseo del Ayuntamiento, cuyo principal componente es la Rotonda de las Virtudes, con esculturas de corte clásico representando a la Fortaleza, la Justicia, la Prudencia y la Templanza. Los proyectos para el paseo y la rotonda son diseño del arquitecto José Burgononi (1931), con elementos del Art Deco, en cuanto a las esculturas, las tres primeras son del escultor xalapeño Enrique Guerra (1916), mientras que la templanza es copia de la que existe en la Fuente de la Emperatriz en Chapultepec obra de Armando Z. León (1979)..

Se pasa ahora a la Plaza Benito Juárez que limita con el Palacio Municipal, allí informa una placa que a fines del siglo XIX un gobernador decidió demoler el Monasterio de San Francisco de 1531, es decir, que Xalapa, al igual que Toluca, perdieron su principal monumento colonial, curiosamente un monasterio dedicado al mismo santo. Se consideró importante indagar un poco más de este tema, así, se sabe que su edificación original se atribuye a Hernán Cortés, cuya edificación inició en 1534, y en 1546 un terremoto derrumbó lo que se llevaba hecho. Otro dato establece que antes del terremoto se había concluido la construcción en el periodo del virrey de Antonio de Mendoza. Entonces se decidió hacer uno nuevo que se terminó en 1556 con el virrey Luís de Velasco, se dedicó a la Natividad de la Virgen con una fisonomía como fortaleza almenada. Fermín de Olite, en su *Diario del Viaje a México*, de 1763, anotó que en el atrio “hay

una cruz elevada que se formó del mastelero (mástil secundario) del navío de Hernán Cortés”. Posteriormente el edificio sirvió como oficinas de gobierno, hospedaje, escuela y cuartel. Se sabe que contó con un magnífico órgano hasta 1856. El edificio se descuidó al grado de que tuvo que ser abandonado en 1859 para ser reabierto en 1864, pero por poco tiempo, ya que en 1886 fue demolido por estar en estado ruinoso, y en su lugar se hizo el Parque Juárez.

Salvo las pocas menciones a Cortés que ya se señalaron, en Xalapa no se siente esa identificación con la Ruta de Cortés, al parecer aquí nunca arraigó el hecho de que él y su ejército pasaron por este lugar, apenas se escuchó una mención en la grabación del tranvía turístico que más o menos establecía: “El ejército español en su paso encontró aquí buena acogida, pues Xalapa se ha distinguido siempre como ciudad hospitalaria”. No se siente como en otros lugares el recuerdo de la conquista, como en Tlaxcala, en donde el recuerdo está presente y se respira en murales, monumentos, templos, mosaicos y calles que siguen repitiendo los ecos de la historia. Sin embargo, se debe agregar que hay una institución de educación superior, privada se supone, que ostenta el nombre de Universidad Hernán Cortés, posiblemente por el hecho de que el conquistador pasó por la Universidad de Salamanca sin lograr terminar. Y otro dato que puede ser interesante es que el arquitecto Luís González Aparicio nació en esta ciudad en 1907, quien destacó en su profesión, y entre sus méritos está el haber elaborado el mapa más detallado y creíble de lo que fue el Valle de México, de donde se deduce la Ruta de Cortés en esa zona.

Otra conclusión general es que Xalapa es un lugar húmedo, lo cual se acusa en los muros y techos enmohecidos de casi todas las construcciones, los edificios civiles y religiosos no se libran de tener manchas grises que demeritan el valor arquitectónico que pudieran tener. Son pocas ya las construcciones del estilo antiguo con techos de teja inclinados, amplios volados hacia la calle y balcones con bellas rejas de hierro, aspecto que era antes predominante según las crónicas de viajeros anteriores como Fernando Benítez, que en su libro *La ruta de Cortés*, establece:

Jalapa pertenece por derecho propio a la montaña: es la montaña misma que reúne la orquídea, el naranjo, el cafeto, la araucaria y el pino, el húmedo calor de la costa; la niebla de las alturas, el claro sol y la nieve resplandeciente de los volcanes (más adelante). A mis pies los tejados de bruñida pizarra contornean calles empinadas, por las que trepan las casas de anchos balcones de madera y ventanas cubiertas de rejas. Pinos y araucarias aumentan la fragancia del aire. Las buganvillas y las manchas de los huertos matizan el caserío. Al poniente, dominando la altísima cordillera, el Pico de Orizaba, la nieve de la cima flotando milagrosamente en el cielo azul, y a su lado la extraña forma del Cofre de Perote, por cuyas faldas avanza la ruta de Cortés

Pero ahora sólo se puede adivinar un poco de todo aquello, por la bruma y la lluvia el Pico de Orizaba no se dejó ver en los días de estancia, prevalecen los edificios de concreto reforzado que tampoco se salvan de los efectos de la humedad, en algunos casos penetra y provoca la oxidación del refuerzo metálico que acelera el deterioro. También son notables, a pesar de los esfuerzos por ocultarlos, los efectos de terremotos pasados que ameritaron

demoliciones parciales y ostentosos elementos de refuerzo en algunas construcciones antiguas.

Interés particular del caminante es ver los inmuebles relacionados con Antonio López de Santa Anna, y esa curiosidad es por lo que representa en la historia nacional tan singular personaje, cuya tarjeta de presentación inicia como héroe contra la pretendida reconquista española, continua como creador de ejércitos prácticamente de la nada, 11 veces presidente y termina como vendedor de pedazos de patria. La casa donde nació está ocupada hoy por un banco y parece ya no tener nada, por lo menos desde el exterior, de la construcción original. La iglesia de San José, donde fue bautizado, tiene buena presencia por estar en lo alto de una loma y desde la calle se ve más alta de lo que es, se accesa por una ancha escalinata, la portada sencilla con detalles neoclásicos y definida por dos grandes columnas estriadas de buenas proporciones, la ventana del coro muy atractiva y un pequeño campanario que le da un toque alegre al conjunto. El interior austero, se dirige la atención a la pila bautismal, que se supone la misma en que recibió el primer sacramento el pequeño Antonio, se pregunta el caminante si en este caso no se logró alejar a los demonios de esa criatura.

Se termina el día, como siempre el tiempo acelera su marcha cuando más se requiere de él, solamente se da espacio para cenar en un lugar de carnes asadas para luego trasladarse al hotel y preparar las cosas para el viaje. Se decidió primero hacer el tramo de Xico, esto por la razón de estar más accesible, pero en el plan original, y al considerar la dirección que tomaron los conquistadores, estaba planeada para el segundo día. Pero para no estar llevando al lector de un lugar a otro, se relata en la dirección lógica primero el tramo de Cempoala y luego el de Xico.

DE CÓMO FINALMENTE SE COMPLETA EL TRAMO DE VERACRUZ A CEMPOALA Y SE SIGUEN EN LO POSIBLE LOS PASOS DE LOS CONQUISTADORES

Muy temprano se camina hasta la avenida donde pasa el transporte público, se aborda un autobús a Ciudad Cardel, es una de esas corridas que paran en todos los pueblos intermedios, sube y baja gente de muy diverso oficio, principalmente trabajadores que inician su jornada, pero también familias que seguramente van de compras, de visita o a vender algo. Después de aproximadamente una hora de trayecto se llega a la Terminal que se encuentra cerca de la Plaza Central, el ahora sí caminante se dirige al quiosco en medio de la plaza, en el punto exacto donde estuvo en la Semana Santa de 2007, lamentando en aquella ocasión no haber podido llegar a Cempoala por una rara fiebre tropical que le impidió seguir y pensar con claridad. Pero esta vez se presenta otra oportunidad, y sin más se dirige armado con un buen mapa a las afueras del pueblo y toma por una larga vereda a manera de camino rural que conduce a La Gloria, pero no a la que se tiene prometida a los justos, sino a un pueblo donde funciona un inmenso ingenio del mismo nombre. Se camina entre plantíos de caña de azúcar, algunos en plena zafra y otros con las plantas pequeñas en crecimiento; clima, agua y fertilizantes hacen que los campos produzcan de forma continua. A pesar de lo angosto del camino pasan con relativa frecuencia grandes camiones que se diría imposible su paso, van colmados de caña, una especie de araña de miles de patas que se desparraman por todos lados, mucho del producto queda en el camino, que al ser machacado por los siguientes camiones y por efectos de los rayos del sol, el ambiente se llena de un aroma como de ron, al principio agradable

pero luego, al persistir, marea y perturba los sentidos. La vereda es tan angosta que no da para que vehículos y peatones puedan circular al mismo tiempo, por lo que cada que pasa un camión el caminante tiene que internarse en los plantíos, lo que implica riesgo de salir con raspones o bichos no deseados, por lo menos sirve para quitar la rutina en los operarios de los camiones a juzgar por la sonrisa maliciosa que se dibuja en sus caras. En el horizonte no dejan de estar presentes los altos chacuacos del ingenio que arrojan a la atmósfera su humo negro que en lugar de subir baja, dejando todo sumido en una nube sofocante que repite el aroma a ron. Por una larga calzada se llega a las puertas del ingenio, donde se puede ver como pesan a los grandes camiones llenos de caña para en seguida pasarlos a una plataforma donde los sujetan y por medio de un mecanismo hidráulico los inclinan a más de 45° hasta que sale todo el producto para luego ser machacado, exprimido, concentrado, refinado y embasado hasta convertirse en costales de azúcar. Se camina por la parte posterior del complejo industrial hasta llegar a la orilla del río Actopan, que aguas abajo se une al Chachalacas para llegar juntos al mar. Como esperaba y deseaba, el caminante encuentra un largo puente colgante como de 100 metros de longitud, y en cuyo extremo opuesto ya se encuentra en las estribaciones del pueblo de Cempoala. El puente está soportado por dos gruesos cables de acero que adquieren la forma de la catenaria por estar cada uno de ellos apoyado en dos altas torres y anclados a dos grandes muertos de concreto. Hay que mencionar que el caminante estuvo dudando si ir por la carretera o por el camino de La Gloria, la primera opción más segura pero que implica un rodeo, la segunda más directa pero con la incertidumbre de cómo pasar el río. El mapa de INEGI con que se cuenta no marca ningún paso para salvar la corriente de agua, pero, pensó el caminante,

debe haber obreros del ingenio que vivan en Cempoala y, por lo tanto, debe haber forma de pasar. Y afortunadamente la lógica prevaleció, el caminante cruza el puente orondo y triunfante como si él lo hubiese construido. Pero cruzar el puente no resultó después de todo placentero porque las tablas que forman la calzada ya están podridas y algunas ya cayeron parcial o totalmente al agua dejando grandes huecos, además, al paso de las personas el puente oscila y toma una frecuencia resonante que puede hacer caer al incauto o, por lo menos, hacerle pasar un mal rato. Pero se pasa el puente sin novedad, ya con los pies en tierra no se puede impedir un prolongado suspiro y como recuerdo se toma la fotografía de rigor. Se camina por las calles de Cempoala, una población bastante extensa con muchas viviendas y comercios de diferentes giros, contrasta con la información que ofrece Fernando Benítez que, en 1950, describe un pueblo paupérrimo y polvoriento con construcciones de madera y techos de láminas mal puestas que con los vientos del norte se desprendían. Describe a la gente olvidada y en condiciones de pobreza. En cinco décadas, o un poco más, a ojos vistas las cosas han cambiado, pues como se dijo, es una población grande con edificios sólidos de concreto reforzado o de mampostería bien reforzada, que sirven para viviendas, escuelas, sanatorios y comercios. Lo que posiblemente sea inamovible es la aparente parcimonia de la gente que contrasta con el nerviosismo de los que vivimos en el altiplano, pero cuidado, no hay que confundir con flojera.

Se pregunta por la zona arqueológica, una señora amable ofrece señas precisas y se llega sin novedad. Impacta en primer lugar la muralla, cuyas almenas en forma de L son características del sitio, seguramente esa forma tenía para los totonacos un significado especial, pues resulta un elemento arquitectónico repetitivo en

tamaños y posiciones diferentes. Llama la atención la poca gente en el lugar, el caminante esperaba que por ser Semana Santa habría muchos visitantes pero no es así, seguramente porque los vacacionistas salen con la playa metida en la cabeza y eso hacen, aunque las convierta en aglomeración. Los pobres Voladores de Papantla que allí hacen su luchita suplican a la gente que se reúna para que puedan hacer su acto, pero casi todos decimos “ahora vuelvo”. Como ventaja se tiene que se puede visitar el sitio con toda calma, subir a donde está permitido, observar todo lo interesante que aquí se ofrece e imaginar lo que vieron los conquistadores. Las construcciones están hechas con piedra bola que obligó a los constructores a desarrollar una tecnología depurada para fabricar mortero de gran dureza para unir las resbaladizas piedras y garantizar su estabilidad. Algunas referencias indican que para hacer el cementante de cal, quemaban conchas y caracoles, lo cual es dudoso, pues resulta más sencillo el procedimiento que era común en esos tiempos a partir del quemado de piedra caliza. Otro material de construcción que asombra es el estuco que usaron para recubrir el exterior de las pirámides, ya solamente se pueden ver algunos vestigios en las partes bajas, pero se distinguen restos de pigmentos de colores, y se puede imaginar el espectáculo increíble que debió ser ver esto en sus mejores tiempos y que tocó a los españoles admirar. Al capitán Cortés no se le ocurrió otra cosa que compararla con una famosa ciudad española al escribir: “...que yo intitulé Sevilla”.

Cempoala se encuentra actualmente en el municipio de Úrsulo Galván, pero antiguamente su nombre se relacionaba con “Lugar de veinte”, del náhuatl, por las actividades comerciales que tenían lugar en un gran tianguis de cada 20 días; era la capital de la región sur de la cultura Totonacapan, recordar que

Totonaco significa “Tres corazones o capitales”, que eran El Tajín, Zempoala y Misquiuacan. Pero el nombre de Cempoala (en este escrito se optó, no se sabe sin con razón o no, por Cempoala y no Zempoala, basado nada más en los mapas actuales) también se puede interpretar como “Lugar de cuentas”, pues allí recaudaban los impuestos de toda la región de Chicomecatl a cargo de un representante de Moctezuma. La arquitectura local se vio así influenciada por la de Tenochtitlán, resaltando los edificios conocidos como El Pimiento, El Palacio de Moctezuma, El Templo de la Cruz y el de Las Caritas, que conserva restos de frescos antiguos donde se representa el Sol, la Luna y Venus, así como calaveras de barro de las que recibe su nombre. A la Gran Pirámide del Sol ya no dejan subir, pero es suficientemente grato caminar por la inmensa plaza hasta la pirámide del Dios del Viento que tiene una fachada redonda. El caminante debe decir que no es la primera vez de estar en este lugar pero sí la más emotiva al contar con más conocimientos y tener la posibilidad de imaginar como fue en sus tiempos de esplendor, posiblemente propiciado esto por la prolongada exposición a los vapores de azúcar fermentada por el sol. Resulta difícil creer que la gran ciudad haya quedado sepultada por la selva que se la comió y, por lo tanto, olvidada para el mundo externo hasta que Francisco del Paso y Troncoso la redescubrió a fines del siglo XIX. Pero el caminante piensa que para los habitantes de la zona nunca desapareció, o de otra manera, siempre supieron que estaba allí, baste mencionar que hay algunas casas y otros edificios cimentados sobre pirámides o construidos parcialmente con las antiguas piedras, y otras tienen en sus patios muros e inclusive pequeñas pirámides adornadas con macizos de flores.

Para ayudar a seguir con el ejercicio de imaginar lo que fue, se puede recurrir a lo escrito por Bernal: "...y ya que íbamos entrando entre las casas, de que vimos tan grande pueblo, y no habíamos visto otro mayor, nos admiramos mucho de ello, y como estaba tan vicioso y hecho un vergel, y tan poblado de hombres y mujeres, las calles llenas...". Se entiende por vicioso lujurioso, o bien ostentoso, esto si es fácil imaginar pero lo de tan poblado requiere un ejercicio mental mayor porque lo que ven los ojos hoy es soledad. Asimismo, describe un incidente que deja ver con claridad el esplendor que tuvo la ciudad, relata que al regresar un corredor de campo: "y vuelve a rienda suelta a decir a Cortés como tienen las paredes de plata, y doña Marina y Aguilar dijeron que sería yeso o cal, y tuvimos bien que reír de su plata y frenesí, que siempre después le decíamos que todo lo blanco la parecía plata...pusimos por nombre aquel pueblo Villaviciosa, y yo le nombré Sevilla". Llama la atención, además de resaltar que las construcciones les parecieron de plata, que tanto Bernal como Cortés se dicen dueños de la iniciativa de llamar Sevilla a la ciudad a la que entraron como invitados, pero que pronto por las malas se apoderaron de ella, pero tal nombre no prevaleció porque nunca cuidaron de ella, el pacto de alianza sólo lo querían para enfrentar a Moctezuma, pero al lograr sus propósitos despreciaron a los totonacos al grado de que el esplendor de su ciudad relativamente pronto desapareció. Su cacique, según los historiadores de nombre Cuahumécatl-Quahutlaebana, hizo muy mal negocio, pues su afán de desligarse de la férula de Moctezuma lo llevó a su ruina y la de su pueblo, además, los conquistadores en sus escritos se refirieron a él despectivamente como el cacique Gordo a pesar de que los alimentó, protegió y les proporcionó suficientes hombres para hacer frente primero a los tlaxcaltecas y después al imperio

mexica. Los autores que siguieron, hasta la actualidad, se siguen refiriendo de la misma forma despectiva como el cacique gordo, la historia nacional está plagada de grandes injusticias y esta es una de las mayores.

Fernando Benítez pone este drama en números, menciona que a la llegada de los españoles: “De acuerdo con el testimonio de los cronistas, la Villaviciosa y la Sevilla de Bernal, la ciudad-vergel regida por el cacique Gordo, era una población de treinta mil almas. En 1580, el mapa del acalde de Veracruz, Álvaro Patiño, la menciona transformada en una miserable aldea de treinta habitantes (sí, tres decenas). Es decir, en pocos lustros, la antigua capital de las tribus totonacas había sufrido una pérdida de mil por uno, altísimo porcentaje que no se registra en ningún otro centro indígena de nuestro país”. Después de apuntar que gracias a dos pequeños ingenios de azúcar, ha visto aumentar su población en estos años (1950) a tres mil habitantes, escribe que abordó su carro triste y cansado por lo pobre que vio la región. Hoy sería otra cosa, pues Cempoala y toda la región se ve próspera, principalmente por la agricultura y la ganadería, seguramente ya cuenta con mucho más de aquellos treinta mil habitantes que vivieron la tragedia, aunque habría que decir que muy pocos serán descendientes de los totonacos; y los dos pequeños ingenios se hicieron uno pero muy grande.

Para hacer ver lo moderno que es hoy Cempoala, se pudo indagar que antes de que termine el año se celebrará el V Encuentro Iberoamericano de las Lenguas Indígenas, para recordar que en la región llamada Chicomacatl, del imperio de Moctezuma, se pusieron en juego tres lenguas indígenas, ya que Cortés comunicaba a Jerónimo de Aguilar en Castellano, que a su vez traduce en Maya a doña Marina, ella a los de Chicomacatl en Náhuatl que lo pasan al Totonaco a la gente de Cempoala.

Otro aspecto que hace muy importante a Cempoala es el hecho de que allí Cortés organizó su ejército para la campaña contra Moctezuma, su propósito frío y calculador quedó registrado con sus propias palabras: "...porque certifiqué a vuestra alteza que lo habría, preso o muerto, o súbdito a la corona real de vuestra majestad ... Y con este propósito demanda me partí de la ciudad de Cempoal, que yo intitulé Sevilla, a diez y seis de agosto, con quince de a caballo y trescientos peones lo mejor aderezados que yo pude". Por su parte Bernal escribe: "Y partimos de Cempoal mediando el mes de agosto de mil quinientos diez y nueve años, y siempre con muy buena orden, y los corredores de campo y ciertos soldados muy sueltos adelante".

Hay que recordar que Cortés antes de partir, tuvo que ir a la Villa Rica para atender una noticia alarmante sobre la visita inesperada de otros españoles. Bernal, en el capítulo LIX de su historia, establece que "estando de esta manera para partir (de Cempoala) vino de la Villa Rica un soldado con una carta de Juan Escalante". Tal carta era para alertar de la presencia de un barco en la costa y cuyos tripulantes hicieron caso omiso de las señales de advertencia que les hicieron. Cortés se alarmó al grado de que presuroso partió con Gonzalo de Sandoval, dejando a Alvarado a cargo de Cempoala. El historiador Miralles resume atinadamente los apuros del capitán de esta manera: "todavía no se internaban en el país y ya tenían que cuidar que no se les fuera a meter otro en sus terrenos para disputarle la conquista". El mismo Cortés menciona que capturaron a cuatro que desembarcaron y vistió a otros tantos de los suyos con las ropas de aquellos para hacer que se acercaran otros miembros de la tripulación de aquel barco, y así lo hicieron pero al darse cuenta del engaño dieron vuelta y emprendieron la huída pero dejaron seis en tierra. El navío levó

anclas y Cortés se encontró con que su ejército había aumentado en seis hombres. Entre los capturados figuró Alonso García Bravo, al que llamaban el Jumétrico por sus habilidades geométricas y de urbanista, que más tarde tendría importantes intervenciones, la principal al hacerse cargo del trazo de la ciudad de México una vez que fue conquistada y destruida la ciudad anterior: la Gran Tenochtitlán. Después de arreglar las cosas de esta manera, regresó Cortés a Cempoala para iniciar finalmente la marcha, según la información del portal del estado de Veracruz, el 16 de agosto de 1519 con rumbo a Tenochtitlan, el día 18 pernoctó en Xalapa y el día siguiente continuó su marcha a Xicochimalco y Teoizhuacan, no sin antes asegurarse que los naturales de la región de Pánuco ahuyentaran a todos los españoles que vinieran por parte de Francisco de Garay o cualquier otro capitán.

Puede ser una buena pregunta saber qué hizo Cortés desde su llegada a San Juan de Ulúa, del 21 de abril a la fecha en que marchó de Cempoala el 16 de agosto, es decir, casi cuatro meses. El estar en tierras extrañas, con la mente llena de riquezas por alcanzar y su muy particular posición como fuera de la ley, no le dejó disfrutar de las playas y ciudades como se hace hoy, pero lo que sí es cierto es que estuvo muy activo, preparando su campaña que se le volvió obsesión, al tiempo de buscar la forma de evitar la persecución del gobernador de Cuba que estaba en busca de su cabeza y a la par intentar congraciarse con el emperador Carlos mandándole empalagosas cartas y cuantiosos regalos a costa de los naturales. Un resumen de lo que Cortés realizó en esos casi cuatro meses sería el siguiente:

1. Fundar el Ayuntamiento de la Villa Rica de la Vera Cruz
2. Minimizar la fuerza de los partidarios del gobernador de Cuba

3. Establecer un sitio seguro para sus naves y su ejército en la caleta cercana al pueblo totonaca de Quiahuiztlan, conocido ahora como Villa Rica, mejor sería Rica Villa, a unos 80 km del Puerto de Veracruz, lugar donde inició la construcción de un fuerte y edificios públicos y donde dejó un destacamento para intentar cuidarse las espaldas. La información oficial establece que el futuro de la conquista se decidió en Quiahuiztlan, lugar donde Cortés pactó con el rey totonaca su alianza para fundar la Villa Rica de la Vera Cruz y comenzar su expedición hacia el altiplano subiendo por el río Actopan
4. Mandar barrenar los barcos “darles de través” para significar que no daría paso atrás y que con ello acuñaría la frase usual “quemar las naves” para decir que se seguirá de forma aferrada un propósito
5. Es conducido por los totonacos hasta el territorio de Chalchiculyecan y Zempoala y pactar una alianza muy provechosa para él por medio del cacique Chicomeácatl-Quauhtlaebana y a iniciativa de este
6. Arreglar el asunto del barco invasor en la Villa Rica
7. Preparar un ejército con pocos españoles y muchos naturales para la conquista

Se promete el caminante darse tiempo en el futuro para visitar Quiahuiztlán y la Villa Rica, pues ha leído que en lo alto del Cerro de los Metates existen las ruinas de un cementerio totonaco con construcciones hechas con grandes piedras, escalinatas con alfardas y elegantes techos, y que desde esas alturas se ve la playa de la Villa Rica y las ruinas de la primera ciudad española en el territorio de México. Eso podrá venir, pero por lo pronto, sentado en lo alto de una de las pirámides, por cierto una bastante singular

con una gran escalinata con alfardas al frente y que da cara al oriente, un primer cuerpo rectangular y al fondo un segundo cuerpo de planta circular que forma cuatro terrazas concéntricas que recuerda algo a Calixtlahuaca, cercana a Toluca, y con la vista del Templo de las Chimeneas, con sus columnas que a alguien desafortunadamente se le ocurrió comparar con chimeneas, imagina ver aquél relativamente pequeño ejército en marcha que lo hicieron grande y respetable los propios totonacas entre nobles que iban en calidad de rehenes, guerreros y cargadores que según algunos autores sumaban hasta cincuenta mil. Se puede ver a la población arrojando flores y soplando caracolas y otros instrumentos primitivos, y por un momento el caminante se ve entre la multitud estático y sin poder articular palabra, sólo pensando que como quiera que sea esos pasos marciales marcaron el inicio de la historia nacional; con lo bueno y lo malo, o lo malo y lo bueno, lo que gusta y lo que no.

Después de ver partir al ejército imaginario se decide tomar un refrigerio con la antigua ciudad a la vista y con la duda de cuál camino seguir, ya que una cosa es imaginar al ejército partir, pero otra sería seguirlo porque ya no existe más que en la mente. En detalles de la ruta los conquistadores no ofrecen casi nada y en esta etapa menos. Cortés establece: “Yo fui, muy poderoso Señor, por la tierra y señorío de Cempoal, tres jornadas donde de todos los naturales fui bien recibido y hospedado; y a la cuarta jornada entré en una provincia que se llama Sienchimalen (Xocochimalco, hoy Xico Viejo), en que hay en ella una villa muy fuerte y puesta en recio lugar, porque está en una ladera de una sierra muy agria, y para la entrada no hay sino un paso de escalera, que es imposible pasar sino gente de a pie, y aun con harta dificultad si los naturales quieren defender el paso”.

Por su parte Bernal escribe: “Y la primera jornada fuimos a un pueblo que se dice Xalapa, y desde allí a Socoxima (Xico Viejo); y estaba bien fuerte y mala entrada, y en él había muchas parras de uva de la tierra”, es decir, que los conquistadores en esos pocos renglones están resumiendo 120 km o más dependiendo del camino por seguir, por lo que según Cortés cubrieron unos 30 km en cada una de las cuatro jornadas, lo que parece mucho, sobre todo al pensar que muy pocos iban a caballo; a paso normal una persona hace cuatro kilómetros por hora, pero hay que tomar en cuenta lo accidentado del camino, así debieron caminar de 12 a 14 horas diarias, lo que habla de lo mucho que forzaba a su gente el capitán Cortés; en cuanto a lo que establece Bernal es simplemente imposible a menos que todos fueran corriendo al ritmo de un maratonista moderno, ya Fray Juan de Torquemada había hecho la observación de la imposibilidad de que fueran de Cempoala a Xalapa en una jornada.

Y queriendo tener más datos para la caminata por venir, se repasa información previamente consultada (Veratur.com); la Red Oficial de Veracruz establece que existían dos rutas desde Zempoala hacia Xallapan y Xicochimalco desde la desembocadura del río Actopan, una hacia Tizapatzingo, hoy Alto del Tizar, siguiendo uno de los flancos del río, se usaba en estiaje atravesando el territorio de Actopan. El otro camino buscaba la altura de los cerros y mesetas para evitar las tierras inundadas. Actualmente el trazo de la carretera 140 sigue los viejos senderos abiertos por los conquistadores. Y para los que viajan en automóvil, se agrega la siguiente información: “...y es posible recorrer la carretera asfaltada por la vertiente oriental del Cofre de Perote, siguiendo los pasos de Cortés por Coatepec, Xico, Teocelo, Ixhuacán de los Reyes, Ayatehualco y continuar hasta Totalco, en el Valle de Perote, para

regresar por la ruta Real desde el Fuerte de San Carlos a San Juan de Ulúa, en el Puerto, concluyendo así un circuito cultural extraordinario”.

Por otro lado, algunos autores señalan que la armada se dividió en dos: Alvarado por Actopan y por el camino de Chiltoyac a Xallapan, en cambio Cortés fue por la parte superior hasta los llanos de El Lencero, antiguamente Atexcac. Aclarar que tal nombre se debe a que este sitio fue dado como recompensa y en encomienda, después de la conquista, a Juan *El Lencero*, uno de los soldados de Cortés. Las dos columnas se juntaron en Xalapa y enfilaron a Xico, donde los totonacos (con influencia mexicana) tenían su fortaleza, misma que Cortés supo conquistar con las palabras y no con las armas.

DE CÓMO SE PRESENTAN LAS MISMAS DIFICULTADES QUE PASARON LOS CONQUISTADORES Y DE LO QUE SE HIZO AL RESPECTO

Pero el panorama para este caminante es ciertamente complicado porque en sus condiciones actuales, y tomando en cuenta que no solamente quiere caminar, sino observar, tomar notas y cumplir necesidades humanas, tiene como norma caminar 20 km o bien, ocho horas, lo que suceda primero. Esto significa seis jornadas que definitivamente no se tiene tiempo para hacerlas, por lo más dos, y para colmo no se sabe para donde ir, considerando que al recorrer la ruta se requieren datos detallados, los únicos indicios que se tienen son los datos antes mencionados y un mapa que se vio en el Museo de la Marina en Veracruz que señala que pasaron por Rinconada (antes Ixcaplan), donde tuvo lugar la primera batalla entre totonacas y mexicas, además en junio de 1520 Cortés

se refugió en este lugar después de derrotar a Narváez. Rinconada se encuentra más o menos a medio camino de aquí de Cempoala a Xalapa. Así es que se ven dos alternativas, regresar a Cardel y de allí por la carretera hasta donde se pueda avanzar y la otra aventurar los pasos por la amplia zona del Distrito de Riego de La Antigua. Se saca una moneda y se dice: “sol carretera, águila distrito de riego”. Se lanza la moneda cae en el polvo pero se ve clara el águila; no hay más que ir por Mata Verde, El Zapotillo, Jareros, Los Ídolos y con suerte llegar a Rinconada.

Como previsión se compran dos litros de agua y un par de chocolates, curiosamente de nombre Carlos V, se alista la copia del mapa de INEGI que se consiguió en las oficinas de Toluca, se coloca un paliacate al cuello y la gorra, el caminante se dice listo. Pero antes de dejar Cempoala y para no viajar con el lastre pesado, que significaría despreciar a los voladores de Papantla, el caminante se junta con otros turistas y disfruta de ese antiguo ritual de malabaristas aéreos y se deja una modesta contribución, esperando que el día de los actores resulte menos duro.

Una vez ya en ruta, se camina por una carretera angosta pavimentada, los consabidos camiones cargados de caña siguen pasando, pero también tractores acondicionados con raros artefactos para recoger y subir la caña a los camiones, parecen escarabajos gigantes, además de algunos automóviles cuyos conductores gustan de apretar bastante la gasolina. No se ven más que campos de caña que despiden ese vapor que forma una especie de neblina que impide ver las montañas que deben estar al frente y que seguramente los conquistadores si vieron y temieron, al norte si se observa una cordillera que parece dirigirse alegremente hacia el mar. Así, se camina por casi una hora sin ver ni una construcción, se adivina el pueblo de Mata Verde por el

sonido, tienen en una alta torre metálica cuatro altavoces dirigidos a los cuatro puntos cardinales, se escuchan las mañanitas y luego una voz insistente anunciando la venta de comida y bebidas en la plaza del pueblo para ayudar a los propósitos de la iglesia local. Ya dentro del pueblo el caminante se dirige a la plaza y hace una visita breve a la iglesia pintada de colores fuertes con arquitectura indefinida, pero que es agradable en el conjunto, se puede decir que es un gran salón con ventanas cuyo muro frontal en su parte superior es semicircular, el pórtico con un sencillo frontón soportado por cuatro columnas simuladas y al centro, en la parte más alta, una sencilla espadaña con una modesta campanita como de juguete. En el atrio un gran árbol que domina todo, a su sombra varios niños corren de un lado a otro, un niño más grande que el resto persigue en su bicicleta a los más pequeños y se escucha la voz modulada y jarocho de una señora advirtiendo al niño de la bicicleta que tenga cuidado, pero los otros niños lo torea para que siga persiguiéndolos. Se deja ese ambiente familiar y poco trecho después, al término de una gran curva en forma de S, se encuentra la presa El Zapote, de hecho el camino pasa por la corona de la presa que es de poca altura, en ambos lados, aguas arriba y aguas abajo, se forman pozas y remansos donde se reúne mucha gente de la zona para pasar un día de campo y refrescarse en las aguas del río. Los niños son los que gozan más, van hasta donde se encuentra la compuerta y se dejan llevar por la corriente, alcanzando buena velocidad y acuatizan en la poza que se forma al final de la caída de agua. La gente grande se conforma con nadar tranquilamente en las partes estables o bien, cuidan a los niños para prevenir algún accidente. El caminante no puede resistir el llamado del agua clara y fresca, se mete un buen rato a una poza, el agua está más que fresca, casi helada, pero con el calor y el polvo del

camino sabe a gloria. Un niño le invita a echarse por la corriente desde la compuerta pero se declina, diciendo que se hace tarde, y así es en efecto. Se seca como puede y reanuda el camino, en el poblado próximo de El Zapotillo están afanados hombres y máquinas pavimentando la calle principal, supone el caminante que se aprovecha el préstamo, mediante algún acuerdo, de las máquinas en estos días de asueto. Se sigue un camino de terracería con árboles en las orillas, casi se hace agradable el caminar pero el sol tan picante y los moscos se encargan de añorar el hogar, o por lo menos el cuarto del hotel. Otro aspecto agradable es que se tienen canales de riego paralelos al camino, el murmullo del agua es bastante relajante, como si no fuera solo sino bien acompañado. Al ir caminando las ranas que se asolean se echan de clavado al agua, son de gran tamaño y sus saltos son poco estéticos, caen de panzazo salpicando agua. Algunas de ellas se aventuran a cruzar el camino, y sin proponérselo juegan a una especie de ruleta rusa, y de vez en cuando alguna de ellas queda bajo las ruedas de uno de los vehículos que de forma esporádica pasan, y a consecuencia de todo esto quedan apachurradas y el sol seca sus cuerpos para formar una silueta de una gran rana en posición de brincar. Esto, y para distraer la mente, hace recordar un mal chiste que se escuchó hace mucho tiempo en Hermosillo, Sonora: “se trata de un sapo que se encuentra a la orilla del camino, con esa flojera que se les atribuye, oye que viene un tractor y se dice: me muevo o no me muevo, y decide esto último, el tractor lo apachurra y las últimas palabras del sapo son: ya me lo pensaba”. Otra hora de camino y lo único que cambia la monotonía del paisaje es un acueducto de concreto reforzado, cuyos pórticos uniformes se pierden hacia una y otra dirección, al intersectar el camino el agua pasa por abajo por medio de un sifón, pues la altura del acueducto no sería suficiente

para que pasaran los grandes camiones cargados de caña. Se entretiene el caminante pensando en lo que pudo pasar por la mente de los conquistadores cuando estuvieron por estos lugares o similares, pensarían en la salvación que representa el ganar más almas para su religión, en la seguridad de que eran enviados desde lo más alto, pero posiblemente más fuerte era el llamado del oro y las riquezas desmedidas de que traían llena la cabeza por los relatos de Amadís y las fantásticas realidades que trajo Marco Polo del lejano oriente. Estarían sobre todo maravillados de ver tantas cosas nuevas, en alguna medida, el caminante de hoy, también lo siente pues ante el se presentan muchas cosas nuevas.

Después de un tramo casi recto en la dirección este-oeste se llega al poblado de Jareros, que tiene una fisonomía de desarrollo urbano nuevo con una pequeña plaza pública con jardineras y juegos infantiles por ahora abandonados, los niños saldrán seguramente cuando el sol se oculte. La iglesia es modesta, de concreto reforzado, y no se pudo visitar por estar cerrada, en las polvorientas calles pasan camionetas a gran velocidad, así como los ya muy conocidos camiones cargados, colmados de caña de azúcar, y en ocasiones algún joven en su motocicleta, cuyo estrépito alborota a los perros, que por el calor, no insisten mucho en la persecución. Aquí el caminante se detiene y toma agua, pretende revisar su mapa y aclarar sus ideas, pero el calor y las hormigas no permiten concentrarse. Realmente no se sabe qué camino tomar, y finalmente se decide por seguir el paralelo al canal principal de riego, el agua baja y el caminante asciende, pensando en que se topará con un accidente geográfico que el mapa marca como Paso de Milpa, en el mapa se identifica como una corriente de agua pero el nombre le sugiere al caminante que podría ser un camino antiguo y se pone a soñar en una agradable vereda sombreada

transcurriendo por la orilla de una corriente clara y serena. Se llega al cementerio marcado por un raro árbol con flores blancas y todo lo demás pálido incluyendo hojas, ramas y tronco; como un fantasma de árbol que con los rayos del sol deslumbra, pero que en la noche se imagina, tendrá un aspecto extraño e intimidante, sobre todo a los rayos de la luna. En un cobertizo se ven estacionadas dos camionetas y en el cementerio trabaja un señor con sombrero de ala ancha desyerbando los monumentos fúnebres. El caminante se acerca a este señor y después de dar las buenas tardes se le pregunta por el Paso de Milpa, seguramente no se eligió el mejor momento o el señor habría tenido un disgusto, porque no se dignó a pronunciar palabra, miró al caminante de forma fría y ruda, sólo levantó el brazo izquierdo y señaló, o se creyó que señalaba, una corriente de agua próxima. En este paraje el río hace un remanso y se puede caminar por la orilla, pero pronto se hace una corriente de dirección errática, indefinida, que a duras penas se abre paso entre árboles, arbustos y cúmulos de piedra y arcilla. En algunos claros se encuentran muchos patos buscando comida, al sentir al intruso emprenden el vuelo en parvada haciendo que el corazón del caminante quiera salir de su lugar. Avanzar en esas condiciones es sumamente difícil porque la vegetación es muy densa, la ruta incierta y el agua presente por todos lados, el agravante son los moscos y otros insectos, por ejemplo una especie de catarina (escarabajo pequeño) que tiene la cubierta dura, plateada como si fuera metálica, se adhieren a la piel y se envuelven con lo que se transforman en una como munición, una vez que se prenden es sumamente difícil quitarlas porque los dedos sobre el caparazón se resbalan; se prenden con tanta fuerza que arrancarles causa dolor. Así, ante la realidad, el caminante decide salir de allí, decisión que con mayor énfasis se tomó al

escuchar disparos de cazadores de patos y no se les quiere dar la oportunidad de confundir al caminante con una de sus presas. Se regresa al canal principal y en el trayecto se topa con unas personas dedicadas a preparar su comida, se supone que son una familia, los hombres ignoran al que pregunta, pero una señora se compadece y le aconseja regresar a Jareros y allí tomar un transporte, al decirle que la intención es ir al pueblo de Los Ídolos, dice, no, son puras veredas y se perderá. Todavía se le insistió para que diera indicaciones sobre esas veredas, pero lo único que se logró fue que moviera la cabeza y siguiera con su cantaleta: regrese a Jareros. Pero el caminante se dice: regresar nunca. Se atiene a su mapa y lleva una pequeña brújula, que no por eso deja de ser precisa, sigue por el canal principal, que es inconfundible, y llega muy al sur, de seguir así no se llegará al destino, por lo que se reconoce como urgente cambiar de dirección. Se elige una vereda para tractores, su dirección es hacia el noroeste, que es la correcta, y además se camina sobre seco, pasa por plantíos de caña, pero también de papaya, tamarindos y otros árboles frutales, finalmente se ven algunas casas y otro cementerio, y para agradable sorpresa pertenece al pueblo de San José de los Ídolos, un caserío perdido en una cañada imposible de ver o adivinar a menos que ya se esté de lleno dentro del pueblo. El caminante se dice así salvado, pero sin fuerza para dar un paso más. Se caminó la mayor parte del tiempo a la altura de entre 50 y 100 msnm, es decir, casi todo muy plano, pero en Los Ídolos ya se está a la altura de 200 m, lo que significa que es aquí donde realmente inició a subir el ejército de la conquista.

Se pregunta a una señora (encargada de barrer una especie de plaza pública) e informa que el transporte llegará entre cinco y cinco y media de la tarde, se decide por lo tanto esperar, pues no se cuenta con otra alternativa. Mientras tanto se trató de indagar

sobre el nombre del pueblo y un señor dijo que en lo alto de un promontorio encontraron restos de construcciones antiguas y unas figuras de piedra que se llevaron a Xalapa, el caminante se dice satisfecho porque si hay restos arqueológicos puede ser parte de la ruta que trata de seguir. El transporte llegó con más de una hora de retraso, ya cuando el caminante empezaba a entrar en pánico. A bordo del vehículo por un camino rural y en poco tiempo se llega a Rinconada, que es a donde debería haber llegado el caminante según sus planes originales. Pero se hizo la mayor parte y se tienen motivos de justificación. Se trata de un pueblo bastante grande cuyo nombre original era Izcalpan, sin saber cómo se perdió, y cuenta con episodios históricos interesantes como la supuesta primera batalla entre totonacos y mexicas, así como la estancia de Cortés en junio de 1520 después de derrotar a Narváez en Cempoala. Posteriormente el pueblo tuvo su época de auge por ser punto importante del ferrocarril Cardel- Xalapa, ya no hay trenes de pasajeros pero el pueblo sigue prosperando, pues hay mucha actividad comercial que le ha dado un segundo aire que al parecer será duradero. El transporte hacia Xalapa es frecuente, así prácticamente se baja de un camión y se sube al siguiente. En el corto tramo que se caminó se advierte un negocio con el nombre Malinche, única referencia que se pudo identificar referente a la Ruta de Cortés, pero tal establecimiento es una cantina que anuncia contar con las bailarinas más bellas y atrevidas de la región. Se entristece el caminante al ver que se use, en un negocio de giro poco apropiado, el nombre de quién tiene como heroína. Como ya el tiempo apremia, se aborda un autobús cómodo y rápido, pero que para en todos los puntos del camino, de hecho corre a veces por la autopista y otras por el camino antiguo, en ocasiones regresa o hace un rodeo para

entrar en poblados en busca de pasaje. De esta manera se pasa por poblados de diferentes tamaños mientras el autobús asciende entre cañadas y montes cada vez más altos, de esta manera se pasó por Río Gacho, Plan del Río, Las Trancas y Miraflores del Mar, luego Cerro Gordo, donde tuvo lugar una batalla importante en la guerra contra Estados Unidos, batalla que estaba siendo ganada por los mexicanos, pero que de forma sospechosa López de Santa Anna convirtió en derrota. Y ya en poco trecho la zona conubada de Xalapa, que para no ser excepción de las ciudades modernas, se extiende sin límites entre desarrollos para gente pudiente, así como estratos medianos y pobres. Ya casi entrando se ve un centro comercial de nombre Galerías, mismo nombre, mismas tiendas, misma arquitectura. El autobús se enfila a la Terminal, y el antes caminante difícilmente se puede poner en pie porque le duelen todos los músculos y huesos, pero satisfecho de haber hecho unos 20 km que para las dificultades encontradas se piensa que son muy buenos. Se llega al hotel después de la hora convenida, se toma un buen duchazo que reconforta, esta vez se decide ya no salir y solamente dedicar el tiempo a la necesaria como agradable tarea de alimentar el cuerpo. A pesar de ser Semana Santa se pide carne, una tampieña que resultó cecina tampieña pero buena, y lo que más agradó, o lo que también agradó, fue una gran jarra de naranjada refrescante. Se va a la cama con la idea de descansar, pero el sueño tarda en llegar porque la cabeza está llena todavía de verdor, de olor a ron y de imaginar cómo en Cempoala apresaron y le sacaron un ojo a Pánfilo de Narváez, sorprendido por los soldados fieles a Cortés, echando así por tierra sus instrucciones de hacer prisionero, o matar, a Cortés por órdenes del gobernador de Cuba, que tenía cuentas por cobrar contra el conquistador.

DONDE SE DESCRIBE EL ARDUO ASCENSO A XICO VIEJO Y CÓMO SE TUVO OPORTUNIDAD DE VER Y DESCUBRIR EL LUGAR DONDE CORTÉS PACTÓ CON SUS POBLADORES

Otro día se inicia la caminata lo más temprano que se puede, se sube al centro hasta encontrar la antigua estación del tren, que no tiene la fisonomía de las antiguas sino de un edificio convencional, con alas de dos y tres niveles ocupadas ahora por oficinas del gobierno del estado, ya que los trenes, por lo menos de pasajeros, ya no corren. Se toma el antiguo camino a Coatepec, que transcurre al principio entre barrios populares, que en algunos rincones recuerda lo que fue Xalapa, el ambiente es bastante frío pero no hay lluvia como se temía, un pequeño termómetro que porta el caminante marca 12°C , pero el cuerpo diría que es mucho más baja. Una señal indica la dirección al Museo Tecnológico en cuyo patio han dispuesto aeroplanos, locomotoras y otras máquinas producto del ingenio del hombre para que la gente, principalmente los niños, los conozcan de cerca, bueno sería hacer una visita si hubiera tiempo para ello. Después de un poco más de una hora se termina la urbanización, el camino discurre por una zona muy irregular con curvas continuas muy cerradas, casi no hay tráfico de vehículos en parte por lo temprano de la hora pero principalmente porque existe una autopista nueva y libre, es decir, sin costo, y por lo tanto el tráfico se va por esa vía. El caminante se topa con relativa frecuencia con pequeños monumentos que señalan el lugar donde murió alguna persona, la mayoría recuerdan a jóvenes que posiblemente manejaban a mayor velocidad de lo debido, o posiblemente fueron alcanzados yendo en bicicleta o a pie, realmente sólo sus deudos podrían saberlo, en algunos de esos atractivos monumentos se ven flores frescas, lo que reafirma

el afán de mantener a los muertos en este mundo. Se ven cañadas llenas de verdor, con una profusión de plantas que admira, el sol por lo tanto tarda en salir, como a las 8:30 el caminante ve sus primeros rayos y lo agradece pensando en que el frío pronto se irá. Se pasa el puente sobre el río Sordo, que se deja ver contaminado pues al bajar entre las piedras forma espuma que contrasta con el verdor, si no se pensara de donde proviene la espuma se diría que el verde y el blanco es una combinación maravillosa. Más adelante se pasa otra corriente de agua, es el río Consolapa y en este caso el agua se ve regularmente clara. No han pasado más que dos horas y media y ya se siente cansancio, siguiendo la dirección sur se llegaría a Córdoba, pero el caminante va hacia el poniente y, por lo tanto, toma la desviación donde casi de inmediato encuentra las primeras casas de Coatepec. Se detiene en el pretil de una casa para tomar respiro y ubicarse en el mapa, pues su intención es visitar el centro, así estaba cuando una dama con una camisa roja que ostenta Municipio de Coatepec, armada de un carro y una gran escoba de varas, tiene seguramente el encargo de dejar limpio su sector y resulta tan celosa de su deber que si el caminante no se mueve lo barren. Repuesto del inconveniente, sigue caminando y observa que en el portal de entrada de una casa antigua tienen montado un puesto de antojitos, ya cuando se camina una cuadra adelante se recuerda que se va con hambre, regresa sobre sus pasos y pide dos picaditas de verde y un jugo de naranja, resultaron tan buenas y tan económicas que se piden otras dos, esta vez de frijol, y para rematar dos de chile seco, estaban tan picosas que hubo que pedir otro jugo para apagar el fuego. Se aprovecha para preguntar por el centro y le informan que debe caminar seis cuadras y luego a la derecha "...y allí le saldrán al paso la iglesia y la plaza". Las indicaciones fueron tan

sencillas como precisas, el templo está dedicado a San Jerónimo, cuya efigie ocupa el lado derecho del altar, mientras que en el centro hay un Cristo en la Cruz y en el lado opuesto la Virgen tendiendo sus brazos amorosos. A San Jerónimo se le representa con atavío de doctor de la iglesia, con tocado de ala ancha y color púrpura. Las tres esculturas descansan sobre ménsulas doradas de un cuarto de esfera, pero por algún prodigio geométrico terminan en medio octágono. En cada uno de los muros laterales destacan tres conjuntos de nichos, uno central de mayor tamaño y dos laterales, ocupan los 18 lugares multitud de personajes de la iglesia, algunos conocidos y otros no. En lugar especial no podía faltar un cuadro con el retrato de San Rafael Guízar y Valencia. Por el exterior destaca una alta torre de campanario que se hace más esbelta con la altura, de tal manera que parece una aguja, en el atrio una bonita fuente de cantera que las palomas aprovechan para darse un baño matutino, pero ya con el sol alto y seguramente para combatir los parásitos, los inevitables corucos. El lugar estaba casi sin ningún alma pero se viene un grupo nutrido de personas para celebrar una misa de cuerpo presente, el caminante quiso no interrumpir, pero resultó que tuvo que regresar al interior de la iglesia por la gorra que dejó en una de las bancas. Una viejita va inconsolable al lado del difunto repitiendo sus virtudes y recriminándolo por haberla dejado sola.

La plaza es amplia y agradable, desde aquí se ve el Cerro de las Culebras, que da nombre al pueblo, que eso significa Coatepec, pero parece que el lugar por donde pasaron realmente los españoles estaba más al poniente y cuyos vestigios ya desaparecieron. El edificio municipal tiene lo suyo, en el interior dos murales, uno en los muros del cubo de escaleras con el tema del presidente Juárez y el otro en el plano exterior de la rampa de la escalera con un

estilo inspirado en la obra de Siqueiros, con mucho colorido y que recrea el simbolismo y significado de Coatepec, destacando una culebra cósmica entre nebulosas, galaxias y agujeros negros. Se deja Coatepec, seguramente con muchos otros atractivos por conocer, se sigue por el antiguo paso del tren llamado El Piojito, se conserva una de las estaciones que permite tener una idea general de lo que fue este servicio ferroviario, de esta manera se llega a Las Puentes, llamado así seguramente por la confluencia de corrientes de agua y caminos que requirió la construcción de puentes, aquí se conserva la denominación del español antiguo que usaba el femenino para estas estructuras tan bellas y eficientes y, por lo tanto, apropiado. Aquí funcionó por mucho tiempo una fábrica de hilados de nombre La Purísima Concepción, cuyas máquinas eran movidas por la fuerza del agua. El complejo fabril ya no funciona pero los habitantes muestran su agradecimiento a la familia que la fundó a juzgar por un anuncio con letras muy grandes que entre otros motivos establece que fueron los dueños pioneros de la jubilación a los 60 años. El tren El Piojito llegaba a una estación adosada a la fábrica.

Casi inmediatamente se presenta un pueblo grande llamado San Marcos de León, se supone que tal nombre es por el león que simboliza la fuerza del evangelista, la iglesia dedicada obviamente a San Marcos Evangelista, que no se visitó por estar en servicio religioso y también porque el caminante no tiene otra idea en la cabeza más que de llegar a Xico. No se pudo identificar otra ruta más que seguir la carretera que se encuentra bastante transitada, a los lados plantíos de caña y granjas de café cuyo producto da fama a la región, en una de esas granjas ofrecen un tour para que los visitantes se enteren de cómo se planta, cosecha y procesa el café, cosa que seguramente será interesante experimentar. Siguiendo el

camino se observa un pórtico de bienvenida al visitante con este mensaje: “Bienvenidos a Xico, lugar de hospitalidad, tradición y altura”. La primera parte seguramente aludiendo a que acogieron a Cortés y su ejército hace 490 años. Pero de ese punto faltan todavía varios kilómetros para estar realmente en Xico, y es que el caminante frecuentemente olvida que las bienvenidas y las señales son para los automovilistas y no para los peatones. Antes de arribar al pueblo se encuentra la cascada de Texolo, que en esta época del año no resulta tan espectacular, pero de todos modos tiene lo suyo, merecería una visita con más calma, pero eso es precisamente lo que no hay. Ya en las goteras del pueblo otro pórtico pintado de color arena con vivos rojos que ahora ostenta: “Xico, puerta de las montañas de América”, asunto seguramente inspirado en las apreciaciones de Fernando Benítez, que escribió que Xico es el rellano de la escalera de la patria, pero que para el caminante que ha estado subiendo y bajando cerros y montañas, y así seguirá si quiere algún día o año completar la ruta, se le hace exagerado, más pensando en toda la América que tiene cordilleras inmensas, sin querer disminuir a esta en la que se está. Pero de todos modos tal mensaje si que da resultado, ya que en cuanto se cruza el pórtico se siente aludido, dueño de orgullos pasados, camina con la frente en alto y repetidas veces voltea para ver un monte que ya había dejado atrás y que tiene una forma especial, como en cono truncado casi perfecto cubierto de vegetación y que seguramente tiene que ver con el nombre del lugar, Xicomalco o Xico, que tiene relación con el ombligo representado por ese singular monte. Se camina por la calle principal, llamada Hidalgo, que sigue aproximadamente la dirección este-oeste, la de la Vía Láctea, la del Camino de Santiago, es un pueblo-camino, longitudinal, muy atractivo porque aquí si se conservan

casas antiguas con sus techos de teja inclinados con amplios aleros hacia la calle, además, muy útiles porque cualquiera de las aceras que se elija para caminar se hace a la sombra. En resumen, es un lugar agradable, y la bienvenida surte efecto porque parecería que solamente estaban esperando por este caminante.

En las calles hay varios negocios donde venden café, licores y moles, asegurando que son los mejores sin saber si se refieren a la ciudad, región, estado, país, continente o mundo. Se sigue caminando de esta forma agradable siendo testigo del inicio de las actividades comerciales en que la gente que atiende los negocios hace sus preparativos esperando tener clientela, llama la atención la manera festiva en que hacen sus cosas, algunas cantan, otras platican a voz en cuello con el o la vecina, las ondas sonoras deben salir de uno de los comercios, expandirse hacia la calle y dando vuelta, meterse en el siguiente negocio y luego en sentido contrario con otro tono y otro tema. El pueblo goza de fama por muchos motivos, entre ellos de la inventiva de su gente, un señor de nombre Fernández Quitzé escribió en su libro *Xico*: “desde niños hasta ancianos, todos cuentan historias, creo que si en Xico no hubiera televisión no importaría, todos matarían el tiempo en la trama de un relato o en la fantasía del sorbo de café”.

La calle asciende con pendiente suave, pero notoria hasta que topa con la iglesia principal del pueblo dedicada a Santa María Magdalena. Cuenta la tradición que la dedicación original fue en honor de San Miguel Arcángel, pero por razones no bien explicadas, posiblemente por los métodos del guerrero divino que no resultaron del agrado, la gente no estaba muy convencida y resulta que llegó una efigie de Santa Maria Magdalena sobre una mula y este animalito se plantó en el atrio del templo, haciendo inútiles los esfuerzos por moverlo, interpretando esto como la

señal de que la santa, personaje tan importante y controvertido de la historia religiosa, deseaba permanecer allí. A los cuatro días de estar la caja en el atrio la población se atrevió a abrirla y encontraron la imagen a la que por cariño le dieron el mote de *La acostadita* y le asignaron lugar especial en el templo. Y sí que movió preferencias de la gente porque las fiestas patronales son muy ostentosas y duraderas con nutridas procesiones y la elaboración de una gran alfombra hecha con granos y aserrín policromados que cubre gran parte de la calle principal, por la que este caminante acaba de transcurrir. Además, la gente agradecida por los milagros y gracias concedidas le regala vestidos confeccionados con ricas telas y variados diseños, en un museo anexo al templo tienen reunidos más de 700 vestidos que el visitante curioso puede admirar. Un denominador común en los vestidos, siendo de colores, diseños y adornos muy variados, es que están confeccionados con el cuello alto, no hay ninguno escotado, y que la falda es larga llegando hasta el piso, es decir, que quiere la gente dar recato a la santa, que según el evangelio de San Lucas, fue una pecadora; pero había que agregar que no se especifica en la santa escritura la razón de por qué se le consideraba pecadora, aunque para la mente masculina de todos los tiempos parezca obvia.

La información oficial (Veratur.com) indica que la fiesta de Santa María Magdalena dura todo julio, el mero día es el 22, pero desde mayo se van afinando los detalles y antes del 15 de julio se hace una procesión para ir a cortar la flor de cucharita que adornará el arco de la iglesia, la cual se corta en el campo en medio de un ritual en el que participan únicamente hombres, la mayoría de extracción indígena. Para ello deben ir vestidos de blanco, llevar comida del mismo color como quesos, pan y aguardiente para que la flor no se manche. Además se debe dar

una ofrenda de alimentos y pedir permiso a San Juan del Monte para que los guíe en la búsqueda. También se informa al visitante que los días relevantes de la fiesta son del 18 al 22 de julio, días en que todo se transforma. El verde y la mora, licores típicos de sabor dulce, abundan en la calle. Se hacen tapetes de aserrín pintado, procesiones, queman cohetes y toritos adornados de colores y reciben el nombre de la congregación o barrio. Sueltan toros por las calles, lo cual se llama la Xiqueñada (seguramente para comparar y tratar de competir con la Pamplonada), bailan cencerreros y culmina con corrida de toros.

Toda esta información invita a ser testigo de esa gran fiesta, pero se ha de imaginar solamente porque no se vislumbra oportunidad cercana para hacerlo y se ha de conformar el caminante con lo que ve ahora que no desmerece, además, pensándolo bien, resulta mejor esta tranquilidad que las aglomeraciones de las fiestas patronales. Antes de ingresar al templo, el caminante se da cuenta que las autoridades municipales colocaron en la plaza, que es continuación del atrio, un monumento conmemorativo del paso de los conquistadores. Se trata de una especie de estela o muro coronado por un sencillo adorno y en el lado visible un mosaico que da cuenta del hecho de haber sido Xico escala importante en la Ruta de Cortés y reproduce lo escrito en las crónicas:

En agosto de 1519 pasó por Xico camino a Tenachtitlán Hernán Cortés (1485-1547) con españoles y aliados de la tierra, comienzo del encuentro entre razas y culturas, que da origen al México de hoy.

...La primera jornada fuimos a un pueblo que se dice Jalapa y de allí a Cocomichima y estaba bien fuerte y malentrada y en el había muchas parras de uva de la tierra

Bernal Díaz del Castillo

...Y a la cuarta jornada, entre en una provincia que se llama Sienchimalen que hay en ella una villa muy fuerte y puesta en un recio lugar, porque está en la ladera de una sierra muy agra y para la entrada no hay sino un paso de escalera...

Hernán Cortés, II Carta de relación

El caminante, que ya había leído estos párrafos, queda de todos modos impresionado al confirmar la importancia de aquellos hechos que ameritaron este monumento tan significativo para informar a propios y extraños que siguen presentes en la memoria de la gente. Es la primera señal clara y física del paso de Cortés en lo que se lleva en esta etapa, ni siquiera en Cempoala, de tanta importancia en la ruta, se pudo identificar un testimonio de este tipo. Por otro lado, vuelve a llamar la atención lo malo que eran los españoles para retener nombres autóctonos, pero eso sí mucha inventiva, para uno Cocochima para otro Sienchimalen. Y una gran duda personal y mediata, averiguar qué fue eso de la villa muy fuerte y el paso de escalera, misterio que el caminante está dispuesto a aclarar antes de que se termine el día.

Pero antes de acometer ese propósito se da tiempo de visitar el interior del templo, donde destaca la gran cúpula con figuras geométricas que dan la impresión por el interior de ser semiesférica, siendo que del exterior la cúpula es peraltada, como un gran cucurucho, pero no se salva de las humedades tropicales y los consiguientes hongos. Por ser Semana Santa cubren a los santos y santas con paños morados, no se pudo observar la famosa imagen de La Acostadita, pero para no quedar con tentación, literalmente, se compra una tarjeta postal de buen tamaño que muestra a María de Magdala, reclinada en un taburete en pose de cortesana romana, se encuentra sobre una lujosa capa que ha

caído de su cuerpo, con vestido azul que deja libre el hombro derecho semioculto por mechones de largos y lacios cabellos, el vestido de la más rica seda parece una segunda piel y deja adivinar los senos que se suponen blancos como su hombro y brazos que lucen descubiertos. Uno de sus brazos sostiene su cabeza y la mirada es piadosa con esos ojos grandes, castaños, enmarcados por largas pestañas, la nariz fina y la boca pequeña a medias abierta que deja ver blancos dientes, es un rostro llenito, saludable, sin faltar largos y elegantes aretes de oro y una aureola que quedó un poco de lado, en la mano libre sostiene una cruz de madera torneada. El conjunto se completa con un libro abierto con las siguientes palabras: *“Esereō civitate mucier peccacrix erac in”*; en fin, es una imagen piadosa y sugestiva, definitivamente sensual, que cautivó a la población de Xico, que la prefirió con sus métodos femeninos a los guerreros del arcángel.

Al salir del templo dan las doce y un carillón electrónico toca las notas de María Gracia Plena, lo cual es agradable pero como fuera de lugar, en el parque anexo juegan unos niños en los sube y baja y las resbaladillas que el gobierno municipal ha puesto allí, y se observa un monumento para conmemorar la independencia de México, es una esbelta columna de buen diseño con una victoria alada en la cúspide, es de buena altura pero aún así se pierde entre la copa de los árboles, la victoria alada parece con deseos de salir volando entre las ramas como lo hacen los pájaros que llenan el ambiente con su algarabía.

Muy bien esta todo, pero este lugar, el Xico Nuevo, no es por donde pasó Cortés, ya que los habitantes antiguos no gustaban de las cosas fáciles, deseaban estar cerca de sus divinidades en las alturas de las montañas, obviamente cuando ya los españoles se adueñaron de la tierra, prefirieron un lugar más plano, apto para

la agricultura y con medios de comunicación que exigieran menor esfuerzo, y así Xico se convirtió en población importante como punto de paso en uno de los caminos de Veracruz a México. Para ir al lugar original se debe subir a lo que hoy se llama Xico Viejo y precisamente eso es lo que se propone el caminante, y en eso piensa que tanto el Xico Nuevo como el Viejo deberían llevar el nombre original Xicochimalco, que significa Nido de jicotes, y de hecho se ven nidos de avispones cuyo verde se confunde con el de los árboles. Se camina pues por el parque al lado del templo, se sube con dirección poniente por una calle bastante inclinada hasta la capilla de Cristo Redentor, allí, o más bien cerca de allí, se pregunta a un peluquero que se encuentra en la puerta de su negocio, quizá a la caza de clientes, indica que se debe rodear la capilla y seguir subiendo hasta encontrar el camino después de dos cambios de dirección, así se hace y en efecto siguiendo las indicaciones se encuentra un camino de terracería, un señalamiento con una flecha señala Xico Viejo y abajo Cabañas Quetzalcóatl y otros destinos que no se registraron. Con la seguridad de ir por el camino correcto se camina con tranquilidad y gusto en medio de bonitos paisajes alpinos con el murmullo del agua por la proximidad del Río Tlacoilan. Es un camino de terracería que se encuentra en proceso de mejora, por lo que suben con gran esfuerzo grandes camiones para depositar material en greña combinado con arcilla, una moto conformadora lo expande y acomoda, los mismos camiones al ir y venir lo compactan, de esta manera se camina sin polvo, pero a cambio el inconveniente del ruido de los camiones que se les oye zumban desde que inician el ascenso. El camino transcurre entre continuas y cerradas curvas, ascensos y descensos, cuando se llega a la parte baja de una profunda barranca la vegetación se hace exuberante al grado de

que se convierte en un túnel verde por donde el camino transcurre entre las sombras, llaman la atención los helechos inmensos que permiten tener idea de cómo fueron las épocas geológicas pasadas. Como a los cuatro kilómetros se encuentra una gran curva y en medio un puente custodiado por un humilladero en honor de la Virgen de Guadalupe. Aquí el trabajo de la carretera se intensifica, pues es el tramo de ataque, se saluda por cortesía a los trabajadores, algunos responden y otros no, el caminante piensa que posiblemente algunos están de mal humor por tener que trabajar en Semana Santa. Se sigue subiendo con la vista de frente del Cofre de Perote con su rara forma en la cima que alguien, con mucha imaginación, identificó con un cofre. Entre grandes cerros en el fondo de una cañada, donde menos se pensara que pudiera existir un pueblo, aparece el caserío que se llama Xico Viejo, visto desde arriba parecería un pueblo fantasma, sólo se escuchan los cencerros de los chivos que resuenan de forma extraña entre los cerros y se multiplica el sonido por el eco de una forma que causa, sin saber porqué, algo de temor, muy abajo destaca un quisco y un pequeño templo. Al ir descendiendo se va haciendo patente la actividad humana, algunos pastores cuidando sus animales, niños divertidos en las aguas cristalinas de un arroyo y señoras que compran su recaudo en una camioneta que anuncia por un altoparlante las ofertas del día como “tres kilos de naranja por diez pesos”. A una de esas señoras se dirige el caminante para preguntar sobre las ruinas del pueblo prehispánico, la interlocutora recorre con la mirada al que pregunta, responde luego que no hay ninguna ruina y a su vez pregunta que de dónde viene el caminante, quien tiene el presentimiento de que la información que se le pueda dar y el trato subsecuente dependerá de la procedencia del visitante, por lo que se responde que de Xalapa, cosa que es cierta, recalca

que si no de México, y se responde que no, se queda pensando y luego atiende sus compras para finalmente decir: “ah, lo que usted quiere es subir al cerro donde se paró el águila”. Por cortesía y curiosidad se contesta que sí, esperando más información, y la señora en actitud de incredulidad de que alguien de Xalapa no lo supiera, agregó: no sabe que aquí iba a ser México, el águila se paró en el cerro (señaló con su brazo extendido alguno de los muchos cerros que se ven) pero la espantaron”. El caminante no supo hacer otra cosa que poner cara de asombro, y como el silencio se estaba haciendo incomodo, se le preguntó sobre la manera de llegar a ese lugar, ante lo cual la señora propuso que uno de sus hijos podía servir de guía porque dudaba que solo pudiera llegar, se perderá, comentó. Pronto se hizo el trato, dio indicaciones para llegar a su casa, una vez llegando allí se encuentra un señor haciendo trabajos de albañilería. Deja un rato sus ocupaciones y por su cuenta también revisa de arriba abajo a su interlocutor, que ganas tuvo de decir que ya había sido auscultado previamente. Llamó a un pequeño que andaba cerca y lo instruyó para que me llevara con el Hueyo, el señor regresó a sus labores y el caminante trató de seguir al chamaco que más parecía cabra, se metió a una casa en lo alto de una loma y el caminante se quedó incómodo sin saber que hacer, sin saber si llegaría o no su guía. Después de un buen rato apareció un muchacho como de 10 años, de buen porte y cabello lacio, abundante, ya cuando nos disponíamos a partir, bajó otro joven corriendo y le exigió que le devolviera un pequeño receptor de radio que llevaba en la bolsa, lo regresó de mala gana y así finalmente partimos. Cruzamos un arroyo de aguas claras y luego subimos por un sendero de piedras acomodadas, se pregunta a Aurelio, que así se llama al que conocen en el pueblo como el Hueyo, que quién hizo esa vereda

de piedras, y se limita a decir que fueron los del pueblo, pero si hubiera dicho que es anterior a la llegada de los españoles, se le habría creído. El ascenso se hizo por una pendiente cada vez más inclinada hasta la cima de un cerro, allí Aurelio informó que su tío encontró un metate de piedra que después de limpiarlo es el que usan en su casa para preparar las tortillas y otros alimentos, y luego dijo que encontraron también una figura como de un señor con la cara muy bien hecha, misma que vendieron a un señor de Veracruz en quinientos pesos. Se queda pensando el caminante que seguramente el valor de esa pieza era mayor y en el posible destino de muchas otras que se debieron encontrar en esta zona y otras muchas del país. Después fuimos a parar al límite occidental de la montaña y caminamos por el borde de una profunda barranca y el guía comentó que abajo pasa el Río del Ruido, nombre seguramente inventado por él, y explica que durante las avenidas extraordinarias el agua baja con tanta fuerza que hace un ruido tremendo que se escucha en todo el pueblo. Es una pared de piedra vertical y al ver que el caminante retrocedía, Aurelio se permitió decir, entre pregunta y aseveración: ¿tiene miedo?, y no se creyó necesario responder. Luego preguntó si se tenía interés y deseo de ir a un lugar donde se encuentran unos asientos de piedra, y la respuesta fue de forma inmediata y afirmativa. Así bajamos por una ladera entre abundante vegetación para luego volver a ascender por otra vereda pavimentada con piedras labradas, pero en este caso el asunto de subir se agravó porque con las lluvias de los días anteriores las piedras estaban húmedas y cubiertas con una capa de moho que las hacer muy resbaladizas, Aurelio subió como si nada a buena velocidad pero su acompañante tuvo que pedirle que calmara el paso al sentir que el corazón salía de su lugar y además ya son varias veces que resbala y termina

por lo menos rodilla en tierra. Superando esas y otras dificultades se llega finalmente a una meseta sin aparente continuidad, pues una parad de verdor se interpone, pero Aurelio dice con firmeza que hay que proseguir y pronto encuentra un paso que un extraño nunca hubiera podido adivinar, se trata de una escalera formada en la ladera con peldaños de piedra bien labrada y que sube en varios tramos a manera de zigzag hasta alcanzar la cima, el caminante va con el corazón en la garganta en parte por el esfuerzo, pero con mayor razón por el temor de resbalar, lo que puede significar la caída desde una altura considerable, de esta manera va cuidando cada paso asentando bien los pies antes de dar el siguiente, en cambio su guía parece cabra y ya espera en lo alto. Llega finalmente a la cima y una vez recuperadas las funciones de respirar y de pensar, se queda maravillado y eufóricamente contento, pues se hace conciente que acaba de cumplir el propósito principal de esta etapa y uno de los más importantes de toda la ruta, pues seguramente este paso que se acaba de ascender es lo que Cortés describe como un paso de escalera, y el caminante saca su libreta de notas y vuelve a leer lo que vio escrito en un monumento en el centro de Xico:

...y a la cuata jornada entré en una provincia que se llama Sienchimalen; en que hay en ella una villa muy fuerte y puesta en recio lugar, porqué está en una ladera de una sierra muy agra y para la entrada no hay sino un paso de escalera, que es imposible pasar sino gente de a pie...

Se trata de explicar lo mejor que se puede al guía el significado de todo esto, pero se le ve confundido sin saber la razón de tanto aspaviento y ve a su guiado con extrañeza, seguramente pensando que tanta subida o lo enrarecido del aire de la montaña le trastornó

y sólo propone proseguir diciendo: “ya estamos cerca de los asientos de piedra”. Y, en efecto, después de abrimos paso entre arbustos espinosos llegamos a una alta terraza que a pesar del difícil acceso y gran altura se encuentra sembrada de plantas chaparras de maíz que crecen de forma difícil entre las piedras. Allí en desorden están las grandes piedras que Aurelio, y seguramente toda la gente del pueblo, identifica como asientos de piedra. Se contaron cinco enteras y otras ya fraccionadas. Se trata de monolitos de forma de paralelepípedo, con una sección transversal cuadrada con lado de unos 40 cm y longitud aproximada de 1.50 m en las piezas enteras, lo que hace que su peso sea de unos 750 kg. Al contemplar con los propios ojos esta maravilla la euforia se incrementa, pues el caminante está en presencia nada menos que de los restos de esa villa muy fuerte y puesta en recio lugar que vieron los ojos de Cortés, pero él con mayor fortuna, ya que la vio en su apogeo. Seguramente son los restos de columnas de un templo o palacio, algunos de los monolitos tienen en uno de sus extremos un hueco que pudo servir para embonar sobre otros componentes estructurales, se imagina verlas en su posición soportando un techo de piedra, madera y palma con elegantes cornisas y remates, todo lleno de color. Para el caminante queda claro el asunto, Cortés y sus capitanes dejaron sus caballos y la mayor parte de su ejército en el valle junto al arroyo, subieron por donde Aurelio me condujo, seguramente con las mismas dificultades y temores, y con la misma sorpresa vieron aparecer un pueblo maravilloso en el lugar más insospechado, en alguna medida comparable a Machupichu. Fueron acogidos en esa villa muy fuerte que ahora sólo quedan las columnas que ciertamente se ven muy fuertes. Allí Cortés se entrevistó con el cacique cuyo nombre no registró y les dieron de comer, así como las facilidades

para proseguir. Cortés asegura que eran tierras del dominio de Moctezuma, Bernal en cambio establece que no tributaban a México y eran aliados de los de Cempoal. El caminante piensa, con la sola base de estar en el lugar de los hechos, que el asunto político no estaba muy claro en esos tiempos, habría regiones y pueblos de mayor importancia que otros para Moctezuma y sus consejeros por tener más o menos potencial para tributar, pero no es difícil que el cacique se dijera de uno u otro bando dependiendo de las circunstancias, en una comparación fácil y burda de lo que sucede hoy con los partidos políticos. Haciendo caso a Aurelio, el caminante se sienta en una de esas columnas y le pide que le tome una fotografía que resultó bastante bien, se transporta en el tiempo y cree ver a Cortés en plenas negociaciones con el principal del lugar, asistido el conquistador por doña Marina que a estas alturas ya había aprendido gran parte del idioma castellano, y así lograr ventajosos acuerdos para proseguir con su campaña, así como guías para identificar las intrincadas veredas entre las montañas.

Todavía faltaba una emoción más, después de la meseta, subiendo por una pendiente llena de arbustos se llega a un promontorio, que es nada más y nada menos que el lugar donde se paró el águila y alguien tuvo la ocurrencia de espantarla y, por lo tanto, México no fue fundado aquí. A ojos vistas son los restos de una pirámide, se le pide a Aurelio que se pare en el punto exacto donde se dice que se posó el águila y se toma la fotografía del recuerdo. En seguida el muchacho remueve algunas piedras y ofrece un pedazo de tepalcate con grecas y un agujero en medio y asegura que si escarbamos encontraremos otras piezas, se le agradece como se puede y se trata de explicarle que de hecho ya se encontró lo que se buscaba, aunque insiste y se lleva, sabiendo que se hace mal, una piedra labrada de unos cinco

kilos que se supone parte de una de las alfardas que limitaban la escalinata para subir a la pirámide del águila. Después de ello se inició el regreso, primero por la escalera de piedra con las precauciones de rigor y luego por diferentes veredas a las usadas para el ascenso, Aurelio no lo dijo pero seguramente buscó una ruta menos riesgosa para salvaguardar la integridad de su guiado, se le agradecieron sus servicios y condescendencias y no se sabe si el billete que se le dio fue acorde a sus diligencias, definitivamente no. Antes de dejar el lugar le invitan a refrescarse en el arroyo que baja de la montaña, se acepta y sí que se refresca el cuerpo, pues el agua está helada, un niño como de cinco años hace plática, con trabajos se le entiende, dice que su primo es el Hueyo y, por lo tanto, entendí que quería compartir la gloria que significa guiar a un extranjero a la montaña donde se paró el águila. Aurelio no supo decir el nombre de la montaña, pero el papá que dejó sus labores un rato, y ya para despedirse, dijo que se llama Otilpan y así se le creyó; ya no hay tiempo más que de secarse como se pueda y emprender el regreso, puesto que la idea de seguir hasta Ixhuacan de los Reyes no podrá realizarse en esta ocasión, ya el sol descende. Se le informó que no tardaría en pasar el transporte público, pero el caminante prefirió seguir su paso y llegó a Xico como en una hora y media, del transporte ni sus luces. En el lugar se aborda un autobús muy cómodo que, pasando por Coatepec, lleva a Xalapa por la autopista y lleva hasta la antigua estación del tren, de ese punto se toma el transporte urbano que pasa por la Caxa y ya se termina esta etapa Xalapa-Xico Viejo, ciertamente una distancia menor que la pensada y deseada, pero ciertamente satisfecho por haber estado en lugares tan significativos como el cerro de Otilpan. Después de tomar una ducha reparadora, la cena se hace en La Parroquia de Xalapa y luego a descansar.

El siguiente día se tiene hasta las cinco de la tarde para tomar el autobús de regreso, se podría hacer otro tramo de caminata, pero un balance del estado físico indica que se tiene la uña del dedo gordo del pie derecho morada y adolorida, así como piquetes de varias clases de insectos y raspones en tobillos y rodillas por las espinas de los arbustos, por lo que se decide algo más tranquilo como es regresar a Xico y a Coatepec, pero esta vez acompañado y en transporte público. De esta manera, después de desayunar, se toma un taxi cuyo conductor, al saber que se pretende ir a Xico, hace lo posible y lo imposible por continuar hasta ese lugar proponiendo ofertas cada vez más tentadoras, pero no se aceptaron porque si bien ganaríamos en tiempo, se perdería el contacto con la gente del pueblo, y se disfruta más y con más calma el panorama desde un autobús. Se le pide pues al señor del taxi que nos deje en donde se aborda el autobús y en mucho menos tiempo de lo que tomó hacerlo a pie se llega a Xico con buen tiempo para visitar algunas tiendas de artesanías y luego el templo, cuyo piso encontramos tapizado de hojas como una alfombra verde de un aroma fresco y penetrante, como de medicina para la tos. Al principio se piensa que son hojas de naranjo, pero un señor amablemente informa que es oliva, seguramente una planta o un árbol que llaman de esta forma porque el olivo tiene hojas pequeñas, gruesas y de ese color apagado que es característico, que por eso hay un color verde olivo, en cambio las que vemos y pisamos son grandes, delgadas y de un verde fuerte y brillante. El caso es que esas hojas si que despiden un aroma muy fuerte porque se percibe inclusive afuera del templo. Se hace también una visita detallada al Museo de Vestidos de Santa María Magdalena con sus más de 700 prendas, y que incluye también algunos doceles para las procesiones, por ejemplo uno hecho de madera bien

trabajada y cubierta de fino barniz, que incluye faroles y elegante decorado de terciopelo. Se compran postales, estampas y otros recuerdos, en el patio se observa una gran piedra redonda como de molino, pero nadie a los que se preguntó supo explicar su procedencia. Saliendo se pasea por el parque y se compra un helado muy bueno pero seguramente su precio fue el establecido para los turistas porque a los lugareños se les cobra menos. De aquí a Coatepec, donde se toma un tranvía turístico que también en este lugar recibe el nombre de El Piojito. El relato grabado aquí se centra en el café, ofrecen una cátedra de su origen, forma de cultivo, diferentes formas de tostarlo y degustarlo. También mencionan algo de la historia, asegurando que el lugar por donde pasó Cortés estaba más al poniente y que el Cerro de la Culebras da nombre al pueblo, aspectos que el caminante, que ya dejó de serlo, ya había indagado por otras fuentes. Después se visita la plaza principal llena de gente donde destacan los niños que se les ve contentos, jugando y brincando por todos lados; al colorido natural se agrega el de racimos inmensos de globos de papel metálico, cuyo deseo es subir al cielo. Luego al Palacio Municipal donde montaron varios puestos de artesanías como ayuda a los que se dedican a esa actividad, se compran algunos recuerdos. La comida se hace en una casa antigua habilitada como restaurante, preparan una inmensa jarra de zarzaparrilla fresca, con sabor amargo y que deja los dientes como rasposos, de comer un filete de pescado que estuvo un poco más que regular. Al salir se disfruta de una tarde tibia y agradable, el ambiente se llena del aroma del café en el proceso de ser tostado, mismo que se debió probar, pero con eso de que los médicos aconsejan no tomarlo nos desanimamos. Ya sólo hay tiempo de ir a la parada del autobús, una persona amable ayuda a que se aborde el correcto.

Pronto se llega Xalapa, se pasa al hotel solamente a recoger las cosas previamente encargadas y cruzar la calle para recorrer los pasillos de la Terminal y tomar el autobús a la ciudad de México, en el trayecto se tuvo que soportar a una señora haciéndose protagonista al hablar “a voz en cuello” por el teléfono celular en algo que pareció una telenovela. Luego a Toluca y llegar a casa ya cansado pero satisfecho de haber hecho esta aventura. Dan ganas de dormir teniendo como almohada la piedra que se trajo de la pirámide del águila, como hizo Jacob en la tierra de Betel y tuvo el sueño de la escalera por donde subían y bajaban ángeles del cielo, pero se desiste pensando en que en lugar de sueños con ángeles se tendrían pesadillas de indios y conquistadores que se parten la cabeza al tratar de subir pasos de escalera.

DE LA PLANEACIÓN, DIFICULTADES Y FINALMENTE LOGRADA ESTANCIA EN LA IMPORTANTE IXTACAMAXTITLÁN

Varios días se dedicaron a consultar mapas en papel y en la pantalla de la computadora con el propósito de aclarar y decidir el camino que se tomará desde la Sierra de Puebla hasta las planicies de Tlaxcala. Resulta por lo menos sorprendente, enterarse y usar los recursos informáticos con que se cuenta hoy. Existe un sistema de cómputo que permite acceder a la representación del globo terrestre, con los controles se gira la esfera hasta identificar el país o la región deseada y luego acercar la imagen hasta escalas de uno en diez mil o menos, cuando se trata de una zona de buena resolución se pueden apreciar detalles de casas y edificios, y seguramente en versiones más sofisticadas, e inaccesibles al común de las personas, se podrá ver las actividades de la gente.

La versión consultada resultó bastante útil, pero con la desventaja de que a la escala conveniente para el caminante muchos pueblos, caseríos y caminos no están identificados, es decir, aparecen en la pantalla pero sin sus respectivos nombres, por lo que se hace necesario consultar también los mapas de INEGI que sí registran nombres de pueblos, ríos y accidentes orográficos. De esta manera se identifica una primera opción para la ruta de Oriental a Huamantla y de allí a Apizaco, y así lo han establecido algunos autores aduciendo que algunos pueblos mencionados por los conquistadores han cambiado de lugar. Pero la opinión propia es que si bien algunos pueblos cambiaron de asiento fue en distancias relativamente cortas, obedeciendo al hecho de que a los naturales les movía construir sus palacios, centros ceremoniales y fortalezas en la cima de las montañas y no como a los españoles que preferían las planicies y los valles, como ya se experimentó en Xico Viejo. Así es que para tomar mejor decisión de nuevo se repasan los escritos de los protagonistas. Cortés escribe que estando en lo que llama Caltanmí (más adelante en su carta de relación al mismo lugar lo llama Catalmí y los historiadores lo identifican con el actual pueblo de Santiago Zautla) le fueron a ver otros dos señores, además del local, uno proveniente de un lugar a cuatro leguas valle abajo y otro a dos leguas valle arriba, agrega que después de haber estado cuatro o cinco días en su Catalmí partió valle arriba, las dos leguas dichas, al lugar que se dice Istacmastitlán. Se ha prestado a confusión esas dos leguas que parecen poca distancia, aproximadamente diez kilómetros, en relación con la actual de Zautla a Ixtacamaxtitlán, que son por lo menos treinta, esto se retomará y se tratará de aclarar en la etapa correspondiente. Pero lo importante es que está bien identificado el lugar de Ixtacamaxtitlán a orillas del río Apulco,

aunque algunas fuentes lo escriben con Z en lugar de la primera X, es cabecera municipal en el estado de Puebla. En conclusión, de todo este análisis resulta claro que se debe llegar a ese lugar.

Otra circunstancia que se puede considerar como afortunada fue localizar un reportaje bajo la autoría de Harry Möler que se publicó en el número de abril de 1972 de la revista *Contenido* con el título “En automóvil por la Ruta de Cortés”. Allí se relatan las peripecias que pasaron los viajeros a bordo de dos autos compactos, ellos si pasaron por Ixtacamaxtitlán y de allí se trasladaron a Quetzalcoapan y Tzompantepec, mencionando además varios puntos intermedios. Se decide pues seguir en lo posible esas pistas, aunque se sabe que es muy diferente desplazarse en auto que a pie. Resulta también afortunado que este caminante ya haya estado en Tzompantepec, donde se ligó una parte importante a Tlaxcala y de allí a Cholula, así es de que con optimismo pensar que en estos días se pueda hacer el tramo dicho de Ixtacamaxtitlán a Tzompantepec y luego de Cholula a Paso de Cortés, lo que, si todo sale bien, se logrará continuidad de Ixtacamaxtitlán al Templo Mayor y, junto con otros tramos hechos cerca de la costa en otras fechas, llegar a unas tres cuartas partes del total, y así vislumbrar que en uno o dos años se complete el sueño de cubrir a pie toda la Ruta de Cortés. Habiendo pues decidido los pueblos por visitar, se plasma la información en los mapas, en rojo la ruta que se piensa mejor y en azul algunas alternativas por si acaso. Se consiguen tres días para ello dejando en receso los deberes laborales y familiares. Preocupa ver en los mapas las curvas de nivel muy juntas, como espagueti, lo que confunde la vista al no saber si serán altas montañas o profundas barrancas, mejor será ya presentarse en el lugar y así ver y sentir la geografía. El 30 de julio (2009) se sale temprano de casa, aunque

no tanto como se hubiera deseado, se lleva algo de comer, mapas, libreta y un GPS que se espera sea de utilidad. ¿Cómo se ajustarán los planes a la realidad?

El autobús que se aborda hace escala en una terminal nueva en San Mateo Atenco, se temió el inconveniente de un retraso pero luego se reanudó el viaje y ya fue muy rápido llegar a la ciudad capital. En unos veinte minutos se hace, en el tren metropolitano ya a esa hora temprana repleto de usuarios, el traslado de la Terminal de Observatorio a la Tapo. Se corre con la suerte de llegar justo a tiempo para abordar un autobús directo a Apizaco, es un vehículo grande y cómodo de diseño futurista, en menos de dos horas llega al destino. Allí se pregunta en un lugar y otro hasta identificar las camionetas colectivas que dan servicio por la Sierra de Puebla con destino en Ixtacamaxtitlán. El trayecto es agradable entre pueblos de diferente fisonomía, aunque los caminos están en mal estado, durante el trayecto sube y baja gente de variadas edades y condiciones. A eso de las once del día se llega al destino, con mucha alegría por haber corrido con tanta suerte, el caminante se dispone a ver puntos de interés y qué mejor que iniciar con el templo principal dedicado a San Francisco. Lo primero que llama la atención es lo extenso del atrio, limitado por una barda antigua de adobe de buena presencia. También resulta poco común y sorprendente ver el alto campanario separado unos 50 metros del templo, como en los templos medievales de Italia. El campanario aislado se ve raro con sus tres cuerpos todo pintado de blanco, como que la costumbre hace que se quiera ver el campanario y el templo juntos, pero aquí no, pues la alta torre parece un alto y solitario faro. Al acercarse al templo se ve en la fachada una losa que da cuenta de la fecha de construcción: “Acabose esta iglesia en 21 toctubre de 1624 assiendo ben decido fui sps de mendoça”.

Es posible que se refiera al Virrey Diego Carrillo de Mendoza y Pimentel, marqués de Gelves, que tuvo el cargo de 1621 a 1624. Al ingresar llama la atención la pesada estructura hecha de piedra volcánica de gran dureza que forma las pilastras, los arcos, las bóvedas y la cúpula de la amplia nave, es realmente un trabajo de romanos. En el altar una especie de baldaquín o ciprés que guarda el conjunto escultórico de San Francisco recibiendo el cuerpo de Cristo al descender de la Cruz, en una composición ciertamente dramática y conmovedora. En las pechinas hay frescos representando a los evangelistas raramente sin sus símbolos, el diseño es poco convencional, ya que los personajes parecen salir de tapices dorados al estilo bizantino. En los muros laterales se observan pinturas al fresco directo con gruesos marcos simulados de yeso, el tema principal son pasajes clásicos del ministerio de Jesús. El lugar está bien cuidado, pero de todos modos se sienten todos los años que han pasado. El caminante se dedica un momento a meditar sentado en un banco, no se escucha ningún sonido, parece que el mundo finalmente cansado se detuvo, pero si el mundo se detiene el caminante no puede hacerlo porque apenas empieza.

Se pasa ahora a la plaza pública, agradable, con cuidados jardines radiales, y en el centro un quiosco pequeño de buen gusto, destaca por su tamaño una cancha deportiva techada por una amplia bóveda de lámina que recuerda los almacenes o las fábricas, esa gran cubierta resulta práctica para que los jóvenes se ejerciten sin sufrir los efectos de los rayos del sol o la lluvia según el caso, pero no ayuda mucho al aspecto provinciano del pueblo que el visitante espera. En los tableros para el juego de basquetbol han pintado el nombre del espacio deportivo, se lee "Campo Deportivo Ollintel". Lo cual parece un error serio

posiblemente motivado por una interpretación errónea de lo escrito por Bernal, al escribir que después de pasar un páramo frío y seco los recibió el cacique Olintecle (sic) pero al parecer esto sucedió en Zautla, mientras que los historiadores establecen que el cacique de Ixtacamaxtitlán, que invitó supuestamente a Cortés a visitarlo, se llamaba Tenamaxcuicuitl. Queda pues la duda sobre los motivos que tuvo la autoridad local para elegir un jefe natural aparentemente ajeno. Sobre el cacique, cuyo nombre se usó para la cancha deportiva, y que ahora le es familiar al caminante, el historiador Miralles, en su libro sobre Cortés, asegura que era un individuo tan obeso que, para moverse, tenía que apoyarse en dos fuertes muchachos, y sus carnes se movían como gelatina, por lo que los conquistadores le pusieron el mote de El Temblador, pero por más que se repasan los escritos de Bernal no se encuentra tal descripción, sólo registra su nombre Olintecle, y por su parte Cortés no menciona su nombre, pero escribe que le informó sobre las características y maravillas de la Gran Tenochtitlán, y puso a Moctezuma como dueño del universo, pero de su fisonomía nada. Esto hace pensar que el mencionado autor se confundió con el cacique de Cempoala, Quauhtlaebaena, al que se refieren como el cacique gordo, aspecto que ya en otra parte se comentó que parece una falta de respeto histórica.

Se visita el Palacio Municipal construido en lo alto de un terraplén, se accede por escaleras empinadas como si fuera una pirámide antigua. Las puertas de entrada a los diferentes departamentos se encuentran sobre un largo pasillo cubierto, cuyos soportes son una sucesión de arcos de ladrillo, rematan los extremos del pasillo con dos murales, el de la derecha representa a Venustiano Carranza montado a caballo y acompañado por algunos de sus ministros, pues oficialmente era todavía Presidente

de la República, se registra en el mural la fecha 16 de mayo de 1920, correspondiente a su paso por el lugar perseguido por sus enemigos, prácticamente a salto de mata tratando de salvar ya no sólo su mandato sino la vida. Cometió el error de echarse de enemigos a Calles, Obregón y de la Huerta que controlaban el ejército, estos proclamaron el Plan de Agua Prieta por el que desconocían al gobierno de Carranza, así le obligaron a evacuar la ciudad de México y con todos los poderes, o los que le quedaban más bien, se dirigió, o pretendía dirigirse, en el ferrocarril al Puerto de Veracruz, pero en la estación Aljibes se vio precisado a internarse en la Sierra de Puebla. Entiendo que pasó por Ixtacamaxtitlán, donde el general Rodolfo Herrero le hizo creer que más al norte encontraría fuerzas leales, pero cuatro días después, en Tlaxcalaltongo, unos diez kilómetros al norte, lo emboscó el mismo general Herrero en la madrugada del 20 de mayo de ese año, perpetuando así el magnicidio. La historia consigna que don Venustiano Carranza era hombre reposado, sereno y enérgico, muy celoso de la autoridad, pero a veces inflexible y obstinado. Estos dos últimos atributos parece que le costaron el poder y la vida. El otro mural registra la fecha del 28 de agosto de 1519 en que llegaron los conquistadores a este lugar, muestra una escena interesante enmarcada por los paisajes montañosos de la zona, se ve a Cortés apoyado por doña Marina y el capellán de su ejército, entre los tres convencen al cacique local de dos cosas: aceptar la cruz en lugar de sus dioses y convertirse en súbdito del emperador Carlos que, dicho sea de paso, ni se imaginaba que pudiera existir este país. El cacique de hecho contribuyó a los propósitos de Cortés con un contingente numeroso de 300 guerreros. Algunos historiadores apuntan que ese cacique se llamaba Tenamaxcuicuitl, que significa “Piedra pintada”. Los detalles muestran que se le hacen obsequios

a Cortés y un tlacuilo (escribano) registra los hechos. Un personaje indígena al lado de su jefe parece mostrar su desacuerdo, aspecto muy significativo, puesto que resultó común entre los reinos locales estar divididos en cuanto aliarse o no a los extranjeros, sin faltar los radicales que deseaban exterminarlos, al tiempo de ofrecer sus corazones en sacrificios y comer sus carnes. A doña Marina se le representa con elegante queshquemétl, pero en vez de falda un pantalón moderno de estilo pescador, son las libertades que se pueden dar los creadores de arte.

Intrigado el caminante por una fotografía que vio en el artículo ya referido de la revista *Contenido* que muestra una rara construcción en lo alto de un singular cerro y cuya descripción consigna: "...imponente vista del Santuario del Señor de la Buena Muerte", al tiempo de mostrar la ilustración se pregunta sobre ese lugar a un policía del Ayuntamiento que rápidamente responde que en el pueblo no existe tal santuario, sino solamente unas altas rocas, pero en eso sale al quite un señor conocedor que asegura que la dicha fotografía también se publicó en la revista *México desconocido* e informa que se encuentra cerca por el rumbo de Tlajomulco. Resultó esto una breve entrevista muy especial, en primer lugar por la información que resultó valiosa y también porque ese señor tenía la cara contrahecha, una prominencia exagerada en la frente, la cabeza con grandes y grotescas deformaciones, los ojos asimétricos y la boca casi oculta, algo así como el hombre elefante. Inmediatamente, y sin pretender faltar al respeto a esta persona, se vienen a la mente los rostros que pinta y esculpe el artista José Luis Cuevas. Obviamente se trató de no ser desatento, pero la verdad fue difícil mantener la compostura, lo principal es que se cree que se tuvo un comportamiento respetuoso, se agradeció con sinceridad la información.

Se reanuda así el camino, pero en sentido contrario al inicialmente establecido, se creyó entender que el lugar buscado estaba cerca, después de una curva había dicho el señor, pero no se le informó que no se llevaba automóvil, por lo tanto se pasaron curvas y más curvas, siempre pensando que en la próxima aparecería el añorado santuario. De esta manera se terminó caminando en la dirección oriente unos cinco kilómetros hasta el paraje llamado Tlajomulco. Ya cuando parecía asomar la desesperación y la duda, sale a la vista en todo su esplendor la rara formación geológica de un altísimo farallón con un copete rocoso rectangular y en lo alto, muy alto, la capilla. Se decide subir aprovechando que una persona, viendo la curiosidad del caminante, indica seguir una vereda que asciende por la parte posterior del cerro hasta la cima. El asunto resulta pesado, unos 300 metros por arriba del camino se encuentra una bonita escalera de cantera rosa que conduce hasta la capilla que resulta relativamente pequeña, ya que vista desde abajo, por rara ilusión de óptica, parecía de mayor tamaño. La capilla-santuario, de construcción relativamente reciente, cuenta con estructura de concreto reforzado, incluyendo un alto campanario, pero la fachada es agradable de cantera rosa, la entrada se encuentra cerrada por una fuerte reja de hierro que permite ver el interior pero no ingresar, en el interior destaca un cuadro con la misma composición de San Francisco recibiendo a Jesús bajando de la Cruz que se había visto en el templo de Ixtacamaxtitlán. Al alcance de la mano la ranura de una alcancía para recoger el óbolo de los peregrinos que llevan sus peticiones y agradecimientos al Señor de la Buena Muerte, este caminante agradece por haber podido subir hasta su presencia y pide por completar la ruta algún día.

Algunos que ven el santuario desde la carretera creen, o quieren creer, que se construyó sobre un grueso muro como de castillo medieval, pero no, de cerca se ve claramente que es una formación rocosa natural de capas de rocas volcánicas alternadas de piedra metamórfica y depósitos de arenisca aluvial, lo que dice de la rara gestación de la zona con gran actividad volcánica seguida de periodos de erosión. Claro que se trata de una construcción interesante y bella, pero hecha por la naturaleza. Existen más formaciones de este tipo en la zona, una de ellas bastante próxima, de tal manera que algunos escritores sostienen que son dos adoratorios frente a frente, por ejemplo en el artículo ya mencionado se lee: “Guareciendo el paso de aquel cañón domina el silencioso y hosco roquerío dos santuarios, cada uno corona la cima de sendas eminencias. De un lado, uno blanco, enorme de altos muros lisos como los de un castillo medieval, es el santuario de Texocuíxpan o del Señor de la Buena Muerte, frente a él, desfiladero de por medio, y a orillas del empinado cantil se alza un adoratorio prehispánico...”, muy interesante y conmovedora descripción, lástima que no corresponda a la realidad, en primer lugar, como ya se explicó, lo que parecen muros hechos por el hombre son formaciones naturales, además realmente no hay desfiladero de por medio, el caminante lo puede asegurar porque caminó de una cumbre a otra sin grandes dificultades y además no se pudo encontrar ningún signo de algún adoratorio prehispánico, no se pudieron encontrar pedazos de cerámica y de obsidiana, cosa casi obligada en los sitios arqueológicos, y para terminar la crítica que nadie solicitó, Texocuíxpan se encuentra por lo menos a 12 km de Ixtacamaxitlán pero en la otra dirección. El mencionado artículo agrega la siguiente conclusión poética pero fantástica: “Quinientos metros separan a ambos templos, pero es

inconmensurable la magnitud del abismo religioso que les divide: frente a frente se hallan dos mundos teológicos”.

Y es que para cualquiera resulta atractivo pensar que se ha identificado lo escrito por Cortés: “Serán tres o cuatro leguas de población sin salir casa de casa, por lo llano de un valle, rivera de un río pequeño que va por él, y en un cerro muy alto está la casa del señor con la mejor fortaleza que hay en la mitad de España y mejor cercada de muro y barbicanes (obra de defensa avanzada y aislada) y cavas, y en lo alto de este cerro tendrá una población de hasta cinco o seis mil vecinos, de muy buenas casas y de gente algo más rica que no la del valle abajo”. En efecto, todo está aquí según lo descrito, las cuatro leguas de pueblos (20 km) que se asientan a lo largo del estrecho río Apulco, se aclara de paso el asunto de la distancia tan corta de dos leguas que estima Cortés de Zautla a Ixtacamaxitlán y es que seguramente contó desde el final y el inicio de los caseríos, ya que la distancia es mucho mayor como se explica en el capítulo relativo a Zautla. Y en cuanto a la fortaleza mejor que las de la mitad de España, hay innumerables elevaciones que se ajustan a la descripción, incluyendo lo que parecen ser de lejos ruinas prehispánicas, pero el que esto escribe no ha podido identificar algún dato que refiera los restos de aquellas construcciones. En el capítulo relacionado con Zautla se describen algunos restos encontrados que parecen estar relacionados; pero la humilde opinión del caminante es que la mayor parte del material antiguo de construcción estará ahora formando parte de templos católicos.

Otra confusión causada por imprecisiones de los protagonistas, por demás explicables, es el asunto que relata Bernal sobre unos soldados portugueses que identificaron las casas y adoratorios blanqueados de cal que remembraban a Castello Branco en

su país y, por lo tanto, los españoles le pusieron por nombre Castil Blanco, pero no es preciso en su ubicación; algunos investigadores como Joaquín Ramírez Cabañas lo identifica como Ixtacamaxtitlán, pero otros como Miralles aseguran que se refería a Zautla, el caminante no toma partido y prefiere que el lector se remita al capítulo correspondiente a Zautla y, por lo pronto, no se ve necesario dedicar más palabras a ello ni estar imaginando castillos blancos donde no los hay.

Todo lo anterior se analizó en lo alto de la capilla deseando que lo escrito por los autores más imaginativos fuera verdad. No se ve ni un alma, aunque se ve que en las fiestas patronales debe subir mucha gente, pues se observa un amplio estacionamiento en la base, así como instalaciones amplias para tiendas, merenderos y albergues, todo ello poblado por fantasmas por lo pronto. La vegetación es propia del desierto, lo que indica que es una región muy seca, los valles fértiles están a orillas del río, aquí en lo alto llaman la atención altas y esbeltas cactáceas que parecen agujas, los lugareños las usan como leña una vez que se secan. La soledad y la inmensidad resultan atractivas pero al mismo tiempo inquietan, se razona finalmente que ya se vio y se supo lo necesario y se emprende el descenso.

DE CÓMO SE INICIA REALMENTE EL CAMINO, DEL ASCENSO Y DESCENSO DE LAS MONTAÑAS Y LO MUCHO QUE SE VIO EN EL TRAYECTO DE IXTACAMAXTITLÁN A EMILIANO ZAPATA

El caminante se encuentra emocionado y realmente satisfecho de haber ascendido al santuario, pero se recuerda que propiamente no ha dado un paso en el tramo que se propuso seguir, para ya no gastar más tiempo y energía se aborda en Tlajomulco una

camioneta de servicio público a Ixtacamaxtlán. Allí todavía se hacen balances sobre la ruta por seguir, al ver la geografía tan accidentada se piensa que Cortés evitó las altas montañas y dio un rodeo por las cañadas siguiendo por la actual carretera a Apizaco, pero finalmente al ver que se debe tomar una decisión, se toma la ruta descrita por los mencionados reporteros en 1972, ya que cuenta con datos de distancias y lugares de lo que carecen las crónicas originales, luego habría autorecriminaciones porque no es lo mismo viajar en vehículo automotor, por muy difícil que sea el camino, que sobre los pies. Se encuentra de alguna forma determinación para tomar al poniente y enfrentar lo que parece una pared inaccesible de cerros muy altos, una calle del pueblo se convierte en un camino de terracería que asciende en pendientes muy fuertes con vueltas y revueltas. Con grandes dificultades se sube hasta un puerto y el caminante se hace ilusiones de haber pasado lo más difícil, pero no, se ve con algo de pavor que sigue la sucesión interminable de cerros y barrancas, el camino sigue de forma sinuosa hasta donde la vista se pierde a veces al borde de precipicios impresionantes. Se echa una última mirada al valle del río Apulco, de alguna manera familiar, y sobretodo al pueblo, al Castil Blanco, que ahora parece una maqueta, y se prosigue hacia lo desconocido.

Mientras se camina para no pensar solamente en el cansancio, se hacen especulaciones sobre otro asunto importante que tocaron los conquistadores. Cortés escribe: “Hallé una gran cerca de piedra seca tan alta como un estado y medio (tres metros) que atravesaba todo el valle de una sierra a la otra”; por su parte, Bernal establece sobre el mismo tema: “Y de esta manera caminamos obra de dos leguas y hallamos una fuerza bien fuerte, hacha de calicanto y de otro betún tan recio que con picos de hierro era mala de deshacer,

y hecha de tal manera que para defensa y ofensa era harto recia de tomar”. Se nota alguna contradicción porque para el primero la muralla era de piedra seca, es decir sin mortero de unión, y para el segundo de calicanto, piedras unidas con mortero de cal y arena, así como otro betún, mortero o concreto que juzgo Bernal de gran dureza, lo cual parece indicar que contaba con buenos conocimientos de construcción además de mucha inventiva. En lo que si coinciden es de que se trataba de una construcción defensiva, algunos historiadores conjeturan que no tenía realmente utilidad, pues era fácil rodearla e ir por las orillas y aún se ha dicho como explicación que era el inicio de un proyecto mayor y más ambicioso como una especie de Muralla china en América. Estando en estos parajes con aire enrarecido, con la respiración entrecortada y el sol cayendo a plomo sobrecalentando el cerebro, se ocurre que se descubrieron esos restos que ningún historiador ha identificado, pero luego se cae en cuenta que pudo ser una presa de piedra de reciente construcción en el fondo de una barranca. Y en cuanto a la opinión de los historiadores posiblemente no hayan estado en estos lugares en que las barrancas tienen paredes verticales y en ocasiones con pendiente negativa, se les quisiera ver rodeando el supuesto muro defensivo, de una montaña a otra, que relata Cortés. Y concluye el caminante que puede ser posible que los conquistadores, afectados por los mismos elementos, vieron una obra hidráulica tan necesaria antes como ahora para retener el preciado líquido y sus mentes creyeron ver una muralla defensiva. Es decir seguramente fueron fantasías que lo mismo arraigan en mentes españolas de hace cinco siglos que las de ahora que se ocupan de lo que ya pasó, se asegura entonces en las referencias que los restos de tal muralla ya no existen y de ser así será porque el material se utilizó en otras obras.

Muchas otras dudas quedan sobre lo escrito por Bernal, relata que al subir por la sierra vieron un tzompantli: “el primero de calaveras y zancarrones sumaban cien mil” para inmediatamente corregirse “digo otra vez sobre cien mil” sale a la vista lo exagerado, y digo otra vez muy exagerado de tal número. Los investigadores no se ponen de acuerdo sobre el lugar en que vieron el tzompantli, pero debió ser en la zona por donde se camina o un poco antes, ya que después de esa descripción menciona que llegaron al poblezuelo de Xalacingo, del cual no se encontró referencia y el mapa no establece algún lugar con ese nombre, pero puede ser Xalcomulco o Xocoxiutla, ambos en este trayecto, pero sin poder asegurar nada, pues el cronista confunde nombres y lugares seguramente por haberse decidido a escribir muchos años después de los hechos.

Pero las preocupaciones inmediatas del caminante son seguir el paso sin desfallecer, ya que en las subidas los pies se resisten a seguir, viendo que el camino hace amplias curvas para permitir que los vehículos suban y bajen, se tiene la tentación de cortar camino y así se hace en una ocasión. En efecto, se ahorraron varios cientos de metros pero se ganan otras cosas indeseables como grandes espinas en los pies, mucho más esfuerzo para subir y escalar grandes formaciones rocosas, además de sustos, pues resultó frecuente encontrar sabandijas extrañas y víboras que sufrieron igual o mayor sorpresa que el escalador. A partir de allí se tomó la sana determinación de no dejar el camino a pesar de la distancia mayor por recorrer pero con mayor tranquilidad. De los pocos vehículos que pasan se escucha el zumbar del motor desde mucho antes, luego se ve la nube de polvo. Uno de esos vehículos resultó ser un coche grande de los que se conocen popularmente como lanchas, de fabricación del país del norte, por

su suspensión tan baja sacaba chispas al rozar sus partes metálicas con las piedras del camino, el coche venía repleto de gente, por las ventanas asomaron cabezas de niños y niñas como si fueran pollos, el caminante se queda intrigado sobre el propósito de ese viaje por caminos tan malos, un rodeo hubiera seguramente asegurado un viaje más corto en tiempo y con menos riesgos, pero en este mundo cada quien es libre de tomar sus decisiones, sobre todo al querer tomar atajos. Al pasar junto al caminante el conductor levantó la mano en señal de saludo, se hace lo propio y se les desea buen camino, en particular que su coche no se deshaga en el trayecto.

Siempre subiendo se llega a un punto que el mapa señala con el nombre de Puente Colorado, a 3 900 msnm. No se pudo identificar ningún puente pero sí una rara estructura de piedra rojiza, una especie de torre con la parte superior redondeada con un hueco de forma más o menos elíptica, a pocos metros un muro masivo parcialmente derruido. El caminante no acierta a saber de qué restos se tratan y se le ocurre que pudo haber sido una obra hidráulica o un obrador para ladrillos y tejas. Otro enigma fue ver un conjunto como de ocho cruces recargadas en la torre de piedra, desde una muy alta y esbelta que casi iguala a la torre en altura y las otras descendiendo en tamaño hasta la última de no más de un metro de altura, todas de diferente diseño y color, algunas luciendo listones multicolores; no se pudo saber el motivo de haber colocado tantas cruces y tampoco a alguien a quien preguntar. En la tierra del camino se encuentra una diminuta llave antigua, ya oxidada pero bella, parece de una cajita para joyas o algún candado pequeño, se formulan dos preguntas también sin resolución: ¿cómo llegó a lugar tan apartado?, ¿cómo es que la encontré?

Se sigue el camino con la cabeza llena de dudas, ahora son subidas y bajadas interminables que requieren de esfuerzo para pasarlas, pero menos relativamente que el primer ascenso afortunadamente ya superado. Poco a poco salen al paso campos de labor y algunas casas, hasta que se multiplican y anuncian al pueblo montañoso de Texocuixpan, es una población de buen tamaño que se recorre sin haber podido identificar algún dato, ni en el sitio ni en los libros, de que Cortés hubiera pasado por aquí. Hay un templo de respetable tamaño y con algunas características interesantes, el exterior se ve muy reformado con dos campanarios muy diferentes en tamaño y estilo de construcción, el de mayor tamaño, de cantera, con un primer cuerpo robusto con aberturas con arcos ojivales y el último cuerpo de tres rematado por rara cupulita rectangular como buhardilla, y, como elemento que habla de los propósitos de modernidad pasados, un reloj de cuatro carátulas hacia los puntos cardinales; el otro campanario es de dos cuerpos pero de forma cilíndrica y estilo entre barroco y neoclásico. La portada, también neoclásica, muestra un gran medallón con el símbolo de San Pedro, patrón del lugar. En el interior sale a la vista lo antiguo, en una especie de románico criollo y tardío, se forman tres estrechas naves con piedra volcánica desnuda; pilastras, arcos, bóvedas y cúpulas forman un espectáculo geométrico logrado con esa piedra de color oscuro que sirve regionalmente para hacer metates y molcajetes. Es un portento de estereotomía similar al que ya se había visto en el templo de San Francisco, en Ixtacamaxtitlán, pero aquí las proporciones son más afortunadas, pues el visitante se siente en un lugar acogedor y familiar a pesar de ser la primera vez. El altar ocupado por un Cristo crucificado, de buena factura pero de diseño simple, en el resto poco ornamento. El templo ocupa lo alto de una loma, por

lo que el atrio quedó en una terraza que alguna autoridad decidió ampliar mediante una descomunal losa de concreto reforzado que forma una amplia plaza limitada por una balaustrada de cantera, la vista desde esta parte es realmente bella con montañas y valles que se pierden en el horizonte, pero la superficie lisa y sin adornos de la losa no ayuda. La losa se encuentra apoyada en su extremo por altas columnas circulares con capiteles simulados, el espacio que se forma abajo es un galerón oscuro y sin visible utilidad, una obra costosa y poco afortunada, aunque los que deben opinar son los habitantes del pueblo. Ya de salida, en las escaleras de acceso se encontró un grupo de personas supuestamente de varias familias, comiendo de esa forma tan rudimentaria y apetitosa que hace la gente del campo cuando visitan un pueblo o ciudad, los alimentos se exponen al centro y cada persona en cuclillas hace su taco a su gusto. El caminante se queda con las ganas de hacer uno de esos tacos y se conforma con el último huevo hervido que le queda, así como algo de comida chatarra y un jugo comprados en una solitaria tienda del pueblo, por cierto para lograr que se le despachara el caminante tuvo que golpear el mostrador hasta casi derribarlo, se aprovechó también para comprar unas naranjas y una botella de agua, pues queda aún mucho camino por recorrer. Después de un breve respiro en la modesta plaza pública se reanuda la marcha.

Cuando ya se creía haber dejado atrás las montañas, se constata, con sorpresa y temor, que se debe seguir subiendo ahora por parajes boscosos y húmedos con pocos caseríos que, sin embargo, ostentan nombres propios como Ahuastepec. Luego, a pesar de los mapas y el aparato posicionador, el caminante pierde el rumbo, pues creyendo que sus pasos le dirigen a Villareal pasa por una ranchería con el nombre de Cruz de León y, por lo tanto, fuera ya del trayecto pensado, y es que los caminos y veredas se ramifican

sin haber diferencia entre una y otra por las amplias curvas que bordean barrancas y montañas. Se decide, pues, seguir por donde se va. En este lugar se observa con admiración cómo un par de perros pastores conduce un numeroso rebaño de borregos hasta meterlos a sus corrales en una amplia construcción campestre, los animales cubrían una superficie de consideración que al ir subiendo y bajando lomas se cree ver una alfombra mágica de lana animada que los perros mantienen unida y la obligan a seguir la dirección correcta. Más adelante aparece un pueblo entre altas montañas que el mapa señala como Tepecuahuisco, pero que la gente del lugar prefiere llamarla de forma más simple como El Llanete, o sólo Llanete. Un arroyo de aguas claras divide al pueblo en dos y se sigue por esta dirección con algo de aprensión, pues el sol se oculta ya. Al ir subiendo por una vereda entre tupidos bosques se observa a una señora que camina en la misma dirección a un paso aparentemente tranquilo, pero que pronto alcanza al caminante, saluda con un buenas tardes y sigue su camino para luego doblar por una vereda que alguien no familiarizado ni vería y trepa cerro arriba hasta perderse entre los árboles, y como respuesta se aprieta el paso un rato al ver el orgullo de caminante lastimado. Pero pronto se le olvida al ver el espectáculo arrobador de un sol que se oculta en un cielo medio nublado que forma colores no antes vistos entre púrpura y bermellón. Al rato se camina casi en la oscuridad, solamente se tiene como faro las luces de un pueblo grande encaramado en lo alto de un cerro, se llega a una carretera y se pregunta a una persona en bicicleta que amablemente detiene la marcha para explicar que en una dirección se llega a Emiliano Zapata, ya en el estado de Tlaxcala, a unos cuatro kilómetros, y en la otra dirección se llega a Villarreal, a unos 12 kilómetros. Después de agradecer la información y sin pensarlo mucho se decide por

lo más corto sin importar lo que hizo o pudo hacer Cortés en su momento. Al llegar a Emiliano Zapata hay dos noticias negativas: ya no hay transporte hacia Apizaco o algún otro lugar importante como se había pensado y tampoco hay posadas u hoteles. Al preguntar sobre algún lugar para pasar la noche, se indaga sobre una señora que tiene una cocina económica y también cuartos para rentar, hacia ese lugar se dirigen los pasos y para mala suerte informa la dueña que su hijo tiene compañeros de visita y, por lo tanto, ya no hay lugar; en efecto, una asomada furtiva al comedor permite ver a varios jóvenes, ya merendados y relajados, sabiendo que tienen su lugar asegurado para bien dormir. Los ruegos de que por lo menos se le asigne un rincón no valen, el caminante se va desanimado y con envidia de esos jóvenes, se vuelve a la plaza y se recurre a un policía del Ayuntamiento, un señor frío que apenas responde a las preguntas, ya cuando se pensaba ir a la plaza y pasar la noche en alguna banca, llega otro señor, y enterándose del punto de vista de una y otra parte, le dice al policía que decida si dará o no albergue al caminante, y finalmente a regañadientes dice que me puedo acomodar en alguna parte del auditorio, que resultó un amplio espacio cubierto con un techo de lámina, sin muebles de ningún tipo, que por lo pronto usan como estacionamiento. Para sorpresa agradable le prestan una estera de plástico, por lo que no se tiene que dormir directamente sobre el piso. Se descansa a ratos porque no falta que lleguen vehículos y patrullas para reportar o recibir instrucciones, los ocupantes de uno de ellos, al ver el bulto que el caminante hace tratando de dormir se extrañan, y uno de ellos exclama con sorpresa y casi gritando “y esto qué es”, y se tuvo intención de incorporarse y decir con igual tono “esto soy yo”. También se escucha en alguna parte del edificio un radio que recibe comunicaciones de varios puntos

informando problemas en el municipio como una riña en una casa apartada, una denuncia de un robo y otras cosas por el estilo, no parece que a nadie le importen tales señales. Pero la verdad, a pesar de esos contratiempos, si se logró descansar y con la satisfacción de haber completado otro tramo importante de la ruta.

DE CÓMO SE PROSIGUE EL CAMINO HASTA LLEGAR A TZOMPANCINGO
Y DE LO MUCHO QUE OCURRIÓ EN EL TRAYECTO

A eso de las cinco de la mañana, ya sin poder pegar los ojos, se decide levantarse y salir del recinto del Ayuntamiento de Emiliano Zapata. Se agradece al policía de pocas palabras y se trata de compensar su favor con una propina que no acepta, y solamente dice “ya hay transporte a Apizaco”. Ya no se le quiso aclarar que se viaja a pie. Se desciende por la carretera que hace amplias curvas, desde esa parte el pueblo de Emiliano Zapata, todavía iluminado por el alumbrado artificial, se ve a un nivel mucho más alto de lo esperado y como compactado en lo alto del cerro, parece un gran pastel con muchísimas velitas como celebrando el cumpleaños de Matusalén. A poco amanece pero la luz y el calor del sol tardan en llegar por la barrera de las altas montañas al oriente, se camina por las faldas del cerro Tlacaxolo, antiguo volcán. Siempre en descenso se llega a un paraje accidentado por profundas barrancas y en el fondo una corriente de agua de tamaño respetable, perdido en esa inmensidad se encuentra un caserío, el lugar se llama Mancera, que cuenta con una antigua hacienda con muros de piedra altos y robustos. Se transcurre después por una planicie con campos de labor, y a pocos kilómetros el municipio de Lázaro Cárdenas, de clara vocación agrícola y ganadera. No

se puede evitar echar una mirada atrás para ver las montañas ya ganadas que, ahora sí, quedaron en la bruma azul. Lázaro Cárdenas es un pueblo que aparenta ser de reciente creación, la iglesia dedicada a la Virgen María, con estructura de concreto reforzado que se encuentra recubierta de cantera, lo que le da una apariencia monolítica, no se pudo visitar el interior por estar cerrada. Enfrente una agradable plaza pública con verdes prados y árboles de diferente tamaño y clase, en uno de los prados se distingue un pedestal que sostiene una simpática estatua del general Lázaro Cárdenas, patrón civil del pueblo, sin pretender juzgar las intenciones ni los méritos del autor, realmente logró una figura que mueve a simpatía, se piensa que si el mismo general pudiera verla no podría impedir soltar una buena carcajada pero no de burla, sino de sorpresa e incredulidad. En el edificio municipal se encuentra un mural interesante, el artista seguramente leyó las Cartas de Relación de Cortés y recrea hechos que acontecieron en varios lugares de la zona, allí se ve por ejemplo “La mejor fortaleza que hay en la mitad de España y mejor cercada de muros y barbicanes y cavas”, que corresponde a lo que vio o quiso ver el conquistador en Ixtacamaxitlán. En el mural se ve la dicha muralla muy idealizada enmarcada por altos cerros y en la parte izquierda una batalla que corresponde a otra de las descripciones de Cortés: “...y llegando a un pueblo pequeñuelo, ya que salía el sol, a dos tiros de piedra asomó mucha cantidad de indios más de cien mil, se peleó hasta la puesta del sol, aquella noche me hice fuerte en una torrecilla de sus ídolos que estaba en un cerrito”. Eso tuvo lugar cerca de esta localidad, en el mural se ve claramente la interpretación del artista sobre esa batalla, incluyendo la torre sobre el cerro y los enfrentamientos, pero con mucho menos gente de la que menciona Cortés, es decir, ni el autor del mural se la

creyó. Por su parte, Bernal establece otros detalles y corrige a su jefe en aspectos que a su juicio dejó escasos: "...y llamábase donde pasó esta batalla Tehuacingo o Tehuacacingo el 2 de septiembre de 1519, nos retrajimos a unos cúes muy buenos y altos como en fortaleza". En el mural se hace énfasis en las escenas de muerte y violencia, en un detalle unos indios matan a un caballo, de hecho Cortés perdió dos caballos al entrar en territorio de Tlaxcala, dando así fin al mito de que se trataba de seres inmortales, las herraduras de los caballos muertos fueron ofrecidas como trofeos a sus dioses. En el centro del mural, acaparando la composición, un guerrero de capa azul y rostro como de actor de telenovela, incluyendo un grueso y poblado mostacho negro, se supone que se trata de Xicotencatl el Joven, exhibe como trofeo la cabeza de un español, mientras que una iguana parece dar su aprobación entre otros personajes con actitud indiferente, mientras, entre toda esa escena destaca el extremo superior izquierdo donde aparece Cortés compungido de la matanza consolado por doña Marina, que luce torneadas piernas y amparados ambos por el capellán del ejército conquistador. Completan la composición un gran maguey con recipientes de barro al pie como si se tratara de una familia, y como marco perimetral dos grandes ofidios, uno con emplumado verde y el otro con piel de jaguar, sus grandes cabezas se unen en la parte baja central y escoltan un ídolo, aparentemente Huehueteotl. El autor firmó su obra como Asael G., y la fecha de 15 de septiembre de 2000.

Resulta admirable la labor de los cronistas modernos que, además de sus monografías y documentos de investigación, procuran que se pongan placas, monumentos y murales, como en este caso, para que los hechos históricos perduren, la memoria no se pierda y las tradiciones perduren, así el futuro puede vislumbrarse

al volver la mirada al pasado; al pasar por tantos lugares sale la llorona o las sirenas en los lugares lacustres para reclamar que recordemos a sus hijos para que su sangre derramada no haya sido inútil.

Después de la lección de historia plasmada en el mural se reanuda el camino y se toma hacia el sur interpretando los datos con que se cuenta, se llega a un río, y ante la duda de si cruzarlo o no, se pregunta a un arriero que conduce sus borregos con ayuda de unos perros juguetones que descuidan su responsabilidad ganándose la reprimenda de su dueño y algunas pedradas; el señor señala una vereda al tiempo de decir que conduce a San José de la Laguna y, por lo tanto, por donde se quiere ir. Así se hace y la vereda resultó agradable en medio de campos llenos de verdor, y se llega al mencionado lugar que se presenta como un pueblo fantasma porque los habitantes salieron todos a sus labores del campo. Pero después de este punto otra vez el caminante se envuelve entre muchas veredas similares y en lugar de tomar rumbo a Texcalac se llega al cerro del Tecajete, ya en las proximidades del pueblo de Toluca de Guadalupe, que al principio de la planeación del viaje se tenía previsto llegar pero por otra vía.

Se decide visitar el lugar al tiempo de mostrar alegría porque las confusiones en el camino no resultaron graves, la ruta al principio planeada era por Villareal, Terrante y Toluca de Guadalupe a donde se llega por otra ruta que al final me parece mejor, es decir, más próxima a la que siguieron los conquistadores. Para la autoridad civil es Toluca de Guerrero, pero para la mayoría de la gente y los mapas es Toluca de Guadalupe, una placa en la plaza pública registra que el pueblo se fundó en 1932, es decir, es de fundación reciente, su historia tiene que ver con disputas

entre hacendados, en la placa se registran los detalles que no se tuvo cuidado ni paciencia de registrar, la iglesia está construida con altos muros de piedra con remates y detalles de ladrillo, la torre de campanario, la bóveda y la cúpula son de concreto reforzado, la primera tiene soportes muy esbeltos dispuestos en conjuntos de tres en cada esquina, lo que parece ser un desafío a los terremotos. En el interior destaca, como debe ser, la imagen de la Guadalupana, pequeña pero lograda con gran maestría y detalles bien cuidados, en las pechinas y algunos muros pinturas de mucho colorido hechas con buena voluntad pero nada más. Se reanuda la marcha y pronto se llega a un valle elevado que ofrece el espectáculo de una vista bella y singular, al frente dominando casi todo el panorama, el volcán La Malinche, cuya altura mágicamente creció, con su cúspide de un extraño color rosa fantasmal, al poniente, más lejos, pero sin desmerecer, la pareja Popocatepetl-Ixtaccíhuatl, él con su penacho de humo y ella con algo de nieve que parecen adornos de plata, y como si fuera poco, al oriente el complemento asombroso del Citlaltepétl, con toda su cumbre nevada que, a pesar de la distancia, resplandece con su luz de estrella. Viendo este espectáculo se piensa que es aplicable lo que establece Fernando Benítez acerca del sello tectónico de las culturas prehispánicas y generaliza para asegurar que toda la cultura y la historia de México se caracteriza por los terremotos, al caminante también le parece así, pero con la exageración que se permiten los escritores, ya que la mayor parte del tiempo, a la escala humana, la tierra y los volcanes permanecen tranquilos mirando las penas y alegrías de la gente que a su escala somos hormigas.

Ahora se camina por terrenos más o menos planos, pero alternados por cerros, altas mesetas y antiguos conos volcánicos, así se llega a Teometitla, que ocupa un lomerío boscoso, unos

cuatro kilómetros adelante se cruza uno de los ramales del ferrocarril México-Veracruz, y poco más adelante el conglomerado urbano que junta varios pueblos, siendo el principal San Cosme y San Damián Xalostoc, pero también próximos están Tocatlán, Tlacotepec, Zacatzontentla y otros. Se llega a la parte céntrica y se observa que el camino rodea al templo dedicado a San Cosme y San Damián, lo cual hizo recordar la Catedral de Santo Domingo de la Calzada en La Rioja de España, que al haber sido sepultado Santo Domingo en medio del Camino de Santiago, ahora el propio camino rodea la catedral que se construyó en honor del santo. Pero aquí en Xalostoc seguramente los motivos son otros, sin pretender comparar la iglesia, es de buena estampa y luce pintura nueva en un tono mamey con los elementos arquitectónicos en blanco y los detalles en un tono guinda subido. Aquí no se distingue lo antiguo ni un estilo definido, ya que se ve algo de barroco combinado con neoclásico, contrasta con las iglesias más primitivas que se vieron en Ixtacamaxtitlán y Texocuixpan. El interior es rico en ornamentos e imágenes de santos, el altar es neoclásico, sobresalen cuatro columnas corintias estriadas profusamente decoradas, al centro Cristo en la Cruz y a los lados los patrones locales Cosme y Damián representados por bonitas y bien hechas esculturas de madera laqueada. En los muros laterales del templo han colocado en nichos y repisas una profusión de santos de diferentes tamaños y jerarquías, todos obras de arte popular. Entre las pequeñas destaca Santiago Matamoros en travieso caballito, y sin faltar las preferidas, San Isidro y San Martín de Porres. En las pechinas, pinturas de los arcángeles en estilo flamenco. Ya en el exterior se disfruta una plaza pública, pequeña pero agradable, con muy poca gente, en el edificio municipal, ya muy modificado, una placa informa que el Ayuntamiento se fundó el 23 de noviembre de 1873. Después

de comer algo, tomar agua y descansar en una banca sombreada, se reparan fuerzas sin olvidar que todavía falta un buen trecho del camino, pero anima que ya se lleve la mayor parte de la distancia deseada y prevista. Mientras el caminante hace su balance y trata de darse ánimos, se percata que en esa tarea no está solo, pues en los árboles se escuchan muchos pájaros haciendo sus cantos y nada impide pensar que es para darle ánimos al que ha decidido seguir la Ruta de Cortés.

Al término de la mancha urbana de Xalostoc se encuentra la carretera Apizaco-Huamantla, importante vía que lleva y trae pasajeros y mercancías en un tráfico muy intenso, lo bueno es que pasa por arriba de un ostentoso paso a desnivel y, por lo tanto, se cruza con tranquilidad por el tráfico inferior, con menos riesgo. Pasos más allá la vía del ferrocarril, parte de la histórica ruta México-Veracruz, la primera que tuvo México como aspiración para entrar a la época del progreso, y que logró tardíamente a costa de grandes sacrificios y la lucha por cinco décadas para vencer obstáculos políticos, económicos y técnicos en medio de conflictos y guerras internas y externas. El caminante, al cruzar la vía, piensa en todo eso y en la nostalgia de los trenes de pasajeros que aparentemente pasaron a la historia, en cuanto se cruza pasa un largo convoy de carga haciendo ese traqueteo característico como tratando de convencer al caminante, sin lograrlo, que el ferrocarril sigue siendo útil. En seguida se tiene que hacer un amplio rodeo para pasar por la periferia de un extenso complejo petroquímico, lo cual se hace con cierto temor, pues el ambiente se carga de penetrantes y desagradables olores, pero al ver que los obreros y otras personas van y vienen quitados de la pena, al caminante no le queda otra que ignorar su sentido del olfato y seguir también como si nada. Afortunadamente pronto queda atrás la zona industrial, y en su

lugar se presentan campos de labor por donde el paso es tranquilo y agradable, a poca distancia aparecen las primeras casas del poblado de Quetzalcoapan, de elegante y sugestivo nombre, que cuenta con un templo de gran tamaño y presencia, incluida una descomunal torre de campanario de cuatro cuerpos, la base de recia mampostería y arriba agradables detalles de cantera. El atrio, limitado por una gruesa barda rematada con pináculos pintados de blanco como la misma barda, llama la atención una pequeña capilla posa con atractiva cúpula, todo pintado de azul turquesa. Pero el deseo de visitar el interior no se pudo cumplir por estar el templo cerrado, se hace la fotografía de rigor donde el paisaje está dominado por La Malinche, cuya cumbre cambió de color, ahora es un blanco fantasmal que tramposamente pasa por nieve, pero definitivamente no es. En las planicies y cerros que se encuentran entre este pueblo y el siguiente, que se llama Tzompancingo, y que los españoles reportan como Zompantepec, ocurrieron varios enfrentamientos entre tlaxcaltecas y españoles, resultó una guerra extraña y singular, pues a los combates en que los españoles dicen que peleaban contra cien mil o más nativos, lo que da cuenta de sus mecanizaciones fantásticas, seguían las embajadas en son de paz para ofrecerles a los españoles comida, mantas y otros regalos incluyendo mujeres. Algunos autores opinan que en cuestiones de guerra los tlaxcaltecas tenían un código de honor muy estricto que les impedía luchar contra enemigos hambrientos, tales argumentos son difíciles de creer, más bien los cuatro grandes de Tlaxcala, llamados en algunos libros de historia senadores, así como los capitanes del ejército, no se ponían de acuerdo, algunos eran partidarios de pactar la alianza y otros, principalmente Xicotencatl el Mozo, tenían en mente exterminar a los extranjeros y habían prometido a sus dioses los corazones de sus enemigos. Cortés

relata que estableció su real, una base de operaciones y fortaleza, en “una torrecilla de sus ídolos que estaba en un cerrito”. El caminante ha tratado, sin lograrlo, localizar una referencia que identifique el lugar del real, pero la gente de este pueblo establece que sin duda estaba al pie del monte Matlalcueye, muy cerca del camino por el que ahora se recorre. No hay porque no creer, pero entonces el capitán Cortés no registró bien la escala, ya que lo que para él era un cerrito en la realidad es una elevación de buen tamaño, unos 200 m de altura y de forma redondeada. En la zona se encuentran pedazos de cerámica y de obsidiana, incluyendo puntas de flecha o de lanza. Para tratar de ofrecer una idea general de lo que sucedió en esos días, de esa rara guerra-paz, se hace un repaso a lo escrito por Cortés mientras estuvo en ese real:

- a) Otro día guerreamos y capturamos 400 prisioneros y regresamos al real
- b) Otro día nos enfrentamos a 149 mil guerreros que cubrían la tierra
- c) Otro día les quemé más de diez pueblos y regresé al real
- d) Otro día me visitaron unos principales que querían ser vasallos de su Majestad Carlos
- e) Otro día descubrí cincuenta espías y los regresé con las manos cortadas (les amputó las manos)
- f) Algunos días en el real (Cortés tenía otros problemas internos, pues los partidarios del gobernador de Cuba le hacían difícil la vida exigiéndole regresar)
- g) A una legua del real se me cayeron cinco de a caballo pero continuamos y en dos pueblos matamos mucha gente antes de que amaneciera y ya que amanecía di con otro pueblo muy grande de 20 mil casas, así los dejé pacíficos y volví al real

- h) Otro día siguiente vino a mí Sicutengal (Xicohtencatl) y rogó para rendirse según ordenaba Magicansin (Maxicatzin)
- i) Estuve en el real (temeroso) y por su ruego (de Maxicatzin) me vine a su ciudad (Tlaxcala) que está a seis leguas del aposento y real que yo tenía

Todo esto da cuenta de los métodos tan exquisitos del conquistador que, sin embargo, a pesar de los pesares, causa cierta admiración, pues Cortés en aquellos momentos tenía dos frentes que atender, el principal de la conquista y el interno con su ejército, ya que algunos de sus soldados partidarios del gobernador de Cuba amenazaban con retirarse de la lucha para regresar a España, sin faltar quienes insistían en apresarlos y llevarlos a Cuba en calidad de delincuente para ser juzgado. Y así en ese raro estire y afloje, de ese guerrear y buscar la paz, finalmente los tlaxcaltecas que nunca se rindieron ante sus odiados vecinos, los mexicas, lo hicieron ante los extranjeros y pactaron una alianza con Cortés que le sería de vital importancia en la conquista, por su parte los tlaxcaltecas siempre respetaron el tratado y su lealtad fue a toda prueba aún cuando éste no les respondió en la misma medida. Admira la persistencia de Cortés, pues su misma gente le presionaba para regresar sobre sus pasos y así salvar la vida que la veían amenazada en todo momento, para luego, proponían los disidentes, regresar y completar la conquista, pero ya con más efectivos. Pero esos ladinos bien sabían que en tal caso sería poco probable que Cortés regresara, pues sus desavenencias con su otrora amigo y protector le significarían por lo menos la cárcel en la isla de Cuba, y lo más seguro, el fin de sus días colgado de una cuerda. En cuanto a Xicoténcatl el Mozo, se atuvo a regañadientes a los tratados, pero se mantuvo en espera de una oportunidad para cumplir sus

deseos de exterminar al extranjero, pero Cortés se le adelantó, y a la menor seña de indisciplina, real o ficticia, lo mandó colgar. Por todo lo anterior, y mucho más que no es prudente relatar aquí, estar cerca de los lugares donde se desarrollaron tantos hechos históricos tan significativos en la formación de México, causa ciertamente mucha emoción y sentimientos que alteran el espíritu, pero en contraste el pueblo de Quetzalcoapan ahora se ve muy tranquilo como si nunca hubiera pasado nada. Poca gente en las calles, algunas señoras compran su recaudo para preparar su comida, se detienen y entretienen a la menor oportunidad para platicar con sus vecinas, queda el enigma de los temas que se ventilarán, pero de seguro ninguno relacionado con lo ocurrido en la conquista; por su parte algunos niños juegan en las calles, las obras de mejora que se están realizando en la calle principal les dan motivos para entretenimientos fuera de la rutina.

El caminante, ya con la mente encarrilada, piensa que así como el volcán La Malinche está presente en este y muchos pueblos y ciudades, incluso Tlaxcala, el espíritu y esencia de la valiente dama que le dio nombre también se manifiesta en toda la ruta. Cortés nunca se refirió a ella en sus Cartas de Relación, pero Bernal si reconoce sus méritos, pues asegura que en los momentos difíciles siempre les alentó y especifica: “Jamás vimos flaqueza en ella, sino muy mayor esfuerzo que de mujer”. Otro asunto curioso que reporta el mismo cronista es que los hechiceros tlaxcaltecas pronosticaron que los diablos, o sea, los españoles, perdían su fuerza al llegar la noche, así recomendaron atacarlos al ya no haber luz de día y aseguraron una victoria fácil, pero los guerreros de Tlaxcala se llevaron desagradable sorpresa porque los españoles estaban prevenidos y no languidecieron como aseguraban los brujos, a consecuencia dos de esos magos fueron sacrificados por su falacia.

Se sale de Quetzalcoapan con todas esas guerras en la cabeza, para minimizar las equivocaciones se pregunta sobre la forma de llegar a Tzompantepec, antes Tzumpancingo y que Bernal lo escribe Tecoadzumpancingo. El amable señor a quien se pregunta dice que se va bien, que todo derecho, que el pueblo se encuentra al pie del cerro que se ve de frente, al mismo tiempo de dar sus indicaciones señala el cerro. En esa dirección se dirigen los pasos y en relativamente corto trecho se llega a la plaza principal que luce bien arreglada en sus prados, plantas y árboles, a pocas cuadras al poniente se encuentra el Templo de San Salvador, lugar ya visitado anteriormente, para mayor precisión en marzo de 2008 con el propósito no cumplido de ver un cuadro con la representación de doña Marina, que según un guía de turistas de Tlaxcala aseguró que se encuentra en este templo (ver capítulo: De cómo se aprovecha el regreso para completar la visita a lugares interesantes).

Pero a pesar de los esfuerzos hechos, en aquella ocasión no se pudo ingresar y, por lo tanto, tampoco ver el cuadro. Se presenta ahora otra oportunidad, en primer lugar se ve la iglesia luciendo otros colores, en la ocasión anterior era de un amarillo tirando a terracota, ahora luce blanca con los detalles y decoraciones pintados de un rojo subido, bastante y escandalosamente subido, si el caso fuera contar con la opinión de este visitante. Hay que aclarar que la iglesia está localizada en una terraza más alta que el nivel del pueblo, por lo que al subir las escaleras el visitante se llenó de alegría al ver abierta la hoja de servicio del gran portón, pero poco duró el sentimiento esperanzador, ya que al ingresar se topa con una alta y fuerte reja metálica, lo que permite entrar sólo hasta el bajo coro para que la gente, si así quiere, pueda orar teniendo a la vista al Patrón del templo y del pueblo, pero sin poder llegar al interior. Se recuerda el anterior fracaso y esta vez, por no seguir

deteriorando el orgullo, se decide agotar todas las posibilidades, se va en busca del sacristán, se le llama a gritos hasta que no tiene más remedio que atender a quien eso hace, se le explican las intenciones de sólo ver, no tocar, no fotos, no notas, pero el señor, sin ninguna emoción externa, se pone sus moños y pide que se le muestre el permiso de la mitra por escrito, que bien sabe que no se cuenta con él. Por fin, después de muchos ruegos, llama a un joven para que le ayude a abrir la pesada reja, lo cual se agradece de forma entusiasta y sincera, aunque poco tiempo después me daría cuenta, al oír repicar las campanas, que no fue por cumplir los deseos del molesto visitante sino porque habría misa a las cuatro de la tarde, hora ya próxima. Pero lo importante es que finalmente se tiene la oportunidad de dedicar algo de tiempo para ver las pinturas que son muchas y, por lo tanto, se aprovecha lo mejor que se puede. En el muro izquierdo, en primer lugar se ve un magnífico cuadro representando a un mártir, cuyo cuerpo está en rara posición, atravesado por una lanza que entró por la espalda, en seguida un gran lienzo del purgatorio “Cuadro de Ánimas de Antonio Car, 1761”, así como un cuadro representando a Cristo en su tormento llevado hasta la exageración. En uno de los lados del crucero un San Judas Tadeo con rostro iluminado mientras todo el contexto está oscuro, es un bien logrado ejemplo del claro-oscuro que recuerda la escuela flamenca. En seguida San Pedro meditando ante su propia Cruz. En el lado opuesto San Sebastián, en su segundo y definitivo martirio, estoico como si fueran moscas y no flechas las que tiene en su cuerpo y en seguida un bello cuadro por su composición y luminosidad de la Virgen de la Luz. Lugar especial lo ocupa un lienzo como de 12 m² con una composición poco común, muestra cinco personajes en semicírculo, al centro, en la parte superior el Niño Dios distante

y magnífico, en un plano más bajo como alejados, pero a la vez próximos, la Virgen María a la izquierda del observador y San José a la derecha, ambos radiantes, complacidos y complacientes, y abajo en un plano terrenal, pero que el autor no pudo evitar que resultara el primero, a la izquierda una elegante dama de tez morena y semblante sufrido y arrepentido con la mirada perdida hacia el infinito, y a la derecha un caballero español con uniforme de la época de los Reyes Católicos; el cuadro tiene la marca Henero (sic) 1760, pero no se consignó al autor. Siguiendo con el recorrido, en el muro derecho se encuentra un cuadro convencional de la Virgen de Guadalupe, luego otro de San Pedro, representado de cabeza en rara e imposible posición, luego dos cuadros antiguos y deteriorados representando a mártires que no se supo identificar y finalmente un crucificado que no parece ser Cristo, y seguramente inspirado en algún tema clásico como Prometeo encadenado. Toda una valiosa experiencia ver reunido tanto arte en la iglesia de un pueblo tan distante, pero de doña Marina nada. Se pregunta al sacristán si hay otros cuadros en algún otro lugar y dice no saber nada, se insiste preguntando por el cuadro de doña Marina y el señor, sin ocultar un sentido doble de sus palabras, agrega malhumorado que se han tenido muchos robos y que posiblemente el cuadro que se busca esté ahora en otras manos y otro lugar. Cabizbajo el caminante está por salir tratando de conformarse con el arte visto, pero por alguna causa que no se explica, se decide regresar y observar de nueva cuenta el cuadro de los cinco personajes, y se dice para sí “pues claro, porque no lo viste antes, se trata nada menos que de la Sagrada Familia escoltando a doña Marina y a Hernán Cortés, que así quedan perdonados y justificados”. El caminante concluye que el propósito tan buscado cumplido está por fin, pero seguro no

se encuentra, es posible que tal interpretación sea por efecto del cansancio, el sol tan fuerte de estas latitudes y de la sugestión por doña Marina, pero nadie le impide creer y si no fue sí pudo ser. Se sale pues del templo con el ánimo en alto por todo lo que se vio o imaginó, hasta se le dedicó un hasta luego al señor sacristán. Se observa la reja y el portón abierto de par en par con los fieles en poco número llegando a misa, ya cuando había pasado buen tiempo de la tercera llamada.

Se culmina con una rápida visita al edificio municipal, se pide permiso a una mujer policía de hacer una fotografía de una placa de bronce que allí instalaron que pondera la valentía de Xicohténcatl el Mozo, así como de uno de sus guerreros de nombre Chichimecateutli que destacó en el triunfo de Tlaxcala contra Cortés, al arrebatarle al enemigo su bandera. Contando con el permiso se hace la fotografía. En el parque anexo se come una torta de queso que no resultó muy buena, seguramente no por la calidad del bocadillo sino porque el caminante ya se encuentra mareado. Luego se decide tomar el transporte público a Apizaco pensando en que ya en otra ocasión se estuvo aquí, viniendo de Tlaxcala y, por lo tanto, es lícito pensar que ya se tiene hecha la ruta en su parte desde este pueblo hasta Cholula. En Apizaco se aborda un autobús panorámico a Puebla, se paga con un billete de 100 pesos y el operador promete que al bajar entregará el cambio, pero al llegar, con la cabeza llena de caminos, guerras y cuadros de arte, al caminante se le olvida reclamar su dinero para supuesta satisfacción del operador que no advirtió nada. Con humo saliendo de la cabeza se decide dar por terminada esta etapa que inició en Ixtacamaxitlán.

DE LA FINALMENTE CONSEGUIDA ETAPA CHOLULA-PASO DE CORTÉS
Y DE LOS INTERESANTES LUGARES POR DONDE SE PASA

En Puebla, todavía afectado por el timo, se aborda un camión suburbano con destino a Cholula, el trayecto es más o menos rápido, pero aún así se llega ya casi de noche. Se busca un lugar para descansar y se tiene el tino de elegir un lugar llamado Hostal del Zócalo, muy céntrico, regularmente cómodo y económico. Se toma una ducha que ya hacía falta y luego se sale con la intención de, esta vez sí, comer en forma. Al pasar por la plaza se observan algunos grupos ocupados en actividades diversas, unos practicando danzas prehispánicas, llenan con su tambor todo el ambiente acústico, otros en un mitin político y otros más tratando de convencer a los pocos que se acercan de sus creencias religiosas. Al levantar la vista se percata el caminante que el Santuario de Nuestra Señora de los Remedios, construido en la cima de la Gran Pirámide de Quetzalcóatl, se encuentra profusamente iluminado, parece una construcción fantasma o de raro cristal flotando en el cielo negro, algo realmente digno de admiración y surge la pregunta de si tal espectáculo sería del agrado de los antiguos habitantes de Cholulán, que tenían su propia manera de iluminar con grandes hogueras el altar de Quetzalcóatl. Pero nada, supongo, como lo que se está viendo ahora gracias a la energía eléctrica que ni naturales ni españoles de la época de la conquista podían haber imaginado. Y se concluye que los antiguos habitantes estarían seguramente tan sorprendidos como lo está el caminante. Variando calles por el rumbo del mercado, se llega a un negocio llamado El Sazón de Mamá, y sin pensarlo dos veces se ingresa. Se atiende rápido al visitante y se elige de la misma manera: un consomé con menudencias, dobladas de mole, gelatina y agua de horchata, todo por

treinta y ocho pesos. Se disfruta esta comida-cena, la primera en forma en dos días, todo muy apetitoso y de buen sabor, lo único que opacó la felicidad fue un señor a dos mesas que se puso a hablar por su teléfono móvil como si estuviera en su casa. En un futuro no muy lejano se tendrá que legislar y reglamentar el uso de esos aparatos en lugares públicos, por lo pronto no quedó otra que aguantarse y decir al indiscreto que si no le interrumpimos los comensales en su conversación. Se camina de regreso tomando una vía larga para ver algunas de las muchas iglesias con que cuenta Cholula y que inspirados en lo que dijo Cortés sobre los adoratorios prehispánicos que vio y contagiados por su mente exagerada, se dice que hay en Cholula una capilla por cada día del año. En la plaza se toma una banca y se disfruta de una noche tibia pero no callada, ya que los danzantes insisten en su actividad y siguen hablando personas por altavoces, así se pasa el tiempo sin oficio ni beneficio hasta que el cuerpo pide ir a descansar. Se suben las escaleras del Hostal de forma lenta y parsimoniosa como si se estuviera en el Saboy, el cuarto asignado es interior, por lo que el ruido del tráfico y de los danzantes se amortigua sin desaparecer del todo, está limpio y las sábanas también, se sienten agradablemente frías y se rinde el cuerpo al descanso.

El siguiente día se inicia temprano y con el ánimo en alto, y qué bueno que así sea porque se tiene como propósito llegar a Calpan y de allí subir el Popocatepetl hasta el Paso de Cortés, pero para eso hay que ir paso a paso. En la mente todavía se tiene el anterior intento fallido desde Huejotzingo. Esta vez se tiene la precaución de llevar mapas detallados y previamente marcados con la ruta esperada, además se porta un aparato mágico que permite saber en que punto exacto del planeta se encuentra uno parado, aunque se comprobó antes y después que hay zonas

oscuras donde el aparato pierde calibración y no consigue captar las señales de los satélites, por lo menos, se piensa, se puede saber en que punto exactamente se encuentra uno perdido.

Para iniciar se camina por los suburbios de San Andrés Cholula, a esa hora casi sin gente, se llega sin discontinuidad a San Pedro Cholula, con calles de terracería y casas monótonas cuyos muros son hechos de bloques de concreto, pasan varias camionetas a baja velocidad ofreciendo pollos y gallinas, para anunciarse usan un altavoz y el ambiente se llena con su letanía “lleve su sabrosa gallina para el mole, baratas y deliciosas sus gallinas”, y las pobres aves van apachurradas y friolentas en sus jaulas presintiendo de alguna manera su destino. Luego se camina por un largo camino vecinal con caseríos dispersos a ambos lados entre campos de labor, cuando ya se creía haber dejado el duro y dale de las gallinas, con sorpresa se encuentra otra camioneta igualmente insistente que anuncia el servicio de paquetería a Nueva York, “para sus envíos a Nueva York pasar con el señor Pedro Mejía a un lado de la iglesia”, y el caminante se queda pensando que será mucha la gente de la comarca que tenga parientes en la urbe de hierro, no extrañaría saber de alguien que haya perdido algún familiar o conocido cuando derribaron las Torres Gemelas, que la verdad no eran tan gemelas. Luego ya se camina por el campo y toca ver un fenómeno curioso, el Popocatepetl, de frente con su ya habitual fumarola, pero de forma súbita y sorpresiva se forman nubes en la falda de la montaña y ascienden rápidamente rodeando a la montaña como si fuera una gran dona blanca de gran diámetro. Para llegar al pueblo de Calpan se tiene como señal y faro un cerro de curiosa geometría como si fuera una pirámide, de alguna manera parece un hijo del gran volcán, es ni más ni menos la serrezuela que menciona Bernal de esta manera: “...y

así caminando llegamos aquel día a unos ranchos que están en una como serrezuela, que es población de Guaxocingo, que me parece se dicen los ranchos Iscalpan, cuatro leguas de Cholula”.

En el trayecto se ve gente recolectando papas y zanahorias, una persona ofrece algunas de estas y después de quitarles la tierra resulta un muy sano y agradable desayuno. Se toma después una carretera que va a San Nicolás, pero poco adelante está la desviación a San Andrés Calpan, marcada por un pequeño monumento ya muy deteriorado. Es mandatorio estando aquí visitar el antiguo monasterio agustino, que es una maravilla en un pueblo polvoriento que, a pesar de ser de buen tamaño, parece languidecer. De este portento hay mucho que ver y escribir, de hecho merecería mucho más tiempo y atención de lo que por ahora se puede dedicar. Lo primero es refugiarse en el portal de peregrinos por la sombra que ofrece, pero también para admirar sus arcos portentosos dispuestos en rara geometría formada por gruesas pilastras que soportan los arcos de cantera, antaño estas capillas abiertas servían para los actos litúrgicos y bautizos masivos, los naturales tenían sus reservas para entrar en los templos, según se dice porque sus ceremonias religiosas eran al aire libre, pero se supone que también tuvo mucho que ver el fresco recuerdo de las matanzas que perpetuaron los españoles que fueron precisamente en los templos como fue el caso, aquí muy cerca, en Cholula, además debió también obedecer a cuestiones prácticas, ya que por fuerza la construcción de los grandes templos exigía la participación masiva de la mano de obra de los naturales y, por lo tanto, primero se les debía tener convertidos y dóciles. La capilla abierta de aquí de Calpan, y seguramente de otros lugares también, se usaba para la impartición de justicia, a falta de otra autoridad los frailes impartían la justicia común. Otra característica sobresaliente de Calpan son sus capillas

posas, que tienen un buen estado de conservación, seguramente debido a que los elementos decorativos se hicieron con piedra labrada y no con estuco como en otros casos, por ejemplo en el vecino Huejotzingo. Es cierto, se trata de una piedra no muy dura para poderle dar las formas tan caprichosas del barroco, pero definitivamente más durable que el mortero. Además, la fábrica y sus cimientos son bastante sólidos, asentados en buen terreno y no en antiguos lagos como en otros casos. Cuando se visitó Huejotzingo se creyó que en la región y en todo México no podría haber capillas posas más elegantes y llenas de significado teológico, pero resulta que a pocos kilómetros de distancia, aquí en Calpan, las capillas posas son de mayor valor y de mucho más presencia arquitectónica y artística. La iconografía que muestran es muy rica, por ejemplo en la cara principal de una de ellas, se ve al centro la representación de Cristo con sus estigmas enviados desde cosmos, plenamente resucitado y con cuerpo atlético con los músculos de brazos y vientre muy marcados, recuerda a Zeus en la mitología griega disponiendo de lo que ocurra o no en el universo, arriba aparece un gran ramo de azucenas pero dispuesto en forma horizontal, los ángeles anuncian desde las alturas la buena nueva, algunos con su voz otros con trompetas; por su parte los mortales, representados por ahora por el observador solitario, quedamos anonadados. La composición incluye figuras humanas en los rincones, posiblemente almas del purgatorio que conservan posturas y facciones de las representaciones prehispánicas. Los decorados de los bordes son una verdadera filigrana, y en la imposta del arco se observa el trabajo depurado de cantería como un bordado en tru-tru, en donde compiten hojas de parra, conchas y corazones. En resumen, es un tratado de teología en piedra, al estar contemplando este portento el caminante se prometió buscar información

con la opinión de un experto para completar esta descripción. Por su parte, el inmenso templo tiene algo de románico, sobre todo su alta y robusta torre, cuyo remate seguramente es más reciente y el reloj que en ese lugar se colocó, más. El material básico de construcción es el sillar de una piedra bastante dura y arreglados en hiladas precisas que se hacen más angostas con la altura. Realmente impacta esta obra de arquitectura, sobre todo al pensar en el penoso proceso constructivo que implicó la explotación de la cantera, el labrado preciso de los sillares, subir el material a las alturas y dejar fijas las piezas en su posición con mortero de cal y arena volcánica que es abundante en la región y de esta manera lograr una obra firme y duradera. Los muros laterales del templo ostentan contrafuertes de grandes dimensiones para controlar el empuje de la inmensa bóveda. Cerca de la puerta del templo se observa a un grupo de personas colocando adornos para una misa de XV años que está próxima a celebrarse, mientras esa gente se afana en sus cosas, el caminante dedica tiempo a admirar la portada que, contrastando con el resto, es de estilo plateresco de diseño depurado y elegante, hay mucho simbolismo sin faltar la cruz en X de San Andrés, la ventana del coro equilibra la geometría con una esbelta columna que la divide en dos y sostiene dos pequeños arcos de medio punto, el conjunto se parece a dos grandes ojos que miran asombrados al volcán Popocatepetl. El cordón franciscano sirve de marco a la ventana, hace un rizo coqueto en la parte superior y luego baja por ambos lados para rematar en la parte media de la portada en una borla de piedra que parecería de estambre. Arriba de la puerta se ven dos ángeles suspendidos en el aire que sostienen el escudo o símbolo de San Andrés con peces en la periferia recordando su oficio que compartía con su hermano Simón Pedro hasta que Cristo los convirtió en pescadores de

almas. Y como gran remate superior de toda la portada una gran concha que forma un extenso abanico de geometría casi perfecta. Las columnas que limitan los dos extremos de la portada suben toda la altura y rematan en una llama, por lo que dan idea de grandes cirios o antorchas. El interior del templo es amplio pero oscuro y con poca decoración, en algunas zonas de los paños de los muros se alcanzan a ver restos de frescos ya muy deteriorados, pero faltó tiempo para ver otros detalles, parece que hoy se tiene preferencia por el exterior posiblemente por la presencia del volcán, de esta manera se hace un segundo recorrido por las capillas, en el interior de una de ellas destaca en los bordes de la cúpula el cordón franciscano labrado en piedra, tiene una extraña trayectoria como si fuera una cuerda para ahorcar y remata en capiteles y zapatas, en forma de ángeles los intermedios y de leones en las esquinas. En otra de las capillas se observan medallones tallados en piedra de diseño prehispánico, en particular llama la atención un águila como un precedente muy fiel del escudo nacional.

San Andrés Calpan resulta desproporcionado, ya que el enorme monasterio y su templo le quedan grandes al pueblo, que además muestra poca actividad. Las calles se ven solas y con pocos comercios abiertos, el mismo monasterio tiene pocos visitantes, unos pocos turistas que vienen como el caminante a admirar el portento arqueológico y unos cuantos lugareños como los dedicados a los adornos para la misa de xv años. Pero el pueblo seguramente muy piadoso, tiene otra iglesia de buen tamaño, de reciente construcción y cercana a la antigua, pero no se tuvo tiempo de visitar. Como no se había comido nada en forma desde que se inició la etapa en Cholula, y al ser ya relativamente tarde, se decide tomar un almuerzo y se hace en El Mesón del Abuelo, que es hotel y restaurante, posiblemente el único en el pueblo. Allí

se hace caso a la recomendación de la mesera de un mixiote de borrego con tortillas hechas a mano y un café de olla, todo resultó bastante bueno y así se reponen las fuerzas perdidas. En los muros del establecimiento alguien pintó unos murales relativos al paso de Cortés por el lugar, pero en un estilo festivo y lúdico, en una parte él se ve con facha de joven moderno, con pectoral de armadura y yelmo, le acompañan tres damas, dos de ellas de tez morena y otra blanca de cabellos rubios, supuestamente española, todos sentados a la mesa. El conquistador abraza con poca convicción a la morena que tiene al lado, la dama que le sigue, también morena, se dedica a comer, pues la mesa se encuentra llena de viandas y botellas, las cuales ostentan en sus etiquetas algo como “Refino del Mesón del Abuelo en Calpan de Puebla” En cuanto a la güera se la ve indiferente como si no le importara ni el soldado ni la comida. No se pudo resistir hacer una fotografía para lo cual se pidió el permiso correspondiente a la muchacha que atendió la mesa y como respuesta se limitó a decir: si quiere.

Después de ver y comer el caminante se dice satisfecho y llega a la conclusión de que la región cuenta con dos grandes conjuntos religiosos de mucho valor histórico y arquitectónico: Huejotzingo y Calpan, ahora que ya se visitaron los dos me quedaría con el segundo, pero por supuesto es recomendable visitar ambos. El transporte público tan abundante y ruidoso en otros pueblos aquí es escaso, las camionetas colectivas pasan en la carretera principal a un par de kilómetros, la gente recurre a unas motos acondicionadas con una cabina para dos o tres pasajeros, cada dueño le da la fisonomía que le parece mejor, algunas semejan naves espaciales y otras una versión muy libre y llamativa de una carrosa real. Se tuvo la tentación de montar en una de esas motos para alcanzar el camino a San Nicolás, pero el caminante logró

mantener su condición, sube por las calles del pueblo hasta el mencionado camino, desde este lugar todavía se ve muy lejos la meta, que es el Paso de Cortés, pero poco a poco, a pesar de que se tiene la impresión de no avanzar, la montaña se acerca. Se camina entre campos de labor, varios borregos al paso del intruso, levantan las cabezas y balan al unísono y eso hace que el caminante se ponga nervioso, cosa que por supuesto no dirá a nadie. Al volver la mirada se ve como una maqueta el conjunto religioso, su gran torre es ahora un pequeño faro, se alcanza a escuchar el tañido de las campanas y se supone que estará por iniciar la misa de la quinceañera, que no se le pudo ver pero que seguramente estará contenta, así como sus parientes, amigos, chambelanes y gorriones, pues seguramente habrá fiesta y, por lo tanto, la oportunidad de salir de la monotonía que los sillares del templo quieren imponer.

Cualquiera pensaría, incluyendo al que escribe, que ya a niveles de gran altura de más de 3 000 msnm, no se encontrarían pueblos importantes sino solamente bosques, pero en la ruta que se sigue después de San Andrés Calpan, son tres los poblados respetables: San Nicolás de los Ranchos, San Pedro Yacuilapan y Santiago Xalatzintla, que a juzgar por los nombres, por lo menos los dos últimos, son pueblos antiguos que vieron el paso de los conquistadores hacia la cabeza del imperio. Todos se asientan entre promontorios, altos valles y profundas barrancas, por lo que los caminos de acceso son sumamente sinuosos, con curvas sobre curvas y por supuesto siempre en ascenso, lo cual hace pesado el asunto. El caminante sube a un promontorio rocoso para orientarse y ve el amplio bosque que cubre todo y que sube a la cima de los volcanes, todo tachonado por caseríos desparramados, contando ahora con un buen mapa y un aparato de localización sabe

bien donde está y se da el lujo de identificar hacia el norte los pueblos de Domingo Arenas y San Buenaventura Altica, que fueron escalas no previstas en el intento fallido anterior, se recuerdan también las muchas dificultades pasadas en el monte al aventurar los pasos por veredas desconocidas, pero en esta ocasión se camina por carreteras a veces pavimentadas y otras de terracerías, de esta manera se llega a San Nicolás de los Ranchos, cuya iglesia es atractiva y bien cuidada con sus cúpulas recubiertas de mosaicos al estilo poblano. Este lugar y otros de la región tomaron mucha notoriedad en 1995 y los años siguientes por la contingencia volcánica de las grandes manifestaciones de Don Goyo, en varias ocasiones evacuaron a la gente y se pusieron en marcha los planes de desastre, pero afortunadamente algo catastrófico nunca ocurrió, por la zona todavía se ven letreros de las rutas de evacuación que ya están oxidados y en muchos casos maltratados. Como ya el tiempo se acorta se decide seguir el ascenso, a pesar del cansancio el caminante se dice que si el ejército de Cortés, tal como lo relataron los protagonistas, fue capaz de subir en un día desde Calpan y luego bajar del otro lado hasta Nexapa, el caminante deberá ser capaz de hacerlo desde Cholula al Paso de Cortés, a aquellos les tocó vencer la dificultad de una copiosa nevada, en cambio este día es soleado, es cierto hay nublados y en ratos sopla un viento frío, pero nada para alarmar. Entreteniendo la mente con esos y otros pensamientos, se llega a San Pedro Yacuilapan. Se toma un respiro, y por mucho que parezca un desatino se compra un helado, porque con el ejercicio de subir se calentó el cuerpo. Es un pueblo con poca cohesión pero agradable, se disfruta de la sombra y la frescura del templo, pero ya no se cuenta con el ánimo para tomar notas y se sigue el camino no sin antes comprar agua y un chocolate en previsión de lo que pueda venir. En un

amplio valle que se encuentra en el camino se ve un campo con pinos dispuestos en perfecto arreglo geométrico que se les deja crecer sólo lo suficiente para que sirvan de árboles de navidad y sigue después otro campo con, igualmente bien formados, árboles de tejocote que deberán estar cuajados de frutos para fin de año y así satisfacer la demanda para el ponche de las posadas; y el caminante va con la mirada fija hacia el Popocatépetl que se niega a ser alcanzado y se burla de sus esfuerzos. En relativamente poco tiempo, pero sí mucho esfuerzo, se llega a Santiago Xalitzintla, que es el último pueblo en esta parte de la ruta y, por lo tanto, el más alto. En la fecha en que se pasó por el lugar sólo habían pasado pocos días de las fiestas patronales, es decir, el 25 de julio, día del Apóstol Santiago, por lo que toca ver y sentir algo del fervor con que se celebran las fiestas. La iglesia se encuentra repleta de flores y el atrio profusamente adornado con guirnaldas y el consabido arco triunfal que ostenta “honor y gloria a ti Señor Santiago”. Los mayordomos obsequian a los visitantes pan y café, así como un bonito regalo consistente en una postal que muestra el ciprés donde resguardan la imagen de Santiago en su forma de matamoros, la composición fotográfica es interesante, se ve como fondo al Popocatépetl cubierto de nieve y con un gran penacho de humo y, como una aparición, el Apóstol con la espada levantada lista para matar moros en España e indios en América, pero su mirada, como la de su cabalgadura, es piadosa. El caballo por su parte obedece y parece estar complacido por la parte que le toca hacer junto con su amo.

Al pasar por pueblos que llevan el nombre de Santiago, no se puede evitar recordar la experiencia de haber hecho la peregrinación más significativa para buscar la intercesión del Apóstol Santiago, lo que hace que este caminante tenga

predilección por la representación de Santiago como peregrino y no como matador de infieles. Se ingresa al templo lleno de flores y de fieles agradecidos por lo pasado y esperanzados por lo que venga, se observa el ciprés que antes se había visto en la postal, tiene columnas griegas profusamente decoradas, los capiteles corintios dorados con fondo rojo encendido y sus fustes estriados, el conjunto remata en frisos y molduras también deslumbrantes de oro. En cuanto a la imagen, que es más bien pequeña, el Santo Jinete lleva elegante capa de color azul bajo con profusión de bordados en hilo de oro, el caballo con finos arneses y sus cascos dorados. Siguiendo la visita en uno de los muros a la altura del coro se observa un cuadro rico en simbología y es muestra de la inventiva de un artista anónimo, representa al Apóstol descendiendo entre nubes blanquísimas con su caballo también de un blanco segador, blandiendo su espada como anunciando a los infieles su última oportunidad de dejar de serlo, lo curioso es que su descenso se da en medio de los volcanes que lucen sus cumbres nevadas, o sea, precisamente por el Paso de Cortés a donde se trata de llegar, la aparición ocurre entre el fuego de una erupción, una cortina de lumbre se abre para dar paso al Apóstol, en la parte baja y central se representa la fachada de la iglesia con colores diferentes a los que ahora ostenta. Del lado derecho se ven varios soldados a caballo con lanzas en alto y a sus pies los caídos confundiendo con las almas del purgatorio, y a la izquierda lo que parecen autoridades españolas con un raro estandarte, mientras que se hacen aparecer más cabezas separadas de sus cuerpos, cosa que seguramente es el resultado del impacto que tal idea causó en el autor.

A manera de recreo se pasea por los jardines del atrio, hay una gran cruz de piedra muy antigua y un lugareño asegura que la mandó hacer el mismo Cortés en su paso por el lugar, lo cual

no se puede comprobar, pero de que pasaron por este lugar no hay duda, pues es el paso natural hacia la cumbre, además de que así lo dejaron consignado. Entre los bonitos jardines se ven curiosas esculturas casi infantiles como un caballito en lo alto de una fuente que se le ve dispuesto a cabalgar, siguiendo el ejemplo de su hermano mayor que sirve a Santiago. La gente del lugar construyó al lado del templo principal una pequeña capilla con dos torrecitas simétricas, es una miniatura a escala que, vista en una fotografía, parecería de tamaño normal, pero que en realidad no puede albergar en su interior más que media docena de personas, en el interior otra escultura de Santiago Matamoros también en miniatura, pero aquí montando en caballito francamente jugueteón. Sorprende ver tanto verdor en los jardines, con plantas y flores de diferentes clases y colores, así como árboles de variados tamaños, por estar este pueblo a tanta altura sobre el nivel del mar, se esperaría un clima frío y vegetación de otro tipo, pero más bien, por lo menos este día, se tiene la sensación de estar en tierra caliente. Es de admirarse cómo la gente se organiza para mantener las iglesias bien arregladas y hacer fiestas patronales tan costosas, no se puede impedir pensar en que tales esfuerzos y recursos tuvieran mejores causas como la educación de los niños, sobre todo al pensar en las sumas tan fuertes que se gastan en cohetones y castillos de fuegos artificiales, pero no hay por que criticar a los demás, cada quien puede quemar su dinero como le venga en gana. Por lo pronto, llega un grupo de danzantes que se ponen a realizar sus evoluciones monótonas al tiempo de hacer cantos en honor del Señor Santiago, al que familiarmente le dicen Santiaguito, el caminante, seguramente ya con los estragos del sol en la cabeza, se queda con la impresión de que su rito tiene el propósito secreto de regresar el tiempo y cambiar la historia con un resultado diferente y favorable para ellos.

Pero tan bonito pueblo y tan esplendido clima se tiene que dejar sin haber visto ni conocido todo lo que se hubiera querido, ya que todavía falta ascender hasta la montaña. Se toma el camino de terracería en medio de bosques siempre en ascenso. Se observa a varias personas ocupadas en recolectar manzanas, que es otro de los productos característicos de la región, se consume uno de esos frutos que tiene buen sabor, aunque ciertamente agreste y ácido como lo es toda esta zona montañosa; un señor que se detuvo un rato para platicar con el caminante, le dice que cuando guste le lleva de cacería para cobrar piezas como venados, ocelotes y jabalíes, se le dice que a lo mejor se busca algún día para hacer eso, y el señor recalca que estará a la orden al tiempo de señalar su casa entre campos de labor, pero en el fondo el caminante sabe que nunca irá de cacería, es más, se le tiene aversión a esa actividad, pero se creyó inoportuno decir tal cosa al interlocutor.

A medida que se asciende el clima se hace más frío y el camino más pesado, son muy pocos los vehículos que pasan, pero esos pocos dejan una nube de polvo densa que tarda en disiparse, al voltear hacia el pueblo de Yalatzintla ya se ve lejano y en un plano mucho más bajo. En la antesala de la meta el caminante se dice, por nueva cuenta, que si hubiera contado con mejor información no habría perdido todo un día entre parajes agrestes y pueblos que no aparecen en los mapas, pero pensándolo bien no fue tiempo perdido, ya que se pudo visitar el antiguo monasterio de Huejotzingo y admirar paisajes sorprendentes, así como disfrutar la hospitalidad de los lugareños. Hoy, 1 de agosto de 2009, se camina con confianza por la ruta correcta sin temor de quedar perdido en el bosque, pero haciendo muchos rodeos porque el camino está trazado para los vehículos, seguramente Cortés y su ejército siguieron las trayectorias directas de los naturales con evidentes

dificultades para los caballos porque los naturales se desplazaban siempre a pie. Se sabe que Moctezuma contaba con un eficiente sistema de información, sus mensajeros podían llevarle las novedades desde cualquier confin de su imperio en horas gracias a los pies ligeros de sus heraldos, que por relevos cumplían su misión, en cambio en el caso del caminante que trata de hacer el trayecto desde Chalchihuecan al Templo Mayor, ya lleva cuatro años y no puede terminar. Pero en este momento la preocupación es una y muy puntual: resistir el ritmo del ascenso que a cada paso se hace más pesado. Pero finalmente se llega, subiendo entre pronunciadas curvas, a los parajes donde operan varios parques turísticos con tirolesas improvisadas y otros atractivos, así como restaurantes donde preparan conejo y sopa de hongos, entre otros platillos, para atender a los visitantes que este día, a pesar de ser sábado, son pocos. Se llega en seguida a una zona extraña dominada por una descomunal formación rocosa, parece el último y desesperado intento de los volcanes por continuar su actividad violenta que les dio origen. A la distancia se ve como una inmensa granada o chirimolla formada por roca ígnea muy dura que no permite el crecimiento de la vegetación, se cree ver, con los contrastes de la luz, y según el estado de ánimo del observador, diferentes figuras que podrán parecer borregos, castillos, catedrales góticas, rostros de seres fantásticos del supra o el inframundo y, porque no, hadas dispuestas a ayudar al caminante a conseguir la meta. En esa formación rocosa de otro planeta, destaca una construcción humana extrañamente prendida a la pared como con clavos, es una iglesia de corte moderno y una construcción habitacional a manera de moderno monasterio, que de alguna forma se le relaciona con la idea que se tiene de la fortaleza de San Juan de Acre que los cruzados levantaron en Tierra Santa. Después de ascender por una

alta terraza que rodea a la formación rocosa se llega de sorpresa al Paso de Cortés, señalado por el ya conocido monumento cuyo principal motivo es un alto relieve que muestra a Cortés a caballo, demasiado sobrado y dueño de sí, y como no, si además de sus soldados españoles cuenta con los aliados naturales que blanden sus descomunales macanas erizadas con cuchillos de obsidiana. El caminante piensa lo mismo que la otra ocasión que estuvo aquí en el inicio de su propósito, que el monumento se ve insignificante ante la masa de los volcanes y la inmensidad del paisaje, el Popocatepetl a la izquierda y el Ixtaccíhuatl a la derecha, aunque basta darse media vuelta para tenerlos en posición contraria, pero la verdad el caminante no cabe en tal inmensidad porque llega triunfante a la meta de esta jornada, al punto donde inició la importante etapa del trayecto, del Paso de Cortés al Templo Mayor, y que dio lugar a un libro ya publicado por el Instituto Mexiquense de Cultura, y así se da continuidad uniendo varias jornadas desde este punto a Ixtacamaxtitlán en la Sierra de Puebla y con discontinuidad hasta Veracruz. Se alza la cara al viento helado en señal de triunfo, se hacen algunas fotos de rigor y se toma un respiro. El clima se torna amenazador, bajan nubes densas, la temperatura desciende y caen briznas de hielo como pequeñas canicas que ruedan por el suelo en un remedo tímido de lo que describió Bernal, al decir, “se cuajó la montaña de nieve”.

Para buscar refugio se ingresa al edificio del Parque Ecológico y se hace un breve balance, la parte continua desde Ixtacamaxtitlán al Templo Mayor es aproximadamente la mitad del total, además los tramos hechos de Veracruz a Ídolos pasando por Antigua y Cardel, así como otro de Xalapa a Xico Viejo, hacen un total aproximado de tres cuartas partes, lo que se traduce en optimismo para pensar que en un futuro cercano se pueda completar la Ruta

de Cortés. Pero al momento lo que se debe hacer es buscar la forma de regresar, en este propósito se tiene la suerte de abordar una camioneta de servicio público que baja por la montaña siguiendo una buena carretera pavimentada que llega a San Pedro Nexapa, ya cerca de Amecameca. Ya estando a salvo se decide tomar las cosas sin apresuramientos, habiendo culminado la meta se puede tomar como premio un recreo para revivir lugares ya vistos. La gente de la zona pronuncia Neshapa, con la sh suave y como arrastrada entre dientes y no la x fuerte y sin relación con el sentido original de las palabras autóctonas. La población es de buen tamaño, pero aquí si se siente la proximidad de la montaña con un clima bastante frío y húmedo. La iglesia se encontró desierta, se construyó en lo alto de una loma, por lo que quedó muy por arriba del nivel de la calle, su fábrica es de piedra volcánica con una cara labrada y varios colores de amarillos a grises, en los tonos claros prevalece el terracota y el rojo en los oscuros. No se pudo reconocer algo antiguo, según las deducciones ya mencionadas, Cortés y su ejército pasaron por este lugar, Bernal escribe de unas caserías a manera de mesones, lo cual hace suponer que eran para uso de los mercaderes, cobradores de impuestos y sus acompañantes a manera de escolta en sus constantes viajes a la costa y otras partes del imperio. Por su parte, Cortés se refiere a unos aposentos muy buenos donde cumplidamente pudieron ser acomodados todos, los españoles que no eran muchos y los indios aliados de Cempoala, Zautla, Ixtacamaxtitlán y Tlaxcala, que sí sumaban varios miles según sus propias cuentas. También refiere que les arrimaron rimeros de leña, pues toda la comarca estaba bajo recio y gran frío. Una breve visita al interior del templo hace ver que el decorado es más bien modesto, el altar ocupado por un Cristo Crucificado y a un lado la modesta imagen del patrón

de la iglesia y del pueblo, parecería que sufre de frío, no de ahora sino de tiempos remotos, las simbólicas llaves apenas se perciben.

En otra parte más alta del pueblo contrasta un templo cristiano de estilo extranjero, por ahora cerrado. Se puede ver como una muestra de la importante penetración de las sectas cristianas, rara trayectoria religiosa para los descendientes de los antiguos habitantes, primero los dioses que exigían sacrificios de diferente forma y magnitud, luego la evangelización católica y ahora creencias que han dado la vuelta por el mundo y llegan por la frontera norte. Pero viéndolo con detenimiento, la gente del lugar sigue ofreciendo sus respetos a Don Goyo y confían su futuro y salud a los graniceros.

Se aborda un autobús hacia Amacameca en un trayecto corto y rápido, lo que a pie, según la experiencia ya vivida, hubiera tomado unas dos horas. Se llega al centro de Amecameca y se pregunta al operador cuánto se debe y dice que nueve pesos, se le pagan y quiere aclarar si es de tres pasajes y se le responde que no, solamente uno. Regresa seis pesos y a manera de explicación y recriminación dice que el entendió “de tres”, no sabe el caminante si dijo tal cosa, con el cansancio y el influjo de las montañas cualquier cosa es posible, pero gustoso hubiera pagado los nueve pesos. Aunque ya es bastante tarde no se puede evitar por lo menos una visita rápida al ya otras veces visitado, ex Monasterio de Nuestra Señora de la Asunción, donde la arquitectura románica transporta al visitante a la Europa medieval. Para sorpresa se encuentra el gran patio cubierto con una lona y todo lleno de sillas porque habrá un concierto de música medieval con instrumentos de viento al cual, desafortunadamente, no se podrá asistir. También se observa una exposición de pinturas bastante buenas como una acuarela del Sacromonte que hace recordar la experiencia pasada. Ya en la

plaza se compra una bonita fotografía en un quiosco atendido por un señor que ha hecho su *modus vivendi* de hacer fotografías de los volcanes y venderlas. En otras ocasiones ya había comprado otras postales, pero hasta ahora se conoció el nombre del autor: Andrés Molina Galicia, a quien se tuvo oportunidad de saludar y agradecer. En esta ocasión se compra una bonita postal que muestra al Popocatepetl cubierto de nieve y un albergue totalmente tapado por una especie de ola blanca de nieve, en lo alto del volcán se distingue una fumarola saliendo del cráter. El caminante se pregunta si la nevada que describe Bernal cuando el ejército de la conquista pasó entre los volcanes fue como la captada en la postal porque la descripción corresponde a la imagen: "...y ya cerca de medio día cuando llegamos a lo alto de la sierra, y subiendo a lo más alto comenzó a nevar y se cuajó de nieve la tierra...". Para terminar la jornada y el día se hacen algunas fotos, de los capiteles del patio románico, una parte del *bandeau* (decorado de piedra labrada con formas vegetales), de los arcos del mismo patio, la acuarela del Sacromonte en la exposición pictórica, y finalmente de una singular escultura en una de las esquinas de la Plaza, que representa a un león entretenido en dominar a un cocodrilo, el lagarto pintado de un verde subido como que no se la cree, y el felino con expresión casi humana no parece tener mucho interés en el destino del lagarto. Al fondo deberían verse los volcanes, pero la bruma y las nubes lo impiden, sólo se pueden imaginar. Y ya, ante el tiempo agotado se aborda un autobús hacia la ciudad de México que corre repleto, luego el traslado en metro entre terminales y finalmente otro autobús a Toluca. Se dormita cuando se puede en los diferentes trayectos con la cabeza llena de bonitas imágenes y recuerdos, sin faltar las autocomplacencias por lo hecho en esta productiva etapa.

DE LA MUY PROVECHOSA ESTANCIA EN LA VILLA RICA Y DE CÓMO SE HIZO NECESARIO PERNOCTAR EN LA PLAYA FARALLÓN

El 21 de diciembre (2009) se aprovechan unos días para hacer otro tramo de la Ruta de Cortés, inicialmente se pensó en regresar a Xico y de allí recorrer lo más que se pudiera rumbo a Santiago Zautla, ya en la Sierra de Puebla, pero al pasar el autobús por la zona de Perote se presentó un clima muy frío y lluvioso, todos los montes desaparecieron en los muy densos bancos de nubes y niebla. Por lo tanto se decide seguir hasta la costa pensando en que ya se hizo el tramo Veracruz–Cempoala y de este último lugar a Los Ídolos, ubicado en el primer escalón hacia las tierras altas, pero siempre el caminante se quedó con la espinita de no haber considerado la parte de la Villa Rica a Cempoala, siendo que muchos autores establecen que la marcha de Cortés hacia la conquista del imperio de Moctezuma inició precisamente en la Villa Rica. Así, una vez que el autobús llega a su destino en Xalapa, se aborda otro de menor clase y tamaño a Ciudad Cardel, centro agrícola y comercial de la región, originalmente se llamó San Francisco de la Peña, pero durante el anticlericalismo del gobierno de Adalberto Tejeda se le cambió el nombre por el del prócer agrarista José Cardel Murrieta. El día se consume en transportes, se comprende que ya no habrá tiempo más que de descansar para el día siguiente, muy temprano, emprender la caminata. Cardel generalmente muy caluroso, esta vez está fresco, se camina hacia el centro y se observa en el edificio municipal un mural dedicado a la vida y obra del personaje del que la ciudad lleva nombre, nacido a fines del siglo XIX en Carretas, municipio de Paso de Ovejas, de humilde cuna; sin embargo, fue educado con grandes sacrificios, sin haber logrado terminar sus estudios, dedico su

vida a trabajar para poder mantener a su numerosa familia, pero también dedicó tiempo y esfuerzo a las luchas sociales en favor de los trabajadores del campo.

El mural es de la autoría de Rafael C., realizado en julio de 1976, se renovó hace pocos años pero el ambiente húmedo implacable lo tiene nuevamente muy deteriorado al grado de que ya hay porciones faltantes. El autor plasmó en el mural una frase que resume el ideal de Cardel: “Mueren los hombres pero sus ideas no ¡porque la tierra no tiene dueño!”. Al que esto lee le parece que algo faltó en esas palabras o fue algo intencional para que el observador tenga su propia interpretación. En la plaza se encuentran puestos de todo y se decide comer unas picaditas para, en seguida, buscar un lugar para dormir, y mientras se camina por las anchas y bien trazadas calles se observa un cielo nublado a medias, iluminado por una luna jarochoa en creciente que sale y se oculta sucesivamente entre las nubes que, aunque quieren, no alcanzan a apagar su luz, pero las nubes se desquitan con las distantes estrellas. Después de preguntar en varios lugares de diferente categoría se decide por una pensión familiar que ocupa una casona de época indefinida, a primera vista ruinoso, pero en realidad solamente atacada por la intemperie y la humedad, los muebles y los servicios en las mismas condiciones. Ya en el cuarto no se puede descansar, en la calle se escuchan niños jugando con una bicicleta, parece que el mayor de ellos no respeta el turno de los menores, mientras esto sucede se repasan algunos datos para saber cuál debería ser el mejor lugar para iniciar la ruta, si Veracruz o la Villa Rica, distantes unos ochenta kilómetros. Para empezar no cabe duda de que llegaron a San Juan de Ulúa, y en días siguientes pasaron a las playas de Chalchihuecan donde ocurrieron hechos importantes como la entrevista de Cortés con

los embajadores de Moctezuma y luego con los de Cempoala; en el inter para tratar de arreglar su condición de rebelde fraguó la idea de formalizar un Ayuntamiento, aunque su establecimiento físico tendría lugar precisamente en la Villa Rica. Estando en las playas de Chalchihuecan, a las que Bernal se refiere como El Arenal, los marineros le avisaron a Cortés que las naves se encontraban en riesgo, pues el fondo no era suficiente y no existía protección contra los vientos del norte, además los españoles estaban siendo literalmente comidos por los moscos y los xexenes, es decir, jejenes, de menos tamaño pero mayor bravura. De esta manera Cortés autorizó que algunos de sus capitanes y marineros recorrieran la costa hasta alcanzar tierras del dominio del cacique Pánuco y al regresar avistaron una bahía con mejores condiciones para los barcos. El capitán decidió entonces establecer su real en esa bahía y construir los edificios para que de hecho, y no solamente de derecho, funcionara el Ayuntamiento al cual se nombró Rica Villa de la Vera Cruz, lugar conocido ahora como Villa Rica, y así es como aparece en los mapas. Por otro lado, las crónicas de los conquistadores dejan establecer que el ejército para la conquista, formado por los pocos españoles en buen estado y los contingentes de totonacas, fue preparado y partió de Cempoala, aunque ya para salir Cortés tuvo que ir de emergencia a la Villa Rica para resolver lo de un navío que rondaba en la bahía.

Resumiendo, Cortés llegó a, o cerca de lo que hoy es Veracruz, a los barcos los mandó a la Villa Rica, pero él se trasladó por tierra a Cempoala, pues tenía interés de hacer alianza con el cacique Quahutlaebana, despectivamente llamado por Bernal el *Cacique gordo*, aspecto que han imitado injustamente los autores siguientes. De Cempoala, seguramente Cortés fue varias veces a la Villa Rica, de ida y regreso, aquí para organizar la construcción

del Ayuntamiento, hundir sus naves y dejar un destacamento para cuidarse la espalda, allá, (Cempoala), para organizar su ejército para la conquista del imperio de Moctezuma. Así es que este caminante encuentra suficientes razones para haber hecho lo que ya hizo, caminar de Veracruz a Cempoala, y lo que piensa hacer el día de mañana, caminar de Cempoala a la Villa Rica. Cansado, se dejan libros y notas, el ruido en la calle no cesa, pero se decide tomar una ducha y se va a la cama.

Con el nuevo día se toma un transporte colectivo a Cempoala y de ese lugar se inicia la caminata rumbo al norte, tratando de evitar la carretera principal hacia Nautla sin lograrlo del todo. Primero se toma una vereda que lleva a San Isidro (Virgilio Uribe) que pasa por amplias planicies llenas de campos de caña de azúcar pertenecientes al Distrito de Riego La Antigua y, por lo tanto, se encuentran aldeas de cañeros como El Bobo y Rancho sin Fortuna. Pronto se llega a un caserío llamado Playa Azul desde donde se hace presente una cordillera coronada por el Cerro el Sombrero, que se eleva a más de 400 msnm, la sucesión de cerros se interna extrañamente en el mar, como una serpiente suicida, en los cerros más distantes se distinguen filas de grandes torres de transmisión de energía eléctrica pintadas de un color amarillo muy vivo, desde lejos parecería que esas torres fueron plantadas al azar y sin que haya continuidad entre ellas, lo cual es sólo apariencia, ya que las altas torres llevan hacia el centro del país la energía que se genera gracias a las reacciones nucleares en la Planta de Laguna Verde. Desde lo alto de esas montañas se ve magnífico el mar, así como una laguna que quedó atrapada entre peñas que parecen crecer del mar, es la Laguna de la Mancha, con aguas verdosas y orillas llenas de palmeras; en la costa una serie de caseríos que recibe el nombre muy interesante: El Paraíso, seguramente el que

venían buscando los europeos, lugar que sería bueno visitar pero no se hará por esta ocasión. Se desciende ahora por un amplio valle en forma de herradura con pueblos dispersos como Tinajillas y Peñitas de Abajo, se alcanza a ver en la parte costera El Farallón de Don Carlos y otra laguna con el mismo nombre, en este lugar la Comisión Federal de Electricidad decidió construir una colonia de respetable tamaño para sus trabajadores que está rodeada de agua en tres de sus flancos, al sur la Laguna Farallón, al norte la Laguna el Llano y al oriente el Golfo de México. En seguida otra serie de altas montañas dominada Cerro de los Metates, con una rara formación en la cumbre y que resulta muy importante (como se verá más adelante). Así se llega a un cruce de caminos, hacia la izquierda la Zona Arqueológica de Quiahuitlan y a la derecha un camino estrecho hacia la playa, donde en su inicio se observa un letrero que establece el muy significativo nombre de Villa Rica. No se tiene duda de que se deberán visitar ambos lugares, lo difícil es decidir cuál será primero. De alguna forma se decide por el camino hacia la playa, se llega a unas casas y palapas dispersas y luego se decide seguir la orilla del mar, por la amplia bahía, que es ni más ni menos la que reportaron a Cortés como segura, pero en contraste el caminante encuentra el mar con altas olas por los fuertes vientos, no del norte, sino de levante. Después de caminar más o menos una hora, a paso lento por ser difícil avanzar sobre la arena de la playa, se llega a la relativamente pequeña comunidad que lleva el nombre de Villa Rica. Resulta sumamente emotivo estar finalmente en este lugar tan significativo y de alguna manera se piensa que resultó bien encontrar lluvia en las montañas y así tener la suerte de estar en este bonito e histórico lugar. Al ver la gran masa de agua azul y sentir el fuerte viento, se puede imaginar el episodio en que Cortés, estando en Chalchihuecan,

mandó dos navíos al mando de Francisco de Montejo y Cristóbal de Olid, que llevaban como capitanes a Antón de Alamitos y a Juan Álvarez *El Manquillo*, a fin de procurar un buen puerto mejor que los arenales frente al islote de San Juan de Ulúa infestados de insectos y gérmenes y, además, lejos de las poblaciones y, por lo tanto, de los alimentos. Navegaron al norte y llegaron hasta el río Pánuco y dieron media vuelta, y a unas 12 leguas vieron un pueblo como puesto en fortaleza: Quiahuitlan (en los mapas aparece como Quiahuitlán) y enfrente una rada o punta que parecía más segura para resguardar las naves de los nortes; al cerro lo llamaron Bernal, habían pasado ya 10 días del desembarco, por ello no hay consenso en cuanto al lugar en que se redactó el acta de constitución del Ayuntamiento, este caminante vuelve a comentar que, según lo que ha leído y lo que parece lógico, el asunto de escribir el acta se dio en el arrenal de Chalchihuecan, pero ya la organización y la construcción de los edificios fue aquí mismo en la Villa Rica. El paisaje desde la amplia bahía está dominado por el alto Cerro de los Metates o de Bernal, y que según Zavaleta da nombre al poblado totonaca existente en una alta terraza, ya que Quiahuitlan significa “Lugar de lluvia” por las formaciones rocosas que se ven en la cumbre que semejan una lluvia geológica o cósmica, petrificada; son grandes prismas basálticos los que forman esa lluvia sólida y eterna. Resulta interesante repasar lo que escribe Bernal sobre este asunto: “...que doce leguas de allí habían visto un pueblo como puesto en fortaleza, el cual pueblo se llamaba Quiahuitán, y que cerca de aquel pueblo estaba un puerto que podían estar los navíos seguros del norte, pusole un nombre feo, que es el tal de Bernal, que parece a otro puerto de España que tenía aquel nombre...”. Se adivina el buen humor con que contaba el soldado y cronista al establecer que al cerro le pusieron

un nombre feo que corresponde al suyo. También resulta curioso pensar en el Peñón de Bernal en el estado de Querétaro, que también luce una especie de lluvia pétreo en la cima, sin saber si tiene alguna relación con ese que se dice en España. Pero siguiendo con el relato, al final de la bahía se llega a una pequeña península o rada que separa las próximas bahías de la Villa Rica y la de Laguna Verde, esta con playas pedregosas y la otra con playas de arena con pocas piedras. En el mapa de INEGI aparece como Punta Villa Rica, de forma casi circular en planta y que se mete poco hacia el mar, pero en la realidad parece un uso y el cerro como si fuera una concha de armadillo, además se interna significativamente en el mar. La rada, en su parte media, es una sucesión de altas dunas, seguramente antaño fue paso de mar. Subiendo a la cima se puede ver la descomunal construcción de la Planta Nucleoeléctrica de Laguna Verde, que desde la distancia se ve estática y sin actividad, siendo que en sus entrañas los núcleos de los átomos de uranio chocan con terrible violencia para generar el calor que hace que el agua se transforme en vapor que finalmente pone a mover las turbinas que hacen posible la generación de electricidad. En un artículo sobre la Ruta de Cortes escrito en 1976 y, por lo tanto, antes de la planta de generación de energía, se aseguraba que en relativamente poco tiempo en Villa Rica se tendría un desarrollo turístico de primera magnitud dada la belleza natural del lugar, pero esto no ha ocurrido seguramente por la proximidad del o los reactores nucleares que no dejan de representar riesgo o por lo menos temor. Algunas de las playas de esta bahía son realmente muy atractivas, cosa que se aprovechó para nadar un rato y no desaprovechar la magnífica ocasión de sumergirse en aguas cargadas de tanta historia, aunque ya el agua dejó de ser seguramente la misma. En todo el rato que se estuvo nadando no se vio a nadie,

el agua con una tibieza agradable, pero al salir el viento tan fuerte y frío hace que la piel se ponga como de gallina. Ya de regreso hacia el pueblo el caminante se cruza con un señor cargado de cámaras fotográficas y de video, así como un tripie, seguramente se trataba de un profesional del arte de las imágenes, de forma inconciente el caminante esconde la cámara fotográfica que porta pero inmediatamente se arrepiente de la injusticia porque con ese aparato ha hecho muchas fotos, no de calidad profesional pero si respaldo de bonitos recuerdos y como complemento gráfico de estos relatos. El fotógrafo y el caminante apenas y se saludaron por no dejar y luego cada quien a lo suyo. Al poco rato se encuentra con unos pescadores ocupados con una lancha como de 15 metros de eslora, pero al contrario de lo que en primera instancia se podía pensar, no estaban poniendo la embarcación para hacerse a la mar, sino sacándola a tierra, pues ese día en particular no estaba el mar muy amigable. Al pasar por donde estaban los pescadores, que hoy no pescaron, afanados en sacar la pesada embarcación del agua, aparentemente sin mucho éxito, se les saluda y responden sólo algunos pocos y sin mucha convicción, cosa explicable pues seguramente se encuentran malhumorados por las condiciones del mar y por lo tanto el paso del intruso no les hace mucha gracia.

Desde el pueblo se ve muy bien la rada, así como enfrente una peña que sobresale del mar que seguramente contribuyó a que se eligiera el lugar como seguro para las embarcaciones, pues su presencia disminuye un poco el oleaje de alta mar. Esa gran peña se encuentra a un par de kilómetros de la costa y, por lo tanto, no se pudieron distinguir detalles, sobresale mucho del mar y tiene la forma de un gorro de mago, aunque a alguien le pareció otra figura dado su nombre oficial: Arrecife El Tarrón. La

rada corresponde al lugar en donde se dio de través a las naves siguiendo las órdenes de Cortés, lo que supone fue una acción de barrenar los cascos para que se hundieran, se ignora de dónde salió la versión de la quema de las naves, pero se convirtió en un dicho muy socorrido. En este lugar pues, buscando bien debe haber restos de las embarcaciones, aunque seguramente pocos porque se removieron previamente todas las piezas metálicas, las amarras y todo lo que pudiera servir antes de echarlos a pique. Resulta de todos modos atractivo pensar que, suponiendo que se supiera bucear, encontrar alguna moneda de plata, pieza de a ocho; hay que conformarse con pensar que algunos restos de madera desgastada encontrados en la playa pudieran ser de alguno de esos barcos. Si el viento tan fuerte y el oleaje causaron que los pescadores se quedaran en tierra, las aves marinas no pueden darse ese lujo, pues con viento o sin él tienen que comer, a duras penas luchan para mantenerse en posición para luego zambullirse como flechas en busca de algún pez que a su vez busca llevarse algo al estomago.

En resumen, el lugar es muy bello y apacible, dan ganas de quedarse a descansar, pero quedan varias tareas por cumplir como visitar las ruinas del primer fuerte español en el continente y observar lo que queda de la ciudad totonaca. Hacia esos lugares y en ese orden se dirigen los pasos.

DE LA GRAN EMOCIÓN AL ENCONTRAR LAS RUINAS DEL FUERTE DE CORTÉS

Hernán Cortés, para legalizar su estancia en México y, al mismo tiempo, dejar sin efectos los reclamos de su arrepentido socio

Diego Velásquez, gobernador de Cuba, tuvo la ocurrencia de fundar un Ayuntamiento y, por supuesto, una vez levantada el acta, nombró los ediles entre sus partidarios, que no tardaron en nombrar al propio Cortés como Justicia Mayor y Capitán General, todo a nombre del Rey. Según opinión de lo que esto escribe, esto ocurrió en las dunas de Chalchihuecan, pero en los días siguientes hizo alianza con los totonacas y sus subordinados localizaron un lugar que les pareció adecuado para la fundación y allí, aquí, decidió construir los edificios que pasaran al Ayuntamiento del papel a los hechos, el nombre que Cortés le da es Rica Villa de la Vera Cruz, lo cual parece de principio y de fondo una gran contradicción, pues la Vera, vía o camino, de la Cruz no puede conducir a la riqueza, mucho menos a la codicia del oro que tenía cegados a los conquistadores. En el kilómetro 35 de la carretera Cardel–Nautla se encuentra la desviación marcada como Villa Rica, en ese punto el gobierno estatal colocó una tapia donde se reprodujo el texto que escribió Bernal en el capítulo XLVIII de su Historia verdadera:

Después de que habíamos hecho liga y amistad con más de treinta pueblos de las sierras. Que se decían los totonaques, que entonces se revelaron al gran Moctezuma y dieron su obediencia a su majestad, y se profirieron de nos servir, con aquella ayuda tan presta acordamos de fundar la Villa Rica de la Vera Cruz en unos llanos, media legua del pueblo, que estaba como fortaleza que se dice Quiahuitlán, y trazada iglesia y plaza y atarazanas, y todas las cosas que convenían para ser villa, e hicimos una fortaleza y desde en los cimientos y en acabarla de tener alta para enmaderar y hechas troneras y cubos y barbicanas dimos tanta prisa, que desde Cortés, que comenzó el primero a sacar tierra a cuestras y piedras a ahondar los

cimientos, como todos los capitanes y soldados, a la continua, entendíamos en ello y trabajábamos por acabarla de presto, los unos en los cimientos, y otros en hacer las tapias, y otros en acarrear agua y en las caleras, en hacer ladrillos y tejas, y en buscar comida; otros en la madera, los herreros en la clavazón, porque teníamos dos herreros, y de esta manera trabajamos en ello a continua desde el mayor hasta el menor, y los indios que nos ayudaban, de manera que ya estaba hecha iglesia y casas y casi la fortaleza

Pero llegar al lugar de las ruinas no resultó fácil porque no hay indicaciones, se preguntó por aquí y por allá sin resultado, hasta que ya casi renunciando al propósito se encontró a un señor que amablemente da señas claras, dijo: suba por esta calzada, luego encontrará un empedrado, siga hasta hallar una casa grande y verá un cartel que pusieron para una vez que vinieron muchas personas a ver el fuerte, el cartel tiene una flecha que señala el camino. Así se hace, y al llegar a una loma llena de verdor se ve la dicha casa y el cartel adosado con la flecha y con el siguiente mensaje: “Hueycalli de Cortés – Casa fuerte de Cortés – Quiahuitlan 2009, Foro Internacional de agua, energía y cambio climático”. Así se llega a la parte alta donde se tiene una amplia terraza con vista a la bahía, lugar donde se construyó la primera ciudad española en México, hecho de gran importancia histórica que debería significar mayor cuidado y divulgación, ya que poca gente conoce el lugar, son muy pocos los visitantes e inclusive autores importantes de la historia los que aseguran que ya no quedan restos de la Villa Rica. Por ejemplo, en el libro *Hernán Cortés*, de Juan Miralles, se puede leer lo siguiente:

Hoy día, para acceder al sitio, cuando se viene del sur, el punto de referencia es la central nuclear de Laguna Verde; se deja atrás, y se sigue por la carretera costera (única existente), y a poco aparece un letrero en el que se lee: Villa Rica. Se abandona entonces la carretera para entrar a una vereda de terracería y, a unos centenares de metros, ya se está en el fondeadero. Una playa recoleta, concurrida sólo por gente de la localidad y, allí, junto a los restos de una construcción de ladrillo y concreto, se encuentra un letrero colocado por algún avisgado, en el que se lee que ésa fue la casa de Hernán Cortés. Nada que ver con la realidad, pues aparte del disparate ese, de apuntar a unas ruinas fabricadas con cemento, hay que dejar bien sentado que ése fue el fondeadero, mientras que la Villa Rica de la Vera Cruz es cosa muy distinta; está se alzó en la ladera de una colina que se halla en las proximidades, vecina a Quiahuiztlan, un poblado totonaca hoy desaparecido. Al lugar se accede con dificultad a causa de la maleza y arbustos espinosos. Allí están los vestigios nunca excavados del primer asentamiento español en México”

En primer lugar, hay un error en la localización, puesto que cuando se llega del sur, Villa Rica se encuentra antes de la central de Laguna Verde y, por otro lado, parece ser que el autor no se presentó en el lugar y si lo hizo no tuvo la suerte de este caminante, que contó con la información valiosa de un vecino que le permitió llegar sin extrema dificultad a las ruinas del fuerte, relativamente bien conservadas, sobre el engaño de las falsas ruinas este caminante no puede decir nada, ya que no detectó tal cosa. Además, para desengañar a dicho autor y otros incrédulos, parte de las ruinas del fuerte sí están hechas con concreto como se mencionará más adelante, pero hecho no por los españoles sino por los naturales. Y para terminar la crítica el pueblo totonaca de

Quiahuztlan no ha desaparecido, aunque es relativamente reciente su rescate. Por estas razones este caminante se dice con derechos de sentirse como redescubridor de los restos de esta ciudad. Ya sobre las ruinas se observa que solamente quedan los cimientos de dos conjuntos, el que se supone de la capilla y anexos y el del fuerte. Lo demás se supone que pasó a formar parte de las construcciones nuevas, por ejemplo las grandes y bonitas casas de la zona, es decir, los españoles pagaron aquí un poco de lo tanto que hicieron al usar los materiales de las construcciones prehispánicas en las suyas. Las ruinas de la capilla señalan dos cuartos de buenas proporciones, uno de 4.5 por 7.0 , y el otro de 8.5 por 7.0 m, aunque hay señales de que pudo haber otros componentes; se trata de cimientos hechos de piedras sin labrar unidas con mortero de cal y arena. Las ruinas del fuerte tienen la forma en planta, de un gran cuadrado con otro inscrito de menor tamaño, pero con prolongaciones rectangulares en las cuatro aristas a manera de baluartes, o sea, se trata de las barbancas mencionadas por Bernal. El patio interior, como de 23 metros por lado y el perímetro exterior como de 34, sin contar los baluartes. Para una obra hecha tan de prisa, según lo relatado por Bernal, resulta respetable en tamaño y posible solidez. Y ya que se está analizando lo escrito por dicho autor, habría que creerle en lo relativo a la participación de Cortés en la construcción, como el primero que se arremangó y se puso a la obra dando la muestra a sus capitanes y soldados, pero uno puede pensar que puso la primera piedra, ya preparada, así como el mortero para asentarla, posiblemente bajo un dosel improvisado para protegerlo de los rayos del sol, iniciando así una forma de poner primeras piedras que perdura hasta hoy.

Pero se deja ver que con Cortés venía gente con aptitudes para la construcción, pues entre ellos pudieron trazar, hacer cepas para cimentar, fabricar la cal, construir sólidos cimientos que han perdurado, así como hacer ladrillos para levantar los muros y construir las armazones de madera para soportar los techos de tejas. Según se enteró el caminante, el descubrimiento y rescate de estas ruinas se debe en gran parte al arqueólogo Ramón Arellanos Melgarejo (curioso apellido que recuerda al indio al que los españoles pusieron por mote Melgarejo), una calle, la principal de la actual Villa Rica lleva su nombre, y si se ha de creer en la persona que dio señas para llegar al fuerte, vive en una casa de esa calle, afortunado el que puede estar tan cerca de su trabajo y pasión.

Las ruinas del fuerte están cubiertas de verdor en todo su perímetro, principalmente palmeras de coyol cuya semilla es durísima, se usaba, y se sigue usando, para hacer collares y anillos. Al inspeccionar los restos se descubren detalles constructivos interesantes, como las jambas para las puertas con elementos de hormigón o concreto para dar la forma, además de la necesaria resistencia. Técnica seguramente aprendida de los naturales que lo usaban en sus construcciones, por ejemplo grandes losas hechas con ese material para techar sus templos. Para hacer ese concreto u hormigón autóctono, mezclaban cal con arena volcánica y en su defecto con nejayote, subproducto en la preparación del nixtamal, materia prima para las tortillas, el cementante así preparado lo revolían con arena y grava, y finalmente le adicionaban agua para que al fraguar se lograra una masa dura de la consistencia de las piedras. El procedimiento es similar al que se usa en la construcción moderna. Esto quiere decir que la ayuda de los totonacas de Quiahuiztlan no solamente fue con su mano de obra, como lo deja ver Bernal, sino también con aportaciones tecnológicas, y

no solamente el hormigón ya mencionado, sino también con el mortero para unir las piedras y hacer las mamposterías, al cual le agregaban piedra volcánica molida para lograr mayor resistencia y durabilidad, de una forma similar a lo que se puede ver en la cercana zona arqueológica de Quiahuiztlan. Así, se puede asegurar que la participación de los totonacos en la construcción del Ayuntamiento de la Villa Rica fue importante y decisiva.

Actualmente se puede pasear libremente por los espacios que formaron el fuerte y la capilla, han colocado una capa de tezontle en los pasillos y en las antiguas habitaciones para facilitar el paso, pero se ve que tienen que luchar contra la vegetación que reclama lo suyo. Y se piensa que los españoles introdujeron varias técnicas constructivas que se adoptaron pronto como la fabricación de ladrillos y tejas, pero los españoles también aprendieron a construir con argamasas más fuertes y obtener estucos duros como la roca, por ejemplo. En cuanto a las ciencias y artes, los naturales les superaban por ejemplo en aritmética y geometría, la orfebrería y lo culinario. La ciencia europea llegaría después de la conquista y se vería fuertemente influenciada por los conocimientos desarrollados en América, seguramente habrá muchos estudios al respecto. Pero este caminante vuelve a sus cosas, y después de hacer algunas fotografías y obtener algunas mediciones de los componentes, se decide dar por terminada la visita, no porque se haya visto todo lo que se deseara o por falta de interés, sino porque aún falta visitar la ciudad, mucho más antigua que la Villa Rica, que es la vecina de los totonacas.

DE LA MUY IMPORTANTE E INTERESANTE VISITA AL LUGAR DE LLUVIA: QUIAHUIZTLAN

Del fuerte de la Villa Rica se baja por una calzada empedrada a lo que parece un parque público, al que se tiene acceso por una escalera metálica, ya en sus últimas, por la corrosión del agua salada, todo el trayecto con magníficas vistas de la bahía, la rada, el mar y el arrecife. Luego se camina por la playa hasta llegar a la orilla de la laguna, en un caserío que también se dice Villa Rica, en seguida se asciende por un camino angosto para vehículos de motor que pasan de vez en cuando pero a gran velocidad, al final se llega al entronque con la carretera a Nautla, y en ese mismo punto, cruzando la carretera, se encuentra la entrada a la zona arqueológica. Como es usual, al consultar las fuentes que describen la ruta, son pocos los detalles sobre los caminos y distancias y en ocasiones, como es este caso, se encuentran contradicciones. Bernal, en alguna parte de su relato, escribe que la Villa Rica y Quiahuiztlan distaban media legua (2.5 km) y en una parte anterior que dos leguas (11 km) y por su parte Cortés escribe que una legua (5.5 km). Por mi parte, del Fuerte a la entrada de la zona arqueológica tomé 45 minutos, aproximadamente cuatro kilómetros. Pero de ese punto se debe ascender por un largo camino de terracerías con fuertes pendientes que serpentean por entre barrancas impresionantes, lo que toma como una hora, y como tres kilómetros tomando en cuenta que por ser siempre de subida el paso se hace más lento. Total, según este caminante son siete kilómetros lo que hace legua y media, sin saber si en los tiempos de las andanzas de Cortés pudiera haber un camino más directo.

Pero antes de relatar la entrada a la antigua ciudad, se debe mencionar que al pie de la carretera principal el visitante es

recibido por dos grandes mamparas con información, demasiada, según opinión del caminante. La primera se encabeza con el título “Quiahuiztlán: observatorio de dos mundos” y en seguida lo escrito por Bernal, que pareció importante: “Otro día, a hora de las diez, llegamos a un pueblo fuerte que se dice Quiahuiztlán, que está entre grandes peñascos y muy altas cuestras, y si hubiera resistencia era malo de tomar ... que en la mitad de aquel pueblo no hallamos indio ninguno con quien hablar ... y estando en lo más alto de la fortaleza, en una plaza junto donde tenían los cúes y casas grandes de sus ídolos, vimos estar (entrar) quince indios con buenas mantas, y cada uno (con) un bracero de barro y en ellos su incienso ... y Cortés les mostró mucho amor y les dijo muchas cosas tocantes a nuestra fe como siempre lo teníamos de costumbre adonde quiera que llegábamos, y que éramos vasallos de nuestro emperador Carlos, y les dio unas cuentas verdes y otras cosillas de Castilla: y ellos trajeron luego gallinas y pan de maíz”.

Según esta descripción, el episodio debió ocurrir en la plaza delimitada por las principales pirámides conocidas hoy como la 1 y la 2. Resulta muy emocionante para este caminante estar cerca de tan significativo lugar, se puede imaginar cómo llegaron los totonaques nerviosos, según la opinión de los intrusos, como ante seres extraterrestres y como fueron hipnotizados y engañados para ofrecer comida a cambio de unas cuentas que seguramente sabían de poco valor, pero ya los ojos de las víboras europeas los tenían hechizados.

La otra mampara tiene el título “Encuentro de las culturas totonaca y española”, y luego otro amplio párrafo de la historia de Bernal: “Y estando en estas pláticas vinieron luego a decir a Cortés que venía el cacique gordo de Cempoal en andas y a cuestras de muchos indios principales ... dando tantas quejas de Moctezuma ...

y decíalo con lágrimas y suspiros, que Cortés y los que estábamos presentes tuvimos mancilla. Y Cortés les consolaba con nuestras lenguas cuanto podía... y con estas palabras recibieron algún contento; mas no se les aseguraba el corazón, con el gran temor que tenían a los mexicanos”.

Aquellas lágrimas del cacique Quahutlaebana deben haber sido como las del cocodrilo y la mancilla, pena, que dicen haber sentido Cortés y los suyos, debe haber sido más falsa que las cuentas de colores que intercambiaban por oro, más bien en la mente del capitán debió formarse el plan para llegar a la cabeza del imperio de Moctezuma y apoderarse de él con la ayuda del cacique lloroso. En sus años en la Universidad de Salamanca debió leer a Maquiavelo.

Después de molestar el espíritu con cosas pasadas, finalmente se hace el último trecho y se llega a la antigua ciudad que ocupa varias terrazas de hechura humana, el ambiente está dominado por el alto peñón de lluvia petrificada, es una zona amplia circundada por árboles y palmeras, los visitantes transcurren por prados y calzadas. Se visitan pirámides de diferente tamaño y forma, pero lo que llama más la atención son los cementerios, cuyas tumbas son como pequeñas casas de piedra a escala. Para saber más, en el sitio arqueológico se adquirió un librito titulado *El lugar de la lluvia, Quiahuitlan*, de Leonardo Zabaleta. Así se entera el caminante que las tumbas localizadas estaban pintadas de blanco, aunque algunos autores afirman que de rojo, ya que era el color relativo a la muerte y la resurrección. El material usado en las construcciones era piedra laja, abundante en la región revestida de argamasa o estuco elaborado con concha de ostión molida (el caminante lo duda), cal, arena de río y agua. En Quiahuitlan, el pequeño *teocalli* o recuadro, es una urna mortuoria con alfardas y

escalones; la parte superior semeja una vivienda totonaca (jacal) o bien, un *teocalli* con su entrada, paredes y techumbre de palma. En todos los monumentos hay un conducto que comunica la cámara sepulcral con el templo y esté con el exterior.

Por mi parte, indagué que actualmente se conservan 27 monumentos fúnebres de diferente diseño y tamaño en tres panteones, de los cuales el más llamativo es el que se encuentra en una terraza abierta hacia el mar, pero uno de estos panteones se localiza en lo alto del cerro, por lo que para visitarlo hay que subir una empinada calzada con un sinfín de escalones que no se contaron, el otro de los panteones se encuentra junto a la plaza, pero en posición bastante caprichosa. Todo esto hace difícil creer en eso de los conductos que comunicaban con el templo, pero si el autor del libro lo escribió, sus razones debió tener. Sobre la zona arqueológica se menciona que el nombre proviene del náhuatl *quiahui* = lluvia y *tlan* = lugar de, en alusión al deslave geológico natural en lo alto del cerro de Los Metates, que semeja lluvia petrificada de roca basáltica. La región tiene clima tropical, permite una vegetación de arbustos y árboles medicinales como la quina (para combatir el paludismo), árnica, guásima, puán, cactus, palovolador, frutillo, moral, chaca, palomulato y flor de día.

Siguiendo con los datos del libro, se asegura que de las 77 tumbas localizadas se han rescatado 68. Contrasta esta cifra con la establecida en el sitio, y además tantas tumbas no están definitivamente a la vista. La ciudad surgió en el periodo posclásico por el año 900 dC, fue dominada por los toltecas y luego por los mexicas. Antes de 1940, sin precisar cuánto antes, unos campesinos de la Hacienda de la Luz, al estar preparando unos terrenos para la siembra, dejaron al descubierto los primeros vestigios de las tumbas, y se cree que fueron los primeros saqueadores. Se ha

encontrado cerámica de barro decorada, destaca un plato con las figuras de perfil de un pollo y un pulpo. La pirámide 1 mira hacia el sur, es decir, hacia el peñón, y delimita la plaza central. La 2 tiene la fachada hacia el poniente, de espaldas al mar; se le conoce como la pirámide de los sacrificios, pues tiene una clara influencia mexica. El edificio conocido como el Palacio debió ser suntuoso, con muros policromados y techado, se amplió hacia el año 1200, y el pequeño edificio adyacente, que quedó a un nivel más bajo conserva parte de dos columnas que sostuvieron el techo y mira directamente hacia la bahía de la Villa Rica, además de conservar parte del acabado de estuco original. A la plaza oriental se llega por una escalera de 110 escalones, el edificio mayor de esta acrópolis se conoce como Los Gemelos, donde los mexicas impusieron a sus dioses principales: Tláloc y Huitzilopochtli, tal como en el Templo Mayor de la Gran Tenochtlán. Por el lado norte se llega al juego de pelota, tiene aproximadamente 44 metros de largo y graderías a ambos lados. Este caminante puede decir que, en efecto, casi todas estas descripciones corresponden a lo que los ojos ven y ayudan a comprender mejor esta sorprendente ciudad, pero en algunos casos faltó precisión, por ejemplo el edificio que se juzga como pequeño, conserva las bases de lo que fueron dos grandes columnas que debieron soportar un techo inmenso que pudo ser de concreto, mientras que la sala conserva el piso que si es de ese material, además a ojos vistas debió contar con una portada elegante de frente al mar, lo cual hace pensar en que pudo tener funciones para el control de la navegación, incluido posiblemente un faro, como en el caso de las ruinas mayas de Tulún.

Finalmente, por su contenido interesante, conviene transcribir uno de los párrafos finales del libro mencionado: “Quiahuitlan, la ciudad-fortaleza-cementerio, prodigio de la cultura totonaca

del sur, es testimonio vivo de nuestra memoria, cicatriz y gloria, aunque hasta ahora, el hombre haya sido incapaz de arrancarle sus secretos a las tumbas, totalmente; es que la piedra habla pero también sabe callar. Entre la tierra y el cielo hay una franja invisible de sabiduría y silencio donde convergen el hombre y el tiempo, el arte y la sangre, la vida y la muerte”.

Y para no quedarse atrás el caminante se pone poético y se dice estar bajo el influjo de las antiguas deidades al mismo tiempo en el principio y el final de los tiempos, y añade que desde Quiahuixtlan la vista de la bahía de la Villa Rica es fabulosa, se distingue claramente el fuerte de Cortés, sitio al que los lugareños dan el nombre de La Cantera, en la rada los conquistadores anclaron sus naves para después hundirlas. Se piensa que a Cortés le daría muina, o sea, un mal rato, saber que se conservan más restos, en cantidad y elegancia, de la construcción totonaca que de su Villa Rica, y además ha habido más interés por conservar las primeras. Ningún cronista habla de los niños, pero sí que debió haberlos, se imagina que cuando asomaron las naves españolas por el mar muchos chiquillos gritaron y bailaron de la sorpresa y gusto al ver algo tan fantástico; sus mayores en cambio debieron adivinar la tragedia.

Una vez cumplida la grata meta de visitar Quiahuixtlán se emprende el descenso hacia la costa. Mientras se camina se tiene a la vista el inmenso mar, la bahía de la Villa Rica y el amplio golfo de Laguna Verde separados por la rada. En la parte más alejada, respecto al observador, se ve pequeñita la planta de generación de energía; por 1970, cuando se decidió su construcción, se generó gran polémica por la cuestión ambiental, algunos detractores aseguraban que habría un desastre ecológico de grandes proporciones, yo no se si tal cosa no ha ocurrido ya o pueda

ocurrir, pero lo cierto es que la planta arroja al mar grandes volúmenes de agua caldeada que ha perjudicado o cambiado la vida marina. No sabe el caminante si por coincidencia vio muchas aves volando en la bahía de la Villa Rica, y no así en la de la Laguna Verde. En la zona se ven letreros de rutas de evacuación en caso de contingencia radioactiva, que afortunadamente no ha ocurrido. Desde las alturas se ven los dos cuerpos principales del complejo nuclear, así como todas las instalaciones anexas, la voz popular le puso el mote de El Mounstruo de la Laguna Verde por una serie de películas de supuesto terror que produjo la industria del celuloide de Hollywood con el título de *El Mounstruo de la Laguna Negra*, y su regreso en otras versiones hasta que el público se hartó; en las películas un ser como hombre iguana amenazaba con llevarse a la muchacha de la cinta lo cual, en medio de grandes peligros, trataba de impedir el muchacho de la película, siempre con final feliz, excepto para el pobre hombre iguana que se llevaba uno o varios arponazos.

Pero después de todo la planta se terminó de construir, aunque en un plazo mucho mayor al previsto y un costo también muy superior al presupuestado, pero allí sigue funcionando. Mi hermano Fernando participó en el establecimiento e implementación de los programas de seguridad radiológica, muchas veces visitó la planta, para ello se preparó con estudios especializados y cursos de perfeccionamiento en Europa.

Una vez alcanzada la costa se camina por la playa con rumbo al sur, fue una caminata adicional de unos cinco kilómetros, en general agradable pero no carente de sorpresas como el paso por la corriente de un río que pretendió llevarse al caminante y una zona pedregosa con las olas reventando a los pies. Pero se llega a El Farallón, aludiendo seguramente al Cerro de los Metates,

lugar donde la Comisión Federal de Electricidad construyó una colonia para los trabajadores de la Planta de Laguna Verde, suficientemente cerca para un traslado conveniente de los trabajadores, pero también lo suficientemente lejos para prevenir los efectos directos de la radiación en caso de una fuga en el reactor nuclear. La playa anexa está casi al servicio de esa colonia pero también, como debe ser, abierta al público. Como ya el sol se oculta, se solicitó permiso al encargado de la playa de pasar la noche en ese lugar. El señor amablemente ofreció para el caminante cansado un rincón en su cabaña hecha de cartones y lonas que antes sirvieron para anunciar algún producto o servicio, pero al ir avanzando la noche se prefirió salir al aire libre, ya que los moscos estaban haciendo de las suyas tratando de comerme vivo, como en su momento debió ser con los conquistadores. Ya recostado en la arena el asunto mejoró respecto a los moscos, pero no con las hormigas que me invadieron, una de ellas u otro insecto, se metió en uno de mis oídos, lo cual provocó un rato muy desagradable, ya que al tocar el tímpano con sus patas sentía que el mundo giraba y se ponía al revés, además las pisadas del insecto se parecían a los timbales en una sinfonía de Beethoven y a consecuencia un mareo como si estuviera en una de las carabelas de Colón. Al querer extraer al insecto la cosa se puso peor porque tanto el intruso como yo entrábamos en pánico y se multiplicaba el dolor en el oído y la sensación de mareo. Se resolvió, haciendo grandes esfuerzos, quedarse quieto, lo más posible, hasta que el pequeño invasor salió por su cuenta y el caminante pudo volver a respirar. El señor que me dejó quedarme en la playa dijo ser de Puebla, pero ya lleva como 50 años en estos lugares, durante la noche tiene que hacer varios rondines, pues una de sus funciones es impedir que se acerquen intrusos, camina apoyado en un

bastón y se queja de dolor ciático, le acompaña un perro de raza indefinida, pero muy obediente y eficiente. El mar y el viento se encargaron de hacer un ruido tremendo toda la noche, nada comparable al arrullo de las olas que uno idealiza al pensar en las vacaciones en un hotel de lujo, sino el constante bramar de los elementos como si fuera un alud de piedras que bajan de un monte muy alto. La noche se hizo larguísima, pero finalmente vino la alborada, tiñendo poco a poco de naranja y violeta el cielo nublado en un espectáculo arrobador. Se decidió que era suficiente, después de tomar la fotografía de rigor el caminante juntó sus cosas, se disculpó como pudo de su anfitrión y tomó camino, pues hay un tramo largo por cumplir en el nuevo día. Se camina cuesta arriba, se pasa por el cementerio y luego por una capilla de arquitectura moderna dedicada a San Francisco, se tiene que hacer un amplio rodeo, ya que no dejan pasar por la colonia que tienen fuertemente custodiada, el vigilante ni siquiera escucho mis razones para que me permitiera seguir, simplemente dijo: por allá. Finalmente se llega a la carretera y se aborda un transporte público hacia Ciudad Cardel, dando así por concluido el muy importante tramo Cempoala-Villa Rica.

DE CÓMO SE EMPRENDE EL TRAMO LOS ÍDOLOS-XALAPA Y DE LAS MUCHAS COSAS QUE SE VIERON Y VIVIERON EN EL CAMINO

Llegando a Cardel se aborda casi de inmediato el transporte a Rinconada, donde se hace una escala para tomar un almuerzo reparador en uno de los muchos negocios que existen de antojitos veracruzanos, se consume unas muy buenas quesadillas y un no tan apetecible café. Después se toma un taxi colectivo a Los

Ídolos, o simplemente Ídolos. Hace algunos meses se caminó de Cempoala a este lugar no sin vencer grandes dificultades que amenazaron con terminar con la idea de completar la Ruta de Cortés, o terminar de plano con el caminante. Ahora se tiene el propósito de completar la etapa hasta Xalapa. Por lo pronto se dedica algún tiempo para visitar el pueblo. Ídolos se encuentra en el límite de la llanura costera a orillas del río que lleva un nombre poco común: Paso de la Milpa, que en esta zona hace amplios rodeos formando médanos y pantanos. Recuerdo que en anteriores etapas al ver en el mapa Paso de la Milpa, se pensaba que sería una calzada bien cuidada por la que caminó Cortés y que facilitaría la propia caminata, el sueño terminó de fea manera al ver un río de trazo errático cruzando pantanos y selvas infranqueables. Pero aquí no hay otra tarea que observarlo, el agua del río se ve clara y en los árboles algunos de esos pájaros llamados Martín Pescador, lo que indica que debe haber peces en el río, esto hace que se pegue en la cabeza del caminante la tonadita, que en esta época del año se escucha tanto y que inicia con eso de “pero mira como beben los peces en el río...”. Además se ven almejas y en algunos restaurantes ofrecen langostinos de agua dulce. Las construcciones del pueblo son recientes, predominando en los muros bloques de concreto y techos de losa de concreto reforzado. No se pudo identificar algo antiguo. Al preguntar a un señor sobre el origen del nombre del pueblo, dijo que al estar construyendo un camino usando como material de base la grava caliza de un cerro próximo, encontraron varias figuras prehispánicas, pero dijo no saber el paradero de tales vestigios, aunque supuso que están en el Museo Arqueológico de Xalapa.

Se visita la iglesia, de construcción también reciente, con una bóveda de cañón de concreto reforzado que se soporta por gruesos muros y contrafuertes supuestamente de mampostería, la

pequeña torre de campanario es atractiva con algunos detalles de celosía de ladrillo, algunos árboles y palmeras dan colorido al conjunto, pero un alto poste de energía eléctrica impide hacer una buena fotografía. Junto al poste se tiene un bote para basura, cosa que llama la atención, pues en todos los pueblos de la zona por donde se ha pasado, se cuenta con estos elementos tan necesarios para mantener las calles limpias, se ve que han aprendido a no robarse los botes de basura como ocurre en el centro del país.

En el mapa el pueblo aparece como San José Los Ídolos, pero el lugar principal en la iglesia lo ocupa Cristo Crucificado y al lado la Virgen de Guadalupe; también importantes, pero en menor jerarquía, se ven representaciones de San Martín Caballero y de San Judas Tadeo. En una capilla anexa se encuentra Fray Martín de Porres y los Sagrados Corazones de Jesús y la Virgen, en un lugar especial destaca una vitrina con la virgen de San Juan de los Lagos, que goza de preferencias, pues tiene prendidas a su manto, y en los vidrios, varias fotografías a manera de exvotos, en una de ellas se ve una mujer joven mostrando al aire tremendo vientre de embarazada. Se da así por terminada la visita no sin antes regresar al río para disfrutar del bonito paisaje e insistir, sin quererlo, en recordar las grandes dificultades pasadas cuando se quería llegar de Jareros a este lugar siguiendo el río, cosa que resultó imposible y obligó a dar un amplio rodeo por la zona de riego.

Se inicia el camino hacia las tierras altas, a poco de dejar el pueblo se llega a un paraje cerca del río, el cual hay que cruzar por un largo puente de construcción moderna, el río tiene gran amplitud en esta zona y en las orillas crecen grandes árboles cuajados de garzas, al grado de que se les confunde con nieve sobre las ramas, cosa imposible con estos calores. Al querer hacer una fotografía una de las aves se asustó con el clic y en seguida

todas levantaron el vuelo formando una nube blanca, que después de hacer evoluciones sincronizadas entre las copas de los árboles se posaron nuevamente en el mismo lugar. Poco más arriba se encuentra otra comunidad: Los Naranjos, con casas de campo grandes y elegantes, en el acceso se observa un bien cuidado jardín con esculturas labradas en piedra representando a El Salvador, la Virgen y San José. Poco adelante la pendiente se hace más fuerte, iniciando así el ascenso por la escalera que imagina Fernando Benítez y que después del rellano de Xalapa continúa hasta México. Aquí el paisaje se encuentra dominado por una formación rocosa que parece una pared vertical, cuya parte baja se encuentra llena de verdor por el paso del río al fondo de la barranca y en lo alto un coronamiento de rocas basálticas como si fueran cubos encimados de un juego para un niño gigante.

Entre cerros de piedra caliza se ven valles fértiles, en uno de ellos se observó cómo estaban construyendo una batería de grandes invernaderos con armaduras de aluminio o de un material similar. Si Cortés pasó por estos parajes nada ni nadie dan razón de esa posibilidad, pero es casi seguro que así haya sido por ser paso natural a Izcalpan hoy Rinconada, donde sí estuvo y además logró que se le reconociera como de su propiedad. Así, después de una caminata no tan larga y si agradable, se llega al cruce con la supercarretera Cardel-Xalapa, se cruza afortunadamente por un paso superior, el caminante se detiene a ver el paso de los vehículos de todos tamaños y colores que pasan en una y otra dirección a gran velocidad, cosa que rompe totalmente con la imagen de tranquilidad que traía en la mente y, por extraña razón, recuerda haber leído la mala noticia de unos jóvenes que, desde un puente, como el que se está cruzando, se dedicaban a tirar piedras hacia los vehículos, y como consecuencia quitaron la vida

a una niña inocente. Se reanuda el paso de forma redoblada y en poco trecho se llega a Rinconada. Una de las fuentes que se consultó menciona que en las cercanías existen los restos de un adoratorio mexica, lo cual es creíble, pues era una zona en disputa entre varios grupos, principalmente mexicas y totonacas, ese estado de cosas fue el que encontró Cortés y que supo aprovechar en su favor. No se tuvo paciencia ni tiempo para indagar sobre esos supuestos restos prehispánicos, pero el caminante dice tener suficientes elementos para saberse en la verdadera ruta.

Antiguamente el lugar era Izcalpan, sin saber porqué perdió su nombre original, se puede decir que aquí se dejan atrás las tierras bajas llenas de humedad, calor e insectos y se asciende rápidamente a las montañas, la historia establece que aquí tuvo lugar la primera batalla entre los totonacas aliados de Cortés y los mexicas, cuyos jefes recibían órdenes contradictorias de su emperador, que por los acontecimientos para él tan extraños y enigmáticos, tenía una revoltura en la cabeza, pues a veces ordenaba detener a los intrusos a como diera lugar para luego dar instrucciones de alojarlos y alimentarlos, así como obsequiarles valiosos regalos. Las guerras entre naturales fueron la base de la conquista, los españoles solamente las provocaban y las dirigían a su favor, algo así, guardadas las proporciones, como lo que hacen los niños mañosos con sus compañeros –mira te está viendo feo–, ¿no te lo vas a sonar? Pero volviendo a algo más serio, Bernal escribió que en una jornada hicieron el tramo de Cempoal a Xallapan, lo cual es imposible a menos que todos, soldados españoles e indios, mujeres, niños y cargadores fueran corriendo al paso de un maratonista moderno. Más creíble es lo que establece Cortés que les tomó tres jornadas, que fueron las que este caminante hizo o trata de hacer en diferentes momentos: Cempoala-Ídolos, Ídolos-Cerro Gordo y Cerro Gordo-Xalapa.

Rinconada adquirió nueva importancia en la época dorada del ferrocarril, la primera vía férrea en México fue la de Veracruz a la ciudad capital, pero por la ruta de Córdoba, Fortín, Orizaba, Apizaco y México. Su construcción tomó casi cinco décadas, iniciando los intentos desde los primeros años del país independiente y culminando en el gobierno de Lerdo de Tejada. Pero luego se construyeron varias vías férreas importantes como la de Veracruz por Perote, con una estación importante aquí en Rinconada. Se decide visitar el antiguo edificio de la estación del ferrocarril. Sus muros son de grandes sillares de piedra caliza, abundante en la región, para proteger de los rayos del sol a los pasajeros tenía un amplio volado de láminas de cinc soportado por sencillas, pero elegantes, ménsulas de perfiles metálicos que recuerdan el Puente de Triana en Sevilla, los muros se coronan con almenas y al centro un frontón donde debió existir un reloj, pero solamente quedó el hueco redondo. El edificio en desuso desde hace varios años se deteriora a pasos acelerados, el techo tiene grandes huecos, la madera que forma el tapanco, las puertas y las ventanas se desintegra por la acción de los insectos, varias partes se mantienen precariamente en su lugar, solamente por la pintura que en algún momento se les aplicó. En el interior los componentes de madera ya no existen, sólo quedan montoncitos de polvo que, sin embargo, siguen dejando adivinar lo que fueron, como si se tratara de fotografías antiguas que están siendo borradas por la luz. Lo que daba vida a la estación como los grandes escritorios, el alto mueble que servía como boleterio, la caja fuerte, el reloj, el telégrafo y mucho más se perdió para siempre.

Cuando el ferrocarril de pasajeros vino a menos, más bien desapareció, muchos pueblos se vieron afectados, entre ellos Rinconada, pero se ha recuperado, pues hoy es importante centro

de comercio de la región por la actividad agropecuaria. Proliferan en el centro los negocios de antojitos que ofrecen al visitante picaditas, sopes, tlacoyos, quesadillas y otras muchas variedades. Pero alguna alusión al paso de Cortés no se encontró, excepto un local con el nombre “La Malinche”, pero dedicado al giro de las variedades con muchachas con escasa ropa, lo cual se considera por lo menos una falta de respeto al personaje que aluden y que este caminante la tiene en alta estima. Pero se debe decir que sólo se estuvo de paso, seguramente habrá evidencias que no se vieron por falta de tiempo.

A partir de Rinconada, los autores de la historia y los datos de la oficina de turismo de Veracruz coinciden en señalar que la Ruta de Cortés sigue el camino actual, al menos lo que fue la carretera 140, que ahora en varios tramos se ha convertido en una supercarretera muy transitada. El caminante trata de seguir el trazo antiguo o veredas paralelas y atajos por pueblos vecinos para no arriesgar la vida en el tráfico de locura. Después de un largo tramo recto se llega a un caserío llamado La Bocana, y en seguida a un poblado grande: Palo Gacho, lugar donde se inicia un ascenso importante entre amplias curvas que transcurren entre desfiladeros y montañas hasta que se llega a Plan del Río, encajado entre cerros y que cuenta con una caída de agua de cierta fama, así como el Balneario de los Pocitos, que por esta vez no se visitará. Se sigue subiendo a duras penas entre vuelas y revueltas del camino hasta que se alcanza un alto y amplio valle dominado por un cerro romo, es nada más y nada menos que el Cerro Gordo, que da nombre al poblado próximo, al que se llega ya al final del día. Es una comunidad apacible, de buen tamaño en el antiguo camino de Rinconada a Xalapa. Aquí tuvo lugar una importante batalla en la guerra, o más bien la invasión de Estados Unidos a México. El país

del norte en expansión, y seguros de que su dios les daba derecho a atropellar a sus vecinos, encontraron a México sumido en caos político y con su economía en ruinas. El colmo, para desgracia del país, fue que ya estando el enemigo pisando terreno nacional y amenazaba la misma capital, los caudillos siguieron enfrascados en sus luchas internas por el poder. Pero aún así la Batalla de Cerro Gordo estaba siendo ganada por los defensores mexicanos, pero Antonio López de Santa Anna, sin razón aparente, ordenó la retirada; al parecer el general, con todo y sus laureles y medallas, hacía un doble juego, trágico para la nación. En el pueblo no se encontró mención a la batalla, pero si una vieja pieza de artillería colocada junto al edificio ejidal. Es de calibre de tres pulgadas, la cureña ya desapareció, pues el cañón se montó sobre un pilón de mampostería, y sólo por guardar las apariencias se colocaron unas viejas ruedas que seguramente fueron de una carreta, el cañón puesto allí de forma pasiva sirve ahora de juego a los niños, ya nadie parece recordar que fue un instrumento de muerte. La iglesia del lugar, de construcción reciente, está dedicada a Nuestra Señora de Guadalupe, se encontró pintada de amarillo con los detalles en rojo y con los restos aún frescos de los adornos de las pasadas fiestas patronales. En el interior el altar está ocupado por una gran escultura de Cristo Crucificado y a la derecha un cuadro de la Guadalupeana, reproducción de la muy conocida del Tepeyac, la imagen está adornada por amplios lienzos con los colores patrios en un arreglo que recuerda, guardadas las proporciones, la Cámara de Diputados. El conjunto se complementa con un San Rafael de muy buena hechura.

Las calles lucen atados de guirnaldas, banderitas y flores que quedaron de las pasadas fiestas, salen al paso niños jugando sin mucha convicción, señoras con rumbo de comprar alguna cosa

se detienen a platicar con las vecinas, pocos autos circulan por las calles de caliche bien trazadas y limpias, en una tienda venden fruta, la cual arreglan de bonita manera, así como frascos de diferente tamaño con esencia de vainilla. El caminante se mete en un merendero para tomar un café con leche, unas picaditas bien picantes y un biscocho, al salir se encuentra una lluvia menuda y fría, que en poco tiempo moja todo, se logra no sin dificultades tener alberge en el edificio ejidal, el velador se porta muy amable, pues le destina un viejo sofá con cubierta de plástico, tan frío como la noche, pero este señor se compadece del caminante y le presta un cobija que posiblemente haya sido de la época de la famosa batalla. Se duerme bien, por lo menos unas horas, debido al cansancio.

Al día siguiente, después de un buen desayuno a base de un tamal veracruzano y chile-atole, se prosigue el camino, la visibilidad es escasa por la neblina que acompañó al caminante por unas dos horas. En un tramo como de diez kilómetros no se ven más que caseríos con nombres singulares como Mata de Caña, Los Reyes y Corral Falso, así hasta llegar a un pueblo grande: Miradores del Mar, que se desparrama sobre una loma de baja altura pero sí mucha extensión. Se supone que desde este lugar se puede ver el mar dado el nombre del pueblo, pero esta vez no será porque el cielo sigue nublado y en algunas zonas con densos bancos de neblina. Los alrededores están plagados de desarrollos habitacionales recientes con infinidad de casas iguales que forman filas como serpientes que siguen las curvas de nivel de los lomeríos, se puede decir, sin exagerar, que Miradores del Mar se ha convertido en un amplio dormitorio de Xalapa. Se prosigue el camino para llegar a Dos Ríos, muy cerca por donde se pasa tiene su nacimiento el ya muy conocido y casi amigo río

que lleva el extraño nombre de Paso de la Milpa, y que por algún momento se pretendió seguir su curso, lo cual resultó imposible. Casi en seguida se tiene que hacer un amplio rodeo al encontrar la alta cerca de tela de alambre, coronada por amenazantes alambres de púas, que limita los terrenos que ocupa el aeropuerto que sirve a la ciudad de Xalapa, que es más bien para servicio local de aeronaves privadas. El aeropuerto se conoce como El Lencero, por el pueblo que se encuentra próximo, lugar que debe ser visitado por este caminante. Resultó difícil pero se encontró buen humor y disposición para avanzar a pesar de la lluvia y algunas dificultades que se mencionarán más adelante. Se llega al poblado que tiene su historia bastante interesante. Como se trata de tierras fértiles, Cortés a su paso se fijó en ellas, y al ser consumada la conquista las dio en recompensa y encomienda a uno de sus soldados que le había servido de forma sobresaliente, Juan *El Lencero*, por lo que con el tiempo la región cuyo nombre original era Atexcac se conoció ya como El Lencero, seguramente aquel soldado de Cortés no imaginó que su nombre, o su apodo, trascendiera el tiempo, y en eso superó a su capitán que a pesar de su gran hazaña y mucha fama, no logró que algún poblado llevara su nombre. De alguna manera muchos años después las mejores tierras pasaron a ser propiedad de don Antonio López de Santa Anna, que construyó una hacienda que conservó el nombre de El Lencero, ahora el casco de la hacienda aloja un museo privado que exhibe objetos de la época. La construcción tiene un suntuoso pórtico formado por altas columnas griegas que sostienen un frontón triangular, lo que recuerda la película *Lo que el viento se llevó*. Los jardines se encuentran bien cuidados, en el acceso colocaron una vieja pieza de artillería, pero no se informa algún detalle de su procedencia o uso, pero se puede

suponer que es uno de los muchos cañones que compró, expropió o capturó el general al que la historia le reconoce el don de formar ejércitos prácticamente de la nada, pero con ello endeudaba al país y lo mantenía en continua zozobra. Al estar disfrutando de tan atractivo lugar, el caminante recuerda que llegar no fue fácil. Al ir caminando por un camino rural con empedrado, y sin saber qué distancia faltaba, arreció la lluvia pasando de una llovizna a un chaparrón, de esta manera se decidió hacer parada a un transporte suburbano de Xalapa con rumbo a El Lencero, al subir el operador pregunta que a dónde quiero ir para saber cuánto cobrar y al contestar que a la hacienda dice que no es nada por ser una distancia corta y agregó con tono heroico: no puedo dejar que se moje. Le pedí que me avisara cuando pasara lo más cerca de la hacienda, pero por ir platicando con una muchacha se le olvidó hasta que le insistí y sale con que ya había quedado atrás, por lo tanto de todos modos el caminante no se libró de caminar bajo la lluvia y como suele suceder, cuando finalmente se llegó al destino se calmó la lluvia sin desaparecer del todo.

Después de visitar el museo se camina por los alrededores y se descubre que en la parte posterior se encuentra un lugar muy tranquilo y agradable, una represa forma un cuerpo de agua de buen tamaño, hogar de una nutrida colonia de patos y gansos, así como de aves migratorias que encuentran aquí, como el caminante, un lugar para reponer fuerzas y seguir el camino. Hay un pequeño embarcadero con lanchas por ahora ociosas que seguramente se ponen en acción los fines de semana cuando la gente de Xalapa sale en busca de la tranquilidad del campo, pero al mismo tiempo, llevando a cuestras sus prisas, bullicio y contaminación, tal como sucede, pero en grado superlativo con los chilangos en todo lo que esté cerca o lejos de la ciudad de México. Se compra en una

tienda una golosina y un jugo industrializado y se dedica tiempo a disfrutar del paisaje, el espejo de agua ahora no lo es del todo, ya que la llovizna lo acribilla con una caricia suave, múltiple y silenciosa; las pequeñas gotas hacen su intento por trascender pero acaban formando parte de la masa de agua. En la zona se ven algunas casas de campo de cierto lujo rodeadas de la campiña de la que sale misteriosa bruma, la mente imagina ver al general López de Santa Anna montado en fino caballo blanco paseando por su propiedad, quizá creyendo reales los halagos de que era objeto como ser nombrado el Napoleón Mexicano. En sus esporádicas visitas, gustaba del campo y de las labores agrícolas, pero más pronto que tarde era llamado o deslumbrado por los acontecimientos políticos y las continuas luchas entre enemigos reales o inventados.

Para terminar se hace un rápido recorrido por el pueblo sin encontrar más que una serie de casas con huertas de mango, en una de ellas se escuchan estampidos de escopeta, aparentemente estaban practicando tiro al blanco, pero por precaución se cambia de dirección a la siguiente calle. Se deja poco a poco el poblado, en las afueras se ve una nave muy grande, ya abandonada que servía para criar pollos, siguiendo el camino se llega a Las Trancas, que marca el inicio de la muy amplia zona urbana de Xalapa. Se encuentra un parque muy arreglado con macizos de flores y en el centro de una glorieta un monumento de mármol que sostiene una escultura de buen tamaño del santo local, San Rafael Guízar, en una pequeña caseta se encuentra un vigilante muy celoso de su deber, puesto que no permitió que el caminante hiciera la fotografía que pretendía, alegando que para ello requería el permiso por escrito del obispado de Xalapa. Incrédulo guardé la cámara en la mochila y se sigue el camino con pequeñas nubes

negras saliendo de la cabeza y pensando algo como “al cabo ni quería...”. Se camina ahora ya por las avenidas de la gran ciudad, se pasa cerca del Museo de Ciencias y de grandes y modernos edificios públicos, luego sale al paso un inmenso centro comercial que se llama Plaza las Américas, o sea, el mismo nombre, las mismas tiendas y los mismos artículos globalizados que tienen a la gente hechizada, por lo menos la que tiene las posibilidades económicas o que se endroga para ello.

Se aprovecha el poco tiempo que queda para una visita rápida al Museo de Antropología, que merece por lo menos todo un día. Allí se pueden admirar piezas de gran valor de diferentes culturas y tiempos. El estado de Veracruz es angosto pero de gran longitud, por lo tanto, abarca muchas formas geográficas, así como maneras de pensar y ser, que la globalización no ha logrado uniformizar y esperemos que tal cosa no suceda. En lo que respecta al pasado, aquí en el Museo se pueden ver los estilos arquitectónicos, escultura, utensilios, cerámica, joyas y adorno personal correspondientes a las diferentes regiones del estado, mientras que en el mundo de afuera se siguen notando las diferencias en la comida, música y formas de hablar. Pero lo importante, por lo pronto, es admirar las grandes cabezas olmecas, las delicadas figuras totonacas y la fuerza expresiva de los habitantes del Tajín, la Tierra del relámpago, así como el arte de la huasteca tan lleno de sensualidad. El caminante se toma su tiempo para recrear lo relacionado con Quiahuixtlan, teniendo presente la muy reciente visita al lugar, y se dice complacido al constatar que ya sabe casi todo lo referente a las explicaciones que se leen en el museo.

Después de tan agradable visita se sigue caminando por entre calles ruidosas que suben y bajan, pero en contraste queda la imagen

de las casas apacibles que lucen balcones con flores. Se llega al centro de la ciudad, ya conocido y relatado en otra visita anterior, sin realmente proponerlo se llega al Mercado Alcalde-García, y la explicación del nombre viene en seguida al ver un monumento anexo que consiste de una columna griega solitaria en cuyo fuste se ha grabado en piedra una antorcha con su respectiva llama y a los lados dos coronas de laurel también de piedra, en el plinto una placa explica el motivo: A las víctimas de la invasión americana, tenientes Ambrosio Alcalde y Antonio García. Noviembre 24 de 1847.

Se comprueba y se celebra que la autoridad civil siga recordando a los héroes, cuya gesta desafortunadamente no fue suficiente, se ve el pequeño jardín arreglado y una corona de flores ya marchitas que se colocó seguramente en la fecha consignada en la placa, o sea, hace un mes menos un día. Ya no hay tiempo más que de correr a la Caxa (Central de Autobuses de Xalapa), pues se cuenta con boleto para la corrida de la cinco y media hacia la ciudad de México. En el trayecto a veces se dormita y en los momentos de vigilia se aprovecha para hacer un balance. Con lo hecho en esta temporada se tienen ya completos dos grandes tramos, el primero que contiene los dos ramales de la costa: Veracruz-Cempoala y Cempoala-Villa Rica, que se completan con el largo y significativo de Cempoala a Xico Viejo, pasando por Los Ídolos, Rinconada, Cerro Gordo, El Lencero, Xalapa, Coatepec y Xico; y el segundo desde Ixtacamaxtitlan al Templo Mayor, con escalas importantes en Emiliano Zapata, Tzompantepec, Tlaxcala, Cholula, Calpan, Paso de Cortés, Amecameca, Tlalmanalco, Ayotzingo, Mixquic, Iztapalapa y Churubusco. Queda por hacer la parte intermedia que, según lo que se sabe, transcurre entre cumbres, bosques y desiertos. Pero eso vendrá después, por lo pronto hay alegría al haber visitado lugares de gran belleza y

muy significativos en la ruta que se sigue, pero no se pudo evitar sentir cierta nostalgia porque, como siempre, lo caminado queda irremediabilmente atrás.

DE CÓMO SE REANUDA EL CAMINO EN LA LAGUNA DE ALCHICHICA Y SE ASCIENDE A LAS MONTAÑAS CON MUCHAS Y AGRADABLES SORPRESAS PERO TAMBIÉN DIFICULTADES.

En la Semana Santa de 2010 se aprovechan las vacaciones para que la gente pase algunos días en Tlaxcala mientras, el otra vez caminante, hace otro tramo de la Ruta de Cortés. Se inician las cosas con algunos contratiempos por lo que se sale con retraso pero se maneja hasta Tlaxcala sin dificultad con tiempo para un desayuno tardío a la sombra de un árbol en la plaza principal y a la vista de los magníficos edificios que forman el centro histórico. Para conocer o reconocer lo más posible se hace nuevamente el recorrido en el tranvía turístico, pero esta vez con la promesa de visitar el camarín de la Virgen del Ocotál, el señor que sirvió de guía, con una voz chocante amplificada a un volumen mayor del requerido, explicó de los lugares ya antes conocidos, se ve que sabe su asunto, pero al mezclar comentarios chuscos y picantes como que se hacen corrientes sus explicaciones, además el señor brinca en tiempos y personajes históricos de forma alegre y se termina por entenderle poco. Pero después de todo valió, y mucho, el viaje, ya que se logró que nos permitieran el acceso al camarín de la Virgen en el Santuario de Nuestra Señora de Ocotlán. En la antesala se nos mostró una serie de lienzos que describen el episodio de un sacristán celoso de su deber que, al ver todas las mañanas en el altar la imagen de la Virgen, la removía y ponía en su lugar la imagen de San Lorenzo, patrón oficial, al repetirse la situación día con día, decidió

ser más drástico, dejando a la Virgen encerrada bajo llave en un fuerte y grande baúl. Pero al día siguiente cuál sería su sorpresa de ver a la Virgen en el altar y al pobre de San Lorenzo encerrado en el baúl. Al final viendo que sus esfuerzos resultaban infructuosos, y entendiendo por fin las preferencias de la Reyna del Cielo, decidió dejarla en su lugar preferido y predestinado, así como poner a un lado, por respeto, al mártir que sufrió el tormento de la parrilla. Así inició la fama de la Virgen de Ocotlán como muy milagrosa, lo que mereció la construcción del grandioso santuario que ahora vemos. Luego pasamos propiamente al camarín que se encuentra profusamente decorado con molduras de oro que sirven de marco a representaciones de personajes de la iglesia. En la parte baja una secuencia de la aparición de la virgen al incendiarse un gran ciprés, en cada gajo y cuadrante de la cúpula los 12 apóstoles, en este caso dirigidos y aleccionados por la mismísima Virgen, todo observado y aprobado por la representación del Espíritu Santo en la parte más alta. En resumen, una valiosa joya del arte religioso y popular de la zona digno de admirarse. Al salir invitan al visitante a dejar su óbolo a cambio de una estampa con la imagen que aquí se venera, ya en el patio una señora de hábito y facciones europeas pide algún dinero, según ella para comprar unos libros que le hacen falta para enseñar el catecismo a los niños; para libros o lo que haya menester, la mayoría le entrega algún dinero pensando en que de todas maneras ella abrió el portón para darnos acceso. Ya de regreso a la plaza se vuelven a ver los murales del señor Desiderio en el Palacio de Gobierno y se observan detalles nuevos, como la gran cantidad de datos históricos consignados en pergaminos, carteles y estandartes que portan los muchos personajes representados en la monumental obra, así por ejemplo se entera de la diáspora tlaxcalteca que pobló lugares lejanos del

norte como Saltillo y Monterrey. Llama la atención la representación del indio tlaxcalteca que salvó la vida a Cortés en el episodio de la Noche Triste y que al autor le pareció bien representarlo portando la escultura de oro de la Virgen que España ofreció a Tlaxcala por sus valiosos servicios en la guerra de conquista, y que según el guía se encuentra actualmente en el Templo de San Francisco, en Puebla, resguardando la urna que contiene los restos del beato Fray Sebastián de Aparicio, que en su vida común se dedicó a abrir caminos y hacer comercio con diferentes lugares del país, entre los caminos abiertos fue el de México a Monclova. Por otro lado, en la escena donde Cortés se entrevista con los Senadores de Tlaxcala, a doña Marina se le ve con porte muy digno y semblante severo adueñada de la situación.

Se come en un negocio ubicado en los portales, la comida regular pero sí cara. Después de ello nos desplazamos los pocos kilómetros hasta la entrada al pueblo de Atihuetzía donde se encuentra el Hotel Misión y allí me despidió con algo de brusquedad, explicable pero no justificable porque el caminante se siente ya con mucho retraso pues pretende llegar esta noche a Alchichica para el día siguiente iniciar la ruta.

El viaje a Apizaco en una camioneta de servicio público sin novedad, en la terminal de autobuses se compra un boleto a San José Alchichica y el viajero se dice tranquilo y salvado. Pero resulta que se cantó victoria demasiado pronto porque el camión que debería tomar era de una corrida de paso que llegó con retraso y en cuanto llegó se fue sin el caminante a bordo. Se tuvo un disgusto tremendo y se quería por lo menos asesinar al empleado al que se estuvo insistiendo que avisara cuando llegara el autobús. Para empeorar las cosas se informó que no habría otra corrida hasta la media noche, seguramente viendo la lumbre que salía de

la mirada del frustrado viajero, le aconsejaron tomar un autobús suburbano a El Carmen y de allí orto a Alchichica. Así se hace, el mentado camión resultó uno de esos guajoloteros que paran en todos lados, que se llenan a reventar y luego se vacían repetidas veces. Al llegar a El Carmen se viene la noche y con ella un tremendo frío. Y allí se ve el caminante azotado por el viento frío y con la cabeza echando chispas sin saber si pasará el otro camión. Por un momento se pensó en seguir a Oriental y de allí a otro destino que acercara a la ruta, pero finalmente pasó el autobús y por 30 pesos, sin boleto, el operador, adivinando la angustia de su pasajero prometió ponerlo en su destino deseado en un poco más de una hora. Y en efecto, se llega a San José Alchichica en medio de la noche, un pueblo grande pero que dadas las circunstancias pareció sin gracia y sin gente, seguramente resguardándose del frío. Se ingresa a una tienda que vende de todo, se pide una torta y un jugo y se pregunta por un lugar dónde pasar la noche, y se asegura que aquí no se encontrará ningún hotel o algo que se le parezca, la recomendación es ir a Zalayeta, distante unos cinco kilómetros al poniente, allí si hay unas cabañas, aseguró la persona. Se hace la caminata nocturna acompañado por un viento frío pero afortunadamente sin lluvia, se llega a la orilla de la laguna de Alchichica donde se ha formado una pequeña población con el poco común nombre de Zalayeta, en ese lugar un señor excéntrico administra lo que llama cabañas, que son chozas de madera cubiertas con hojas recicladas de plástico y lonas que sirvieron en sus mejores tiempos para anunciar diferentes marcas o negocios, pero para las condiciones del futuro caminante resultó el mejor de los alojamientos para finalmente descansar.

Al día siguiente, se deja lo más pronto posible el lugar, pues el dueño no para de hablar y de quejarse por el mal tiempo que

ahuyenta a sus posibles clientes, ofrece una noche a mitad de precio buscando retener a su único inquilino, se le agradece su oferta pero se le explica que ya se tienen planes que no pueden cambiarse. Se decide caminar un rato por la orilla del lago y hacer algunas fotografías; se trata de un antiguo cráter volcánico que se ha llenado de agua, que a lo largo de los siglos se ha hecho salitrosa y, por lo tanto, se le atribuyen cualidades curativas, la orilla del agua ha formado costras rocosas de salitre como porciones descomunales de tequesquite, el agua más o menos clara, por el frío no se tuvo el valor de darse un chapuzón, pero para no despreciar del todo sus propiedades medicinales, se meten un rato los pies pensando en las distancias que se deben recorrer, como acompañamiento se acercan nadando unos patos silvestres que bajan y suben en el débil oleaje. Después se hace una escala en un pequeño y modesto puesto de comida, donde ofrecen para desayunar espinazo de puerco, que resultó más hueso que carne, un café demasiado azucarado que resultó de todas formas reconfortante, así como tortillas recién hechas pero casi quemadas, pues la muchacha encargada no ha podido controlar el fogón o también puede ser que haya amanecido de mal humor en este día nublado. En seguida se toma realmente la ruta y lo primero es desandar lo hecho en la noche anterior para regresar a San José Alchichica que no ofrece ninguna señal de la antigüedad, pues todas las construcciones parecen recientes, incluyendo la iglesia que se encontró cerrada pero por lo menos dejó ver su fachada agradable aunque muy sencilla. Las calles están llenas de charcos y todo el pueblo sumido en la bruma, ya en las afueras se cruza con un señor de edad montado en una bicicleta y en la parte de atrás atado un gran bote de leche fresca, la cual no se vio pero si se olió, viene a muy poca velocidad al grado de que se teme que

pueda perder el equilibrio, pero no, va esquivando los charcos grandes y cuando pasa a mi lado da los buenos días con voz sorprendentemente firme. En seguida se ataca el inmenso páramo llamado Lago Salado, que más bien es un amplísimo desierto que hace recordar a Big Lake, Texas, una inmensa llanura que sólo tiene agua durante las esporádicas pero intensas tormentas propias de las zonas desérticas. El suelo está agrietado como piel de cocodrilo, solamente crecen arbustos chaparros y espinosos así como cactus que no levantan mas de una cuarta, caer en estos parajes debe resultar en un alto riesgo de salir espinado. Así se camina por más de diez kilómetros sin encontrar nada más que polvo y viento, se piensa que resultó de todos modos afortunado que el clima sea nublado con algo de frío porque con sol en todo su esplendor deberá ser mucho más difícil caminar. Al final del inmenso lago se encuentra la vía del tren en la ruta Veracruz-México vía Perote, y poco adelante al inicio de un lomerío un pueblo llamado oficialmente Juan Sarabia, pero más conocido entre la gente del lugar por su nombre anterior, correspondiente a la hacienda que allí existió, San Nicolás Pizarro (así escrito con ese). La hacienda que antaño fue de las más grandes de la región ya está venida a menos, a las claras el dueño tenía habilidades y preferencias para la construcción, pues además del inmenso casco de la hacienda y la capilla de buen tamaño, levantó una alta y robusta torre que se distingue desde mucha distancia y hace recordar al poblado de Ravensburgo en Alemania. Tiene la torre una sólida base de sillares bien labrados y a juzgar por su gran peso deberá contar con recios cimientos, el gran fuste cilíndrico sube hasta una altura de 35 metros, su pared cilíndrica es uniforme, sólo interrumpida por angostas mirillas para iluminar la escalera de caracol interior, pero se supone que se diseñó también con

funciones defensivas. En la entrada de la hacienda ya abandonada se observa una pintura del santo patrono en su martirio y abajo un letrero: “San Nicolás Pizarro”, con caracteres romanos. Se pasa a la iglesia que sólo se pudo ver por el exterior, tiene colores vivos en remates y decoraciones que hacen un edificio atractivo. En la fachada, formado con mosaicos, se establece una breve historia: “Se hizo esta Capilla por deposición y dirección de Manuel Cajica en el año del señor de 1855”. En los muros laterales de la iglesia se ven otros arreglos de mosaicos representando de manera alegórica las estaciones del viacrucis con la cruz saliendo de grandes jarrones de donde salen macizos de flores multicolores. Ya con disposición de salir del pueblo, se pregunta a una señora sobre la función de la torre, y sin mucha convicción dice que era para vigilar las tierras de labor del hacendado, y de paso comenta que si se quiere se puede subir para tener una vista del pueblo y de la zona completa, al tiempo de señalar una puerta de madera que asegura está abierta. Así se hace, se abre la puerta que solamente está atorada con una cuña y se pasa a lo que fue el amplio patio de la hacienda y luego el acceso a la torre, el ascenso se hace pesado, la escalera está formada por peldaños labrados de piedra, se contaron 175 de ellos. Desde la parte superior la vista es muy atractiva, se ven los arcos del antiguo casco decorados con mosaicos, la capilla en todo su expresión y más allá el amplio valle y el lago salado que ya se recorrió, y más allá se alcanza a ver el borde del cono volcánico que en su interior guarda a la laguna de Alchichica y donde el caminante pasó la noche, mientras que en la otra dirección se ven grandes montañas rocosas casi sin vegetación que será donde deberá proseguirse la marcha.

Se sale finalmente del pueblo por una vereda polvorienta que lleva a Tepeyahualco, cuyo nombre significa “En la redondez” o

“En el cerco de los cerros”, al ir caminando se lleva el caminante tremendo susto al escuchar una explosión que, por instinto o temores inconscientes, se tomó como el principio del fin del mundo, pero resultó ser dinamita, y además la gente ya está habituada a ello, pues desde ya hace muchos años se explota un banco de piedra caliza para alimentar la inmensa fábrica de cal que sustenta parte de la economía regional. El pueblo es de regular tamaño tirando a pequeño, pero eso sí muy atractivo con calles empedradas y fisonomía provinciana uniforme en belleza pero no en geometría, en la esquina de una de esas calles sale al paso un bonito edificio blanqueado que alberga al Museo Regional Caltonac, a cargo de la Fundación Caltonac en memoria de Juventino Limón, Asociación Civil. Un folleto que entregan al visitante explica quién fue ese personaje y el por qué del museo. Juventino Limón Limón, 25 de enero 1917 a 3 de mayo 2001, en su juventud incursionó en el cine y tuvo inclinación por la representación sindical. En 1957 regresa a su tierra Tepeyahualco y se dedica al comercio y a la agricultura e inicia sus investigaciones arqueológicas en Cantoná, que él sostuvo que debería llamarse Caltonac. Para ello se preparó de forma autodidacta en cuestiones antropológicas y arqueológicas, dedicó gran parte de su esfuerzo y tiempo para demostrar que el sitio arqueológico así llamado es la metrópoli más antigua de Mesoamérica. En 1972 fue presidente municipal interino y a partir de 1982 inicia una serie de viajes por Europa, Medio Oriente, Asia y África, se codeó con investigadores prestigiados y otros controvertidos como Erick Voon Daniken, que escribió libros sobre las culturas antiguas que, según sus hipótesis, tuvieron contacto con seres extraterrestres, en particular en uno de ellos se refiere a una pieza de cerámica de esta zona con un decorado multicolor que se interpretó como la representación del

átomo. Conocer algo de este personaje resultó muy ilustrativo, así como el recorrido por las salas del museo que guarda una cantidad impresionante de piezas arqueológicas, casi 5000 según la información turística oficial, además de ser bastante didáctico porque explica muchos conceptos arqueológicos por ejemplo las diferentes formas de fabricar piezas de obsidiana. Hay piezas de gran tamaño como un atlante del tipo que se ve en Tula, pero también miniaturas de gran valor artístico como un corazón de unos tres centímetros y un pequeño glifo pintado en el fondo de un plato de cerámica, que ese señor ya mencionado identificó como la representación del átomo, en efecto se ve como un pequeño sistema planetario con sus órbitas, tal como lo popularizó Niels Borh muchos años después. También se ven algunas joyas con piedras y metales preciosos y figuras femeninas de gran perfección y arcaica sensualidad.

En una parte del folleto de este museo se establece que Hernán Cortez (sic) tuvo contacto en Caltonac con el cacique Atonaletzin (Pequeño sol), pero la información oficial del INAH en el sitio, como se relata más adelante, establece que esa cultura terminó hace aproximadamente mil años. Queda pues otra duda por resolver. En el museo, además de las piezas arqueológicas, se tienen documentos, libros, fotografías y postales que fueron coleccionadas por don Juventino, algunas de las fotografías las amplificaron y se ve al señor por ejemplo en las grandes pirámides de Giza, o al pie de la pirámide escalonada de Zocer en Egipto. En una sala tienen dispuesta una inmensa cantina de buena madera labrada, el encargado comenta que se puede alquilar para fiestas particulares, en las paredes postales de diferentes partes del mundo sin faltar centros nocturnos famosos como el Molino Rojo y Folis Beryers, también varias fotografías con nuestro personaje

junto con figuras pasadas y presentes de la política nacional, por ejemplo Fidel Velázquez y Luís Donald Colosio, lo cual deja ver sus inclinaciones ideológicas. Se sale del lugar realmente impresionado y con la pregunta en la mente de cómo una asociación civil tiene a su cargo ese inmenso tesoro arqueológico.

A pocas cuadras se llega al centro de la población con cierta inquietud porque se pasó más tiempo del previsto en el museo. Se visita con alguna imperdonable prisa la iglesia dedicada a San Pedro Apóstol cuya construcción se inició en 1720 sobre una ermita anterior de 1668 dedicada a San Pedro y San Pablo, que resultó por su tamaño insuficiente, no se precisa por qué dejaron a un lado a San Pablo. Se hace una fotografía de la iglesia por su parte posterior para destacar sus bonitas cúpulas de tambor y el fondo de altos cerros redondos de pura roca que no permite el crecimiento más que de pequeños arbustos, dando así sentido al significado del nombre del lugar. Se prosigue el camino por una carretera secundaria que sube los cerros siguiendo el trazo serpenteante de una cañada, en la cima impactan las formaciones rocosas que si no fuera por el camino sería imposible remontarlas. Se entra a un amplio y alto valle donde destaca el poblado de Tezontepec, donde se encuentra otra antigua hacienda pero está sí en actividad, en su amplia era se ven personas trabajando y en los cobertizos se hacen diversas industrias agropecuarias. Extra muros en medio de un campo de labor se encuentran los restos de un raro ingenio para sacar agua para el riego, grandes muros de adobe con contrafuertes sostienen el mecanismo de madera con una especie de carrete gigante en la parte superior, en sus buenos tiempos mulas o bueyes movían en vueltas sin fin el mecanismo que tenía varias cuerdas a las que se ataban grandes cubos para extraer el agua que se hacia conducir por un acueducto. Parece un sistema poco

eficiente pero seguro en la época de mayor desarrollo de esta y otras haciendas no había otro mejor, ya que en muchas partes se observan algunos de este tipo, inclusive de mayor tamaño que el descrito. Unos kilómetros más adelante se llega a las faldas del alto Cerro de las Águilas, y en particular a un lomerío adjunto donde se desarrolló la rara y deslumbrante ciudad de Cantoná. Parece que sobre el nombre no hay consenso porque en el museo antes relatado se establece como Caltonac, en algunos libros Kantonak, en los anuncios de la carretera y la información turística oficial Cantona y en el sitio Cantoná, en lo que sí hay acuerdo es en el significado que con algunas variantes menores se relaciona con la casa o el origen del sol. En el sitio se explica que su principal desarrollo se tuvo del siglo I al X, por lo que al paso de Cortés seguramente lo encontró ya en ruinas, aunque en varias referencias se ha leído que en el año de su paso, 1519, lo recibió aquí en Cantoná el rey Atonaletzin, que en náhuatl significa Pequeño Sol o Solcillo, parece haber aquí una incongruencia que, por lo pronto, es atractivo creer que ese encuentro sí tuvo lugar. El caminante debe confesar que al ver por primera vez las ruinas que cubren la corona de varios cerros, le pareció que se trataba de lo que Cortés llamó Catalmi o Caltanmi donde asegura que se encontraban “las mejores y más bien labradas casas que hasta entonces habíamos visto”, pero la mayoría de los autores relacionan tal descripción con Zautla (que se describirá en otro capítulo). Por lo pronto, por lo menos por el nombre, persiste la duda, ya que Cantoná tiene más parecido con Caltanmi que con Zautla. Pero fuera de especulaciones, este sitio es digno de visitarse, su fisonomía es diferente a otros sitios arqueológicos, es singular porque consiste de una serie de plazas, centros ceremoniales y zonas habitacionales unidos por una intrincada pero bien ordenada red de calles. Es una muestra

muy interesante de urbanismo del que seguramente hay mucho que aprender, se supone que arquitectos y urbanistas visitan este lugar como parte de su formación y si no es así lo deberían hacer. Las calles tienen pavimento de losas bien dispuestas y limitadas por altos pretilos de piedras sobrepuestas, en alguna medida son mejores que los caminos romanos. En el sitio se explica que solamente se ha podido rescatar como uno por cien del área de la ciudad original y resulta, que aún así, es muy amplia la parte rescatada, puesto que requiere de un par de horas para visitarse con algún detalle, así se puede dar idea el visitante de la gran extensión que debió tener en sus tiempos de esplendor. Los múltiples centros ceremoniales cuentan con pirámides de diferente geometría y tamaño, todo construido con piedra volcánica sobrepuesta sin argamasa o algún otro material para unir las, es decir, piedra seca. Aunque en algunas partes se ven juntas de lodo o mortero sin saber si son originales. Así, el caminante se dio tiempo suficiente para disfrutar de tan interesante lugar recorriendo calles y plazas, aunque en muchas partes el paso está restringido sin saber porque. Se sube a uno de los lugares más altos para hacer una fotografía que sirva de recuerdo, y con la intención de posteriormente buscar más información, aunque se debe decir que el INAH ha tenido buen cuidado de colocar letreros informativos, pero la verdad después de leer algunos de ellos, ya la cabeza no retiene tanta información. Muy bien haber recorrido la antigua ciudad pero en dos horas no se avanzó nada y queda mucho para cubrir la distancia prevista. Se prosigue el camino y se llega a Xaltipanapa en otro valle seco, aquí se encuentra otra hacienda en ruinas con interesantes detalles arquitectónicos tendiendo al neoclásico. Se ve muy poca gente, pero eso sí muy atentos porque no dejan de saludar con un largo buenas tardes. Luego se atraviesa una zona agrí-

cola de gran extensión, se ven varios canales de riego por lo pronto secos, se pierde por un momento el rumbo y se pregunta a un muchacho en bicicleta por el lugar a dónde me llevará la vereda por donde se camina, y sin ocultar su sarcasmo pregunta a su vez, pues a donde quiere ir, el caminante no da su brazo a torcer y como si nada le pide por favor que se le diga a donde llevará la vereda, y por fin a regañadientes, dice que adelante encontraré Teshcal, y arrastró de forma peculiar la sh en un sonido ya perdido por los que no hablamos las lenguas originales. Se le agradeció, y para tratar de mejorar las cosas agregué: es precisamente allí donde quiero ir, más adelante cuando el muchacho no estaba a la vista se consultó el mapa y el lugar mencionado aparece como Texcal. Para no variar en el lugar hay otra antigua hacienda y el pueblo como formando parte de ella. De ese punto otra vereda que cruza interminables campos de labor lleva a la antigua hacienda y pueblo de La Trinidad, y se piensa que posiblemente se acortó el nombre que debería ser La Santísima Trinidad. La hacienda, o lo que queda de ella, se encuentra en plena actividad, y al lado una curiosa capilla con techo a dos aguas muy inclinado con cubierta de tejas planas como si fuera una porción de Europa en medio del paramo poblano. A partir de este punto se sigue la orilla de un larguísimo canal de riego, al parecer ya en desuso a juzgar por las muchas piedras y basura que se han acumulado en el fondo. De frente destacan en el paisaje una muralla de montañas muy altas, por lo que el sol se oculta pronto y además regresa el viento frío y feroz que obliga a sacar de la mochila la chamarra y los guantes, aquí es donde se pagan las horas pasadas en el museo y la zona arqueológica, pero a pesar de las dificultades no hay arrepentimiento. Se hacen interminables los últimos cinco kilómetros al final de los cuales se llega al cruce de la moderna autopista Amozoc-Tezuitlan.

Los vehículos de todos tamaños y colores pasan a gran velocidad contrastando con la calma que el caminante traía acumulada de todo un día por parajes campiranos donde lo más veloz que se había visto fueron unos gavilanes ocupados en conseguir su alimento, pero también darse tiempo de jugar haciendo evoluciones aéreas espectaculares. Se camina varios cientos de metros hacia el oriente hasta encontrar un paso elevado sobre la furiosa carretera, y en cuanto se pasa ya son los caseríos pertenecientes a Xonacatlán, Puebla. Varias cuadras adelante se encuentra la iglesia dedicada al Señor Santiago, en el altar se le representa como peregrino con vestimenta de un rojo encendido con bordados de hilo de oro y una capa de terciopelo de un azul subido, casi escandaloso, sin faltar sus esclavinas, su sombrero con las conchas vieras, el libro del evangelio en las manos y el bordón de peregrino con su jícara. A un lado la representación de Santiago como Matamoros, también de capa azul, y un pequeño casco que apenas le viene pero adornado por una alta pluma teñida de un azul un poco más discreto. Dentro del templo se ve un grupo de religiosas con atuendo franciscano que seguramente decidieron tener un momento de solas, pues se les ve platicando y riendo despreocupadamente, la presencia del caminante no les distrajo en nada, al grado de que se sintió incómodo y dudó si realmente se encontraba allí o estaba soñando.

Ya en el pueblo se dedica un tiempo a descansar y comer algo, se pregunta por aquí y por allá por un lugar donde dormir, ya que la noche se vino de improviso oscura y fría, pero esta vez sin éxito, parece ser que nadie se conmovió del caminante en este pueblo. Como último intento se regresa a la iglesia y se pregunta a una de las hermanas si habrá un rinconcito para pasar la noche, dice rápido y con semblante de asustada que no está permitido y me recomienda preguntar en la tienda Grande, ya no se creyó

necesario decirle que ya lo había hecho. Se pensó quedarse en la plaza pública en uno de los portales pero el viento es frío y las nubes negras se juntan haciendo ruido de relámpagos amenazando lluvia. Así es de que se decide bajar a la carretera y después de una espera que pareció interminable un autobús de los muchos que pasan se detiene, no para recoger al pasajero entelerido sino para que bajara una persona, se aborda sin esperar permiso y se pide llevarme a San Miguel, cuyo nombre completo es San Miguel Tenextlatiloyan, pero el caminante en ese momento de apremio sólo recordó la primer parte. El autobús tomó velocidad, subió y bajó cerros en medio de la lluvia y llegó demasiado rápido, por la ventana empañada se distingue un anuncio luminoso de Hotel y pronto se pide al operador la bajada, quedé a unas cuatro cuabras del lugar buscado, suficientes para quedar totalmente mojado y entelerido. Se trata de un negocio múltiple, pues es tienda, caseta de teléfono para larga distancia, venta de abonos y otros artículos agropecuarios, materiales de construcción y hotel, se me asigna un cuarto en la planta alta, modesto pero mucho más que suficiente para las condiciones actuales del caminante, que lo más pronto que puede se quita la ropa mojada, se da una ducha caliente y dormita un rato. El hambre lo despierta y se aprovecha que la lluvia se ha transformado en llovizna tolerable, se camina por calles solitarias donde prevalecen las tiendas de artículos y artesanías de barro hasta llegar cerca de donde paran los vehículos de transporte colectivo donde hay varios puestos de tacos, se decide por el que se ve más concurrido y se piden dos de bistec y dos de longaniza, como ingredientes se ponen a la mano nopales, frijoles, salsas de diferente color y picor, cebolla y verdura que se pueden agregar a discreción aunque los ojos de la dueña parecen estar contando el número de cucharadas servidas. Con el estómago lleno se camina

un rato por el pueblo hasta llegar al centro donde mucha gente, a pesar de la llovizna, se dedican a pasear. Se regresa al cuarto y para no ir a la cama con el estómago lleno, se ordenan las muestras de materiales que se recolectaron en el camino, se hacen algunas notas para no olvidar lo más sobresaliente y se ponen a secar lo mejor que se puede las cosas mojadas. Y después definitivamente a la cama bastante cómoda.

DE CÓMO SE CAMINA LA MAYOR PARTE DEL BENDITO DÍA, SE PASA POR TODOS LOS CLIMAS POSIBLES Y SE DESCUBRE EL CAMINO HASTA IXTACAMAXTITLÁN

Las campanas de la iglesia iniciaron su repicar a las seis, se recogen las cosas, se toma un baño y se deja el cuarto salvador. Se visita la iglesia de edad indefinida pero con algunas partes antiguas, en el altar San Miguel, el Santo Guerrero presto a dejar caer su espada contra el mal, se encuentra flanqueado por dos figuras femeninas aladas, bastante atrevidas en sus vestimentas considerando el lugar, las féminas de cara angelical dejan adivinar bien formados cuerpos, están tocadas con penachos de plumas, como suele representarse a los indios americanos en los grabados de libros decimonónicos y además empuñan espadas como el patrón de la iglesia, dispuestas a defender la fe por las buenas o las malas mientras afuera la gente se dedica a montar puestos de diferentes mercancías ajenos, por lo pronto, a las luchas silenciosas del bien contra el mal. El altar es de yeso con profuso decorado, donde los colores son rojo y azul, que parecen ser los colores regionales. En una capilla anexa se observa una pequeña figura de San Isidro que conduce una simpática yunta, los animales mueven a risa

pero no de burla sino de sorpresa y si se puede de cariño, si se le pidiera opinión al caminante diría que por la fe pueden hacer más El Labrador y su yunta que las espadas del arcángel y damas de acompañamiento.

Es día de tianguis, en la calle se colocan puestos de fruta, comida y otros variados productos, una calle completa se dedica al comercio especial de objetos de barro y piedra labrada: jarros, platos, ollas, macetas, metates y muchas otras. La gente se arremolina para adquirir mercancía al mayoreo para luego venderlas en otras partes de este y otros estados. El caminante se detiene en un puesto de gorditas que son de tamaño más bien reducido pero de muy buen sabor, al preguntársele si preparadas dice que sí, lo cual significó que le agregaran queso rayado, lechuga y salsa que resultó sumamente picosa, la segunda tanda se pidió sin ese ingrediente. De esta manera se creyó estar preparado para la larga andadura del día.

Se debe decir que en la noche se estuvo dando vueltas en la cabeza al asunto de establecer una estrategia para la caminata de este día y tratar de llegar a Tlajomulco pensando en que las fuentes consultadas aseguran que el camino que siguió Cortés se perdió y el paso por las montañas y el Río Apulco resulta inaccesible. De esta manera, para contar con mayor tiempo en caso de que se requiriera volver sobre los pasos, se había decidido tomar un transporte público a Zautla, pensando en que así se tendría más tiempo y oportunidad de encontrar el paso. Pero a la mera hora, seguramente motivado por San Miguel y San Isidro, se piensa que si se puede, se dice el caminante capaz de completar el tramo desde este lugar y se repite mentalmente: “sí que puedes caminar desde aquí y ya no dejar más tramos por hacer”.

Y allí vamos, primero se asciende por un largo camino serpenteante que deja la respiración entrecortada y el corazón queriendo salir. Al alcanzar por fin la cima el espectáculo es arrobador, las altas montañas que se pierden en el horizonte brumoso, destaca un angosto camino siempre en descenso que hace eses por los lomeríos hasta desembocar en un estrecho valle donde apenas se adivinan algunas casitas. Es difícil contener la emoción ante paisaje tan bello donde el espectador casi desaparece y hasta se atemoriza, pero las nubes arriba de las montañas forman figuras que resultan familiares, destaca una osa y su pequeño osito que mueven a ternura y hacen que el caminante recobre la confianza y se diga dispuesto a seguir. Realmente se ponen a temblar las piernas sólo de pensar en lo que se espera en esa descomunal montaña rusa. Al ir bajando se tuvo la lamentable ocurrencia de cortar camino, en lugar de seguir las curvas con sus muy amplios rodeos, mejor ir en derechura, así se pensó. Un primer tramo se bajó siguiendo la estructura de un lavadero para conducir el agua de lluvia, lo cual resultó bastante difícil por lo empinado y lo difícil de mantener la vertical optando por bajar en cuclillas como deslizándose, el segundo tramo resultó peor por la tierra húmeda cubierta de agujas de pino, que le llaman ocochal, era como una pista de patinaje, en un lugar se perdió el control y para evitar caer se trató de agarrar un tronco de árbol, lo que costó tener feos raspones en las manos, con trabajos se libró el resto del tramo casi avanzando sentado hasta llegar de nuevo al camino que ya no se volvió a dejar. Más adelante se encontró una corriente de agua clara y fría que baja de la montaña y allí se lavaron las heridas, al principio fue bastante doloroso pero luego la frescura del agua resultó en alivio, además se pudo remover el lodo y restos de corteza de árbol que se habían adherido a la carne. Al cruzar el

bosque se escucharon sonidos de animales que no se pudieron reconocer y que seguramente protestan, ya que se vieron varios casquillos de balas, lo que quiere decir que los cazan; se espera que los animales no la tomen contra el caminante porque no porta ni portará armas. También se observaron aves de diferente color y tamaño, por ejemplo grandes pájaros de un azul verdoso, de volar lento y trabajoso, que en principio se tomaron por quetzales, lo cual es imposible por el clima no propicio y porque ya quedan muy pocos. Finalmente, entre las copas de los árboles se alcanzan a ver algunas casas, al principio subió la emoción pensando en que pudiera ser Zautla, pero al llegar unos jóvenes desengañaron al informar que se trata del pueblo de Emilio Carranza que la gente más conoce como Santa Cruz. Mientras se caminaba por el monte extrañó escuchar un trueno intermitente que se tomó como disparos y, por lo tanto, se camina con algo de aprensión, pero al llegar a la pequeña plaza del pueblo se explican las cosas al ver a un joven dedicado a restallar un látigo para impresionar a sus compañeros, que la verdad no tenían cara de estarlo, pero este caminante sí que lo estaba, pues ese muchacho le sacaba al látigo un ruido tremendo como de relámpago; el joven, al ver pasar al caminante retomó su tarea con más ánimo y vigor. Se llega a una pequeña capilla bastante antigua que cuenta con un artesonado primitivo ya muy deteriorado y con fuerte deformación, como se dice común e impropriamente: el techo está pandeado, y sin quererlo viene la preocupación porque de no hacer algo pronto ese pequeño tesoro se perderá. El altar muy sencillo que se encuentra ocupado por una escultura bella pero rara de Jesús en la Cruz, una especie de collage donde cabe la pintura, la talla en madera, el repujado en metal, los textiles y la cerámica, todo ello armonizado para representar los símbolos básicos de las creencias

pasadas y actuales. Junto a la capilla un templo de mayor tamaño, pero que no se visitó por estar cerrado y aparentemente de menor calidad artística.

Con el mapa en mano, pero queriendo tener la certeza de que se va bien rumbo a Zautla, se pregunta a un señor de edad avanzada que se encuentra sentado a la sombra de un portalito como esperando algo o a alguien, y lacónicamente dice: “ay va bien, siga la calzada”. La tal calzada es bastante ancha con pavimento de piezas prefabricadas de concreto simulando adoquines, parece ser una obra relativamente reciente y el caminante espera equivocarse al pensar que no durará mucho por el hecho de que generalmente los fabricantes de esas piezas agregan la menor cantidad de cemento posible para lograr precios competitivos, pero el material se desgasta pronto aún al paso de las personas, cuanto más con el tránsito de vehículos de motor como es el caso; pero hay que decir que la calzada se ve muy bonita serpenteando entre bosques y caseríos de buen ver, en una escena parecida a la que reporta Cortés al escribir: “...llegué a un asiento algo más llano, donde pareció estar el señor de aquel valle que tenía las mejores y más bien labradas casas que hasta entonces en estas tierras habíamos visto, porque eran todas de cantería labradas y muy nuevas, y había en ellas muchas y muy grandes y hermosas salas y muchos aposentos muy bien obrados. Este valle y población se llama Caltanmi”.

Al término la calzada se transforma en calle con el mismo material de construcción que se interna en el atractivo y luminoso pueblo de Santiago Zautla, un modesto pórtico detenido por una estructura metálica y al lado una columna de ladrillo rojo que quedó sin función, permite tener la certeza de la ubicación, pues se puede leer: “Bienvenidos a Zautla, Municipio fundado

en 1570". Desaparece el cansancio pensando en que se llega a una meta importante y se completa así la tercera parte de la distancia prevista para el día. Las casas son atractivas con techos de teja muy inclinados hacia la calle, algunas de ellas con portales pequeños pero acogedores que invitan al descanso, se llega así a la plaza cívica con bien cuidados jardines limitados por pasillos en diagonal que confluyen a un quiosco atractivo con una fuente de raro diseño en la parte baja que por el momento no tiene agua. Muchas plantas florecen, lo que resulta en una vista muy agradable, no se puede resistir la tentación de quedarse un rato en una de las bancas sin hacer otra cosa que descansar y observar a varios jardineros haciendo su labor con la mayor calma posible, aquí, y en toda la zona, el tiempo tiene una dimensión diferente a la acostumbrada. En la esquina norte-poniente destaca una alta torre con relojes hacia los cuatro puntos cardinales, es de construcción reciente y parece ser que el diseñador no quiso darle algún detalle que rompiera su geometría de paralelepípedo, pero el remate superior parece ser inspirado en el campanario de la iglesia que está a la vista.

Se visita el templo, que es inmenso con una sola torre de campanario pero eso sí, de gran altura formada por cuatro cuerpos rematada por un cupulita recubierta de ladrillo, todo el edificio pintado de blanco, pero ya la humedad y los hongos que ésta propicia la tienen manchada, sobre todo en la fachada y el lado norte, pero a juicio del que esto escribe esas manchas no restan en nada su gran presencia y empaque. Al ingresar se puede observar también deterioro en los decorados que en este caso no favorecen en nada. El altar dominado por el Señor Santiago, de buena hechura, parece que la o las personas que decidieron su diseño tuvieron serias indecisiones en su representación como peregrini-

no a Compostela o como guerrero matamoros, y terminaron por crear un híbrido, pues sus vestimentas de peregrino son elegantes con una capa roja bordada con hilo de oro, pero cabalga en un caballo blanco, no porta arma alguna más que su mirada piadosa y su consabido libro. A los lados dos grandes pinturas, a la derecha Cristo meditando en el huerto de los olivos y a la izquierda la representación clásica de Santiago Matamoros en la Batalla del Clavijo que, desde su caballo blanco, se despacha a varios moros como no queriendo, con la mirada dirigida al infinito y su fisonomía como hermano de Jesús, en una mano la espada y en la otra el estandarte con la cruz roja en la forma de otra espada. Al nivel del piso no podía faltar la representación en bulto, otra de esas esculturas que llaman a simpatía por el caballito que alegremente galopa, aunque sea sobre las cabezas de los infieles.

El atrio del templo sigue utilizándose como cementerio, aunque muchas de las lápidas ya se encuentran en estado ruinoso. Además, por encontrarse el atrio sobre un promontorio, la vista hacia cualquier punto es de primera, comprendiendo de la propia iglesia, la parte del pueblo que ocupa las partes altas y las grandes montañas que encajonan al río Apulco. Así, pues, entre los muertitos se encuentra un lugar para admirar todo eso y de paso hacer algunas reflexiones. No se ha encontrado alguna fuente que explique el nombre que dio Cortés a este lugar, o sea, Caltanmi, por un momento este caminante pensó que pudiera ser Cantoná y no Zautla, pero eso ya se trató de explicar antes. Bernal fue más acertado respecto al nombre, pues escribe, que después de pasar por la zona árida, fría y sin comida que: “y desde allí entramos en tierra de un pueblo que se dice Zocotlán... y siempre caminábamos muy apercebidos y con gran concierto porque veíamos que ya era otra manera de tierra”. Se refería a

otra manera por ser ya dominios claros de Moctezuma, el editor agrega una nota de pie de página que aclara el asunto del nombre: “seguramente se hace referencia a Tzaoctlan, nombre que en la actualidad se ha convertido en Zautla”. El caminante agrega que se siente emocionado de estar en tan singular lugar lleno de historia y una etapa importantísima en la Ruta de Cortés, ya que resultó como un oasis al que llegaron después de cruzar montañas y desiertos con gran escases de alimentos. Ahora se encuentran condiciones mucho mejores porque el país ya está muy poblado, pero nada puede impedir imaginar aquel tiempo tan significativo que en un tris pudo cambiar la historia completamente, hay historiadores que opinan que la intención de los indios de conducir a los españoles por lugares tan agrestes era exterminarlos, pero se encontró el dato de que el origen del lugar se refiere a un cacique de nombre Zuatic, que organizó a totonacos y otomites que allí vivían para explotar las minas de Cozictle y de Iztacte, es decir, oro y plata, por lo tanto, conociendo las preferencias de los conquistadores, es atractiva la hipótesis de que Cortés recibiera esa noticia y decidiera ir a comprobar esa fama, el chasco que se llevó al ver que las minas ya estaban en decadencia, pues él mismo refiere que el oro que recibió fue de poco valor.

Después de enriquecer el espíritu con tantas maravillas vistas en este lugar, y además tratar de ubicarse en la historia se reanuda el camino, esta vez con la sola información del mapa porque a las personas que se preguntó no supieron o no quisieron orientar al caminante. El mapa indica que debe salir por el rumbo del cementerio civil pero no se encontró, con la ayuda del aparato posicionador se identifica el único camino con el rumbo deseado, sur-poniente, nuevamente se presentan las subidas y bajadas, curvas y más curvas, esta vez se controló la tentación de cortar

camino. Una media hora después se confirma que se camina en la dirección correcta al encontrar un conjunto cívico-religioso con un letrero que informa: Molino Rural DIF Pantlacan, Zautla, Pue. Y resulta que hay referencias que marcan este lugar como parte de la ruta, aunque hoy sea sólo un caserío perdido entre tantos cerros. No salió al paso persona alguna pero sí los perros que nunca faltan y que ya se sabe cuál es su juego, dependiendo de la edad, del perro, y si ya fueron alimentados, ladran y gruñen con mayor o menor intensidad, conviene ignorarlos pero no del todo, sobre todo no dejar que tomen la retaguardia, por lo menos hay que hacerles ver que su esfuerzo tiene respuesta, lo cual puede hacerse de diversas maneras, por ejemplo fingir que se levanta una piedra, hablarles con algo como: “¡ya!, ya cálmate, no voy por tu camino”, y ya en caso extremo levantar de hecho una piedra y arrojarla.

Siguiendo, a veces cerca y a veces lejos, la cuenca del río Apulco se llega a un valle agrícola con varios pueblos, destacando Tlamanca, que cuenta con una bonita capilla con un amplio atrio que sirve también como cementerio. Se disminuye el ritmo del paso, pues no se quiere agotar las reservas de energía, pues falta aún mucho trecho. Siguiendo el camino que lleva a Contla, que marca la desviación al poblado de San Andrés Yahuilalpan, pueblo muy atractivo enclavado en las faldas del alto cerro Tehuehue, al otro lado del río, que para cruzarlo existe un atractivo puente colonial de tres ojos muy angosto, que según se indagó, se construyó sobre otro de origen prehispánico, sería muy bueno hacer una escala aquí y dedicar más tiempo para saber más de tan bello y enigmático lugar, pero por esta ocasión habrá que conformarse, no se visitará tan importante y atractivo poblado y habrá que conformarse con una visita rápida al pueblo allí prendido de la ladera

de la muy alta montaña. Y es que faltan muchos kilómetros por recorrer, y además mientras se camina se han venido acumulando nubes negras que el viento del oriente se encargó de pastorearlas y se atorán al llegar a las cumbres de las altas montañas, y así finalmente decidieron incrementar su actividad con relámpagos y un aguacero cuando ya estaba a la vista Contla. Se encuentra refugio en el quiosco pintado de azul y blanco, y se aprovecha el inesperado ocio para tomar agua y un chocolate. Como la lluvia aumenta se echa mano de un plástico a manera de impermeable y se caminan los pocos pasos a la capilla del pueblo, que también se encuentra pintada de azul y blanco, el caminante se lleva la agradable sorpresa de ver que conserva pinturas y esculturas del siglo XVIII, destacando una pequeña imagen de la Inmaculada lograda con el arte del repujado en plata. Una vez que se pasa la lluvia se reanuda el andar por un camino con polvo muy fino que la lluvia no alcanzó a quitarle ese estado, es una vía apta para animales de carga, pero en ocasiones se ve pasar alguna camioneta destartalada que avanza a duras penas. A los pocos kilómetros se encuentra una bifurcación, una rama asciende entre los cerros con un trazo sinuoso, el otro baja hacia el río, pero con una sinuosidad aún mayor, se pregunta a una persona que pasa sobre cuál debe seguirse para Las Barrancas, que se detiene, hace un escrutinio de su interlocutor y finalmente dice que: “cualquiera, las dos llevan a Barrancas, la de abajo es más corta”; se sigue, pues, esa recomendación no solicitada pero si agradecida. Pero más adelante se salen al paso nuevas dificultades, pues se encuentran otras bifurcaciones de veredas que conducen a pequeñas vegas cerca del río y se ve en el monte cruzando el río un pueblo grande que identificó como Apulco, el mismo que da nombre al río que después de jugar a las escondidillas con las altas montañas se une muy abajo con el río

Tecolutla, y ya juntos con otros muchos compañeros van a unirse a las grandes aguas del mar para seguir el interminable ciclo. Se ve venir un arriero con sus animales a los que dirige palabras fuertes nada tiernas y se le pregunta cuál de las veredas debe seguirse para llegar a Barrancas, y sin detenerse, pues sus animales son más importantes, dice casi gritando: “va bien, ya está cerca, pasando esos cerritos”. No cabe duda de que todo es relativo, esos cerritos a juicio del caminante resultaron altas montañas que hubo necesidad de subir y bajar en interminables sucesiones, y en lo relacionado a que ya está cerca no fue más que una broma muy pesada, pues se caminó por cerca de dos horas sin ver más que bosques interrumpidos por vegas con campos de labor. Se llega por fin a una serie de terrazas con huertas, en lontananza se distingue la salida o entrada del valle del Apulco, es como una gran puerta en V formada por las altas montañas que la bruma las vuelve azules, a partir de allí una serie de mesetas rocosas, la más próxima aloja como montada a caballo el caserío conocido como Las Barrancas. Desde mi posición se ve un pueblo ordenado con su iglesia de buen tamaño, que a esta hora de la tarde repica sus campanas insistentemente, seguro llamando a los fieles al rosario. Se hace una fotografía de tan bello paisaje y se observa con inquietud que se vuelven a acumular las nubes negras que amenazan con sus truenos que el eco repite multiplicándolos como comprobando su tono y frecuencia, y se dice el caminante que con razón los antepasados eran tan supersticiosos, admiradores, pero también temerosos de los fenómenos naturales, y con ello alimentaban ese querer trascender a la fragilidad de la vida. Se decide por esta ocasión no visitar el pueblo, se hace refugio bajo un frondoso árbol y se entretiene el estómago con unos cacahuates comprados en una etapa anterior, al escampar la lluvia se retoma el camino y se llega

finalmente a la intersección que tanto sueño quitó y que no existe según los libros ni los programas de computadora. Hacia arriba se dirige al pueblo de Las Barrancas, hacia abajo al cause del río Apulco, que en esta temporada apenas y lleva agua a pesar de los chaparrones que han dejado empapado al caminante. Se trata de un camino angosto, pero cuenta con un puente de respetables dimensiones para salvar la corriente del río, el puente se encuentra apoyado sobre los bordes rocosos de la barranca que ha formado el agua a través de los siglos, la actividad volcánica quiso cerrarle el paso al agua pero el aparentemente débil líquido poco a poco hace su camino formando increíbles paredes verticales en la sólida roca que inspiraron a los habitantes del pueblo para elegir el nombre. El puente es como de 20 metros de claro, la estructura está formada por dos grandes traveses metálicas que se elevan como a 25 metros por arriba del cause, por ahora apenas un chorrillo, pero se puede imaginar el tremendo ruido y temor que debe causar cuando se presente una avenida. Se cruza por el puente con toda tranquilidad pensando en que muchos historiadores no se han tomado la molestia de venir a estos lugares y comprobar que si existe paso de Zautla a Ixtacamaxtitlán, el mismo que tomó Cortés para cumplir su tenebroso propósito. Pero no se puede cantar victoria tan pronto, ya que el camino prosigue por una docena de kilómetros, en ocasiones cerca y en otras lejos del río atendiendo a las dificultades de la topografía muy irregular.

El camino siempre ofrece sorpresas, la mayor parte de las veces agradables, en la forma de paisajes impresionantes, pueblos de encanto, campos de labor y el encuentro con seres vivientes. En esta ocasión, al salir de una curva se ve a tres campesinos tocados con sombreros de palma muy similares en forma y color, vestidos con pantalones de mezclilla y camisas de corte vaquero, estas sí de

diferente color, vienen a ojos vistas alegres. Uno de ellos, faltando todavía una buena distancia para cruzarnos, dice a voz en cuello: ¡Ey, amigo, adonde vamos! Y como no escucha respuesta lo repite hasta que estamos frente a frente y por fin puedo decir que voy a encontrar la carretera a Ixtacamaxtitlán, a lo que responden los tres con diferentes palabras pero igual sentido que se lleva el rumbo correcto, que más adelante se encontrará un puente igual al que ya se pasó y enseguida el pueblo de Tlajomulco, ya prácticamente en la carretera. El caminante se siente tranquilo y contento de confirmar que se lleva buen rumbo, pero ciertamente un poco preocupado por este encuentro. Se hace el intento de despedirse, pero el más joven de los tres dice sorprendentemente: ¡ah, tú vas por lo de Cortés, has de ser profesor o algo así! Gran sorpresa se llevó el caminante con estas palabras, como si se hubiera descubierto un secreto celosamente guardado. Una vez repuesto digo que en efecto sigo la Ruta de Cortés por gusto y por conocer más del país. En seguida mis nuevos amigos me piden que les explique cómo es que sé por donde ir y como me oriento, y para responder saco la copia de la carta topográfica de INEGI que representa la zona desde Zautla hasta Iztacamaxtitlán a escala uno a cincuenta mil donde previamente se marcó la ruta con lápiz azul. Al principio dudaron, pues la curvas de nivel muy apretadas les dieron la impresión de ser sólo una maraña sin sentido, pero les pido que acerquen la vista y les señalo lugares con sus nombres como Zautla y Contla, y de esta manera se convencen. Uno de ellos, como para probarme, pide que le diga donde está su pueblo, y así se identifica Las Barrancas. En seguida el campesino joven vuelve a la carga y suelta entre broma y en serio: “no serás pariente del tal Cortés, su no se qué tataranieto”. Se identifica rápidamente el sentido chusco para no caer en su trampa y se responde: “de ninguna

manera, con ese hijo e su no tengo nada”. Todos ríen y como para no dejar su brazo a torcer, el mismo señor dice: “pues que bueno que no, porque de lo contrario te hubiéramos mandado a quien sabe donde”. Luego, como para sellar la paz y a manera de explicación, dice que sus parientes han pasado verbalmente la información de una generación a otra que el camino polvoso que pisamos es el mismo que siguió Cortés en su paso hacia la conquista de México y que en aquel tiempo todo estaba cubierto de árboles y pueblos, al grado de que en algunas zonas el paso era como por un túnel de verdor donde la luz del sol no penetraba y tenían que ir al frente guías con antorchas, agregaron que toda la gente de la zona está haciendo grandes esfuerzos por reforestar y señalan para comprobarlo diversos lugares de los cerros próximos donde, en efecto, se ven macizos de árboles. Me piden tomarles una fotografía e internamente no me explico cómo supieron que portaba cámara fotográfica, pues la llevaba bien guardada en la mochila. Pero me dispongo a ello, pero el más alegre dice que no se las tome así nada más porque parecerán como burros que se detienen por allí en el camino, que se las tome viendo el mapa, esto provocó gran hilaridad. Se tomó la foto pedida que resultó un buen testimonio y un recuerdo agradable de ese inesperado encuentro y además una experiencia valiosa, pues confirma que se ha estado caminando por la ruta correcta. Pero parece que los tres alegres compadres no quieren despedirse ni dejar la oportunidad de reírse del caminante, el hasta ahora más cayado dice que más adelante se encontrará un camino por donde pasan camionetas con dirección a Ixtacamaxtitlán, pero de inmediato otro replica, sin ocultar un toque de malicia: no, no, él debe seguir a pie no vale hacer trampa. Y, en efecto, así es como se piensa y se tiene la intención de hacer, pero también resulta muy útil saber que en caso

de una emergencia, como una tormenta inesperada o un tobillo torcido, se puede recurrir a un medio de transporte que lleve a la civilización. Finalmente me despido de estas personas que, por su cuenta, ya no hacen más resistencia pensando seguramente en otras cosas más urgentes, pronuncian las palabras mágicas para todo peregrino: ¡buen camino!

Se prosigue el camino al tiempo de pensar que se ha descubierto aquí en las lejanas montañas de la sierra de Puebla, que la gente a pesar de los ya casi cinco siglos transcurridos sigue teniendo la percepción contradictoria de los naturales a quienes tocó vivir los hechos de la conquista, por un lado algo parecido al orgullo de ver o saber del Teule y por otro el odio o resentimiento al que destruyó su mundo. Pero el caminante lleva sus preocupaciones inmediatas porque aún falta mucho por recorrer y cada vez se hace más tarde con el agravante de que se vuelven a acumular las nubes negras. Pero el ánimo está en alto y hasta se detiene el paso en varias ocasiones para hacer algunas fotografías de los bonitos parajes por donde se pasa, por ejemplo de las montañas que se tienen de frente a la vista y que la magia de la luz del atardecer las hace parecer sumamente cercanas y en diferentes planos como si fuera un escenario para una obra de teatro sujetado con tramoyas hechas de nubes; alguien más podría decir que se trata de un gran lienzo pintado en arte atmosférico. Se camina como siempre por el tenue camino que a veces parece que en cualquier momento desaparecerá y en otras conduce a sorprendentes rincones como una poza del río con agua sólida del color del acero.

Se llega a otra cuenca de menor tamaño que obliga a hacer un rodeo porque se forma la barranca de Tepechihchihua y se distingue el pueblo de Tetemanpango dispuesto entre una arboleda colgada en lo alto de un cerro pedregoso casi sin vegetación, se

cruza la barranca por un pequeño puente que no parece muy estable, pues los estribos (apoyos) muestran serios agrietamientos y desplomos, los accesos están hechos de piedras sobrepuestas y el puente, propiamente dicho, está colgado con una deformación acusada, pero observando bien se piensa que ésta se debe a que el concreto fue vaciado sobre un molde de madera soportado por vigas que con el peso cedieron un poco, pero una vez fraguado el concreto tendrá seguramente la resistencia suficiente, de lo contrario ya hubiera fallado. Se hace la fotografía de rigor.

De nuevo en la cuenca del río Apulco se advierte una rara construcción de piedra en medio de un campo de labor y junto a una descomunal nopalera. Es obvio que se trata de una pirámide prehispánica de regular tamaño, pero no se cuenta con ningún dato para poderla identificar, y además no se encontró a nadie que pudiera informar, con la mente ya encarrilada a la fantasía se puede suponer que forma parte de las poblaciones que Cortés describe después de pasar por Zautla, para él Caltanmi, a este respecto escribió lo siguiente:

...me partí después de haber estado allí cuatro o cinco días, y me pasé al asiento del otro señor que está casi a dos leguas que dije (definitivamente se quedó corto) el valle arriba que se dice Istacmas-titlan. El señorío de éste serán tres o cuatro leguas de población sin salir casa de casa...y en un cerro muy alto está la casa del señor con la mejor fortaleza que hay en la mitad de España, y mejor cercada de muro y barbacanas y cavas

Así pues, la pirámide que ahora se tiene enfrente puede ser parte de esas casas y fortalezas, por su parte Bernal ofrece la siguiente descripción:

Y desde que vimos blanquear azoteas y las casas del cacique y los cúes y adoratorios, que eran muy blancos y encalados, parecían muy bien, como algunos pueblos de nuestra España; y pusimosle nombre Castil-blanco porque dijeron unos soldados portugueses que parecía a la villa de Castil-blanco de Portugal (Castelo Branco), y así se llama ahora...

El que escribe tiene sus dudas de si ese Castil-blanco corresponde a Ixtacamaxtitlán o a Zuatla porque Bernal no es explícito, pero habrá que creer en el editor de la versión de la *Verdadera Historia* que se consultó, en una nota a pie de página establece: “este nombre dieron los conquistadores al pueblo de Iztacmaxtitlan, pueblo que cambió de asiento y se dice ahora Iztacamaxtitlan” (en los mapas actuales San Francisco Ixtacamaxtitlán).

Pero de todos modos el caminante piensa y presume que pasó por ese enigmático lugar o por lo menos una parte, se busca por las inmediaciones de la pirámide y se encuentran fragmentos de cerámica decorada y otros de obsidiana, pruebas suficientes para quien no es experto y así asegurar que se trata, en efecto, de ruinas prehispánicas, por cierto el edificio reportado y fotografiado consiste de piedras unidas con arcilla cruda, si tuvo un recubrimiento encalado ya lo perdió y en lo alto se ven piedras encimadas formando como un pequeño puente, se quedó con la duda si se trata de la obra actual de un maldoso o un símbolo antiguo que no se supo interpretar. Pasando este lugar tan interesante, el camino se interna en un amplio valle agrícola al final del cual se alza otra alta cordillera, en uno de esos montes se distingue la estructura inconfundible del Santuario de San Francisco o del Señor del Buen Morir, si se ha de creer a otros viajeros. Lugar en que el caminante ya estuvo, pues subió toda

la cuesta para conocerlo, así es de que es un momento de gran emoción y alivio que significa casi el fin de esta larguísima jornada que inició muy temprano en San Miguel Tenextatiloyan y, por lo tanto, la seguridad de que en una hora o a lo más una y media se llegará a una población grande.

Todavía se tuvo que caminar por amplias curvas del camino entre campos de labor hasta encontrar el puente sobre el río Apulco que, como aseguraron mis amigos campesinos, es del mismo tipo que el cruzado cerca de Las Barrancas, pasando el puente y después de una amplia curva en ascenso se llega a la carretera, ya prácticamente en el pequeño poblado de Tlajomulco. El caminante pudo terminar su jornada en este lugar, ya que en ocasión anterior caminó de Ixtacamaxtitlán al Santuario, o sea, en sentido contrario, pero tomó el asunto como un reto recordando las palabras de los lugareños sobre su concepto de que el caminante debe caminar, y así se hace pesar de que las nubes se juntan y amenazan con sus truenos. Y en efecto, al poco rato llueve y se tiene que tomar refugio bajo un frondoso árbol, pero pronto del follaje escurren chorros de agua, por lo que se saca el impermeable, realmente un delgado plástico con capucha, y a duras penas por el recio viento se logra cubrir parte del cuerpo y, principalmente la mochila que es más importante mantenerla seca. De esta manera en estado lamentable y con los pies desechos se llega entre fanfarrias imaginarias a Ixtacamaxtitlán, los últimos pasos, ya dentro de las calles empedradas, se hacen de forma lenta y ceremoniosa, se pasa frente al Templo de San Francisco atravesando el atrio, se hace alto frente a la portada y se formula una frase de agradecimiento, una ráfaga de viento descubre la cabeza del caminante, lo cual se interpreta como una llamada celestial al respeto.

Se llega a la plaza sabiendo que existe una cancha deportiva cubierta por una gran bóveda de lámina, se ven varios jóvenes jugando, así como otro grupo de personas mayores practicando para los actos religiosos de los próximos días santos. El caminante se quita la mochila, se sienta y estira las piernas que vienen ladrando de cansancio. Se indaga que ya no hay transporte hacia Apizaco, por lo que se debe buscar un lugar para pernoctar, cuando previamente se venía bajando hacia el pueblo se observó el anuncio de un hotel Ruíz o Razo enfrente del campanario de la iglesia. A pesar de la lluvia se dirigen los pasos hacia ese lugar, lo cual exige gran esfuerzo porque con los músculos fríos ahora cualquier movimiento se hace difícil. El hotel se encuentra solitario, se ve una cuerda con una campana en su extremo, se acciona y desde un lugar indefinido se escucha una voz que dice: “pase, pase, está abierto”, así se hace sin saber a donde dirigirse, a poco llega un muchacho que me conduce a un cuarto lleno de toallas, sabanas y colchas dobladas. Una señora, sin dejar de atender una costura y sin dirigir su mirada al posible huésped anuncia el costo y las condiciones, aspectos que se aceptan sin chistar. Hay una momentánea confusión con los cuartos porque la señora asignó el 3, pero el muchacho replica que la encargada de la mañana no dejó la llave, después de varios dimes y diretes se ponen de acuerdo y se me asigna el 4. Ya en el cuarto se quita la ropa mojada y se toma una siesta reparadora. Ya de noche se regresa a la plaza para cenar unos tacos de bistec y tomar mucha agua, ya que el cuerpo se deshidrató, el puesto esta atendido por una pareja joven que vive con sus hijos en el mismo puesto formado por cuatro mamparas de lámina, se come a oscuras porque el diablito se desconectó y el encargado del puesto se encuentra subido en un árbol para restaurar la energía eléctrica. De paso

se compra un jugo y un flan para antes de dormir, se hace una llamada a Toluca para hacer saber que me encuentro bien y ya no llegaré a Tlaxcala sino hasta el siguiente día, luego supe que mi llamada causo cierta alarma por un malentendido. Se regresa al hotel, se toma una ducha que cae muy bien, y entre las sábanas agradablemente frías se dedica un rato a rumiarse las experiencias del día y tratar de controlar la euforia de haber completado tan significativa etapa.

Antes de las seis de la mañana ponen a repicar las campanas que se escuchan como si estuvieran dentro del cuarto porque la torre de campanario, que en este caso se encuentra aislada del templo como en algunas catedrales europeas del Medievo, se encuentra pasando la calle. Se preparan las cosas y antes de dejar el lugar se toman algunas fotografías de última hora, principalmente de dos capillas en ruinas de las varias que existen en el lugar y que hablan de la gran importancia religiosa y cultural que tuvo este pueblo en los siglos anteriores. La primera de ellas se tomó a contraluz, ya sólo quedan los muros sin techo y en lo alto crecen nopales de buen tamaño. La segunda se tomó por la parte posterior y llamó la atención que se encuentra construida sobre un promontorio rocoso que le da una apariencia de otras latitudes y tiempos, la capilla es de tamaño reducido pero con altos muros hechos de piedra bien labrada unidas con arcilla compactada, tampoco tiene techo pero conserva en la parte superior un pequeño nicho como una capilla en miniatura arriba de la mayor, cuenta además con un campanario de cantera, en sus tiempos debió ser una bella capilla provinciana. Se indaga que una camioneta saldrá hacia Apizaco en unos minutos, de forma apresurada se toma tiempo para ir al jardín de la plaza pública para hacer una fotografía de la cabeza de serpiente de piedra que

representa a Quetzalcuatl, que la autoridad colocó dentro de un quiosco con un techo de tejas planas ya muy deteriorado y la figura protegida en los lados por rejas de acero, lo que hace pensar que se trata de una serpiente peligrosa enjaulada. Ya no hubo para más, el transporte es cómodo pero los caminos se encuentran llenos de baches, se pasa rápidamente por valles y montañas en contraste de la lentitud al caminar, dentro de la camioneta el caminante se da permiso para manifestarse feliz al pensar que ya no tiene que caminar porque ya hizo este tramo, aunque no exactamente por la ruta que sigue el vehículo. Se pasa por Lázaro Cárdenas, pueblo conocido y relatado en otra etapa, punto importante al ser cerca de allí donde se iniciaron las batallas que los tlaxcaltecas dieron a los españoles. Al poco rato se pasa por la zona industrial y casi de inmediato ya es Apizaco. Al bajar casi de inmediato se toma otra camioneta a Atlihuetzía y en particular al hotel Misión. Todavía dio tiempo de nadar un poco y luego como despedida ya todos juntos fuimos a Puebla para comer y comprar dulces. Lo malo de las grandes ciudades es que el tráfico es de locura, con trabajos salimos para luego manejar en la noche por las interminables carreteras. Llegamos por fin, por mi parte con el cuerpo cortado, la cabeza estallando, los pies dolidos y la garganta cerrada, es el precio de seguir los pasos de la historia. Pero al final contento, en primer lugar porque fuimos y regresamos con bien, y en seguida porque se logró hacer otro tramo de la Ruta, un balance indica que ya solamente quedan por hacer dos tramos separados, se hubiera querido dejar uno solo sin discontinuidad, pero no se pudo. Un tramo relativamente grande de dos o tres jornadas de Xico a Zalayeta y otro más corto de Xonacatlán a San Miguel Tenextatiloyan. O sea, que ya se aproxima el día en que se pueda cumplir el sueño de hacer la Ruta de Cortés. Por lo pronto se

quedan en la mente las aguas frías de la Laguna de Alchichica, las llanuras interminables del lago El Salado, la alta Torre de San Nicolás Pizarro, las piedras prehispánicas valiosas en el museo de Tepayahualco y su personaje Juventino Limón, la maravilla urbana de Cantoná, la emotiva y valiosa experiencia de estar en San Miguel y en Zautla; mención importantísima merece el redescubrir el paso hacia Las Barrancas y luego el encuentro con los amigos campesinos, y finalmente el reencuentro con el Santuario del Señor del bien Morir, que significó por lo pronto la salvación.

DEL REINICIO DE LA RUTA Y EL PASO POR DOS ALTOS Y AGROS PUERTOS DE LA SIERRA DE SAN MARTÍN

La involuntaria posposición de la conclusión de la caminata por la Ruta de Cortés llegó a su fin en la Semana Santa de 2011. Se hacen con tiempo los preparativos, pero con las dudas de siempre sobre qué mapas llevar, qué distancia recorrer en cada día, en qué lugar buscar refugio y así sucesivamente. A última hora se decide dejar algunas cosas superfluas para cumplir con la regla de no llevar más de siete kilogramos de peso en la mochila, pensando que se esperan varios ascensos por las montañas. Temprano el martes 18 de abril se parte con el propósito firme de finalmente completar el trayecto después de casi seis años de haber iniciado, se lleva la tranquilidad de haber comprado previamente un boleto de autobús con destino a Xalapa. El viaje a la ciudad de México se hizo sin contratiempo, así como el traslado entre terminales en el Metro donde llama la atención el relativamente bajo número de usuarios respecto a los días laborables. Se llega con suficiente tiempo, se espera pacientemente a que llegue la hora de partir mientras se lee una

novela de corte histórico sobre la vida de Giordano Bruno, el mártir de la ciencia que terminó relajado, o sea, quemado, por la Santa Inquisición. Sigo pensando que los autores de ese género de literatura, en este caso autora, se permiten muchas libertades, en particular con la actividad sexual de los personajes, con tal de que su obra sea vendida y leída. Al llegar la hora se aborda un autobús cómodo con cupo completo, en el trayecto por la bruma y el humo no se puede ver el Popo como se esperaba, pero en compensación más adelante se deja ver en todo su esplendor el volcán La Malinche, con su cara rocosa que cambia a cada momento. Se llega a Xalapa un poco después de las dos de la tarde, se decide caminar, atravesando toda la ciudad hasta la antigua estación del ferrocarril, lugar de donde parte el transporte a Xico, es una caminata agradable y llena de recuerdos de pasadas estancias en esta ciudad al ver los nobles y variados edificios llenos de historia. Ya en el transporte se pasa por Coatepec con el ambiente fresco y perfumado de olor a café que llena toda la cabina del vehículo. Se llega a Xico con tiempo para hacer dos actividades. La primera, la visita al Templo de Santa María Magdalena, se tuvo que hacer trampa, brincando la cuerda que tienen para impedir el paso, para ingresar al camarín, pues por ser Semana Santa todo lo tienen cubierto con grandes lienzos morados y es que no se podía dejar de ver, y mostrar los respetos de rigor a la patrona, La Acostadita, que se encuentra en la parte inferior de un alto ciprés soportado por ocho columnas dóricas estriadas y doradas, inmediatamente arriba Cristo crucificado a una mayor escala dejando a sus pies a la Santa pecadora, piensa el caminante que si José Saramago hubiera visto este arreglo habría contado con mayor inspiración para su novela *El Evangelio según Jesucristo*. La segunda actividad, a manera de preparación para los días por venir, fue caminar a la

Cascada de Texolo, que la gente pronuncia con sh suave y arrastrada. Se desestimó la distancia que resultó de unos cinco kilómetros que se creían menos, se caminó en medio de un clima extrañamente frío y con algo de lluvia, pero el propósito se mantuvo. La cascada es altísima en dos tramos desiguales, se forman en cada uno pozas donde la gente ve cómo le hace pero se ponen a nadar. La Comisión Federal de Electricidad tiene instalado allí un gran tubo para tomar parte del caudal del río para generar energía eléctrica, una instalación anterior deja ver un puente metálico ya fallado que debió soportar en sus tiempos otra tubería, los fierros retorcidos que de forma precaria todavía salvan la profunda barranca hacen pensar en el cadáver de una descomunal araña. Se termina el día y se tiene cierta dificultad e indecisión para encontrar un lugar donde dormir, finalmente se opta por un cuarto pequeño en la Posada Dos Vistas, que cuenta con un bonito jardín que despide parte de los aromas mágicos de estas tierras y, además, el lugar tiene la ventaja de estar en el camino que habrá de tomarse el siguiente día.

El miércoles 20 de abril se sale lo más temprano posible, el dueño en la noche anterior había dicho que tocara el timbre para que abriera el zaguán –yo ya estaré dando lata desde temprano– agregó. No hubo necesidad de tocar, el señor, ya de edad, muy blanco, pelo cano y ojos claros, vestido todo de blanco y tocado con el sombrero típico, salió al paso, dio los buenos días, abrió el zaguán y pronunció las palabras mágicas: ¡buen camino!

El sol sube rápidamente y transforma de un momento a otro el clima de templado a caluroso, el caminante se da cuenta de forma tardía de un error importante, al llevar camiseta de manga corta y, por lo tanto, dejar expuestos los brazos a los implacables rayos del sol. Se camina por una sucesión muy agradable de vegas y lomas donde se ven campos de labor y animales pastando, pronto

se llega a Agua Bendita, donde funciona un Hotel Campestre de lujo, que mucha gente está dispuesta a pagar a juzgar por los muchos automóviles que se ven en el estacionamiento. Más adelante se pasa por el caserío disperso de Cocoxtla con un negocio que ofrece actividades de turismo ecológico, como paseos a caballo, senderismo, alpinismo, rafting, entre otras, es un paraje lleno de verdor exuberante y variado. Pero el caminante ve todo en calma, ninguna persona, sólo unos caballos nerviosos pastando que dedican una mirada curiosa al que pasa, por su parte los perros no se dignan ni ladrar. La rodada por donde se camina, como llaman los lugareños al camino, es un empedrado bien hecho para resistir las copiosas lluvias que por el momento no han llegado, pero el acomodo de las piedras en la rodada es bastante irregular, de tal manera que los pocos vehículos que pasan se van literalmente desarmando. El camino se hace por un buen trecho acompañado por el espectáculo maravilloso del paisaje: al frente montañas de diferente altura y forma, algunas tienen la forma de cono truncado con cráteres visibles en la cima, las más próximas de un verde encendido y a medida que se encuentran más alejadas cambian progresivamente al azul sin que desaparezca del todo el verde, al fondo se levanta imponente el cono altísimo de plata refulgente del Pico de Orizaba con algunas nubes con tintes anaranjados, es decir, un paisaje digno del pincel de José María Velasco. Luego la rodada sube y baja por los montes y transcurre de forma sinuosa entre bosques, ahora de coníferas. Así se llega a la primera meta del día: el poblado de Tlalchy, que se encuentra disperso entre los cerros. Aquí ya no se sabe qué hacer porque la rodada se dirige hacia el oriente rumbo a Teocelo, lo cual significaría retroceder en caso de seguir por allí; el caminante sabe que debe ir al poniente. Se pregunta a un albañil, pero se eligió

un momento inoportuno porque llegó un camión con material para seguir con su labor, atendió primero a los materialistas y dio instrucciones para descargar el material en el mejor lugar, luego ya le hizo caso al caminante, que quiere saber si hay un camino que le lleve a Ixhuacán, y para su alegría recibió respuesta afirmativa, al escuchar que existe una brecha para animales, – gracias– pensó sin decirlo el caminante; te llevará a esa arboleda, dijo y señaló un altísimo cerro con árboles en la cima que sólo al verlo se puso la piel de gallina, luego debes seguir la brecha, no hay pierde porque no hay otra, agregó, y te llevará a Buena Vista, que es el siguiente pueblo, ya de allí tomas la rodada que baja derechito a Ixhuacán. Finalmente, dijo que buscara el inicio de la brecha al final del pueblo donde se encuentra el cementerio. Allá se dirigen los pasos y se localiza el cementerio pero no la vereda. En eso se encuentra a un señor que viene en el sentido contrario, se le pregunta sobre lo ya mencionado, pero antes de dar respuesta se siente comprometido a contar una parte de su vida, resulta que se fue a chambear con un compadre al que le cuida sus animales, y ya que regresaba le entró la gana por un trago, –y pues ya ve que me gusta para que lo voy a negar y ahora voy al pueblo a curármela y luego ver si hay algo que hacer, pues ya estoy bruja (sin dinero)–. Ya después me instruyó a seguir por en medio de la loma que ocupa de cementerio –no tema los muertitos no hacen nada de día– agrego al ver quizá algo de aprensión en su interlocutor, y al final se encontrará la vereda rumbo a Buena Vista, aseguró. Se hace esto, y al llegar a la parte superior y final del cementerio, volteo y muy abajo veo a mi informante muy paciente, esperando ese preciso momento, que me hace una señal afirmativa de estar en el camino correcto y luego un saludo afectuoso en lenguaje no verbal entendible para cualquiera. La

brecha sube entre el bosque, no se camina, prácticamente se escala en tramos, es tan tupida la vegetación que se teme perder el trazo, se llega finalmente a la arboleda que señaló el señor albañil y se decide tomar un descanso, pues la respiración es entrecortada y las piernas duelen, se toma agua y se consume una fruta, mientras eso se hace se repasan los escritos de los protagonistas que fueron bastante escuetos, pues de Xico a Zaulta, que corresponde a una distancia aproximada en línea recta como de cien kilómetros, sólo dedican unos cuantos párrafos, este caminante supone que iban más preocupados y ocupados en sobrevivir que en escribir.

Por su parte Cortés, después de relatar que en Xico fue bien recibido por el cacique aliado de Moctezuma, es decir, consiguió que le dieran guerreros y bastimentos para el camino, apuntó lo siguiente: “así pasé un puerto que está al fin de esta provincia, al que pusimos de nombre el puerto de Nombre de Dios, por ser el primero que en estas tierras habíamos pasado, el cual es tan agro y alto que no lo hay en España otro tan dificultoso de pasar, el cual pasé seguramente y sin contradicción alguna; y a la bajada de dicho puerto están otras alquerías de una villa y fortaleza que se dice Ceyxnacan...”.

Sobre esto se puede comentar que es muy posible que la expedición de Cortés haya pasado por la brecha por la que se está transcurriendo porque la gente del lugar dice que ha estado desde siempre y al ir caminando se ven restos de cerámica antigua, este caminante recogió una piedra que es una porción de mano de metate. La gente del lugar dice que se sube al Xixtcazapan y a los españoles les pareció bien nombrarlo puerto Nombre de Dios, lo que si resulta indiscutible es que el ascenso se hace tan pesado que al, finalmente, alcanzar la cima, no se puede sino agradecer a Dios por resistir. Allí se encuentra una comunidad nueva, que no

existía obviamente al paso de Cortés de nombre, por demás obvio, Buena Vista, que cuenta con una bonita iglesia de construcción moderna dedicada al Sagrado Corazón de Jesús. El descenso se hace por una rodada de piedra formada por dos carriles paralelos, seguramente pensando en el ahorro de materiales, pero en muchos tramos están tan separados que los vehículos pequeños tienen que pasar las ruedas de un lado fuera del carril, lo que va deteriorando irremediabilmente la obra. Es una zona boscosa, pero en algunas claros se deja ver el valle ocupado en gran parte por la respetable zona urbana de Ixhuacán, se llega al lugar con el cuerpo y la mente colapsados. Un letrero al inicio del pueblo corrige sobre el nombre oficial que debería ser Teoizhuacan, “Lugar de las divinas hojas de maíz”. Este nombre es el que seguramente Cortés confundió y sacó eso de Ceyxcacan, por su parte el caminante, de forma pragmática, piensa que lo divino de las hojas de maíz viene de que sirven para hacer los tamales y tal pensamiento no es gratuito, pues se encuentra en el atractivo centro del pueblo consumiendo uno de rajas, bastante picoso pero que devuelve el alma al cuerpo.

Por su parte Bernal escribe: “Y desde Socochima (Xico) pasamos unas altas sierras y puerto y llegamos a otro pueblo que se dice Tejutla; y también hallamos en ellos buena voluntad, porque tampoco daban tributo a México como los demás”. En primer lugar se nota una discrepancia importante, pues Cortés establece que encontró aliados de Moctezuma, mientras que Bernal dice que no tributaban a México; no se puede menos que pensar, por una parte, que cada uno veía las cosas del Nuevo Mundo a su manera y conveniencia, pero por otra que el dominio de Moctezuma era superficial y mimético. Sobre lo de Tejutla, el editor del libro de Bernal establece que es un pueblo que desapareció, pero

este caminante se atreve a pensar que es otro de los muchos errores, por olvido, en que incurrió el soldado y cronista al escribir su historia muchos años después de los hechos y además lo hizo en la comodidad de su marquesado en Guatemala, país en que casualmente si existe un pueblo con ese nombre, o sea San Marcos Tejutla.

Por lo que corresponde a este caminante, puede decir que disfrutó, y mucho, su corta estancia en Ixhuacán de los Reyes, lugar ordenado y acogedor que no sabe si ser de clima caliente o frío. El lugar pertenecía a la nación totonaca, pero en 1471 lo conquistó el rey mexica Axayácatl, expandiendo así su imperio a la costa. El templo dedicado a los Reyes Magos es de buen tamaño, seguramente antiguo pero ya muy reformado, no presenta en su fachada decorados arquitectónicos, pero no falta en la torre el reloj de cuatro carátulas. Al ingresar se observa un altar singular con la Virgen al centro y acompañada por los Reyes, seguramente significó algo de dificultad arreglar a tres personajes en un espacio simétrico; se solucionó el asunto colocando al Rey Mago blanco y barbado al lado izquierdo y en el derecho, en planos diferentes, al negrito, y el último con fisonomía árabe u otomana. Cada uno de ellos de pie, coronados como debe ser y con gruesa capa de terciopelo de diferente color, así como con los brazos extendidos ofreciendo sus dones, oro, incienso y mirra, respectivamente. Se pasa a rendir respetos a la Virgen por un deambulatorio estrecho preparado para ello y pensando en la imagen de los Reyes Magos que resultó muy emotiva y, por consiguiente, vuelven los recuerdos de los cuentos que a uno le contaron y después se tuvieron que contar, sobre los reyes magos que bajan despacito a dejar juguetes en los zapatitos. Ya en la plaza se ve a muchos jóvenes de ambos sexos afanados en pintar bancas y pretilos, así como en hacer otros diversos arreglos, se

piensa que seguramente se trata de un programa del gobierno municipal para alejar a los jóvenes de malos caminos. El edificio del Ayuntamiento es en verdad elegante y distinguido, la planta baja con amplios portales formados por arcos de medio punto que descansan en gruesas columnas de fuste liso y la planta superior con ventanales rectangulares con el perímetro decorado que dan a un angosto balcón, que se ve muy angustiado por su dimensión y precario por su estructura; el techo de teja con buena inclinación es un detalle afortunado para mantener la fisonomía provinciana. Se hace la fotografía de rigor y viendo que es medio día, se decide proseguir la marcha desatendiendo el plan original y desoyendo el llamado de tan bonito pueblo para quedarse en él.

Se toma el camino hacia Ayahualulco por un amplio valle, cuya vegetación ya es diferente y menos profusa, se trata de un caserío disperso con un templo de buen tamaño (de edad indefinida) dedicado al Apóstol Santiago, que se le representa en el altar como matador de moros, pero en este caso tocado con sombrero de insurgente, capa bordada con medias lunas de un azul discreto y sin tantas cabezas cercenadas de infieles como en otros casos. Se camina ahora por una rodada de terracería con gravas de diferente tamaño por donde es difícil caminar, se buscan los bordes del camino donde crece vegetación o se acumula arena para no lastimar tanto los pies, en una hora aproximadamente se llega a Xoquiltla, seguramente por causa de los rayos del sol cayendo a plomo no se registró nada importante de este pueblo, salvo un templo en construcción literalmente comiéndose a la capilla antigua, se trata de una estructura pesada con muros dobles de bloques de concreto que soportan una pesada bóveda de concreto armado, posiblemente al ser terminada quede bien, pero por lo pronto se ve como una masa que dejó en su mínima expresión a

la capilla original. De ese punto el camino cambia de dirección, ya que de Ixhuacán era casi exacta en la dirección este-oeste pero ahora se dirige al norponiente y en ascenso, que a medida que se avanza aumenta la pendiente y, por lo tanto, también el esfuerzo requerido para mantener el paso. En el trayecto se pasa por una comunidad pequeña, y viendo a un señor sentado en un pórtico se le pregunta sobre el nombre del lugar, tarde se dio cuenta el caminante que se trataba de un anciano ya cansado y además sordo, se le tuvo que gritar al oído sin resultados y realmente se volvió incomodo el momento para ambos porque el señor entendía otra cosa y no se sabía como resolver el asunto, finalmente un niño, posiblemente el nieto o bisnieto, salió al quite para decir lleno de risa: aquí es San Isidro. Y en efecto, más adelante sale al paso un templo de construcción reciente y caprichosa dedicado a San Isidro, que mereció una pequeña escultura al lado de la Virgen, pero vestido como herrero y no como labrador. El templo pintado de un verde oscuro con molduras de color naranja que no le favorecen en nada a la ya extraña construcción de tres torres como de escenario de un cuento popular.

Siguiendo con dificultad el camino se llega a Xololoyan, que es otro caserío disperso al pie de la cordillera que une a los volcanes del Cofre de Perote y el Pico de Orizaba y que los conquistadores nombraron como Sierra de San Martín, seguramente esperanzados en que el santo caballero les compartiera la mitad de su capa para atenuar el frio de las cumbres. En este lugar también prendió la fiebre de la construcción de templos nuevos sobre la inocente capilla antigua, en la calle se ve una caseta con un reten hecho de sogas, donde varias personas del pueblo se dedican a pedir al que viaja en coche o a pie, casi exigir, la cooperación para que las obras del templo puedan seguir, admira la firmeza del propósito

pues la construcción es inmensa y ya se encuentra muy avanzada, no se puede impedir pensar que tales esfuerzos merecerían mejores metas. Mientras se da la cooperación se pregunta sobre un lugar para comer y se responde que no lo hay pero que tocara en cualquier casa y seguramente algo darían de comer. Por un momento se pensó permanecer en el lugar y seguir la marcha el día siguiente, pero ante tales perspectivas de penurias se decidió proseguir y se dijo el caminante internamente que era ahora o nunca el cruce por el puerto de la montaña. Se compra pues una botella de agua de dos litros, fruta, galletas y un pedazo de queso y el caminante se dice listo para lo que venga.

Y lo que se vino después fue tremendo, iniciando por una vereda larguísima trazada en línea recta en la dirección exacta este-oeste, comprobado esto con la brújula, además con pendiente muy pronunciada, en las orillas se ven grandes magueyes para la producción de pulque. Se hace una pausa para beber un poco de aguamiel que le ofreció un trachicotero, así como comer algo, de vez en cuando pasan personas que ven con extrañeza al forastero y ya casi saliendo del ámbito dicen buenas tardes, o más frecuentemente un solo y breve adiós, como es usual por estos rumbos. Al final de la vereda recta ya son las goteras de otro pueblo montaños de buen tamaño: Altamirada; en una meseta cortada con máquina han construido un campo de fútbol, se ven muchos niños y jóvenes de ambos sexos jugando, con la única técnica de correr todos tras la pelota, lo que hace pensar en un enjambre de avispas; extrañamente las marcas de gol las hicieron con grandes piedras a pesar de que existen las porterías de metal. Se sube hasta el centro del pueblo por una vereda de mayor inclinación, se pregunta a unas señoras sobre la dirección a seguir y me dicen que no hay forma de llegar a donde quiero más

que por el monte, y recomiendan seguir una vereda que inicia al lado de la iglesia y que sube para el monte. Al ir así caminando aparece un grupito de niñas que al ver al caminante reconocieron algún peligro y salieron corriendo y gritando hacia la iglesia, a donde él tenía instrucciones también de ir, por lo tanto las niñas se sintieron perseguidas y más gritaban, se juntaron otras niñas, aparentemente prófugas de la doctrina y se organizó un buen grupo entre divertidas y temerosas, el caminante no atinó sino a levantar la mano a manera de despedida mientras las niñas lo retaban para que siguiera la supuesta persecución. Ya fuera del pueblo se encuentra a un joven enigmático como de 20 años que porta una resortera para tirar piedras a los pájaros y se invierten los papeles porque este joven es el que pregunta a donde voy, se le dice que se quiere cruzar la montaña y llegar eventualmente a Alchichica. Comenta que tal lugar está muy lejos, que a lo más que puedo llegar ya de noche es a la Hacienda, me recomienda seguir la vereda del monte hasta que encuentre un camino de piedra y luego tomar otra vereda que baja al valle, al ver la confusión en que se ha metido el caminante, señala con su dedo un lugar y dice: mire esos cazadores, ellos van a la montaña, alcáncelos y ellos le mostrarán el camino, de otra manera se perderá. Se camina en esa dirección pero la verdad con el ánimo por los suelos, por un momento se pensó en bajar a Altamirada y buscar algún techo para pasar la noche, pero luego se dijo el caminante: ¡es ahora o nunca!

Se apresura el paso, se alcanza a los cazadores que poco se inmutan con la presencia del extraño, se les dice sobre la intención de ir a la Hacienda o al pueblo de La Gloria, después comprendería que se trata del mismo lugar, y el líder de los cazadores se permite opinar que por esta endiablada vereda llegaremos más pronto al infierno que a la gloria. Estas personas no dicen si sí o si no

se les puede acompañar, pero se quiso entender que sí. Llevan varios perros que se adelantan y luego regresan como si fueran ingrátidos, a su paso todo lo olisquean y dejan sus marcas en piedras y arboles. Yo sabía que en cuestiones de subir montañas lo mejor es mantener un paso, aunque sea lento, ya que si se sienta a descansar la persona puede sufrir calambres, pero esta gente sube a su manera, seguido se paran a descansar y se sientan sobre un tocón o de plano se tiran en algún claro y se echan algunos tragos de un líquido trasparente que llevan en una botella de plástico, seguramente no es agua a juzgar por los gestos que hacen al tomar. Más arriba el clima cambia de improviso, baja una neblina densa y fría y caen pelotitas de hielo que rebotan y ruedan por el suelo, en ese momento sentí que ya no podría más y propuse que me dejaran que yo acamparía en ese lugar. El líder de los cazadores me dijo que no fuera tonto, aunque la palabra que usó fue más fuerte y significativa, que el monte no perdona y además que no voy preparado y agregó que me aguantara, que en una hora aproximadamente estaríamos en Las piedras. Como pude los seguí, además del gran cansancio iba preocupado porque a veces mis compañeros hablaban entre ellos un dialecto que no supe identificar y la mente me decía que estaban tramando cómo acabar con el intruso y repartirse sus pocas cosas, pero en efecto, como una hora más tarde observamos las ruinas de alguna construcción hecha con grandes sillares, algunos ya caídos y dispersos por el suelo, y luego en seguida los vestigios de un camino empedrado que recuerda los viejos caminos del imperio romano y que posiblemente tuvo bordes altos, también construidos con sillares, pero ya están muy descompuestos. Aquí se descansó un buen rato y el caminante se permitió comentar que las ruinas son muy antiguas, desde antes de la llegada de los españoles, y el

líder de los cazadores con cierta molestia, no permitió continuar diciendo que el camino lo construyeron los del pueblo, que es antiguo pero no tanto. Después de que el grupo repuso fuerza, el líder dijo casi a manera de orden: de aquí nosotros jalamos para el bosque, tú sigues la vereda que baja por la cañada, ¿ves aquellos cerros a los que les pega el sol? Pues pasando encontraras la rodada que te llevará a la Hacienda. ¡Recuerda bien!, no te vayas por otro lado más que por la cañada. Levantó la mano en señal de despedida y cada quien tomó su rumbo no sin antes desearnos mutuamente: ¡buen camino!

Se canina por la cañada como se indicó, se va un poco apenado por haber dudado de la buena fe de los cazadores y también con algo de interna molestia por la aversión que se tiene a la caza, pero no a los cazadores, al poco las cosas se complican por la lluvia y el granizo y resulta curioso que los españoles, al pasar por estos lugares, reportaron que les cayeron piedras del cielo. Se saca de la mochila el impermeable y se toma un buen rato para acomodarlo bien, de tal manera que se cubra la mochila y lo más que se pueda del cuerpo, ya se han tenido experiencias amargas de que todas las cosas de la mochila se mojen y, por lo tanto, no contar con ropa seca y posteriormente tener que poner al sol mapas y billetes. Mientras se camina por la interminable vereda, la mente se ocupa de repasar lo escrito por los conquistadores. Cortés escribe: "... pasamos otro puerto, aunque no tan agro como el primero, y en lo alto de él estaba una torre pequeña casi como un humilladero donde tenían ciertos ídolos, y alrededor de la torre más de mil carretadas de leña cortada a cuyo respecto le pusimos nombre el Puerto de la Leña...", y con muchos puntos de coincidencia y de divergencia. Bernal por su parte aporta los siguientes datos: "Y desde aquel punto (Ixhuacán) acabamos de subir todas las sierras

y entramos en el despoblado donde hacía muy gran frío y granizó y llovió. Y desde allí pasamos otro puerto, donde hallamos unas caserías y grandes adoratorios de ídolos, que ya he dicho que se dicen cúes, y tenían grandes rimeros de leña para el servicio de los ídolos que estaban en aquellos adoratorios. Y tampoco tuvimos que comer...”. De esta manera el caminante cree tener bases para pensar que acaba de subir el famoso Puerto de la Leña y observar las ruinas de lo que para uno era un humilladero y para otro grandes adoratorios, la opinión personal, a manera de promedio, es que seguramente se trataba de una construcción de respetable tamaño y posiblemente mantenían el fuego encendido durante la noche a manera de faro para guiar las caravanas de mercaderes, emisarios y recaudadores de impuestos que se encargaban de mantener el control del inmenso imperio de Moctezuma.

Casi sin sentir la lluvia se va, el sol sale y el caminar se hace casi placentero a no ser por las rodillas que piden ya descanso. La vereda se transforma en rodada, y ya con el sol poniente se presentan las primeras casas de poblado de La Gloria, formado a partir de lo que fue la hacienda del mismo nombre, el caminante se dice salvado y afirma el paso al saberse, por lo menos de nombre, en tan glorioso lugar. Unas personas hacen ver que el caminante se aleja del centro y vuelve sobre sus pasos y llega a la Plaza Cívica y al templo dedicado a la Resurrección de Jesús. Allí encuentra a un nutrido grupo de personas afanadas en los preparativos de la fiesta patronal que será el próximo domingo, se recurre a ellos para preguntar sobre alguna casa de asistencia o algún hotel, como respuesta se escuchan sonrisas por tal ocurrencia y uno de ellos propone que tome el último camión a Perote, que allí si hay hoteles. Pero se les explica que se va a pie como peregrino, no se creyó necesario decir el propósito de la peregrinación. Me piden

que descansa un rato en una de las bancas del templo mientras ellos deliberan, a poco se acerca un señor bien vestido a la usanza ranchera para informarme que me darán asilo en un anexo al templo y me prestarán una colchoneta y dos cobijas, y no sólo eso, me llevaron con una señora a que me diera de cenar. Que quede bien cenado y no dejen que diga que no, fue la orden irrevocable que dio ese señor. Así se cenó arroz y un filete de pescado frito con frijoles y aguacate, luego fui conducido al lugar donde pasaría la noche, cerraron el candado con la promesa de regresar a la mañana siguiente temprano a abrir. El cuarto resultó muy grande con varios vidrios rotos por donde se colaba el viento, el lugar se prepara lo mejor que se puede para dormir y se observa que en el cuarto tienen muchos objetos como guitarras, floreros y atados de cohetones, en un rincón un gran crucifijo seguramente en espera de ser reparado, no se pudo más que sentirse agradecido por estar con tan gratísima y santa compañía, pero ciertamente con algo de involuntaria aprensión. Después de pasar al servicio sanitario que no ha tenido limpieza en varios días, se decide acostarse y pensar que fue un día bastante largo donde se hicieron dos o tres jornadas en una, no porque así se haya querido o planeado sino sencillamente porque así se dio; pero eso definitivamente es motivo de gran alegría y la meta de terminar la ruta queda ya a la vista.

DE CÓMO SE CAMINA POR EL VALLE HASTA ENCONTRAR LAS AGUAS CONOCIDAS DE LA LAGUNA DE ALCHICHICA

A eso de las seis de la mañana del 20 de abril ya no es posible mantenerse acostado, en parte por estar al lado de atados de cohetones y también por la algarabía de los pájaros que en estas

tierras adelantan vísperas, pues afuera todo se ve totalmente oscuro. Se observa la construcción de la iglesia que tiene una arquitectura interesante, la cubierta es de cascarones de concreto en forma de gajos que convergen hacia el altar, según me informaron mis anfitriones es de 1940, que corresponde a la época en que se presentó el auge de este sistema constructivo, destacando la obra del arquitecto español Félix Candela. La alborada se presenta por el rumbo de las montañas que el día anterior se pasaron con grandes dificultades. Puntualmente a las siete, como habían dicho, se presenta la gente para libramme de la prisión. Se les agradece su hospitalidad como se puede y se retoma la marcha un corto tramo hacia el sur donde sale al paso lo que queda de la antigua Hacienda de La Gloria, con sus altas paredes como murallas y en las esquinas torres cilíndricas que tuvieron techos cónicos a juzgar por los restos de las estructuras que los soportaban, esas torres fueron construidas con la técnica del tapial, que fue un invento árabe consistente en la utilización de un molde que se rellena de barro con algún cementante, cal por ejemplo, el molde se va deslizando hacia arriba a medida que la obra avanza, así hasta completarla. Es raro este tipo de construcción en México.

En poco trecho se llega al pueblo de Progreso y allí se retoma el rumbo al poniente. Se camina por veredas polvosas limitadas por magueyes y nopaleras, el paso es difícil pero no tanto como el paso por las montañas el día anterior, se hace un alto a la vera de un campo de labor que cuenta con algunos árboles para dar sombra, se desayuna un jugo, fruta y pan que se compraron en Progreso y se toma tiempo para repasar otras partes relacionadas de los escritos de los protagonistas. Cortes, escribe lo siguiente:

Desde aquí anduve tres jornadas de despoblado tierra inhabitable a causa de la esterilidad y falta de agua y muy grande frialdad que en ella hay, donde Dios sabe cuánto trabajo la gente padeció de sed y de hambre, en especial de un turbión de pierda y agua que nos tomó en el dicho despoblado, de que pensé que perecería mucha gente de frio, y así murieron ciertos indios de la isla Fernandina, que iban mal arropados”

Al respecto se puede decir que las cosas han cambiado y mucho, gracias a los sistemas de riego ahora se ven inmensos campos de labor y poblaciones de buen tamaño como las que ya se pasaron y las que aguardan por ser visitadas. En cuanto a la comida, el que tenga unos pesos en la bolsa no pasa hambre, pues las camionetas de las empresas que producen comida industrializada, chatarra, llegan a todos los pueblos y caseríos por muy perdidos que se crean, además, con suerte, se pueden encontrar seres caritativos que comparten lo poco que tienen pero no dejan morir a un caminante. Queda la pena, tardía, distante e inútil por los pobres indios caribeños que vinieron a morir en estos parajes porque nadie les previno de traer ropa. Por su parte Bernal agrega:

Aquella noche tuvimos falta de comida, y venia un viento de la sierra nevada, que estaba a un lado, que nos hacía temblar de frio, porque como habíamos venido de la isla de Cuba y de la Villa Rica, y toda aquella costa era muy calurosa, y entramos en tierra fría, y no teníamos con qué nos abrigar sino con nuestras armas, sentíamos las heladas, como éramos acostumbrados a diferente temple

Ahora, para el caso particular de este caminante, la tecnología ayuda, pues lleva en su mochila una chamarra que apenas pesa

unos gramos pero es muy abrigadora, lo defiende del frío y cuando llega el calor se mete en la mochila, que representa relativamente poco volumen y peso. Pensando en esas y otras cosas se llega por un camino recto en dirección poniente a los pueblos de Xaltepec y Quechulac, que están casi juntos y comparten la orilla de la laguna Quechulac formada en lo que fue un antiguo cráter. El mapa que se porta consigna varios de estos cráteres en la región, de tal manera que parece estar viendo un mapa de Marte o de la Luna, ya en otras partes se ha comentado que esos cráteres parecen no ser volcánicos sino producto de colisiones siderales. Al llegar a la orilla de la laguna se decide tomar un descanso para admirar la superficie del agua de un azul intenso y el reflejo del paisaje maravilloso en ese espejo líquido, forman las montañas escoltadas por el alto pico del Nevado del Citlaltepétl, una postal que parece muy especial y personal. Al estar observando este portento se ocupa la mente en que los paisajes son instantáneos, cada mirada es única, los grandes paisajistas habrán tenido serias dificultades al hacer sus obras, ya que lo que vieron en un momento es muy diferente en el siguiente y terminarán por hacer, proponiéndoselo o no, un paisaje idealizado que sólo existe en su lienzo; este efecto se ha experimentado en toda la ruta pues a cada paso se ve algo diferente que, sin embargo, parece por magia eterno, algo difícil de comprender más de escribir. Así es que también en este relato, cuando se menciona algún paisaje, lo que se vio es diferente a lo escrito, quizá nunca existió pues se mezcla con lo que se quiso ver y lo que se imaginó. Se hace la fotografía del recuerdo y se prolonga lo más que se puede la estancia en tan bonito lugar, pero como no hay ni un árbol para dar sombra, los rayos del sol hacen estragos en el cuerpo y la mente, por lo que mejor se decide proseguir. Se ven dos alternativas para llegar a Zalayeta, y sin

tener realmente bases se decide ir por Chichicauatla, pensando en que el nombre represente datos históricos interesantes. El camino forma una gran escuadra como de cuatro kilómetros por lado, uno al poniente, que sigue hasta la cumbre de un alto cerro y el otro al norte, que conduce al poblado. Al llegar a Chichicauatla se llega con tanto cansancio que no se tiene ánimo para indagar algún dato histórico que seguramente los hay, en algunos tramos encontró gallos y gallinas que desconocieron al caminante, pues las aves llenas de pánico se alejan siguiendo trayectorias erráticas y contradictorias, se piensa que es un acto reflejo al recordar en sus pequeñas mentes de pollo el fin que tuvieron algunos de los suyos cuando los humanos desean un buen caldo. Para medio día, los estragos del sol y del polvo ya eran muchos, por lo que se recibió con alegría divisar el borde del gran cráter que forma la laguna de Alchichica, se apresura el paso y se llega al caserío de Zalayeta, donde predominan talleres mecánicos y de talachas, ya que es el paso de la importante carretera hacia Perote y también el límite entre los estados de Puebla y Veracruz, el caminante se pone listo porque el tráfico de vehículos es muy intenso, una vez pasando el asfalto se tiene la magnífica vista de la laguna con sus bordes blancos por el tequesquite que se acumula del agua salitrosa. El caminante llega como torero partiendo plaza, porque precisamente en este lugar había iniciado el tramo que lo llevó hacia el norponiente pasando por Alchichica (el Pueblo), Tepeyahualco, Cantona y Xonacatlán, o sea, que al llegar a la orilla de la laguna se cierra todo el tramo desde Veracruz y la Villa Rica hasta Xonacatlán, quedando solamente por cubrir una relativamente pequeña brecha de unos 12 kilómetros de Xonacatlán a San Miguel Tenextatiloyan, brecha que se piensa cerrar antes de que termine el día. Pero, por lo pronto, se permite

una tregua, se elije un paraje tranquilo y con poca basura, que además se recoge para tener el ambiente más propicio posible, se pone el traje de baño y se sumerge el cuerpo en las frescas, casi frías, aguas salitrosas de esa entraña laguna como un pequeño Mar Muerto. Después sobre una alfombra de pasto se toma el sol que durante el camino causo estragos y ahora beneficios, así es todo en este mundo de relativo. Se observan patos silvestres buscando algo de comer y a lo lejos familias con niños que corren por todos lados, nadie se mete a nadar, lo cual motiva algo de preocupación, pero no tanta para no meterse al agua otro rato como despedida. El momento agradable se prolongó lo más posible y se hicieron recuerdos de lo pasado por las montañas que ahora parece que fue hace mucho tiempo y como se logró en dos días lo que se había planeado para tres o cuatro. Y eso mismo anima a ya no dejar pasar más tiempo y esta tarde terminar, no sólo el tramo, sino toda la ruta. Se toma agua se consume un chocolate, se recogen las cosas y se alista la mente, y ¡allá vamos!

DE CÓMO SE CAMINA EL TRAMO FALTANTE Y EL CAMINANTE ES RECIBIDO DE FORMA ESPECIAL

Al tomar en cuenta que la parte siguiente ya se caminó hace un año, ahora hay que decidir cómo trasladarse para emprender, nada menos y nada más, que el último tramo. La decisión sale del corazón más que de la mente, gana el sentimiento sobre la razón y la práctica y se aborda una camioneta a la desviación hacia Tepeyahualco, allí se espera otro transporte, pero un señor que lleva varios pasajeros malhumorados viendo al caminante solitario azotado por un viento feroz, se ofrece a llevarlo y lo dejan en las

goteras del pueblo, el poco trecho hasta el centro del poblado se hace con comodidad, se camina sin rumbo fijo por la plaza y las calles, lo cual resulta agradable por los recuerdos que provoca. Se visita nuevamente el templo de San Pedro, que luce ahora pintura nueva, en el interior se vuelven a admirar las muchas obras de arte que allí se guardan y llama la atención un gran lienzo, que no se recuerda haberlo visto antes, que es un Cuadro de Ánimas de 1826, ya deteriorado, pero que permite ver y compadecerse de las pobres almas del purgatorio sufriendo el calor del fuego mientras levantan las manos esperanzados a que un San Lorenzo distraído, como que la Virgen le habla, se fije en ellos. Luego se toma otro transporte a Oriental, un lugar grande que no se tuvo ocasión de ver con detenimiento, pues se pasa de un transporte a otro, la despachadora de boletos pregunta sobre el destino y se le dice que no se recuerda el nombre, pero se tiene apuntado, aguarda pacientemente a que encuentre mi libreta de notas y ubique la página correcta y por fin digo que quiero ir a Cuyoaco, me da el boleto y además me da las señas de dónde bajar, y ya como de refilón pregunta sobre lo que me lleva a ese pueblo, y sin pensarlo mucho digo que cuento con un conocido en ese lugar. El autobús viaja lleno, más bien repleto, se viaja de pie y un señor hace pláticas, posiblemente viendo que dirijo frecuentemente la mirada al exterior, me pregunta de dónde soy y al escuchar que de Toluca, me relaciona inmediatamente con el equipo de fútbol –ah, de los diablos rojos– dice. Luego quiere saber de lo que me lleva a Cuyoaco, que allí no hay nada, asegura, y repito el asunto de tener un conocido, sin querer decir amigo, en ese lugar. Y en el interior me digo que es verdad, pues ya con tanto estar al pendiente de los pasos de Cortés lo considero un conocido, pero no tanto como para considerarlo como un amigo. Pasamos por

Liebres, otra población muy grande, allí bajan muchas personas y sube otra cantidad igual o mayor. Luego el autobús se encarrera y viaja a gran velocidad, con los nervios no se entiende lo que mi compañero de viaje dice acerca de la falta de lluvia, pero en eso el vehículo para y el señor me dice que allí debo bajar, pues es la parada para Cuyoaco.

En el Museo Marítimo de Veracruz se tuvo ocasión de ver un mapa de la ruta de Cortes que señalaba claramente a Cuyoaco, por eso se decidió iniciar el último tramo aquí y no en Xonacatlán, al bajar del autobús se dirigen los pasos hacia el pueblo distante un par de kilómetros, por alguna causa el ánimo decrece, pues no se ven más que casas tristes y el campo seco, además se tiene la impresión que se camina en la dirección incorrecta, pues un alto cerro se interpone en la ruta que el mapa establece como correcta. Se pregunta a un empleado de un negocio de materiales y me dice que al llegar a la iglesia tome un callejón que pasa por la parte de atrás y la calzada que sigue me llevará a Xonacatlán. Ya calmado, al saber que se está en la ruta correcta, se toma tiempo para visitar el templo y la plaza. En el atrio del templo se observa a un señor muy concentrado en practicar su papel de Jesús para la ya muy próxima representación de la Pasión, le ayudan varios muchachos y muchachas de diferentes edades, probablemente sus hijos a los que conmina de forma casi ruda a hacer las cosas bien, sus instrucciones se escuchan en todo el pueblo. El templo dedicado a Nuestra Señora de la Natividad cuenta con buena presencia, pero prácticamente sin adornos tanto en el interior como en el exterior, su construcción se inició en el siglo XVI pero se han hecho muchas modificaciones, tiene la particularidad de contar con dos cruceros. En las oficinas se tuvo ocasión de observar la copia de un documento en exhibición muy antiguo llamado Carta Cordillera,

por el apellido del fraile que la escribió, que inicia de esta manera: “Entre los infames medios de que se ha valido el pérfido cura Hidalgo...”. Y el caminante piensa que el pasado se estancó en este lugar. Se pasa a la plaza, que es de buen tamaño y agradable, pero llena de lonas multicolores de puestos para la venta de muy diversos artículos, y sin pensarlo mucho se contribuye a esta invasión del espacio público al comprar un par de tracoyos y un refresco Pascual. Allí se entera el caminante que Cuyoaco fue fundación náhuatl, cuyo nombre significa “Agujero arriba” o “Hueco en la parte alta”, pero nada se dice oficialmente del supuesto paso de Cortés,

Se prosigue el camino por una calzada empedrada muy atractiva que va rodeando el alto cerro que parece surgir del pueblo mismo, tiene el cerro la forma de un gran cono casi perfecto y se piensa, atendiendo al significado del nombre del pueblo, que debió haber un adoratorio en la cima cuya puerta era la entrada, o la salida, al o del supramundo. La subida es prolongada y pesada, pero luego desciende de forma suave por algunas vegas donde se cultivan legumbres. La calzada conduce, como bien lo dijo el informante, a la calle principal de Xonacatlán, por donde ya se caminó en otra ocasión cuando se llegó ya terminando el día y con amenaza de lluvia. Se pasa de forma rápida al templo a saludar y agradecer al Apóstol Santiago. Al salir se encuentra a un grupito de religiosas y no se puede evitar recordar que en la pasada ocasión se pidió alberge a una de ellas y sin ocultar alarma dijo que en el templo no había lugar, que preguntara en la tienda grande, no hubo más remedio en aquella ocasión que tomar un autobús a San Miguel, donde sí se encontró un hotel. Se prosigue pues el camino por una vereda estrecha ya nueva, es decir, que no se había caminado antes por ella, se observan las ruinas de un

sistema hidráulico antiguo, de los que denominaban jagüelles, se deseaba inspeccionar esa rara construcción pero el caminante se acobardó, al ver un grupito de jóvenes que, como sin quererlo, le empezaron a lanzar palabras no muy agradables. Se camina ahora por un amplio valle de campos de labor, se desata un viento furioso que levanta el polvo seco y, por lo tanto, es difícil ver por donde se camina, al rato baja la temperatura y caen algunas gotas de lluvia que son bienvenidas porque aplacan el polvo, se saca la chamarra para abrigar el cuerpo, pero el viento no dejó que el caminante se pusiera el impermeable por más intentos que hizo. Para hacer menos pesado el asunto se camina al oriente hasta encontrar la carretera y se camina por un buen rato por el acotamiento, de esta manera ya no se hunden los pies en el polvo humedecido que se pega en los zapatos. Se sigue caminando a duras penas, el caminante se identifica con el personaje que se representa en una pintura famosa del impresionismo de un campesino que batalla contra el viento y la lluvia para poder avanzar. La motivación para seguir es que se sabe de la experiencia anterior que la distancia es relativamente corta, aunque la otra ocasión se hizo en autobús. En ocasiones, y esta es una de ella, el camino parece alargarse por arte de magia y los montes que se tienen de referencia se alejan en lugar de acercarse, se hace uso de todos los recursos adquiridos durante todas las caminatas anteriores hasta que se obliga a las montañas a mantenerse en su lugar y ser alcanzadas; se sabe que al pasar las alturas ya estará cerca el pueblo. En eso sucedió algo imprevisto, casi milagroso, el viento cesa, la lluvia se va rumbo a las altas montañas, el sol sale y a consecuencia el clima se torna templado muy agradable, por si fuera poco, como se dice la cereza en el pastel, se llega al antiguo camino real a San Miguel Tenextatiloyan, que primero asciende por el monte y luego, en

una pendiente muy pronunciada llena de curvas, se interna al valle donde se encuentra el pueblo que significa la meta más preciada para este caminante. Realmente no se pidió tal maravilla, se toma como un regalo muy especial por estar a punto de concluir la aventura que tomó casi seis años. Se baja por la muy agradable rodada tarareando tonadas del arte lírico y silbando, aunque no se sepa hacerlo, el paso a veces es marcial y otras como de niño de párvulos, poca gente pasa por la terracería bien cuidada, pero esos pocos se quedan asombrados de ver a quien seguramente creen un loco, y la verdad si lo está, pero de alegría. Al terminar el camino real se confunde con las calles del pueblo, una placa hace saber que el gobierno municipal de Zautla mejoró, rescató, el camino que ahora se denomina Camino Real del Bicentenario, para este caminante un nombre más apropiado sería: Camino del fin de la Ruta de Cortés.

Se sube por las calles del pueblo hasta el templo, la comunidad está reunida para un servicio religioso especial de Semana Santa, como se puede se piden disculpas pero se avanza hasta quedar cerca de San Miguel Arcángel, el Divino Guerrero, para ofrecer particular agradecimiento por tan significativo acontecimiento, se piensa que de alguna forma el destino me reservó este momento de estar frente este personaje en particular y no alguno de los muchos santos y santas a los que se ofreció respetoso saludo a lo largo de toda la ruta. Resultó el momento más emotivo del día y puede ser que de todo el trayecto, y allí dentro del templo con miradas extrañas que matan, vuelve la lluvia, debe ser lluvia, gotas de lluvia saliendo de mis ojos.

Una vez repuesto, y sin poder interrumpir la caminata de una vez, se camina sin rumbo por las calles del pueblo hasta que vuelve el frío, se regresa al pueblo y se busca el hotelito ya conocido.

Le asignan al caminante un cuartito escondido pero con todo lo necesario, se toma una ducha reparadora de agua caliente, luego se sale a la calle nuevamente para buscar un lugar donde merendar, casi todo está cerrado pero se encuentra una cocina económica abierta, la señora informa que no tiene comida preparada más que sopa de pasta y que me puede preparar unos huevos a la mexicana, mejores noticias no podía esperar, dije con mucha convicción que sí, me senté para disfrutar mi cena de bienvenida y de conclusión de la meta. Al terminar se regresa al templo, donde ya con total relajamiento se disfruta de la representación de la Última Cena, así como las divinas tribulaciones y apresamiento en el huerto de Jetsemaní, muchos de los actores son jóvenes y el pueblo lo representa un grupo de muchachas que fueron las que pusieron más entusiasmo y dieron marco singular a la obra. Se regresa al hotel listo para la cama, pero no se resiste la tentación de ver un rato el único canal que se ve del televisor y están pasando la vieja cinta *Demetrio el Gladiador*, y al caminante le pareció más emotivo lo visto en el atrio del templo de San Miguel Arcángel.

DE CÓMO SE SOBRELLEVA EL SÍNDROME DEL CAMINANTE COMPULSIVO

Al siguiente día se enfrenta la realidad de haber hecho en dos días lo que se pensó que tomaría tres. Queda, pues, ahora la decisión de qué hacer en el tiempo restante. No se tuvo que pensar mucho para resolver viajar nuevamente, por motivos netamente sentimentales, a Ixtacamaxtitlán vía Zautla, pero esta vez en la mayor parte del trayecto en el transporte público. Así se aborda una camioneta rumbo a Zautla, tardó un buen rato en partir hasta que se juntó suficiente pasaje, ya en el trayecto se subieron muchas

personas adicionales, entre ellas cantidades alarmantes de niños, hasta que la camioneta se llenó a reventar. En Zautla se disfrutó un bonito paseo por el templo de Santiago y la acogedora plaza pública, se aprovechó para tomar un desayuno de quesadillas y jugo de naranja. Luego se toma otro vehículo a Contla, esta vez con dos pasajeros, el conductor se detuvo un buen rato en una casa, seguramente la suya, para almorzar sin invitar y luego se continuó el trayecto. En Contla se vuelve a admirar el arte religioso que guarda la capilla, y luego se camina hacia el río con la intención de ver el antiguo puente colonial que cruza el río Apulco. Al llegar al lugar se descubre que el viejo puente ya está en ruinas, sólo quedan los vestigios de uno de los tajamares y el arranque de dos arcos, el río que por ahora se encuentra casi seco, cuando está en crecida el agua baja con tal fuerza que se lleva todo a su paso, en este caso el puente que parecía muy sólido. Se pasa el cause del río por el puente nuevo que construyeron muy alto con una armadura metálica hecha de barras delgadas, denominada Tridilosa, por su inventor, el ingeniero Heberto Castillo. Al ir pasando por el puente se tuvo la casualidad de que un arriero pasara con sus animales, la losa superior del puente sonó como marimba con el impacto de los cascos de las mulas.

Luego se sube hasta el pueblo de Yahualtlan, que se encuentra recostado en la falda de una altísima montaña, seguida por otras que forman la impresionante Sierra de Puebla, la iglesia modesta y en etapa de construcción está dedicada a San Andrés, en la entrada a la escuela del lugar se observa un curioso letrero muy significativo para este caminante pues establece: “Los caminos se hacen andando”, y más curioso porque también lo tienen escrito en la lengua local, posiblemente náhuatl: “In ojmej mochiwaj ika nejnemis”. Se pregunta a unos señores, que a pesar de la hora tan

temprana están tomando cerveza, sobre el transporte a Tlajomulco. Se me dice que se acaba de ir y que el próximo será en la tarde, otro agrega: y eso si hay pasaje para acá, en Semana Santa casi nadie sube. Ante tal situación se decide caminar, después de todo hace falta. Después de unas dos horas pasa una camioneta de estaquitas, la cabina va llena de algunos adultos y muchos niños, pero el conductor hace la seña de que suba a la caja donde llevan muchas cosas. De esta manera se viajó más rápido, pero el camino lleno de baches, hondonadas y piedras hacen que el antiguo caminante vaya dando tumbos aferrado a donde pueda para no salir volando del vehículo, no se puede decir que haya disfrutado del viaje. Menos mal que se desviaron hacia un rancho como a unos cuatro kilómetros de Tlajomulco, así se tiene oportunidad de hacer una última caminata, claro, en esta temporada, porque se piensa poder seguir en el futuro con esta actividad. Mientras se dan los últimos pasos de esta ruta piensa el caminante, que siempre buscó la soledad, casi el anonimato, aunque cuando lo logra quiere paradójicamente transmitirlo a alguien, no en pocas veces pensó en hacer una hoguera en un paraje solitario y quemar sus notas para que se queden donde pertenecen y que el humo lleve de alguna forma el mensaje a los espíritus a los que corresponden. Se pasa por las ruinas de adoratorios prehispánicos, uno de ellos construido en la cima de un cerro muy alto, y se recuerda lo que apuntó Cortés que en cuatro leguas (unos 20 km) vieron alquerías, palacios y cúes todos encalados que les llevó a nombrar al asentamiento como Castil Blanco. A poco ya se ve el Santuario de Nuestro Señor del Buen Morir, construido en lo alto de una rara formación rocosa donde ya se ha estado, con esta, tres veces. Se llega al caserío de Tlajomulco y allí se toma otra camioneta a Ixtacamaxtitlán. Como despedida se visita el templo de San Francisco, cuya construcción

maravilla al ver los sillares de piedra volcánica formando pilares, arcos y bóvedas en perfecta estereotomía. Sin saber realmente por qué, el caminante se arrodilla y tardíamente se da cuenta que casi en cada lugar visitado de la larga ruta ha estado en templos católicos de muy diversas épocas, estilos y tamaños, y se pregunta la razón o justificación para ello. En primer lugar está el hecho de que los españoles frecuentemente construyeron los templos sobre los antiguos adoratorios y palacios de los naturales en cuyos detalles y decoración son evidentes los motivos y técnicas de los artistas de estas tierras. En los pueblos nuevos el templo resulta el lugar que concentra las tradiciones locales y muchas veces el único edificio público. Y también se piensa que la conquista espiritual resultó más intensa de lo que se quiere reconocer, por lo menos en lo personal, y si no porque después de un tramo difícil o en la preparación de la siguiente etapa se buscan los espacios sagrados para agradecer o pedir, aunque quizá no con la devoción sincera de un verdadero creyente, además son las iglesias los únicos lugares, salvo notables excepciones, donde se pueden ver mejor las técnicas constructivas antiguas y modernas que son de especial interés por la formación de este caminante que también muestra interés, aunque no conocimientos, de la arquitectura y del arte sacro que cuentan con exponentes realmente notables a lo largo de toda la ruta. De seguro más religiosidad se siente en los inmensos espacios naturales por donde transcurre el que camina, al verse empequeñecido y maravillado por el portento de este mundo, pero eso mismo da miedo, por tal razón, al llegar al espacio humano del templo de un Dios más definido, se ve una interpretación comunal de la divinidad. Se sea o no creyente, impacta y permite traducir o interpretar la experiencia de haber quedado expuesto a la naturaleza, que da cabida a todas las creencias y hasta la incredulidad. Los

cuadros, tallas, ornamentos, la arquitectura, dan cuenta de la obra humana, de la interpretación a veces sublime, otras impactante o por lo menos curiosa y muchas veces con rasgos bien definidos de lo autóctono, que con justicia o no nos apropiamos. La parte pragmática también interviene, pues después de una caminata fatigosa no hay lugar más fresco que el espacio encerrado por esos gruesos muros, y la parte desilusionante cuando el templo se encuentra cerrado; en ocasiones se quiso seguir el ejemplo que describe José Saramago en su libro *Viaje a Portugal*, que recurre a los encargados para que le faciliten la llave y poder entrar a los templos, lastima que aquí en México tal fórmula raramente funciona, pues el encargado apenas y escucha la petición y su respuesta no admite replica: ¡No!, la iglesia está cerrada.

De pronto, sin saber por qué, se siente urgencia por ya terminar, se sale del templo, se compra un refresco y otras chucherías que se consumen a la sombra de la gran bóveda metálica que cubre el espacio deportivo en la plaza, y sin más se toma una camioneta a Apizaco, y al llegar a ese lugar casi de inmediato un gran autobús a la ciudad de México, al llegar se toma el tren Metropolitano y se baja en la estación Pino Suárez, se sale a la superficie, un viento fresco sopla y reconforta, se caminan pocas cuerdas hacia el Templo de Jesús Nazareno, se camina con paso solemne al interior hasta quedar frente a la placa que marca el lugar donde se encuentra empotrada al muro la urna que guarda los restos de Hernán Cortés, y con el pensamiento le digo que ya he concluido la recreación del camino que siguió para inventar México, pienso, si el tiempo se pudiera mezclar, en la posibilidad de que mutuamente nos tuviéramos envidia, yo por no haber tenido el sino de acompañado en su proeza y él por no haber contado con la posibilidad de ver lo que este caminante vio. Se pasa ahora al Templo Mayor y se

piensa en Moctezuma, que en ese mismo lugar pactó con Cortés para que ambos llevaran los destinos del imperio por casi un año, hasta que el asunto religioso hizo crisis, desembocando en la muerte del Tlatoani y en la Noche Triste.

Triste, este caminante se encuentra con que ya dejó de serlo, después de tantas y variadas emociones y experiencias del camino decide poner punto final, pero al ir caminando por la Plaza de la Constitución, piensa que nunca será conocida la verdad de lo que aquí ocurrió, sólo llegan los ecos de lo registrado, principalmente por la parte vencedora; de improviso se presenta una multitud de fantasmas que en desorden reclaman lo suyo, que vienen a decir la verdad pero no pueden articular palabra pues a ellos también se les olvidó el pasado y ni los labios pueden mover; salen soldados invasores, guerreros defensores, cuerpos incompletos de los sacrificados, madres llorando por sus hijos, sacerdotes cubiertos de sangre seca, niños como zombis que crecerán con terribles odios y sublimes amores, de todos ellos, principalmente los fantasmas locales, sólo se ven ojos desorbitados que nunca acabarán de explicar la sorpresa y de consumir su rencor. Agobiado el caminante busca algún refugio para escapar de los fantasmas que despertó, la cantina El Nivel, que le dio alberge hace unos años, ya esta cerrada, parece que definitivamente, camina unas cuadras al sur y encuentra la pulquería La Risa, una de las pocas que quedan, allí los fantasmas finalmente le dejan en paz, se convierten en jóvenes sonrientes y personas de muy diversas condiciones a quienes ya no interesa lo ocurrido hace tantos años, sino solamente el momento y si acaso lo que podrá ocurrir en lo mediato. Se consume un buen curado y luego, ya en la calle, se ven nubes pintadas de colores por el crepúsculo y con ello se encuentra finalmente la paz, se sacude la cabeza y se piensa, sin saber si se dijo en voz alta: ¡Esto se acabó!

SINOPSIS DE LA RUTA DE CORTÉS

Cuba. A manera de preliminares se recuerda que Hernán Cortés salió de Santiago de Cuba el 18 de noviembre de 1518 (otras fuentes mencionan que el 23 de octubre), pero se detuvo más de dos meses en Macaca (posiblemente Cabo Cruz, Cuba) para conseguir bastimentos y completar su tripulación, y el 10 de febrero de 1519 se hicieron a la vela para llegar a Cozumel. Llevaba fijo en mente el propósito de conquistar el imperio del que todavía desconocía su nombre y forma, pero bastaron las noticias de esplendor y riqueza de las expediciones anteriores de Fernández de Córdoba y Juan de Grijalva para apostar por su futuro, que creyó lleno de riqueza y gloria. Las cosas pintaron muy mal al principio, pues se ganó la enemistad de su poderoso socio Diego Velásquez, gobernador de Cuba, que a partir de entonces y hasta su muerte no se cansó de ponerle obstáculos sin lograr sus propósitos. La fortuna definitivamente se puso del lado de Cortés que, con algunas indefiniciones, nunca lo abandonaría del todo. Llegando al continente, precisamente en Yucatán, puso por primera vez el pie en el país que terminó por inventar y, desde ese inicio la diosa fortuna le dio muestra de su favor, pues pudo encontrar, como la aguja en el pajar, a Jerónimo de Aguilar, que le serviría de interprete y consejero para entender la forma

de pensar de los jefes naturales; habiendo esperado varios días por el cautivo de los mayas tuvo que partir, pero un desperfecto en una de sus naves le obligó a regresar y encontrarse con que Aguilar ya había sido localizado y le acompañaría finalmente en la expedición. La versión de Cortés sobre ese episodio lo atribuye a una intervención divina, ya que el tiempo cambió de improviso impidiendo la navegación y al otro día llegó Aguilar. El capitán Cortés lo escribió así: “Y túvose entre nosotros aquella contrariedad de tiempo, que sucedió de improviso, como es verdad, por un gran misterio y milagro de Dios”. En Tabasco los lugareños le obsequiaron un grupo de esclavas, entre ellas Malintzin, cuya participación resultaría fundamental en la conquista, primero como lengua y consejera complementaria a Jerónimo de Aguilar, pronto después como la principal. En esas tierras tuvo Cortés los primeros enfrentamientos de guerra y aprovechó para conocer la organización de los naturales y sus estrategias de guerra poco efectivas, detectó sus muchos puntos vulnerables que tan bien sabría capitalizar en la conquista.

Veracruz. Así llegó a la Isla de San Juan de Ulúa (nombre que le dieron en la anterior expedición de Juan de Grijalva) el Jueves Santo, 21 de abril de 1519 (fecha y día santo que curiosamente coincide con la de 2011, año de terminación de la caminata) y el viernes de la Cruz desembarcó en los arenales de Chalchihuecan, iniciando así la ruta inmortal. En esa parte, o en las zonas próximas, ocurrieron tres hechos vitales: a) la visita de los emisarios de Moctezuma que le mandaba decir que regresara a su país, y para convencerlo le mandó regalos valiosísimos, algunas de esas piezas deslumbraron a los intelectuales europeos cuando Cortés las envió junto sus cartas de relación al emperador Carlos V, a

Moctezuma por su parte le pareció inusitado que aceptaran sus regalos pero no sus peticiones, en estas tierras tal cosa no sucedía, b) la formalización del primer Ayuntamiento en México con el propósito de afianzar su autoridad y burlar a los integrantes de la expedición que eran partidarios de Velásquez y al gobernador mismo; de un plumazo pasó de ser un fuera de la ley a ser la ley misma, c) una vez que se fueron los emisarios de Moctezuma, se acercaron los emisarios totonacas llevando la invitación de su cacique Cuahmécatl-Quahutlaebana para que visitara su ciudad de Cempoala esperando en que los extranjeros lo librasen del yugo mexicana; y con ello Cortés vislumbró el estado de las cosas políticas entre las naciones autóctonas que supo dirigir astutamente para su causa. El caminante aprovechó su estancia en el Puerto de Veracruz para conocer los lugares relacionados con esos hechos, pero también lo que se construiría después como el Baluarte de Santiago, el Museo Marítimo en lo que fue la Escuela Naval, el Faro Carranza, el Ayuntamiento, la Catedral, la Plaza y el Recinto de la Reforma, todo ello como testigos de los muchos hechos históricos que tuvieron lugar aquí y que le valieron a esta ciudad el título de cuatro veces heroica, aunque en la apreciación del caminante faltó una y la más importante, precisamente cuando llegó Cortés. Caminar por la costa resultó complicado por el calor y el ambiente bochornoso cargado de humedad, los moscos que tuvieron en jaque a los conquistadores hicieron lo mismo con el caminante.

Antigua. Las dificultades del camino se vieron compensadas en La Antigua, donde se tuvo oportunidad de nadar en el mar y en el río, así como disfrutar de los interesantes sitios históricos que guarda, historia que los habitantes del lugar se han encargado de

ampliar, y a su manera mejorar, a conveniencia. Cortés mandó a sus naves a un lugar más seguro al norte de Chalchihuecan y que se quedó con el nombre de Villa Rica, donde se construyó la primera ciudad española en lo que sería México, y que materializó al Ayuntamiento antes sólo en el papel. Pero Cortés marchó por tierra rumbo a Cempoala pasando por el río Huitzilapan, donde posteriormente sería La Antigua, que fungió como la segunda sede del Ayuntamiento, privilegio que mantuvo de 1524 a 1599 como punto principal del intercambio con Europa. En la actualidad, La Antigua es un lugar mágico donde los habitantes terminaron por creer sus fantasías de la historia y aseguran por ejemplo que Cortés amarró sus naves en una ceiba junto al río, que aquí fue construida la primera iglesia de América y que el mismo conquistador vivió en una ostentosa casa donde se dio la buena vida en compañía de doña Marina. Pero, con o sin fantasías, resulta muy agradable la visita, además del paseo por el río se pueden visitar lugares de mucho interés como el templo de Santo Cristo del Buen Viaje, la Ermita del Rosario y el puente colgante que salva la corriente del río Huitzilapan, sin que deba faltar la Plaza del Ayuntamiento, donde destaca el antiguo y modesto edificio del ayuntamiento debidamente restaurado y en medio de la plaza el interesante monumento que conmemora la hermandad entre Veracruz y Cádiz. Muy cerca la renombrada ceiba, con un jardín anexo donde el visitante puede consumir fruta y antojitos regionales mientras se hacen conjeturas sobre la otra historia.

Cardel. El paso por la zona cañera fue un reto que el caminante perdió, pues no llegó hasta donde deseaba y terminó con una rara fiebre tropical que le dejó afectado. Cardel es lugar moderno que primero se llamó San Francisco de la Peña, pero ahora lleva el

nombre del luchador agrarista del siglo XX José Cardel Murrieta y es ciudad desde 1975. No existía cuando Cortés pasó rumbo a Cempoala. La ciudad actual está bien trazada con calles anchas y mucha actividad comercial por la zona cañera y ganadera, como lugares de interés está el Ayuntamiento con un interesante mural relativo a la vida y obra de José Cardel, así como la Capilla de San Francisco, de arquitectura moderna. El caminante estuvo en el lugar dos veces, pues resultó base de operaciones conveniente para sus propósitos de hacer la ruta.

Cempoala. Un tramo que resultó agradable por lo corto del trayecto y el clima benéfico por estar el cielo nublado, cerca del ingenio azucarero de La Gloria se logró pasar el río Actopan por un puente colgante que condujo de forma directa al destino. Después de su penosa estancia en los arenales de Calchihuecan, Cortés fue recibido en Cempoala, que deslumbró a los europeos, que no tuvieron otra ocurrencia que compararla con Sevilla y para resaltar su riqueza, puesto que por un momento la creyeron construida de plata; Bernal Díaz establece que le llamaron Villaviciosa, y es que se creían con derecho de cambiar los nombres de las ciudades a su antojo, menos mal que en la mayoría de los casos se preservaron los nombres originales aunque, muchas veces, como apellido de santos y santas. Aquí Cortés se lució con sus tácticas maquiavélicas al apresar a cinco recaudadores de impuestos de Moctezuma que se creían intocables, con ello dejó sin oportunidad de arrepentimiento a su aliado y supuesto amigo el cacique Quahtlaebana y, por lo tanto, ligarlo irremediamente a su destino; luego liberaría a algunos de los recaudadores haciéndoles creer que él, Cortés, estaba de su lado y que los malos eran los de Cempoala. Además en este lugar, Cortés estableció su base de operaciones para atender

simultáneamente los asuntos de su proyectada conquista mirando al poniente y los de sus precarias relaciones con Cuba mirando al Levante, por estas y otras razones fueron varias veces las que tuvo que ir y venir a la Villa Rica. Pero principalmente Cempoala fue donde organizó su ejército para ir a su encuentro con Moctezuma, de esta manera, según Cortés: “Y con este propósito y demanda me partí de la ciudad de Cempoal, que yo intitulé Sevilla, a diez y seis de agosto (1519), con quince de a caballo y trescientos peones lo mejor aderezados que yo pude”. Y por supuesto también con una cantidad importante de totonacos que formaban en realidad la verdadera fuerza, así como personajes de la nobleza de Cempoala en calidad, apenas disfrazada, de rehenes. Pero hay que aclarar que pocos días antes de la partida Cortés se vio obligado a ir a la Villa Rica para resolver lo de la incomoda visita de una embarcación de la expedición de Francisco de Garay, que ya le disputaba su conquista antes de lograrla, pero con un nuevo golpe de fortuna logró rechazarlos y además hacerse de otros soldados, entre ellos Alonso García Bravo “El Jumétrico”, que le resultaría de gran valor por sus conocimientos técnicos y que a la postre trazaría la ciudad de México después de la destrucción de la Gran Tenochtitlán. Después de la conquista Cempoala perdió su estrella, sus habitantes la abandonaron presas de las enfermedades que trajeron los europeos. Cortés, después de compararla con Sevilla y ponderar su riqueza, nunca se volvió a ocupar de ella, y así quedó perdida su gloria hasta ser redescubierta, a fines del siglo XIX, por Francisco del Paso y Troncoso. La nueva Cempoala, después de no pasar de ser un caserío paupérrimo hace pocas décadas, es hoy un lugar próspero, en cuanto a las ruinas de la antigua ciudad fueron acertadamente rescatadas por el INAH. La antigua ciudad totonaca “Lugar de cuentas”, que eso significa Zempoala o Cempoala (el

nombre se encuentra de las dos maneras en las diferentes fuentes y mapas actuales) es un sitio admirable, importantísimo en la historia nacional, digno de ser visitado, llama especialmente la atención la construcción de sus edificios con grandes boleos, piedras redondas unidas por un mortero muy duro que dice de lo depurado de las técnicas constructivas autóctonas.

Villa Rica. Una etapa llena de paisajes maravillosos en el contraste del mar y las montañas, sin faltar pintorescas bahías y lagunas formadas por el mar y los corrientes de agua dulce. Al llegar al destino queda como una estampa inolvidable la vista de la bahía de la Villa Rica con el telón de fondo del Cerro de los Metates, coronado por su lluvia cósmica petrificada en su alto peñón, así como la gran alegría de descubrir las ruinas del fuerte y otras partes de la ciudad original. Cortés nunca fue pasivo, más bien extremadamente receloso y activo, pudo quedarse en Cempoala, pero seguramente viendo su vulnerabilidad, estableció su propia ciudad próxima a la rada que habían descubierto sus marineros para proteger los barcos de los vientos del norte, y que paradójicamente terminaría por hundir. Otro propósito fue contar con una retaguardia firme que le permitiera el doble propósito de tener un lugar a donde llegar en caso de que algo saliera mal, así como cuidarse de sus compatriotas que ya le disputaban tierras y sueños antes de ser conquistados. El lugar es, o debería ser, histórico de primer nivel, pues resulta nada más y nada menos que el primer asentamiento español construido en esta parte del continente, es decir, la primera ciudad europea en México. Los restos que se conservan consisten de los cimientos de un fuerte y de un conjunto religioso, se encuentran casi perdidos al grado de que varios autores de libros de historia aseguran que se perdieron,

pero este caminante puede asegurar que no, porque estuvo en el lugar ubicado en una loma próxima a la costa. Por lo demás se trata de un sitio de gran belleza natural, son dos bahías divididas por la rada, la de la Villa Rica y la de Laguna Verde, donde se encuentra la Planta Nucleoeléctrica de la CFE. Este caminante tuvo que dormir en la Playa del Farallón, lo cual resultó toda una aventura particular.

Quiahuiztlan. Una caminata muy recomendable, primero por la playa y luego el sendero en ascenso hasta la ciudad mágica de los totonacos. A poca distancia de la Villa Rica se encuentra la ciudad totonoca de Quiahuiztlan, que se construyó encaramada en el simbólico Cerro de los Metates, “Lugar de la lluvia de piedra”, que eso significa el nombre autóctono. Que fuera ciudad tan importante como Cempoala y de gran relevancia en la historia nacional, pues allí se formalizó la alianza entre españoles y totonacos después de las acciones preparadas por Cortés y que sería el primer paso fundamental para la conquista. Afortunadamente el INAH rescató este importante sitio arqueológico y hoy se puede visitar convenientemente, pues hay acceso para automóviles y así poder admirar sus centros ceremoniales, pirámides y principalmente sus curiosos cementerios formados por pequeños monumentos de gran simbolismo que semejan chozas en miniatura para el descanso de las almas totonacas. Desde las terrazas donde fue construida la antigua ciudad la vista de las bahías de la Villa Rica y de la Laguna Verde es algo memorable, desde allí se puede imaginar cómo fueron hundidos los barcos por órdenes de Cortés, significando así que la suerte estaba echada y no habría regreso inmediato. Ciertamente, fue un arrebato de valor por parte de Cortés, pero también se puede pensar que no le quedaba de

otra pues varios de sus soldados, los partidarios de Velázquez, querían regresar y amenazaban con convencer a los marineros de amotinarse, el futuro conquistador sabía que si tal cosa permitía significaría su propio fin.

Los Ídolos. De Cempoala inició de hecho la expedición de conquista pero el trayecto seguido no se precisó, parece que Cortés decidió dividir su contingente en dos columnas, una de ellas a su mando por las tierras altas para evitar las llanuras inundadas, la otra parte del ejército al mando de Alvarado siguió uno de los flancos del río Actopan. Cortés reporta que les tomó tres jornadas llegar a Xalapa, mientras que Bernal Díaz asegura que fue una. Si las cuentas de Cortés son alegres, pues debieron ser por lo menos cinco, las de Bernal son imposibles. Con bastantes dificultades este caminante llegó a San José de los Ídolos donde se inician las tierras altas y, por lo tanto, cambia la vegetación y el clima. El nombre del poblado obedece a que se encontraron figuras prehispánicas ahora en el Museo de Antropología de Xalapa, hecho que apoya la inclusión de este lugar en la ruta. En la actualidad Los Ídolos es un pueblo ribereño de buen tamaño, de fisonomía moderna, destaca la iglesia dedicada a San José, de construcción reciente con una gran bóveda de cañón de concreto reforzado soportada por gruesos muros y contrafuertes. El tramo representó grandes dificultades al enfrentar un inmenso distrito de riego, así como pantanos y parajes inaccesibles en las riberas del Paso de la Milpa, lo que obligó a hacer un amplio rodeo. En el pueblo se pudo disfrutar de uno de los platillos favoritos: langostinos de río.

Rinconada. El trayecto bastante agradable, en ascenso pero soportable, resultó el paso por la cañada del río Paso de la Milpa,

una experiencia singular, pues pareciera que las grandes paredes de piedra escoltaban al caminante. Se llega a la antigua Izcalpan, donde si hay datos del paso de Cortés y según algunos autores tuvo lugar el primer enfrentamiento entre totonacos y mexicas que resultó a favor de Cortés, iniciando así la guerra entre naciones locales que el conquistador propició en su beneficio, se coincide con la opinión de los conocedores que la guerra de conquista fue entre los pueblos autóctonos. Pero no se encontró ningún indicio físico que recuerde esos hechos, pero eso si algunos edificios recientes de interés como la estación del ferrocarril ya en desuso y en el plano pragmático los muchos negocios de antojitos para calmar el hambre de forma muy agradable.

Cerro Gordo. El camino seguido por los conquistadores quedó de forma general como el trazo de la carretera 140, aunque ahora ya está convertida en autopista en muchos de sus tramos, lo cual obliga a caminar por senderos paralelos o los antiguos trazos de la primitiva carretera. En esta etapa, en contraste con las anteriores, el ascenso sí resultó tremendamente pesado; de haber contado con tiempo se hubiera disfrutado de las corrientes de los ríos y de varios saltos de agua espectaculares donde hoy es frecuente la práctica de deportes extremos, como el rafting por los rápidos del río. Cerro Gordo resultó importante, tristemente importante, en la historia nacional mucho tiempo después de la conquista, pues aquí se perdió la batalla que lleva el nombre del lugar contra los Estados Unidos, una guerra totalmente injusta con tintes de robo, donde se perdió más de la mitad del territorio nacional. Sí, el antiguo territorio de la Nueva España que formó Cortés, se vio así mutilado en algo que el mismo conquistador, al pasar por este lugar, nunca se imaginó que pudiera ocurrir tal hecho.

En la actualidad la comunidad de Cerro Gordo es tranquila y agradable, destaca el templo de Nuestra Señora de Guadalupe, de construcción moderna, el pueblo se ve enmarcado por el cerro que le da nombre, ubicado en una meseta muy alta relativamente a la distancia tan corta a la costa. Como recuerdo especial se tiene el haber dormido en la casa ejidal con bastante frío y con el detalle de tener en el patio una vieja pieza de artillería que motivó pesadillas al juntarse en la noche espectros para preparar, apuntar y hacer fuego con el cañón hacia una multitud de muchachos mal vestidos y peor armados, que era el tipo de ejércitos que solía organizar López de Santa Anna por medio de la leva.

El Lencero. Se sigue en ascenso entre montañas y desfiladeros, se pasan pintorescos lugares como Mata Caña, Los Reyes y Corral Falso, y luego un pueblo grande: Miradores del Mar, que se ha convertido en dormitorio de Xalapa por las muchas colonias que allí existen, casi en seguida se llega a El Lencero, antiguamente Atexcac, el nombre actual obedece al apodo de uno de los soldados de Cortés, Juan el Lencero, que por sus servicios recibió estas tierras en encomienda. El caminante, para llegar al lugar, tuvo que hacer un gran rodeo, y además en medio de una lluvia menuda, pues aquí se encuentra el Aeropuerto de Xalapa para aviones pequeños, cuya periferia se limita por una alta verja de malla de alambre. Al general López de Santa Anna le agradó el lugar y se hizo de él para construir una hacienda que conservó el nombre, hoy convertida en museo particular. Resulta un lugar muy agradable con un bonito lago y casas de campo de gente pudiente.

Xalapa. Para los conquistadores fue lugar de paso, no mencionan algo especial que haya ocurrido, y es que Xallapan no tenía en

esos tiempos la importancia que luego adquirió. Sucedió el hecho curioso de que se perdió un potro de una yegua que encontraron año y medio después conviviendo con una manada de venados. Pero ahora Xalapa se dice, por aquel hecho de dar albergue a los conquistadores, lugar hospitalario, y la verdad sí lo es; en la literatura turística oficial se establece: “El ejército español en su paso encontró aquí buena acogida, pues Xalapa se ha distinguido como ciudad hospitalaria”. Pero fuera de esto son pocas las señales que recuerden el paso de los conquistadores, aunque se debe mencionar que hay una universidad con el nombre de Hernán Cortés. Pero en la historia nacional Xalapa tiene importancia y mucha, no en vano se le ha dado el título de la Atenas de México por su vocación hacia la cultura, cuenta con el magnífico Museo de Antropología, así como el de Tecnología, y su Orquesta Sinfónica es de las más antiguas y prestigiadas. Muchos personajes vieron sus primeras luces aquí como Antonio López de Santa Anna, cuya actuación en la historia fue tan dispareja, y el arquitecto Luis González Aparicio, que entre otros méritos elaboró un mapa muy acucioso del Valle de México a la llegada de los españoles. San Rafael Guisar y Valencia no nació aquí, pero sus santos restos están en una capilla de la catedral y en el antiguo obispado han montado un museo en su memoria. Muchos edificios y monumentos cuenta esta ciudad, pero otros dejaron de existir como el Monasterio de San Francisco, que dejó paso al actual Parque Juárez, para este caminante resultó valioso enterarse que todavía en 1763 había en el monasterio una alta cruz formada del mastelero (mástil secundario) del navío de Hernán Cortés. Para el caminante, Xalapa resultó lugar importante como base de operaciones para hacer tramos cercanos a la costa pero también rumbo a las altas montañas dominadas por el Cofre de Perote.

Coatepec. La caminata se hizo temprano en un día frío y nublado con amenaza de lluvia que no pasó de eso, pero con paisajes muy bellos con vegetación exuberante y aromas cautivadores. El lugar donde pasó Cortés se identifica a unos kilómetros al poniente de la ciudad actual, cuyo nombre dice de la importancia que tenía para el imperio de Moctezuma, pues Coatepec, “Cerro de la culebra”, es el lugar mítico donde resultó mágicamente preñada Cuatlícue y daría a luz a Huitzilopochtli. El lugar actualmente es muy bello y pintoresco, se ha ganado el título de Pueblo Mágico, ligado al cultivo y procesamiento del café. La iglesia, dedicada a San Jerónimo, se destaca por su rico decorado y su esbelta torre de campanario, así como su plaza pública muy bella y acogedora. Recordaré con agrado las picaditas para el almuerzo, muy picosas pero muy buenas.

Xico. Se sigue una parte de la antigua vía del tren del Piojito por las haciendas cafetaleras y se llega en medio del verdor a Los Puentes, donde funcionó una importante fábrica de hilados movida por ruedas hidráulicas, en seguida San Marcos de León y la bonita cascada de Texolo. Un arco da la bienvenida al visitante y ostenta: “Xico, puerta de las montañas de América”, pero el Xico actual ya no se encuentra en el lugar donde pasó Cortés, de todos modos es un lugar con múltiples atractivos y muy bello con sus casas con techos de teja muy inclinados y amplios aleros hacia la calle. La calle principal está orientada de este a oeste como la Vía Láctea, como el Camino de Santiago. El templo dedicado a Santa María Magdalena, cuya efigie ocupa lugar importante en el templo, y popularmente se conoce como “La Acostadita”. Se le tiene como muy milagrosa, en obsequio la gente le ha regalado varios vestidos nuevos en cada festividad y suman ya más de 700 que se exhiben

en un museo especial. Las fiestas patronales son muy vistosas, incluyendo los adornos de flores blancas para formar arcos del triunfo, los tapetes de semillas y aserrín pintado que cubren toda la calle principal. En el centro del poblado, muy cerca de la iglesia, la autoridad construyó un sencillo monumento que recuerda el paso de los conquistadores y se reproducen párrafos alusivos de Cortés y Bernal, el primero se refiere al lugar como Sienchimalen, el original Xochiimalco, hoy Xico Viejo, y destaca la existencia de un fuerte puesto en lugar inaccesible al que se llega por un paso de escalera.

Xico Viejo. Las indicaciones para llegar al verdadero sitio donde Cortés pactó la importante alianza que le permitió contar con más efectivos y con guías que le indicaran el camino por las montañas, no son claras pero finalmente se llegó al sitio exacto en lo alto de grandes cerros, estribaciones del Cofre de Perote. Esto representó un pequeño triunfo personal, claro con el valioso apoyo de Aurelio *El Huello*, un muchacho del poblado que sirvió de guía. Se ascendió, no sin grandes dificultades, por el paso de escalera según lo mencionado por Cortés, que resultó una grada esculpida en la roca viva con resbalosas piedras labradas a manera de escalones, hasta llegar a las ruinas del palacio de aquel cacique que pactó con Cortés. Además se pudo ascender a la pirámide donde, según la opinión de los lugareños, se paró el águila, pero al azuarla ya no fue México en ese lugar. Es increíble como los antiguos pobladores pudieron construir una fortaleza en lugar tan agreste, en algo se parece Xico a Machu Pichu. Pero recobrado de la emoción se tratará en seguida de explicar mejor el asunto. En los mapas aparece el pueblo como Xico Viejo, pero originalmente era Xicochimalco, “Nido de jicotes”, el lugar del fuerte se

encuentra en la cima del cerro Otilpan a donde el joven Aurelio guió al caminante hasta descubrir las ruinas del fuerte donde sobresalen las grandes piedras que fueron las columnas del palacio o del adoratorio, también se ascendió entre la vegetación hasta la cima de la pirámide del águila. Resultó muy emotivo estar en tan significativo lugar y poder interpretar correctamente lo escrito por Cortés: “...y a la cuarta jornada (desde Cempoala, lo cual parece inalcanzable) entré en una provincia que se llama Sienchimalen; en que hay en ella una villa muy fuerte y puesta en recio lugar, porqué está en una ladera de una sierra muy agria y para la entrada no hay sino un paso de escalera, que es imposible pasar sino gente de a pie”. Realmente fue una experiencia muy grata, una de las de mayor emoción en toda la ruta al considerar que hay muy poco escrito y son pocos los que han logrado llegar, muchos historiadores se limitan a establecer que el lugar original cambió de asiento. Quedan recuerdos imborrables de esa etapa como el paso por las montañas, la aparición del pueblo en la parte baja de una cañada, las cristalinas aguas de los arroyos que bajan de las estibaciones del Cofre de Perote y sobre todo: ascender por el famoso paso de escalera y ver con los propios ojos las ruinas de la villa muy fuerte y la pirámide del águila espantada.

Ixhuacán de los Reyes. Pasando por las verdes vegas de Agua Bendita, custodiadas por la blancura del Citlaltépetl, pronto se asciende al poblado de Tlalchy, donde un señor informa sobre la vereda que, por lo alto de la montaña, conduce a Ixhuacán pasando por Buena Vista, un asentamiento nuevo. El ascenso por la montaña lo describe Cortes de la siguiente manera: “así pase un puerto que está al fin de esta provincia, al que pusimos por nombre el Puerto Nombre de Dios, por ser el primero que en estas

tierras habíamos pasado, el cual es tan agro y alto que no lo hay en España otro tan dificultoso de pasar, el cual pase seguramente y sin contradicción alguna; y a la bajada de dicho puerto están otras alquerías de una villa y fortaleza que se dice Ceyxnacan...”. Así nombra Cortés al actual Ixhacán, que originalmente era Teoizhacan, cuyo significado es Lugar de las divinas hoyas de maíz. Al conquistador pronto se le olvidaron los puertos anteriormente pasados en Plan del Rio, Cerro Gordo y Xicochimalco, entre otros, pero a este caminante no; aunque hay que decir que el Puerto Nombre de Dios es ciertamente dificultoso y agregar que ya nadie le reconoce ese nombre sino el original de Xixtcazapan. Actualmente Ixhuacán de los Reyes es lugar acogedor y agradable, su templo dedicado a los Reyes Magos que se encuentran representados en el altar por bellas tallas cuyo autor creyó oportuno ponerlos coronados con gruesas capas de terciopelo, el conjunto consta de un personaje blanco y barbado que porta el regalo del oro, uno negro con el incienso y el tercero de facciones árabes con la mirra. El Ayuntamiento ocupa un elegante edificio que guarda la única mención que se pudo localizar del paso de los conquistadores.

Xololoyan. Se pasa por una meseta y salen al encuentro pueblos viejos y recientes como Ayahualulco y Xoquitla dentro de los primeros y San Isidro dentro de los segundos, al ir caminando se tiene la fortuna de ver al norte el Cofre de Perote y al sur el Pico de Orizaba con su gran cono cuajado de nieve. Xololoyan es un caserío disperso recostado sobre una alta montaña, los pobladores están empeñados en construir un gran templo cuya obra ya se ve avanzada para lo cual retienen a todos los vehículos y viandantes que pasan para pedir la cooperación, cosa loable pero lo criticable es que la construcción nueva esta envolviendo y minimizando a la bella capilla anterior.

Puerto de la Leña. Después de pasar por Xololoyan se asciende por la montaña y se alcanza el pueblo de Altamirada, que es reciente, allí un joven enigmático aconseja al caminante que se incorpore con unos cazadores que se dirigen a las cumbres. De esta manera, y con grandes dificultades, finalmente se alcanza la cima donde se observa una construcción en ruinas que bien puede ser el adoratorio que Cortes registró y asegura que prendían un gran fuego para lo cual acercaban grandes rimeros de leña, razón por la cual no se les ocurrió mejor cosa que nombrarlo Puerto de la Leña. Es posible que el fuego se mantuviera como faro para los mercaderes, emisarios y recaudadores de impuestos del imperio mexica. En este punto los cazadores tomaron su rumbo no sin antes recomendar a este caminante seguir sin desvió la vereda que baja al valle, siempre por el fondo de una cañada, hasta la Hacienda.

La Gloria. Significativo nombre después de las penurias pasadas en la montaña, se siguieron las instrucciones, y ya al caer la noche se llega a la antigua Hacienda de la Gloria, ahora convertida en una ciudad de buen tamaño, pero no el suficiente para contar con un hotel o algo que se le parezca, menos mal que algunos lugareños se condolieron del caminante y le dieron asilo en un cuarto anexo a la iglesia de Nuestro Señor de la Resurrección. La iglesia fue construida en 1940 aproximadamente, con una cubierta de cascarones de concreto armado. El cuatro asignado resultó con varios vidrios rotos, por lo que se pasó algo de frío, además en una esquina estaba recargado un gran crucifijo, en espera seguramente de ser reparado, no podía estar el caminante mejor custodiado pero ciertamente fue motivo de inquietud tener tan cerca la santa presencia. La antigua hacienda ya está en ruinas, pero algunos de

sus muros y las torres cilíndricas de las esquinas, ya sin techo, dan cuenta de los tiempos de gloria que tuvo.

Chichicuautila. Los relatos de los conquistadores establecen que después de pasar los puertos de las montañas encontraron tierra estéril y, por lo tanto, pasaron hambre y penuria al grado de que temieron por sus vidas. Actualmente las cosas han cambiado gracias a los sistemas de riego mediante el bombeo del agua subterránea, de esta manera se ven campos de labor verdes en medio del páramo dominado por magueyes y nopaleras. El calor y el polvo hacen difícil el camino, pero nada comparable al paso por las montañas que ahora, al voltear la mirada hacia atrás, se les ve extrañamente lejanas, la bruma las vuelve azules. Se sigue una vereda recta en dirección al poniente y se llega a la zona de los pueblos de Xaltepec y Quechulac, que comparten la orilla de la laguna de Quechulac formada en el interior de un antiguo cráter. De estas lagunas dentro de un cráter se cuentan varias en la región de tal manera que vista en el mapa, de papel o de computadora, parece toda la zona un paraje extraterrestre. A esa hora de la mañana el agua de la laguna tiene un color teñido de azul intenso, y la superficie es tersa como un espejo donde se reproduce mejorado el paisaje dominado por el Citlatépetl. De este punto se tienen dos alternativas para llegar a Zalayeta, se elige el camino que pasa por Chichicuautila, que ya pertenece al estado de Puebla, pensando en que el nombre pueda estar relacionado con datos históricos interesantes pero al llegar el caminante se encuentra tan cansado que no tiene ánimos para indagar y sigue la marcha hasta Zalayeta sabiendo que las aguas de la laguna de Alchichica tienen fama de curar cuerpos adoloridos. En un día soleado se disfruta mucho nadar en las aguas salitrosas.

Zalayeta. Una zona extraña en su morfología, como si se tratará de un paraje lunar, salen al paso páramos de roca y arena donde no crece ninguna vegetación, se transcurre entre cráteres que no parecen ser volcánicos sino provocados por el impacto de meteoritos por ser muy amplios y bajos sus bordes. En uno de estos cráteres se encuentra una laguna que parece muy antigua, pues el agua está cargada de minerales y los bordes tienen una gruesa capa de tequezquite, se trata, ni más ni menos que de la Laguna de Alchichica, a la que mucha gente, desde tiempos inmemoriales, recurre para curarse en sus aguas diversos males. Las crónicas de la conquista no hacen mención específica a la laguna, pero sí refieren las muchas limitaciones por las que pasaron por falta de agua y comida, así como las grandes dificultades por el frío y el viento que cobró varias víctimas, principalmente entre los esclavos caribeños mal vestidos y no acostumbrados a tales rigores. Bernal especifica que en su desesperación los españoles comieron tunas, y luego pasaron gran susto al ver que su orina resultaba del color de la sangre. Para este caminante significó el inicio de una etapa muy significativa, pero se tuvo que caminar un trecho en sentido inverso ya de noche, en la parte oriente del cráter se encuentra el caserío de Zalayeta y ya cerca de la orilla del lago funciona un pequeño y rústico albergue para los bañistas que van en busca de las aguas medicinales.

San José Alchichica. Se encuentra a unos cinco kilómetros de Zalayeta, con fisonomía moderna, que ocupa el borde de una amplia llanura árida que en los mapas aparece como Lago Salado, que seguramente tiene agua solamente de forma esporádica durante las tormentas extraordinarias. Normalmente es una meseta llana de suelo duro y agrietado como la piel de un inmenso cocodrilo,

donde sólo crecen pequeños cactus espinosos, este paraje por poco representa el fin de la aventura de los conquistadores, el caminante tuvo precaución de llevar una buena dotación de agua y algo de comer y corrió con suerte porque le toco un clima nublado y templado.

San Nicolás Pizarro. Al término del Lago Salado, como si fuera un oasis, se encuentra la antigua hacienda de San Nicolás Pizarro (así escrito en el lugar), que se distingue desde lejos por una alta torre cilíndrica de 35 metros. Oficialmente el nombre del poblado es Juan Sarabia, pero toda la gente prefiere el nombre de la antigua hacienda. En este lugar, o cerca del mismo, los españoles se sintieron salvados después de tantas penalidades, ya que los habitantes de Tepeyahualco se condolieron de ellos y les fueron a recibir llevándoles agua y alimentos. El caminante también tuvo un respiro en el lugar, aunque no tan apremiante, además pudo observar lo que queda de la antigua hacienda que hace recordar una etapa importante de la historia nacional, sin faltar la bella capilla construida por disposición y la dirección de Manuel Cajica el hacendado. Por supuesto no pudo faltar el ascenso a la torre desde donde se disfrutó de una vista magnífica de la hacienda, el pueblo y todos los alrededores.

Tepeyahualco. El pueblo tiene mucha importancia histórica y actual, aquí se explota desde tiempos inmemoriales la cal. Se trata de un lugar encantador con calles empedradas y casas de arquitectura vernácula; la iglesia, dedicada al Apóstol San Pedro, en grandiosa y depurada arquitectura y decorados. Seguramente en este lugar Cortés encontró, además de los alimentos que salvaron a su ejército, la participación de los jefes locales para

alojarlo y facilitarle la expedición, esto seguramente siguiendo las contradictorias órdenes desde la cabeza del imperio que perdió así otra oportunidad de deshacerse de los incómodos visitantes. El caminante tuvo la grata experiencia de visitar el Museo Regional Caltonac, que se fundó por una asociación civil en memoria de Juventino Limón Limón, singular personaje local del siglo XX que destacó en el comercio y la política, se dio tiempo de estudiar el sitio arqueológico de Caltonac (Cantona) y reunió una impresionante colección de piezas arqueológicas de esa gran ciudad, que tuvo su apogeo y ocaso antes de la llegada de Cortés. El museo cuenta además con fotografías de don Juventino en diversas partes del mundo y en otras acompañado de personajes importantes de la política como Fidel Velázquez y Luis Donaldo Colosio.

Caltonac. Pasando por Tezontepec, donde se observó un raro ingenio hidráulico para riego, se llega al alto y ostentoso Cerro de las Águilas, en cuyas faldas se desarrolló Caltonac, cuyo nombre cuenta con varias versiones como Kaltonac, Cantoná o Cantona. Su principal desarrollo se dio entre los siglos I y X, por lo que Cortés, a su paso, no encontró más que ruinas del esplendor pasado, pero aun así, existen referencias que indican que fue recibido por el Rey Atonaletzin, que en náhuatl significa “Pequeño Sol” o “Solecillo”. Lo poco que se ha rescatado del sitio arqueológico, que es poco relativo a la total extensión original, pero grandioso en términos absolutos, consta de plazas, centros ceremoniales y zonas habitacionales, todo ello perfectamente comunicado por una compleja y bien ordenada red de calles empedradas que recuerdan los caminos romanos, sin duda es una muy interesante muestra del urbanismo prehispánico. Después de admirar este portento se prosigue el camino por una planicie árida y luego

por diversos distritos de riego, se pasa por pueblos casi fantasmas como Xaltipanapa, Texcal y la Trinidad en todos los casos antiguas haciendas, algunas en ruinas y otras rescatadas.

Cuyoaco. Un mapa visto en el museo marítimo de Veracruz señala que Cortés pasó por este lugar muy próximo a Xonacatlán, que también es mencionado como parte de la ruta. Cuyoaco fue pueblo fundado por tribus nahuas y significa “Agujero arriba” o “Hueco en la parte alta”. El caserío rodea una formación geológica extraña, un cerro de forma cónica casi perfecta, no extrañaría saber que en lo alto se encuentren las ruinas de un adoratorio muy ligado con el significado del nombre del pueblo, posiblemente un agujero cósmico como puerta al supra mundo. La iglesia del lugar se inició en el siglo XVI, pero ya se encuentra muy reformada, está dedicada a Santa María de la Natividad y tiene la particularidad de contar con dos cruceros. En la sacristía se observa la copia de un documento antiguo llamado Carta Cordillera (Un obispo de ese apellido), que inicia así: “entre los infames medios de que se ha valido el pérfido cura Hidalgo...”. Posiblemente sea adecuado aclarar que a Cuyoaco se llegó en autobús via Oriental y Liebres, pues el tramo Tepeyahualco-Xonacatlán se había hecho previamente.

Xonacatlán. Se llega a este lugar montañoso en dos ocasiones, la primera después de pasar por la gran llanura y la segunda por una bella calzada desde Cuyoaco. El poblado de Xonacatlán se ve como recargado en una alta montaña que hace que la noche caiga pronto. Se puede pensar que en este lugar Cortés tomó la importante decisión del rumbo por seguir. Los súbditos de Moctezuma le hacían ver el grave peligro que correría si

pasaba por territorio tlaxcalteca y por lo tanto le ofrecían un camino directo a Cholula por los valles bajos. En cambio sus aliados totonacos, le aconsejaban evitar Cholula y mejor dirigirse a Tlaxcala, enemigo acérrimo de los mexicas. Cortés decidió ir por Tlaxcala, pero no está claro porqué se desvió tan al norte por parajes agrestes y montañosos y no por los valles más benignos, algunos autores establecen que se trataba de la estrategia de los naturales para perderlos en las montañas y así deshacerse de ellos, pero al leer las cartas de Cortés y saber de los resultados por todos conocidos, parece quedar claro que su estrategia fue sorprender a sus oponentes con métodos desconocidos para ellos, hacer alianzas para tomar más fuerza y cubrirse las espaldas, además por cierto de indagar de algunas minas de oro y plata de las que tuvo noticia. En la actualidad Xonacatlán es un pueblo de buen tamaño y próspero con una respetable iglesia dedicada al patrón del pueblo, Santiago Apóstol, en donde ocupa el lugar principal representado como peregrino con una capa de terciopelo azul, de un azul demasiado subido, pero sin faltar las conchas vieiras prendidas a sus esclavinas y su sombrero, así como su libro, bordón y jícara.

San Miguel Tenexlatiloyan. Resulta importante, para lo que finalmente terminó por hacer el caminante, que el tramo Cuyoaco-Xonacatlán-Tenexlatiloyan resultara ser el último hecho en toda la Ruta de Cortés, lo cual obedeció al azar y no a la planeación. Por eso resultó especial llegar por segunda vez a este lugar donde el caminante fue recibido por un clima muy agradable en una tarde luminosa cuando pocos momentos antes tuvo que caminar en medio de un viento helado y la llovizna persistente, además, hace su entrada triunfal por el camino real recientemente restaurado y rebautizado como Calzada del Bicentenario.

Tenex. Acortamiento por el que han optado los habitantes del lugar, es un centro comercial regional donde los principales productos son la alfarería y la cantería, sin faltar diversas artesanías, todo esto se vende al por mayor pero también al menudeo. En la iglesia destaca una impresionante escultura de San Miguel Arcángel, el divino guerrero dispuesto a dejar caer su espada contra el mal y los infieles, pero se encuentra escoltado por dos figuras femeninas aladas vestidas sólo con telas transparentes y escotadas, tocadas con extraños penachos de plumas. En la primera ocasión el caminante llegó aquí en autobús en una noche lluviosa después de haber estado buscando sin suerte un lugar donde pasar la noche en Xonacatlán, en Tenex finalmente encontró un hotelito modesto pero cómodo y al siguiente día tuvo ocasión de ver el tianguis del pueblo con productos regionales y de otras latitudes. Resultó interesante ver como la gente se apiña para comprar cerámica al por mayor, seguramente para revender en otros lugares. Resultó por demás importante e impactante dirigir la mirada hacia el poniente, dominado por un alto macizo montañoso que el caminante tendrá que ascender, fue el inicio de un tramo difícil pero uno de los más interesantes, un reto por la topografía tan accidentada y lo difícil para encontrar la ruta correcta, pero al mismo tiempo la agradable experiencia de disfrutar paisajes arrobadores y sentir la verdadera ruta histórica en los propios pies.

Emilio Carranza. Inmediatamente de salir de Tenex se debe ascender por un sinuoso camino que, increíblemente, sube por lo que parece una pared vertical, cuando finalmente se alcanza la cima se tiene a la vista el espectáculo de las montañas y se adivina el camino que en frenético descenso lleva al valle del río Apulco, limitado por montañas de mayor altura de la que ya se superó,

es la imponente Sierra de Puebla que también dejó pasmados a los conquistadores. En un paraje boscoso se forma un pequeño valle y allí se encuentra el pueblo de Emilio Carranza, que la gente conoce más como Santa Cruz. No se pudo indagar nada sobre el paso de Cortés, pero es de suponerse que pasó por este lugar por ser el paso natural hacia el valle del Apulco, que sí es mencionado en las crónicas. Lo digno de mención fue observar una capilla muy antigua que conserva un artesanado primitivo de gran belleza, desafortunadamente ya muy deteriorado. Queda en el caminante el recuerdo poco agradable de que al querer cortar camino, se desbarrancó, y a consecuencia tuvo que soportar seguir el camino con una fea herida en la mano derecha, así como varios raspones en las piernas.

Zautla. Siguiendo el descenso de la montaña al poco se alcanza una bonita calzada que transcurre entre bosques y que lleva sin dificultad al importante pueblo de Zautla, al ir bajando por esta calzada se cree identificar claramente lo escrito por Cortés: "...llegué a un asiento algo más llano, donde pareció estar el señor de aquel valle que tenía las mejores y más bien labradas casas que hasta entonces en estas tierras habíamos visto, porque eran todas de cantería labradas y muy nuevas, y había en ellas muchas y muy grandes y hermosas salas y muchos aposentos muy bien obrados. Este valle y población se llama Caltanmi". No se ha encontrado alguna fuente que explique tal nombre, que no parece otra cosa que una invención del conquistador. Pero Bernal si se acerca al nombre actual que llama Zocotlán y apunta muy enfáticamente: "...que ya era otra manera de tierra". El editor de la historia de Bernal aclara, y este caminante así lo cree, que: "seguramente se hace referencia a Tzaocltan, nombre que en la actualidad se ha

convertido en Zautla”. Así pues, Zautla resultó un nuevo oasis para los propósitos de Cortés después de haber pasado por los accidentados parajes montañosos. Pero como explicación, para haber pasado tantas dificultades para llegar, se tiene el dato de que Cortés había escuchado que el origen del lugar tenía que ver con el cacique Zautic, que organizó a los naturales para explotar minas de Cozictle y de Iztacte, o sea, oro y plata. Así es que no fue casualidad su presencia con el cacique local Olintetle que le obsequió, en efecto, piezas de oro, y además pactó con él para darle hombres para la campaña. Otro dato interesante es que en este lugar vieron los conquistadores el primer tzompantli, hilera de calaveras, donde se ordenaban los cráneos de los sacrificados, mismo que les horrorizó. En la actualidad Zautla es un pueblo encantador con calles y casas de gran sabor provinciano, su iglesia, dedicada al Apóstol Santiago, es inmensa y de buen porte. En el altar el Señor Santiago, de buena hechura, rara combinación entre el Santiago Peregrino y el Santiago Matamoros, que deja adivinar una indecisión en el autor que terminó en curiosa mezcla. El atrio del templo se usa aún como cementerio. La plaza pública es muy agradable, con jardines llenos de variadas flores, el ayuntamiento mandó construir una torre para reloj que quedó como fuera de lugar y sin fisonomía propia. Pero, en resumen, queda como una agradable experiencia el haber visitado este muy recomendable lugar.

Contla. Ya transcurriendo por senderos del valle del río Apulco, siguiendo la dirección de aguas arriba como lo hizo Cortés, lo que prevalecen son los paisajes naturales, pues son pocos los pueblos que se ven, más bien son caseríos aislados como Pantlacán y Tlamanca, que cuenta con bonita capilla con un amplio atrio que

sirve de cementerio. En medio de la lluvia se llega a Contla, cuya capilla guarda sorpresivamente pinturas y esculturas del siglo XVIII, destacando una pequeña imagen de la Inmaculada Concepción, lograda con el arte del repujado en plata. En la margen opuesta del río se encuentra el pintoresco pueblo de San Andrés Yahuitlalpan, enclavado en el alto Cerro de Tehuehue, y visto desde lejos tiene un parecido con Taxco, Guerrero, la entrada al pueblo se hacía por un puente angosto muy antiguo con dos grandes arcos de piedra, pero una avenida del río lo destruyó y ahora sólo quedan las ruinas, el paso se hace actualmente por un puente moderno que construyeron a gran altura sobre el lecho del río. Cortés pasó por estos lugares siguiendo los pocos pasos accesibles de la cuenca encerrada del río Apulco, aprovechando también para reclutar gente para su ejército gracias al pacto que hizo con el cacique Olintel de Zautla.

Las Barrancas. Tramo especialmente importante para el caminante, ya que en las referencias consultadas se establece que la ruta que siguió Cortés se perdió, mientras que otros aseguran que regresó a Xonacatlán para seguir por un camino más accesible a Ixtacamaxtitlán. Pero siguiendo pasos y veredas para arrieros se llegó al pueblo de Las Barrancas, asentado en una alta meseta y enseguida un puente de un solo carril que salva la cañada que allí forma el río, de esta manera se pudo demostrar que el paso sigue vigente, y para confirmarlo sucedió de forma curiosa y azarosa que, caminando por una de las interminables veredas, el caminante se encontró con tres campesinos que quisieron saber qué hacía un forastero solitario en parajes tan apartados. Uno de ellos de forma espontánea expresó: “ah, tú vienes por lo de Cortés, has de ser profesor o algo así”, y luego explicaron que se tiene una

tradicción verbal que se ha pasado de una generación a otra de que el camino donde nos encontramos es el mismo que siguió Cortés para llegar a México, pero que antaño estaba cubierto de bosques, al grado de que pasaron por un túnel de verdor donde los rayos de sol apenas entraban. Uno de los campesinos con malicia preguntó si este caminante era pariente de Cortés, prudentemente se dijo que no y para terminar amigablemente el encuentro tan revelador se hizo la fotografía del recuerdo.

Tlajomulco. Se transcurre confiado por el camino que este caminante se dice descubridor, se pasa por parajes singulares como una profunda barranca labrada por el agua del río en la roca sólida, así como un pueblo de nombre sonoro Tetemanpango. Sin esperarlo se advierte una rara construcción de piedra, una pirámide prehispánica de regular tamaño y se piensa que es parte de lo descrito por Cortés: "...y en un cerro está la casa del señor con la mejor fortaleza que hay en la mitad de España, y mejor cercada de muro y barbacanas y cavas". A poco se llega a Tlajomulco, lugar que se visitó, con esta, tres veces, tiene su fama por el Santuario de San Francisco o del Señor del Buen Morir, construido en lo alto de una rara formación rocosa que algunos toman como una construcción humana como si fuera un alto castillo medieval, otros aseguran que el santuario da frente a otro prehispánico más antiguo, este caminante, con la base de haber subido al santuario, puede decir que tales suposiciones no tienen fundamento.

Ixtacamaxtillán. A pocos kilómetros se llega a otro lugar muy importante de la ruta, en la cual Cortés logró importante alianza con el cacique Tenamaxquilit y fue donde planeó su campaña

contra los tlaxcaltecas. Quedó el lugar plenamente identificado como parte de la ruta por el mismo Cortés, que escribió: "...me partí después de haber estado allí (Zautla) cuatro o cinco días, y me pasé al asiento del otro señor que está casi dos leguas que dije (definitivamente se quedó muy corto) el valle arriba que se dice Istacmastitlán". Por su parte Bernal explica el nombre que llevó el lugar durante algún tiempo: "y desde que vimos blanquear azoteas y las casas del cacique y los cúes y adoratorios, que eran muy blancos y encalados, parecían muy bien, como algunos pueblos de nuestra España; y pusímosle nombre Castil-blanco..." (otros autores establecen estos hechos en Zautla). Pero afortunadamente recobró su nombre original, ahora se conoce como San Francisco Ixtacamaxtitlán. Aquí se tuvo ocasión también de estar en tres oportunidades para admirar los muchos tesoros que guarda como el templo de San Francisco, logrado en un estilo románico tardío en piedra volcánica negra y su esbelto campanario asilado, el Palacio Municipal con dos murales significativos, uno recreando la visita de Cortés y el otro el paso del presidente Carranza a pocos días de ser asesinado, y también la plaza pública que en unos raros quioscos guarda dos monolitos antiguos que hablan algo de su gloria pasada.

Emiliano Zapata. Después de tan rica estancia en Ixtacamaxtitlán hay pocos datos de la ruta seguida por Cortés, se decidió seguir un camino a través de las montañas, en el trayecto se creyó identificar los restos de dos diferentes estructuras que reportaron los conquistadores en sus crónicas, la primera una gran muralla defensiva que cubría la distancia de una montaña a otra, y la segunda el tzoampantli que vieron los españoles y que les heló la sangre. Bernal seguramente impactado por lo que vio dio rienda

suelta a la imaginación y escribió: "...el rimero de calaveras y zancarrones sumaban cien mil, digo otra vez sobre cien mil". Se camina por un alto valle dominado por el pueblo de Texocuiupan con su templo dedicado a San Pedro, en su interior se aprecia una depurada estereotomía formando con piedra volcánica arcos, bóvedas, pilastras y otros elementos. Se continua el camino entre montañas pasando por Cruz de León, un caserío perdido hasta que ya cayéndola noche se alcanza el poblado de Emiliano Zapata montado en lo alto de un cerro de rara forma. En el Palacio Municipal de este lugar se pasó la noche dentro de un patio cubierto, llamado por la autoridad el teatro, poco se durmió escuchando un radio que reportó toda la noche los acontecimientos regionales.

Tzonpancingo. Se prosigue el camino ya por tierras llanas, se pasa por Lázaro Cárdenas donde se observó un mural dentro del Palacio Municipal que recrea las batallas que libró Cortés contra los tlaxcaltecas, incluyendo la muerte de un caballo hecho que así terminaba con el mito de su inmortalidad. Después se transcurre por campos agrícolas hasta llegar a Toluca de Guadalupe, pueblo reciente, y en seguida Xalostoc, con un bonito templo dedicado a San Cosme y San Damián. Siguiendo el camino se pasa la vía del tren de la histórica ruta Veracruz-México para alcanzar una amplia zona industrial después de la cual se llega a Quetzalcoapan y Tzonpancingo, lugares de primera importancia histórica, pues en sus inmediaciones se fraguó la guerra contra Tlaxcala, una guerra singular donde un día había encarnizados enfrentamientos y otro la llegada de embajadas con alimentos y regalos para los españoles. Pero al final se llegó a un pacto que tanto le serviría a Cortés pues sin esta alianza la conquista no se hubiera

consumado. Para los españoles era Zompantepec, que actualmente es un pueblo interesante. La parroquia del Divino Salvador ocupa un promontorio y guarda mucho arte en su interior, en particular se iba en busca de un cuadro donde aparece doña Marina, y se le considera el único testimonio gráfico de tan ilustre personaje, pues el autor se basó en la descripción de una persona que la trató de forma cercana, pero la gente del lugar no coopera y se justifican para no mostrar los tesoros nacionales diciendo que han sufrido muchos robos. El intento se hizo en dos diferentes ocasiones, en la segunda se tuvo finalmente acceso a ver las obras y se creyó ver un lienzo de grandes proporciones representando a doña Marina y a Cortés acompañados nada menos que por la Sagrada Familia en una composición muy interesante que deja a los personajes en su sitio, es decir, los terrenales en este mundo, los divinos en el cielo. En la plaza pública se observa una placa que informa: “El H. Ayuntamiento de San Salvador Tzompancingo y el Club de Leones de Apizaco A.C. conmemoran con esta placa el triunfo del ejército tlaxcalteca comandado por Xicotencatl Atzayatzin, sobre las fuerzas de Hernán Cortés el 5 de septiembre de 1519, en la que tuvo participación destacada el guerrero local Chichimecateutli, que al arrebatarse al ejército hispano su bandera cantó victoria el ejército tlaxcalteca”.

Tlaxcala. Prosiguiendo el camino por los llanos se llega a Ahuahuatepec donde, según los libros de historia, en el presbiterio de la iglesia había un cuadro muy raro donde aparece Cortés y doña Marina de pie, el conquistador en rara posición con los pies cruzados, como si estuviera bailando, un autor establece que es la prueba de que Cortés padecía la sífilis; pero los intentos por ver el cuadro fueron inútiles, nuevamente se presentó el muro

infranqueable de los encargados de la iglesia, hubo que conformarse con observar el bello retablo barroco con que cuenta el templo. De paso se llega a Apizaco, que es población relativamente moderna y, por lo tanto, no existía al paso de Cortés, pero de todos modos es población interesante ligada a la historia del ferrocarril, pues allí se estableció el primer taller para la reparación de las locomotoras. La distancia a Tlaxcala es relativamente corta, pero se tienen muchos vestigios prehispánicos, destacando Atlhuetzía, donde se observan basamentos de antiguas pirámides como cimientos de un antiguo templo y convento ya prácticamente en ruinas, pero que aun así dejan ver la gran importancia que tuvieron y la arquitectura depurada con que se construyeron. Se llega a Tlaxcala por el rumbo de Santa Ana Chiautempan (por premura de tiempo el tramo Apizaco–Tlaxcala se hizo en sentido contrario). Tlaxcala es hoy una ciudad relativamente grande pero conserva el sabor provinciano y una fisonomía agradable, es el lugar donde se tienen más elementos que recuerden la conquista, empezando por el lema que se ve plasmado en anuncios oficiales por toda la ciudad y el estado: “Tlaxcala, cuna de la Nación”. En el Palacio de Gobierno se tiene la gran obra mural de Desiderio Hernández Xochitcotzin, que relata la historia antigua de Tlaxcala. La iglesia de Nuestra Señora de la Asunción guarda la pila bautismal donde fueron convertidos al cristianismo cuatro senadores: Maxicantzin-Lorenzo; Xicohtencatl el viejo-Vicente; Tlahuexolotzin-Gonzalo; Zitlalpopocatl-Bartolomé. La misma iglesia tiene en su techo un portentoso artesonado de bello y elegante diseño y el antiguo convento es hoy el Museo Regional. El Santuario de Nuestra Señora de Ocotlán es producto de una tradición similar a la del Tepeyac, inclusive el protagonista indio lleva también el nombre de Juan Diego, pero en este caso con el agregado de Bartolomé. No

se puede dejar de mencionar la Capilla Abierta de San Francisco, posiblemente la primera y donde tuvieron lugar las primeras representaciones del evangelio en idioma Náhuatl. El mercado sigue en el mismo sitio que conocieron los conquistadores y que Cortés describió de esta manera: “hay en esta ciudad un mercado en que casi todos los días hay en el de treinta mil ánimas arriba...”. También se menciona la fuente de los bergantines, que hace recordar otra de las epopeyas de la conquista cuando Cortés, después de la Noche Triste, manda construir 13 barcos en Tlaxcala, desarmarlos luego para trasladarlos a Texcoco y allí volverlos a armar para apoyar al sitio de la Gran Tenochtitlan, que finalmente conquistaría y destruiría, algunos autores comparan este episodio con el Caballo de Troya. El caminante quedó impactado con lo que vio pero también con lo que no vio, por ejemplo imaginar la llegada triunfal de Cortés a la ciudad colmada de adoratorios y palacios policromados con la gente expectante en todos los rincones. Así como la ocasión en que Cortés entregó a la autoridad tlaxcalteca a un natural al que se le sorprendió robando las pertenencias de un español, el desdichado fue ejecutado en público golpeándole la cabeza con una gruesa estaca hasta hacerla estallar. Pero hay otros recuerdos antiguos materializados como la gran escultura que representa al héroe legendario Tlahuicole que los mexica condenaron al duelo gladiático, amarrado a una gran piedra cilíndrica armado sólo con una navaja de obsidiana debió enfrentar a guerreros bien pertrechados, venció a ocho de ellos pero en lugar de darle el indulto según la ley, lo llevaron a la piedra de los sacrificios.

Tepeyanco. Se presentaron algunas dudas para identificar la ruta, pero finalmente se eligió la mejor a juzgar por los resultados, se

pasa por lugares que conservan evidencias como Acuitlapilco, que cuenta con un monumento público que recuerda el paso de Cortés, una placa ostenta: “Camino de Tlaxcalanco, tal era el nombre antiguo de este camino que recorrió Hernán Cortés el 12 de octubre de 1519 cuando marchó sobre Cholula...”. Cerca del lugar existe una construcción muy rara digna del arte Kirsch, que lleva el nombre de Palacio de Cortés y más adelante una escuela de turismo que por medio de bajo relieves de yeso se representa la epopeya de las guerras entre tlaxcaltecas y españoles. Después de caminar por el amplio valle se llega a lo alto de un cerro en cuya cima se encuentra el pueblo de Tepeyanco, que significa “En el cerro nuevo”, lo cual dice de los conocimientos geológicos de los antiguos habitantes. Aquí hay dos grandes construcciones religiosas, una de ellas lo que parece un antiguo y grande convento, ya casi en ruinas, que fue construido sobre basamentos prehispánicos, y el templo en funciones, que cuenta con un retablo barroco considerado como una joya colonial. Después se pasa por Xacatelco, cercano a la zona pulquera de Nanacampa, que se dice productora del mejor pulque del mundo. Se llega al pueblo de San Toribio Zicohtzinco, que cuenta con un templo muy bello con una portada del estilo barroco poblano y su cúpula de rara geometría.

Cholula. Se transcurre por el valle y el pueblo de Zacatulco, la región está dominada por el paso de varios ríos como el Zahuapan, el Atoyac y el Tlapulac, que forman parte del Balsas, se pasa por muchos puentes y se piensa que los conquistadores tuvieron que vadear las corrientes con las indicaciones de sus guías, estas corrientes actualmente se encuentran sumamente contaminadas, pero antaño eran fuente de agua limpia. Aquí se presenta el gran contraste del pasado respecto a lo actual, Cortés pasó por amplios

campos de cultivo, en cambio ahora hay que hacer significativos rodeos por las grandes plantas industriales. Sirve de fondo y de faro para llegar a Cholula, la Gran Pirámide de Quetzalcóatl coronada por el Santuario de Nuestra Señora de los Remedios, construcción colonial edificada, según las creencias de la época, como un descomunal exorcismo. Pero el Santuario ha sido destruido por terremotos en varias ocasiones, las más sabidas en 1864 y 1999, lo cual parece indicar que la lucha entre deidades no ha concluido. Hay que decir que el Santuario luce un decorado reciente y fabuloso, principalmente en el camarín de la Virgen. Han montado un pequeño museo donde el caminante quedó impactado al ver una fotografía de un Santo Niño que desapareció en el temblor de 1999. Además Motolinia refiere que en 1535 fue destruida varias veces por rayos la Cruz que se había colocado en la cima en el antiguo adoratorio, hasta que sacaron los ídolos y las ofrendas de chalchihuites y caracoles. Cortés nunca mencionó en sus cartas la gran pirámide de Cholula, posiblemente por soberbia y envidia, y al caminante le pareció escuchar los gritos de terror y angustia de las víctimas de la matanza que ordenó Cortés sobre los habitantes naturales de Cholula, según él para “prevenir antes de ser prevenido”. No se puede dejar Cholula sin ver algunas de las múltiples capillas con que cuenta, muchas de ellas asentadas en los basamentos de los adoratorios prehispánicos que según Cortés había uno por cada día del año. Destaca el conjunto religioso que comprende el Templo y Monasterio de San Gabriel, la iglesia de la Tercera Orden y la Capilla Real, esta con una inmensa sala hipóstila cubierta con múltiples cúpulas, lo que hace recordar la Mezquita de Córdoba. Lo más significativo de la visita a Cholula fue ascender a la Gran Pirámide de Quetzalcóatl, la mayor del mundo, esa estructura dice que el pasado está presente.

Calpan. En una segunda visita, se pernocta en Cholula y se tiene la oportunidad de ver la Gran Pirámide y el Santuario profusamente iluminados un espectáculo memorable y quizá comparable, aunque con otras técnicas a lo que se podía ver en su época de esplendor. Se camina por San Andrés Cholula, y al poco sin discontinuidad por San Pedro Cholula. En el horizonte se tiene la oportunidad de ver un raro fenómeno natural al ascender de las faldas del Popo una nube que como una gran dona terminó coronando la cima. Para llegar al pueblo de Calpan se tiene como señal y faro un cerro de curiosa forma, como una pirámide truncada, y se hace presente lo escrito por Bernal: "...y así caminando llegamos a unos ranchos que están como en una serrezuela, que es población de Guaxocingo (Huejotzingo), que me parece se dicen los ranchos Iscalpan, cuatro leguas de Cholula". Calpan tiene gran notoriedad por su antiguo monasterio agustino de San Andrés, lo primero al estar allí fue buscar un lugar fresco, y qué mejor que la capilla abierta para admirar sus grandes arcos, y en seguida visitar las capillas posas, que son lecciones de teología grabadas en piedra. En una de ellas resultó interesante observar la representación de Cristo, inspirado seguramente en un grabado griego antiguo, como si fuera Zeus con los músculos marcados disponiendo el destino de los mortales y los inmortales. El templo es inmenso, con algo del estilo románico y del gótico, se trata de una estructura sólida y pesada levantada con grandes sillares de piedra volcánica, la portada es plateresca, llena de simbolismos relacionados con el patrón del templo y del pueblo: San Andrés. Resulta significativo ver en uno de los muros un medallón labrado en piedra que parece ser una versión primaria del Escudo Nacional. Se hace un almuerzo tardío en el Mesón del Abuelo, que en sus muros tiene murales de un artista local que, en un estilo festivo, representa a un conquistador,

posiblemente Cortés, a la mesa que se ve repleta de viandas y bebidas y se hace acompañar por tres damas elegantes y de buen ver, dos morenas y una rubia que parece indiferente a todo.

Huejotzingo. No todo fue seguir una ruta bien definida, en ocasiones hubo extravíos, el principal de ellos fue cuando se quiso llegar al Paso de Cortés por un camino directo por la montaña, fue una etapa prácticamente perdida, aunque se estuvo cerca de la meta, pero lo positivo fue visitar el pueblo de Huejotzingo, y en particular el antiguo monasterio de San Miguel y el templo anexo de San Diego, conjunto que fue iniciado en 1524 por el fraile Juan de Alameda. Se reconoce una combinación de plateresco y mudéjar. El portal de peregrinos, formado por dos grandes arcos de gruesa imposta decorados de forma distinta y la gran columna central con su fuste simulando el tallo de una planta fantástica, lo cual recuerda los templos del Egipto ptolemaico. También destacan las capillas posas que compiten con las de Calpan, pero en este caso el decorado es de estuco y no de piedra labrada, además en los dos casos se identifica la mano de obra de los artesanos naturales. Cortés no pasó por este lugar sino por Calpan pero recibió una embajada de los huejutzincas que antaño tenían su capital cerca de Cacaxtla, Cortés informa que recibió regalos de poca monta, pero no los rechazó, como tampoco lo hizo con la gente que se le asignó como guerreros o cargadores. Después el caminante hizo el asenso a la montaña, se pasó por el pueblo de Domingo Arenas y muy por arriba de los pueblos de Santa María Texcac y San Buenaventura Altica, pero el transcurso por el camino de los carboneros resultó muy pesado, al grado de que no se pudo llegar a la meta, o sea, el Paso de Cortés, que sin embargo ya estaba cerca, unas tres horas. Se cortó por lo sano y

mejor se desandó el camino esperando otra oportunidad. Se contó con la hospitalidad de la gente del campo que compartió unos ricos tacos bien picosos.

San Nicolás de los Ranchos. Ya habiendo rectificado la ruta y aprender de forma muy explícita que no se debe subir a la montaña por veredas desconocidas, se vuelve el caminante a Calpan y sube por el camino de terracería hasta el pueblo de San Nicolás de los Ranchos, cuya iglesia es atractiva y meticulosamente conservada en sus decorados interior y exterior, su cúpula recubierta de azulejo al estilo poblano. El lugar adquirió notoriedad nacional en 1995 por las erupciones del volcán Popocatepetl, Don Goyo, que amenazaba a este y otros pueblos de la región de ser sepultados por la lava, cosa que afortunadamente no ocurrió pero la gente fue evacuada más de una vez.

Yacuilapan. El pueblo montaños de San Pedro Yacuilapan es disperso, una serie de caseríos sembrados entre altas montañas y pequeñas vegas, el templo es también pulcro, aunque de construcción más reciente al anterior. El caminante se dice con suerte porque camina bajo un clima templado agradable, inclusive a ratos caluroso, en contraste con lo que encontraron los conquistadores, Bernal escribe que los sorprendió una intensa nevada con las consecuencias graves para los acompañantes de la costa, no acostumbrados a tales rigores climáticos y sin la ropa adecuada. En ausencia de la nieve y para aprovechar el clima benigno el caminante se compró un helado que fue lo más próximo que se le ocurrió a las condiciones encontradas por los conquistadores.

Xalatzintla. El último pueblo en la vertiente sur de la Sierra Nevada es Santiago Xalatzintla, donde tienen lugar espectaculares fiestas patronales en julio en honor de Santiago Matamoros, que además de estar representado en el altar del templo y en una pequeña capilla, como si fuera un templo grande a escala, también está presente en las dos hojas de la puerta principal del templo en alto relieve hecho con maderas de diferentes tonos y texturas, una verdadera obra maestra de artesanía digna de verse. En el interior del templo por el bajo coro, se tiene un cuadro donde se ve a Santiago descendiendo entre los volcanes en medio de nubes blanquísimas como su mismo caballo, abajo se representa el templo y a un lado soldados a caballo con las lanzas en alto y a sus pies infieles caídos y decapitados que se confunden con las almas del purgatorio, que complementa la escena y a la izquierda jueces o autoridades españolas con raro estandarte que hacen rodar más cabezas por el suelo. En estos lugares los conquistadores, como este caminante, ya tenían a la vista el puerto entre los volcanes sabiendo que al descender tendrían cerca ya la tan buscada y soñada capital del imperio. Como estableció Fernando Benítez, se iniciaba así la etapa más emocionante de la ruta iniciada en las playas de Chalchihuecan.

Paso de Cortés. Lugar del antiguo Tlamacas, entre los volcanes, al cual se llega por el camino de terracería que serpentea entre grandes elevaciones y profundas cañadas. Cerca de la meta sobresale una formación rocosa impresionante que parece el último intento petrificado de la montaña por seguir en actividad, en esa masa rocosa destaca una construcción con fines religiosos prendida como con clavos a la roca. Para el caminante significa llegar al principio de su particular aventura, puesto que el propósito de seguir la Ruta de Cortés se inició aquí, precisamente en el monumento del Paso de Cortés, que se tiene ahora a la

vista, tal como se registró en el libro ya publicado, y ahora con la alegría casi vanagloria de haber culminado el importante ascenso desde la otra vertiente. También se tiene a la vista el Albergue de Tlamacas, que sigue cerrado, todo en el marco siempre presente de los volcanes, que además parece que ya se enojaron aunque no mucho pues el clima cambia de improviso y caen brizas de hielo como pequeñas canicas que ruedan por el suelo en un remedo tímido de lo que describió Bernal al expresar que se cuajó la montaña de nieve. Ante tanto frío se decidió emprender el descenso en la dirección en que se venía.

Nexapa. El descenso se hace por una carretera pavimentada con algo de aprensión al pasar por el retén militar, se llega a San Pedro Nexapa, a donde llegó el ejercito español que después de cruzar las montañas acampó en este punto y no en el paso de Cortés como lo aseguran algunos autores. En esos tiempos existían unos alberges a manera de mesones para los mercaderes y donde según Cortés les ofrecieron aposentos muy buenos y les acercaron mucha leña para combatir el recio frío. El templo del lugar dedicado a San Pedro destaca por sus muros de piedra volcánica de diversos tonos desde el amarillo al rojo. En el altar el mismo San Pedro que parece estar padeciendo de frío, un frío ancestral.

Amecameca. Al bajar de la montaña se encuentra un amplio valle dominado por el importante, antes y hoy, poblado de Amecameca, Cortés señala que con los pueblos vecinos llegaría en esos tiempos a veinte mil habitantes y que fueron aposentados en unas muy buenas casas del señor del lugar. Ya no quedan vestigios de las edificaciones prehispánicas cuyos materiales forman hoy parte de otras construcciones, pero si monumentos coloniales de primera

magnitud como el patio del antiguo monasterio de Nuestra Señora de la Asunción con su fisonomía del románico tardío que lo hace uno de los monumentos inmuebles más importantes del Estado de México. En Amecameca y toda la región está presente la memoria del fraile Martín de Valencia, que vino al frente de los 12 evangelizadores franciscanos que fueron la base de la conquista espiritual y cuyos restos se encuentran en el cercano Santuario del Sacromonte, lugar donde se venera un Santo Sepulcro dentro de una gruta que ahora forma parte de la capilla. En el cercano poblado de Ozumba su templo guarda un lienzo de grandes proporciones, que representa a Hernán Cortés recibiendo al fraile Martín de Valencia el 23 de julio de 1524, una copia del mismo se pudo ver en lo que queda del monasterio, allí en Amecameca.

Panoaya. Otra presencia regional de un gran personaje se tiene en la antigua hacienda de Panoaya en la persona de Sor Juana Inés de la Cruz, que pasó su niñez en este lugar, convertido hoy en un conjunto cultural y de esparcimiento, y cuya capilla aparece en los billetes de doscientos pesos. El abuelo de Sor Juana, administrador entonces de la hacienda, fue para ella un padre y un mentor. Octavio Paz menciona, al respecto, que el abuelo era persona amante de los libros y de la cultura, y asegura que sus libros le abrieron a la niña las puertas de un mundo distinto al de su casa, que se convertiría en la razón y pasión de Sor Juana.

Tlalmanalco. Se camina por senderos agradables y pueblos pintorescos como Aldea de Reyes y Zentlalpan. Se pasa por entre conos volcánicos llamados los Tenayos, responsables de que en el pleistoceno final (apenas hace dos millones de años), la cuenca de México se cerrara totalmente. Al descender por la zona

montañosa se encuentra Tlalmanalco, lugar importante y digno de visitarse. Cortés no lo menciona explícitamente en su relación pero Bernal si, y establece que en este lugar se llevó a cabo importante conferencia con los principales de la región, incluyendo el señor de Chalco. Actualmente uno de sus principales atractivos es la capilla abierta. El arquitecto Vicente Mendiola asegura que la más bella, la más monumental de todas las capillas del Anáhuac está en Tlalmanalco, que es de estilo plateresco tan rico como la Universidad de Salamanca o el Hospital de Santa Cruz en Toledo. Mucho significado encierran las piedras labradas a manera de un mapa para el creyente, a fin de acceder a la Jerusalén Celestial. Se pueden observar vestigios de construcciones prehispánicas hechas con un mortero muy duro a base de cal y polvo de piedra de tezontle.

Chalco. Saliendo de Tlalmanalco se pasa por San Mateo Tezequiapan, hoy conocido como Miraflores, donde existió una importante fábrica de hilados movida por ruedas hidráulicas; bajando una pendiente muy pronunciada entre campos de labor se llega a Tlapala, hoy lugar afamado por sus muchos conjuntos musicales para amenizar fiestas. Estando Cortés tan cerca de Chalco, por alguna razón no lo visitó, o por lo menos no quedó registrado. En cambio este caminante si lo hizo porque Chalco, como antaño, sigue siendo el lugar más importante de la región, de hecho fue reino independiente antes del dominio mexicana. El centro se encuentra dominado por el importante e imponente templo dedicado al Apóstol Santiago, cosa que motiva recuerdos personales por el Camino de Santiago en España y se especula sobre la posibilidad de algún día tener un Camino de México siguiendo la ruta que en este escrito ocupa.

Ayotzingo. Así como Chalco, Ayotzingo fue importante puerto lacustre, y en la época de la conquista tenía gran importancia comercial como puerto de entrada y salida de mercancías a y de la Gran Tenochtitlán. Pero en este caso es indiscutible punto de la ruta, Cortés no acierta a mencionarlo por su nombre y Bernal le dice Acacingo, pero coinciden en que se trataba de un pueblo mitad construido en tierra firme y la otra en el agua y que era puerto. En el paso a este lugar se pasa por Cocotitlán, “Lugar de tortolas”, que es pueblo raro encaramado en una loma puntiaguda, después Temamantla, “Escalera de piedra”, y Atlazalpan, cuyo significado no se registró. Destaca en Ayotzingo el templo y convento de Santa Catarina, que aun funciona como tal. Se nota aquí lo establecido en las crónicas acerca de que mitad del pueblo estaba sobre el agua, ya que la parte de la construcción que quedó en el antiguo lago se encuentra con graves daños y en ruinas, mientras que la de tierra firme se encuentra sana. La plaza pública lleva el nombre de Fray Martín de Valencia, que murió en este lugar el 21 de marzo de 1534 cuando, viendo su gravedad, intentaron llevarlo en canoa al hospital en la Ciudad de México, pero el fraile, sintiendo próximo el fin, pidió que lo llevaran a tierra, muriendo en los brazos de un compañero, Antonio Ortiz, que había hecho la profecía, cuando ambos estaban todavía en España, de que tal cosa ocurriría. En Ayotzingo se da el raro caso de que la avenida principal lleva el nombre de Hernán Cortés.

Mixquic. Como no existe consenso para llegar a Mixquic se hicieron dos rutas, una por Huitzilingo, por lo que fue una antigua calzada limitada por árboles y la otra por la orilla del antiguo lago, pasando por Ayotzingo y Tzompa, antes Tzompaltenco. Bernal se refiere al lugar como Mizquique y que renombraron

Venezuela, o sea pequeña Venecia, y que tenía tantas torres y cúes (adoratorios) que blanqueaba, por su parte Cortés lo pondera como bello y armado, construido, totalmente sobre el agua. Actualmente Mixquic se ha ganado la denominación de pueblo mágico, destaca la sobria construcción del templo dedicado a San Andrés con una parte muy antigua y en cuyo atrio existe un cementerio muy poblado, es decir, las tumbas se encuentran muy próximas una de las otras, y en día de muertos se lleva a cabo un ritual que ha cobrado mucha fama. En el patio de lo que queda del antiguo convento se han colocado una serie de piedras prehispánicas, destacando dos grandes ruedas del juego de pelota y una figura yacente, un Chac-mool que recuerda al de Chichen Itzá.

Tecomitl. Siempre siguiendo la orilla de lo que fue el lago y tomando como referencia el mapa del arquitecto Luis Gonzáles Aparicio, se pasa primero por San Nicolás Tlatilco, no mencionado en las crónicas antiguas, pero seguramente parte de la ruta. La iglesia tiene su torre dispuesta en diagonal, además cuenta con buena presencia, pero se nota ya inclinada por los asentamientos causados por lo blando del suelo, problema que se generaliza en todo lo que fueron los lagos. Se camina por las proximidades del volcán Tehuitli, que marca el lindero de las delegaciones Tlahúac, Milpa Alta y Xochimilco. En poco trecho se llega a San Antonio Tecomitl, pueblo ya con fisonomía de suburbio del Distrito Federal. Cuenta con una iglesia respetable en tamaño y arquitectura que se encontró blanquísima, recién encalada. Ya casi sin discontinuidad se pasa a Tlatelpa, señorío del túmulo de tierra, donde ahora existe un inmenso desarrollo habitacional y en seguida San Juan Ixtayopan, donde se observó una ermita que conserva una bella imagen de la Dolorosa en un estilo antiguo que combina la pintura, los textiles, la madera grabada y el repujado en plata.

Tulyehualco. Al continuar el camino se encuentra la loma del Parque de los Olivos que, en efecto, cuenta con muchos árboles de esa clase cuyos troncos, arrugados y retorcidos, dan cuenta de su prolongada edad, ya que fueron traídos por los primeros evangelizadores. El camino se hace entre una sucesión interminable de casas, en una de ellas se observó una rara escultura representando un indio armado que enfrenta a un caballo sin jinete, lo cual hace ver que la gente recuerda, con toque lúdico y festivo, lo ocurrido hace ya casi 500 años. Bajando la loma se llega nuevamente al nivel de lo que fue el lago y se entra en Tulyehualco, que estaba construido en parte sobre la laguna, pero que hoy es un asentamiento que perdió, o no se supo buscar, su fisonomía antigua.

Tláhuac. En seguida de Tulyehualco existía un canal natural de cierta profundidad de unos siete kilómetros de longitud que comunicaba los lagos de Chalco y de Xochimilco, más o menos en la parte media se encontraba la isla donde se construyó Cuitláhuac, hoy Tláhuac. Para cruzar el canal existía una calzada en dos tramos, de Tulyehualco a Tláhuac y de este lugar a Tlaltenco. Cortés describe la calzada tan ancha como una lanza jineta (lanza corta) y añade que por la calzada fueron a dar a una ciudad de lo más hermosa, aunque pequeña, que hasta entonces habían visto. La calzada se ha convertido en la avenida Tláhuac-Tulyehualco, y poco antes de llegar a Tláhuac se presenta sorpresivamente una pequeña laguna y algunos canales, que es lo único que queda del aquel cuerpo de agua, lleva este paraje el nombre de Parque Turístico de los Reyes Aztecas, que ofrece al visitante trajineras para paseos acuáticos y lugares para comer platillos típicos, incluyendo comida autóctona como los huevos

de mosco. Al poco ya es el poblado, que sigue siendo una isla, pero no en un lago de agua sino de construcciones apretadas y disformes. La iglesia, dedicada a San Pedro, es bella, y en anexo lo que queda del antiguo monasterio, que ya perdió su capilla abierta, y en el patio otra gran rueda del juego de pelota, en el interior se aprecia un retablo barroco digno de ser visitado.

Tlaltenco. Se sigue caminando por el segundo tramo de lo que fue la calzada, aunque de ella ya no se tengan restos, al poco sale al paso un pórtico antiguo de piedra, una placa explica: Puerta de Tlaltenco, principios del siglo XIX para vigilar la entrada y salida de transeúntes: Tláhuac y Tlaltenco eran una isla prospera para la agricultura, pero había bandas de facinerosos que se decían insurgentes. Llama la atención que en época tan tardía eran estos lugares islas y, por lo tanto, se podía llegar por vía fluvial desde México y seguir hasta Chalco.

Mixcóatl. Se inicia ahora el paso por la sierra de Santa Catarina, o su prolongación, que tiene en el mapa una forma alargada, como de moño o de riñón, formada por una sucesión de conos de volcanes extintos que forma una especie de puente natural entre los lagos de México, Chalco, Xochimilco y Texcoco. Destacan los volcanes Yahualixqui a la derecha y el Xaaltepec a la izquierda, pero de este sólo queda menos de la mitad porque durante muchos años se ha explotado como banco de material de construcción. Al final de esta extraña sierra se encuentran dos pueblos que tuvieron importancia: Tezonco y Mixcóatl, este último sugiere un origen tolteca, pues lleva el nombre de rey tolteca engañado y asesinado por sus enemigos, padre de Quetzalcóatl, sin embargo, ahora son pueblos o colonias dispersas construidas con materiales precarios.

Iztapalapa. De Mixcóatl partía otra calzada antigua que conducía

a las faldas del Cerro Huixachtitlan, hoy de La Estrella, ya muy próximo o en Iztapalapa. Dichas calzadas eran obras de ingeniería hidráulica portentosas que contaban con esclusas y compuertas para controlar el flujo y la navegación, además de separar el cuerpo de agua salada de Texcoco del agua dulce para el cultivo, se considera la primera obra de carácter ecológico. Según relatos antiguos Ce Ácatl Topiltzin Quetzalcoatl recobró el trono de su padre Mixcóatl venciendo a los usurpadores y asesinos, buscó los restos de su padre, a quien divinizó y le construyó un templo en lo alto del Cerro de la Estrella. El asenso a dicho cerro es obligatorio; en la cúspide, en efecto, hay varias pirámides, pero si hubo una en honor de Mixcóatl ya quedó de cimiento de las más recientes. La pirámide principal tiene orientación norte-sur, lo cual es poco común. En las faldas del cerro se encuentra un interesante museo de sitio, allí se localizó el dato de que en 1430 el señor mexica Itzcóatl venció al rey tepaneca Maxtla, y así Iztapalapa se convirtió en un señorío con cierta independencia, con su hijo Cuitlahuac I como gobernante. Posteriormente resultó una de las posesiones más preciadas de Moctezuma II, donde mandó hacer un jardín botánico y grandes palacios con albercas llenas de aves acuáticas. A la llegada de los españoles gobernaba Iztapalapan Cuitlahuac II, hermano de Moctezuma y enemigo encarnizado de los españoles, a los que quería mandar a la piedra de los sacrificios. Es también obligatorio, estando en Iztapalapa, visitar el Santuario del Señor de la Cueva, que tiene su origen en la tradición de una imagen de Oaxaca que traían para ser reparada en México y la gente que lo traía decidió pernoctar en una gruta del Cerro de la Estrella, pero la imagen adquirió tanto peso que no pudieron moverla, interpretando el hecho como deseo de permanecer en el lugar. Se construyó una ermita y más adelante se presentó la desgracia

de una epidemia de cólera, los habitantes se encomendaron al Señor de la Cuevita que los libró del mal y en agradecimiento se construyó el Santuario, y desde entonces se cumple lo prometido: representar la Pasión cada año en Semana Santa.

Mexicalcingo. Lugar importante en la historia antigua que comparte con México, significa “Lugar o plaza de la guerra”. Según algunas opiniones era el lugar de donde partía la calzada que, por en medio de la laguna, llevaba a la Gran Tenochtitlán, mientras que otros la ubican en Huitzilopochco, hoy Churubusco. El caminante, ante la disyuntiva, decidió recorrer las dos alternativas en distintas ocasiones: por Mexicalcingo, siguiendo la actual Calzada de la Viga, y por Churubusco, siguiendo la Calzada de Tlalpan. Se visita el conjunto religioso del templo y antiguo monasterio de San Marcos Evangelista, conserva un retablo muy antiguo con la representación curiosa y singular de un San Marcos sufriente al igual que el León, que le acompaña y le simboliza. En el patio de lo que fue el monasterio se ve en los muros gran cantidad de esteras donde cultivan variadas clases de orquídeas.

Culhuacán. No forma de hecho parte de la ruta, ya que no se menciona que hayan pasado los conquistadores por el lugar, aunque sí se registró que recibieron embajadores de ese antiguo reino. De todos modos este caminante lo incluyó en su itinerario por la gran importancia que tuvo en la historia antigua. Fue la primera capital Tolteca antes que Tula y fue determinante para la base en que formaría el Imperio Mexica; al principio los venidos del norte no fueron bien recibidos y fueron rechazados por todos los pueblos lacustres, pero los de Culhuacán los tomaron como mercenarios para combatir a sus enemigos de

Xochimilco, los mexica, basaron su estrategia en largas varas cuya punta endurecieron al fuego y utilizaron para desplazarse por las tierras anegadas a manera de pértigas y llegado el momento como armas. Vencieron a los xochimilcas y en premio recibieron tierras y cierta libertad por parte de los de Culhuacán, iniciando así su encumbramiento. Los mexicas nunca olvidaron ese gesto y para ser legítimos sus reyes debían portar sangre de la nobleza tolteca a través de Culhuacán, se decían así herederos de la grandeza tolteca de la que adoptaron la lengua y mucho de la religión, algo comparable, guardando las proporciones, con lo ocurrido en Roma respecto a Grecia. Adicionalmente a los mexicas les atrajo llamarse a ellos mismos Colhuas, tal como lo registró Cortés en sus crónicas. Posteriormente Culhuacán fue elegido como lugar de descanso para los veteranos de guerra, que como premio a sus hazañas se les ofrecía casa, comida y entretenimiento en un lugar apacible, algo comparable a la Emérita Augusta (Mérida) de los romanos en Hispania. Actualmente Culhuacán se encuentra inmersa en la gran ciudad, pero si se identifican huellas de su gran pasado; está la Capilla del Señor del Calvario, con una tradición similar al Santuario de Nuestro Señor de Chalma, y que ocupa lo que fue el palacio de los antiguos reyes. También es importante el edificio del antiguo monasterio agustino de San Juan Evangelista (siglo XVI) rescatado por el INAH y que ahora alberga un interesante museo que da cuenta de la historia antigua y colonial, también se rescató parte del antiguo embarcadero para formar El Parque Histórico, donde se recrea algo de lo que fue el lago y el canal que alimentaba el primer batán construido en la Nueva España para la hechura de papel, en el monasterio funcionó un seminario de lenguas para la enseñanza de las lenguas indígenas a los españoles y el idioma español a los naturales. El caminante nunca ha tenido una lección

de historia tan interesante y agradable como la que se produjo de su visita a Culhuacán y en particular al antiguo monasterio.

Churubusco. De Mexicalcingo se transcurre por la Avenida Ermita Iztapalapa hasta llegar, un poco hacia el norte, al importante lugar que originalmente se llamó Huitzilopochco, “Lugar donde reside Huitzilopochtli”, que por deformación lingüística pasó a ser el actual Churubusco. Ya no queda nada del antiguo adoratorio, pero se puede suponer que las piedras se usaron para construir el grandioso ex convento de San Diego, hoy Museo de las Intervenciones y sede de la Escuela de Restauración del INAH. El museo es digno de visitarse, se puede decir que son dos museos un uno, por una parte lo relacionado con el rescate del edificio y algunas de sus obras de arte y objetos de la vida cotidiana, y por otra la parte histórica referente a las muchas intervenciones extranjeras principalmente del país vecino del norte que por poco nos deja sin patria. Un puente que allí existió y el edificio del convento fueron escenario de la Batalla de Churubusco, uno de los últimos intentos desesperados por contener a los invasores y donde se presentó el hecho de la ayuda del Batallón de San Patricio, formado por soldados de origen irlandés que decidieron pasarse al lado mexicano al identificarse con los oprimidos. En este lugar el general Pedro María Anaya acuñó su famosa frase “si hubiera parque no estaría usted aquí” como respuesta al general Twiggs, jefe de la columna enemiga, al pedir las municiones restantes.

Coyoacán. Otro lugar no exactamente en la ruta pero que tuvo gran importancia histórica, por ejemplo cuando Cortés decidió establecer su base de operaciones en este lugar luego de la toma

de Tenochtitlán y mientras se construía la ciudad de México. Cortés, en su testamento, manifestó su deseo de que sus restos descansaran en este lugar, en particular en un convento de monjas que mandaba hacer, deseo que finalmente no se le cumplió. Actualmente Coyoacán es un lugar que conserva algo de sabor provinciano en medio de la gran ciudad, que ofrece múltiples atractivos como el Museo Frida Kalho, la casa donde murió León Trotsky, alcanzado finalmente por el largo brazo sangriento de Stalin. Mención especial merece el templo, cede de la parroquia de San Juan Bautista, con una bóveda inmensa cubierta enteramente en su superficie interior por bellas pinturas.

Xolotl. El caminante recorrió las dos posibles calzadas por donde Cortés finalmente ingresaría a la capital del imperio que él desafió, y convergen ambas opciones en la ermita de San Antonio Abad lugar donde se ubicaba el Fuerte de Xolotl, que era la defensa interna y puerta de entrada a la Gran Tenochtitlán. Pasando este retén, después de cruzar un puente, según versión del conquistador, tuvo lugar la entrevista entre el Tlatoani Mexica Moctezuma Xocoyotzin y Hernán Cortés, entrevista de gran carga emotiva donde se ponía un juego el destino de lo que sería México y que ha motivado muchas interpretaciones literarias, gráficas, teatrales y líricas. Quedan en la zona importantes edificios relacionados de alguna manera con aquellos hechos, iniciando por la ermita de San Antonio Abad, edificio que el temblor de 1985 dañó severamente y se mantiene prácticamente en ruinas; la Capilla de la Inmaculada Concepción de Tlaxcoaque, catalogada como la más antigua de la ciudad y donde se venera a San Caralampio; el Hospital de Jesús, institución fundada por Hernán Cortés y que sigue prestando servicios de salud desde entonces, el templo de Jesús Nazareno

anexo al mencionado hospital, cuya bóveda tiene un mural de la interpretación del Apocalipsis, obra del muralista José Clemente Orozco, y en uno de los muros del ábside se empotró la urna con los restos de Cortés después de un peregrinaje que incluyó dos tumbas cerca de Sevilla, una en Texcoco, dos en el Templo de San Francisco el Grande en la Ciudad de México y finalmente por lo menos en tres diferentes sitios en el Hospital de Jesús y el Templo de Jesús Nazareno.

Templo Mayor. Unas pocas cuadras separan el lugar anteriormente descrito y la Plaza de la Constitución, y en particular del Templo Mayor, que representa el fin del trayecto y el principal vestigio que se conserva de la ciudad que primero acogió a Cortés, lo rechazó en la Noche Triste y finalmente sería sitiada y destruida por las fuerzas combinadas de españoles y las muchas naciones de estas tierras enemigas de los mexica. El caminante sufre los estragos de la historia, al ir caminando por la Plaza y recorrer los pasillos del Templo Mayor se presenta una multitud de fantasmas que en desorden reclaman lo suyo, que vienen a decir la verdad pero no pueden articular palabra pues a ellos ya también se les olvidó el pasado; sólo se ven cuencas de ojos vacíos que nunca acabarán de consumir su rencor y explicar la sorpresa. Agobiado el caminante busca refugio para escapar de los fantasmas y los torbellinos de la historia, ya no funciona la cantina El Nivel que en otra ocasión le abrió sus puertas, por lo que camina varias cuadras hasta encontrar la pulquería La Risa, una de las pocas que quedan, allí los fantasmas finalmente le dejan en paz y se convierten en jóvenes sonrientes y personas de muy diversas clases y condiciones, que ya no les interesa lo que ocurrió sino solamente el momento y si acaso lo que podrá ocurrir en lo mediato.

BIBLIOGRAFÍA

- Arroyo, Anita (s/f), *Razón y pasión de Sor Juana*, Porrúa, Colección “Sepan cuantos...”, núm. 195, México.
- Benítez, Fernando (1983). *La ruta de Cortés*, Fondo de Cultura Económica. Colección Letras mexicanas, núm. 7, México.
- Clavijero, Francisco Javier (1982), *Historia antigua de México*, Porrúa, Colección “Sepan cuantos...”, núm. 29, México.
- Cortés, Hernán (1960), *Cartas de relación*, Porrúa, Colección “Sepan cuantos...”, México.
- De Icaza Dufour, Francisco (2002), *Hernán Cortés*, Colección Grandes protagonistas de la historia de México, Planeta–De Agostini, México.
- Díaz del Castillo, Bernal (2004), *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Porrúa, Colección “Sepan cuantos...”, núm. 5, México.
- Eisenhower, John S. D. (2000), *Tan lejos de Dios. La guerra de los Estados Unidos contra México, 1846-1848*, Fondo de Cultura Económica, 1ª edición en español, México.
- Humboldt, A. (1984), *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, Porrúa, Colección “Sepan cuantos...”, núm.39, México.
- Iturriaga de la Fuente, José (1988), *Anecdotario de viajeros extranjeros en México. Siglos XVI-XX*, tomo I, Fondo de Cultura Económica, México.
- Mendiola Quezada, Vicente (1985), *Arquitectura del Estado de México, siglos XVI, XVII, XVIII y XIX*, Documentos del Estado de México.

- Miralles, Juan (2001), *Hernán Cortés, inventor de México*, Colección Tiempo Dememoria, Tusquets, México.
- Orozco y Berra, Manuel (1978), *Historia antigua de la Conquista de México*, tomo IV, Porrúa, México.
- Paz, Octavio (1983), *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Sahagún, Fray Bernardino de (1982), *Historia general de las cosas de Nueva España*. Porrúa, México.
- Sobrazo, Alejandro (2000), *Deber y conciencia, Nicolas Trist, el negociador norteamericano en la guerra del 47*, Fondo de Cultura Económica, México.

ÍNDICE

A manera de introducción: el qué, el cómo y el cuando	7
De cómo después de varios intentos se toma el verdadero inicio de la Ruta de Cortés en la Semana Santa 2007	12
De cómo finalmente se inicia la ruta, se comprueba el viejo dicho del primer paso el más difícil y se llega a la muy bella ciudad de La Antigua	28
De cómo se decide atender al llamado de La Antigua y las muchas sorpresas agradables que allí se encuentran y como se camina a Ciudad Cardel sin haber podido llegar a Cempoala	35
Donde se relata una corta visita a Tlaxcala y cómo salen al paso las imborrables huellas de la alianza	45
De lo que se vio y aprendió en la difícil etapa de Tlaxcala a Cholula	58
De cómo se llega a la muy importante y legendaria Cholullan y de lo que se vio y vivió	69
De las razones para caminar en sentido contrario, de lo positivo y contrariedades para llegar a Apizaco	77

De cómo se aprovecha el regreso para completar la visita a lugares interesantes	83
Del primer intento para tratar de saber por dónde subió el ejército de la conquista al pasar entre los volcanes	90
Del inicio de otra etapa y de lo que se vio y vivió en la muy interesante ciudad de Xalapa	107
De cómo finalmente se completa el tramo de Veracruz a Cempoala y se siguen en lo posible los pasos de los conquistadores	117
De cómo se presentan las mismas dificultades que pasaron los conquistadores y de lo que se hizo al respecto	129
Donde se describe el arduo ascenso a Xico Viejo y como se tuvo oportunidad de ver y descubrir el lugar donde Cortés pactó con sus pobladores	138
De la planeación, dificultades y finalmente lograda estancia en la importante Ixtacamaxtitlán	158
De cómo se inicia realmente el camino, del ascenso y descenso de las montañas y lo mucho que se vio en el trayecto de Ixtacamaxtitlán a Emiliano Zapata	169
De cómo se prosigue el camino hasta llegar a Tzompantepec y de lo mucho que ocurrió en el trayecto	178
De la finalmente conseguida etapa Cholula-Paso de Cortés y de los interesantes lugares por donde se pasa	193

De la muy provechosa estancia en la Villa Rica y de cómo se hizo necesario pernoctar en la Playa Farallón	212
De la gran emoción al encontrar las ruinas del Fuerte de Cortés	220
De la muy importante e interesante visita al lugar de lluvia: Quiahuiztlan	227
De cómo se emprende el tramo Los Ídolos-Xalapa y de las muchas cosas que se vieron y vivieron en el camino	235
De cómo se reanuda el camino en la Laguna de Alchichica y se asciende a las montañas con muchas y agradables sorpresas pero también dificultades	249
De cómo se camina la mayor parte del bendito día, se pasa por todos los climas posibles y se descubre el camino hasta Ixtacamaxitlán	264
Del reinicio de la ruta y el paso por dos altos y agros puertos de la Sierra de San Martín	285
De cómo se camina por el valle hasta encontrar las aguas conocidas de la Laguna de Alchichica	300
De cómo se camina el tramo faltante y el caminante es recibido de forma especial	305
De cómo se sobrelleva el síndrome del caminante compulsivo	311
Sinopsis de la Ruta de Cortés	317
Bibliografía	369

A pie por la Ruta de Cortés, de Horacio Ramírez de Alba, se terminó de imprimir en agosto de 2013, en los talleres de CIGOME S.A. de C.V. La edición consta de 500 ejemplares. *Cuidado de la edición*: Roberto C. Quezada Carrillo. *Formación*: Eva Laura Rojas. *Portada*: Ángel Alejandro Esquivel López

Editora responsable
Lucina Ayala López

